

CONQUISTA DE LA BÉTICA:

POEMA HEROICO

DE JUAN DE LA CUEVA.

TOMO XV.



MADRID, EN LA IMPRENTA REAL.

AÑO DE 1795.

Dr. H. L. Lister



CONQUISTA DE LA BÉTICA.

LIBRO DECIMOTERCIO.

Con mustio rostro y con semblante fiero
Oyó Axartaf la no agradable historia
De Tarfira, que en habito guerrero
De Muley hubo y de Hácén victoria.
Siente mucho que un Moro forastero,
Aunque Rey, así triunfe de su gloria
Con tanta infamia, menosprecio, ultrage
De su potencia, cetro y Real linage.

Las causas todas que su honor ofenden,
Una á una á sus grandes representa,
Los riesgos que de aquellas causas penden
En perjuicio general les cuenta.
Estas cosas el ánimo le encienden,
Y desdeñoso de ellas y su afrenta,
Muley presente, Habul Hácén presente,
Dice en voz alta Axartaf impaciente.

Si en los casos tan graves y forzosos,
Que entre las manos como veis tenemos,
Andais qual hoy tan fuertes y animosos,
Muy bien con nuestra pretension saldremos.

Muy bien á los Christianos poderosos
Del cerco en que nos tiene lanzaremos,
Y con infamia suya y gloria nuestra
Por fuerza hareis la suerte que sea vuestra.

Mirando estais con vuestros propios ojos
Vuestra tierra ocupada de enemigos:
Las pérdidas, las muertes, los enojos
Que sufrimos y dan á los amigos.
De Aznaifarah y Gelves los despojos
Que llevan, las cruezas y castigos
Que dan, y el daño general que hacen,
Con quel poder y fuerzas nos deshacen.

Todo esto veis, y mas que no me dexa
La mortal ánsia que deciros pueda,
Que segun veo las cosas y me aqueja,
Poco será la vida que me queda.
Y quando acabe llevaré una queja
Justa que del honor nos deshereda
Un Africano, y que una mugercilla,
Resistiese al caudillo de Sevilla,

O triste voz, ó afrenta miserable,
O duro opróbrio, ó mísera caida
De un estado tan alto y tan loable
A una profundidad tan abatida.
¿A quién el caso no será admirable?
¿Quién no se atreverá tal cosa oida?
¿Dónde no ofenderá, vista tal mengua,
Nuestra reputacion la vulgar lengua?

Pues deste modo van las cosas mias,
Y con quejarme no remedio el daño,

Quiero tentar las mas extrañas vías
Por salir si pudiere de este engaño.
Antes que vea cumplir las profecias
Que me amenazan en aqueste año,
Quanto al humano ingenio se concede
Haré que cosa por hacer no quede.

Y por principio vayan á buscarme
Luego con toda priesa y diligencia
La Mora que la lid vino á estorbarme,
Y mi venganza ha puesto en contingencia.
Desta quiero vengaros y vengarme,
Pues en Muley ni Hacén hubo potencia,
O hacerla ministro que ella sea
Por quien vengado en Botalhá me vea.

Fué el fuerte Moro Buyarruz, nombrado
Que con su gente de á caballo fuese
Por la Mora, y al punto despachado,
Dixo el Rey que á otra cosa se acudiese.
Que á la flota que al rio tenia ocupado,
Ardiente fuego en ella se pusiese,
Y mandó para esto que buscasen
Hombres á quien la fábrica encargasen.

Agricalte tomó el cuidado desto
Por mandado del Rey, y luego acude
A ponerlo por obra, y dexa el puesto
Antes que el Rey de donde está se mude.
Quiere que pues está á su cargo puesto,
Que por su diligencia no se dude
El fin á que se aspira, de que entiende,
Quel remedio vendrá que se pretende.

Fuese Axartaf, y llevó á Muley consigo
Para tratar con él en su aposento,
En cosas que apartarlas de testigo
Era satisfacer su pensamiento.
Los demas requiriendo el bando amigo,
Salen al marcial alojamiento:
Habul Hacén, á quien amor aspira,
Déxa el muro y buscando va á Tarfira.

Quiere primero (si posible fuese)
Que la gente que va á encontrar con ella,
Y que su aviso el riesgo le advirtiese,
Que espera si viniesen á prendella.
Con esto va sin que á su afan pusiese
Tregua, ni acuda mas que á solo vella,
A pié, y cargado de armas sin que aguarde
Cosa, que todo le parece tarde.

Con seguro descuido del cuidado
Que Hacén lleva, la constante Mora
Fatigada del sol llegó á un cercado
Donde Zahen, un Moro viejo mora.
No está de yedra, ni árboles ornado,
Ni la fuente por él corria sonora,
La esteril grama y cardo lo ocupaba,
Y en medio un pozo mal formado estaba.

Una casa pajiza y mal cubierta,
Sobre toscos horcónes sustentada,
De palma y cañas una fragil puerta,
Con un pedazo de hiscal atada.
Dió una voz, y fué del Moro abierta
Sin que tardase ni dixese nada,

Tarfira salta del caballo al suelo,
Con ligereza y sin ningun recelo.

Dióle la rienda al bárbaro en la mano,
Rogándole lo lleve á donde coma,
Y esto diciendo, el rostro soberano
Descubrió la guerrera de Mahoma.
Quedó de verla el Moro tan ufano,
Que ámbas rodillas en el suelo, toma
Las riendas, prometiéndole llevarlo
Donde en seguro coma su caballo.

Dentro en la pobre casa á desarmarse
Tarfira entró, y el Moro al punto lleva
El caballo do puede apacentarse,
Y agua corriente de una fuente beba.
Y sin parar en cosa ni ocuparse,
Deseando saber cosa tan nueva
Vuelve, y en la presencia della puesto,
Con tremulosa voz le dice aquesto.

¿Qual suerte para mí tan ventajosa,
O bella imagen del superno coro,
Siendo celeste y no terrestre cosa
A la casa te trae de un pobre Moro?
Si es á que mi pobreza trabajosa
Acabe ya, por mi quietud le adoro,
Que con ella estoy libre y mas seguro
Que con las armas ni el Hercúleo muro.

Mas si te aqueja y trae de aquesta suerte
Algun trabajo, así te acuda el cielo,
Y dé el remedio á la fatiga fuerte
En que estar vemos nuestro patrio suelo.

Que no te menospreciés de ponerte
A contarme la causa de tu duelo,
Que tu semblante claro manifiesta,
Que el alma tienes en cuidado puesta.

Y porque entiendas que es en favor tuyo
El justo cielo, has de saber amiga,
Que te ha traído á do el amparo suyo
Le ampara desta marcial fatiga.
Que no sin causa su furor no huyo,
Antes quieto á estar aquí me obliga,
Que un hijo del Christiano Rey me tiene
Aquí, y mi casa su favor sostiene.

Que siendo como Príncipe ecelente
A un humilde servicio agradecido,
Aquí me dió seguro de su gente,
Y aquí en su amparo vivo enriquecido.
Y pues la causa es justa que te cuente,
Y tan buena ocasion se me ha ofrecido,
En breve te diré la historia desto,
Por quel seguro entiendas deste puesto.

Cansado de la vida trabajosa,
De palacio y su engaño peligróso,
De la precisa obligacion forzosa,
Que mas obliga al que es mas poderoso.
Huyendo de la astucia cautelosa
Del que rígido de ánimo ambicioso,
Con muestras de humildad abraza y liga
El regio mando de inmortal fatiga.

La privanza por medios adquirida,
Y esos no justos, y el forzar al justo,

El no acordarse de obra recibida
En pudiendo, y el deudo dar disgusto.
El dar al dulce adulator cabida,
Y al tercero del vano y torpe gusto,
De todas estas cosas fatigado,
Y de otras muchas vine aquí forzado.

Y el Rey, de quien primero hube licencia,
A quien qual él decia fué agradable,
Aprobó por discreta mi sentencia,
Y por él muchas veces fué loable.
Y dióme una segura preeminencia
Que como ley divina es inviolable,
Que en esta casa aquel que se acogiese,
Seguro de qualquier peligro fuese.

Cincuenta años ha y mas que desta suerte
Aquí qual ves en mi pobreza vivo,
Que ni el mandar mi ánimo divierte,
Ni el ser mandado, ni el trabajo esquivo.
Desta gloriosa y ventajosa suerte
Por mayor libertad me veo cautivo,
Sin que me altere ni perturbe aquello
Que no se goza por temer perdello.

Sucedió pues, que esta quietud gozando,
Sobre Sevilla el Rey Fernando vino,
Tiénela como ves amenazando
Su fuerte espada al bando Sarracino.
Con fuerza, gente y armas, ocupando
La tierra toda, y sobre el río divino
Victoriosas fustas, que detienen
Las que en socorro de Africa nos vienen.

Tiene el Real inexpugnable puesto,
En el tendido llano de Tablada,
A la insigne ciudad en contra opuesto,
De tan prolija guerra quebrantada.
De allí se esparce, sin que dexe puesto
La gente fiera, ni reserve nada
Que no sujete y ponga en la cadena
De cautiverio miserable y pena.

Un dia sucedió, que desta gente
Una esquadra á robar vino á esta parte,
Y por caudillo della un ecelente
Príncipe, igual al poderoso Marte.
Y habiendo recogido libremente
Quanto á ver puedes desde aquí alargarte,
De gente, de riquezas, de ganado,
Aquí vino con todo encaminado.

Entre el robo y cautivos que traian
Los Christianos guerreros recogido,
Venía Hayni, de quien segun decian,
Era en el Reyno de Pluton temido.
Baxos y pobres paños lo encubrian,
Y así sin ser de nadie conocido
Iba con los demas, á quien la dura
Cadena ataba y fuerte ligadura.

Llegó del modo que te voy diciendo,
A ese llano que de aquí se muestra,
El Christiano su presa recogiendo,
Hecha de gente y de hacienda nuestra.
Y Hayni, su trabajo conociendo,
Y la suerte á los nuestros tan siniestra,

Queriendo reparar el grave daño,
Acudió á él con un remedio extraño.

Fingió venir cansado, y reparóse
Un poco, y luego se tendió en el suelo,
Y dél con boca y manos aferrose,
Dando gemidos que herian el cielo.
Bramar la tierra en el instante oyóse,
Cubriose el dia con obscuro velo,
Piedra y agua las nubes arrojaban,
Y los truenos y rayos se alcanzaban.

Los vientos con violencia combatiendo
Procuraban vencerse con fiereza,
De sus contrarias partes acudiendo,
Mostrando allí su horrible fortaleza.
Iba la fiera tempestad creciendo,
Quanto mas ofendia su aspereza,
Sin ser posible á la Christiana gente
Valerse de remedio conveniente.

Todos estaban juntos sin poderse
Del agua, truenos, rayos que caian
Apartarse, huir ni guarecerse,
Que en la tierra los pies se les hundian.
Ni á los unos los otros podian verse,
Voces confusas de temor se oian,
Con muerte amenazando á los Christianos,
Sin tocar nada desto á los paganos. (go,

Despues quel agua y tierra, el viento y fue-
Con furia todo su poder mostráron,
Teniendo en tan mortal desasosiego
A la Christiana gente á quien dañáron.

10 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

De luz el orbe fué adornado luego,
Las ofuscadas nubes se apartáron,
Salió el ardiente sol con encendidos
Rayos, mas que en la Lybia enfurecidos.

Comenzó el agua que cayó á encenderse,
Y qual aceyte al fuego así hervia,
Que los Christianos sin poder valerse,
Entre ellos mismos sin cesar ardia.
Que ni adelante ir, ni atras volverse
Podian, aunque mas su afan crecia,
Y sin saber que hacerse en tanto daño,
Quedos sufrían el martirio extraño.

Yo, que ya preso dellos habia sido,
Y puesto en la presencia del Infante
Don Henrique, que á lástima movido
De mi edad, y desdicha tan bastante.
De mi vida el discurso habiendo oido,
Mandó á todos los que habia delante,
Que en persona ni hacienda me ofendiesen,
Y que libre en mi casa me pusiesen.

Desta merced tan alta y piadosa,
Agradecido yo como era justo,
El riesgo suyo viendo, y peligrosa
Suerte, causada por el mago injusto.
Sin reparar si era debida cosa
Dar vida á quien nos da tanto disgusto,
Me llegué al mago, que tendido estaba
En el suelo y la tierra conjuraba.

Toméle el brazo y dixé: Hayni levanta,
Y el fuego aparta que al Christiano ofende,

O en tí haré cortando tu gargantá,
Lo que tu horrible ánimo pretende.
Respondiome (Zahen) poco te espanta,
Aun no ha baxado el fuego que deciende
Del cielo, con que pienso consumillos,
Sin que tú ni hombre pueda redimillos.

Claro entendí esta respuesta oyendo,
El ánimo dañoso que regia
El de Hayni, que con hablar horrendo
Fuego infernal del agua arder hacia.
La fuerza de su encanto conociendo
Que era de un libro oculto que traia,
Con que le vide siempre hacer cosas
Que en el infierno aun fueran monstruosas.

No diferí el remedio al grave daño
En que sin duda todos acabaran,
Entre el agua sulfúrea y fuego extraño,
Sin que armas ni esfuerzo aprovecharan.
Y así furioso un corvo alfange apaño,
Sin que causas ni efectos me estorbaran,
Y la muerte di al mágico Agareno,
Y el libro horrible le saqué del seno.

Abrílo, y en el punto que fué abierto,
Espantables figuras parecieron,
Truenos, ahullidos, voces sin concierto
Sobre nosotros resonar se oyéron.
Lleno todo de horror, sin saber cierto
Que hacer mas, á voces me dixéron,
Arroja el libro si librallos quieres,
Y sinó su remedio no lo esperes.

12 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

En el suelo que ardía lo eché luego;
Que apenas tocó en él, quando una llama
Se hizo el agua y se hizo el fuego,
Y por el ayre en vuelo se derrama,
Cesó al punto el mortal desasosiego,
Y sobre el ayre una luciente Dama
Coronada de estrellas refulgentes,
Se mostró á todos los que habia presentes.

Los Christianos quedáron admirados,
Y gozosos de ver cosa tan bella,
Y de rodillas todos inclinados,
Las manos puestas sin hablar ante ella.
Nosotros conmovidos y alterados,
La vista no moviamos de vella,
Y estando así gozando este consuelo,
Envuelta en oro se ascondió en el cielo.

Iguilmente del caso suspendidos
Los unos y los otros nos quedamos,
Los Christianos los daños recibidos
Olvidan, y los nuestros olvidamos.
Que con estar cautivos y afligidos,
Alegres y contentos nos hallamos,
Y sin saber de que tan alentados,
Con ir temiendo y todos desmayados.

Después de haber en general contento
Celebrado el ejército Christiano
El venturoso y alto acaecimiento,
Con un fin tan extraño y soberano.
En medio de su ilustre Ayuntamiento
El Príncipe tomó mi diestra mano,

Diciendo: ó amigo, á quien debidamente
Debe la vida esta Christiana gente,

Ruégote (pues tan alto beneficio
Recibimos de ti en tan gran estrecho,
Que siendo á los Christianos tan propicio,
A tus moros agravio tal has hecho)
Des lugar que yo use el propio oficio
Contigo, y te dé el justo satisfecho
Que á tu piedad se debe y tu nobleza,
Que obliga á mí y á la Real grandeza.

Pide aquello que mas tu gusto fuere,
Que desde aquí otorgo libremente,
Y el Rey mi padre lo que yo hiciere
Tendrá por bien en la ocasion presente.
Postréme y dixé, pues tu Alteza quiere
Acudir á su ánimo ecelente,
Solo pido, que desta mortal furia
Esta mi casa no padezca injuria.

Fuéme otorgada la merced pedida,
Mandándolo así á todos sus guerreros
Que fuese así igualmente obedecida
De los demas Christianos Caballeros.
Y por hacerla mas engrandecida,
Soltar hizo cincuenta prisioneros,
Diciéndome, que aquellos me dexaba,
Y la misma merced les otorgaba.

Mandóme dar de ropas y de oro,
De los despojos una grande parte,
Con que pudiera hacer igual tesoro
Al que tiene Axartaf ofrecido á Marte.

14 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Y dexando del bando nuestro Moro
Los bienes y cautivos, de aquí parte,
Y yo los bienes que me dió con ellos,
Con que los reparé y pude valellos.

Quedé del modo que te voy contando,
Con los cautivos libres sin pensallo,
Y yo libre el suceso celebrando,
Del modo que es razon solemnizallo.
Y el dia siguiente, apenas fué mostrando
La deseada luz, quando á caballo
Diez Christianos viniéron á traerme
Este papel por mas seguro hacerme.

Despues acá, mil veces ha venido
El Principe á esta casa á visitarme,
Y con tanta amistad favorecido,
Que puedo con descuido asegurarme.
De los suyos soy siempre requerido
Mandados dél que vengan á guardarme,
Y por esta razon digo, Señora,
Que estás segura á donde estas ahora.

Tarfira habia suspendida estado
Del Moro oyendo la agradable historia,
Con que aunque poco sosegó el cuidado
Que le causaba la tenaz memoria.
Y á Zahen dice, amigo yo he trocado
En bien mi mal, y mi tormento en gloria,
De donde vengo á conocer que el cielo
Me truxo aquí á reparar mi duelo.

La causa que me trae qual ves compuesta
De fuertes armas y caballo fiero,

Te contaré, mas la ocasion no es esta,
Que cansada me trae el pesado acero.
Dexame reposar, pues estoy puesta
En donde hallo la quietud que quiero,
Que luego te diré el proceso largo
De mi fortuna y mi suceso amargo.

Esto diciendo, la cabeza inclina
Sobre el brazo, y el cuerpo al suelo duro,
A reposar aplica la divina
Mora, y al sueño se entregó seguro.
Del Rey Moro, buscándola camina
La gente, que dexando el fuerte muro,
Con el cuidado que Axartaf quedaba,
Por el tendido llano la buscaba.

Habiendo en ala todo el ancho prado,
Sin perder punto en toda diligencia
Procurando á Tarfira, rodeado,
Llenos de furia y bárbara inclemencia,
Llegan do está su caballo atado,
Conócenlo, y no viendo la presencia
De la guerrera Mora, que buscaban
Cuidadosos y solícitos andaban.

Sin dexar parte á donde se entendiese
Poder la Mora dellos ser hallada,
No quedó que mil veces no se viese,
Ni senda sin dexar de ser hollada.
Viendo que della no hay quien les dixese
Buyarruz dixo: no aprovecha nada
La diligencia nuestra si se asconde,
Y no podemos entender á donde.

No importa, que si ella está en el mundo
Respondió Carabé Moro valiente,
No se me asconderá, y si el profundo
La guarda, al Rey se la pondré presente.
Vames, que la razon en que me fundo
Hará buena el cuidado diligente,
Y aquella casa de Zahen cerquemos,
Y á privilegios ni merced miremos.

Allí no hay duda quella esté ascondida,
Pues vino por aquí, y sabemos cierto
Que no sabe la tierra, ni en su vida
Pudo llegar á ver este desierto.
Esta merced injusta sea rompida,
Y con ella el inútil dueño muerto,
Seguidme Caballeros, que yo quiero
Ser el primero en traspasar el fuero.

Pica el caballo y todos lo siguiéron,
Y la casa del Rey privilegiada
Con la mayor presteza que pudiéron
En torno fué de lanzas ocupada.
De los caballos prestos decendiéron
Carabé y Buyarruz, sin decir nada,
Y arrempujando la pajiza puerta,
Quedó del primer golpe en tierra abierta.

Lánzanse dentro, sale Zahen fiero
A voces resistiendo que no entrase,
Ni de su casa el libre y real fuero
En perjuicio suyo quebrantasen.
Mandan que calle, y Carabé el primero
Le amenazó, si al punto no cesasen.

Las libres amenazas y voz loca,
Y con su mano le tapó la boca.

Dió con él en el suelo, y la garganta
Le oprime el pie del bárbaro furioso,
Y estribando sobre él con fuerza tanta,
La boca tuerce el Moro congojoso.
Tarfira á este ruido se levanta,
Y á Zahen viendo en trance tan forzoso,
La espada empuña, abraza el fuerte escudo,
Y á ellos sale quan ligera pudo.

Buyarruz que ibá entrando, dió con ella,
Y ella con él, hallándolo al encuentro,
Lo embiste fiera la guerrera bella,
Sin dexarle que entrar pudiese dentro.
El fuerte Moro teme de ofendella,
Movida el alma en su escondido centro
De su belleza, y con cuidado extraño
Le va guardando sin hacerle daño.

Pidele que sosiege la fiereza,
Y un solo punto á que le hable aguarde,
Ella no escucha, y llena de crueza,
En saña horrible y en corage arde.
Crece el furor en ella y la braveza,
De modo que le obliga á que se guarde
A Buyarruz, que solo procuraba
Los golpes reparar que le tiraba.

Desta suerte el guerrero y la guerrera
En desigual batalla contendian,
Zahen, ya casi está ahogado fuera
De las soberbias manos que le asian.

La gente que cercando el puesto espera,
Como las armas y el gemir oían,
Dexan sus puestos, y en la casa se entran,
Y al Carabé ahogando el viejo encuentran.

Pasan delante y hallan á Tarfira
Con el valiente Buyarruz lidiando,
Arremeten á ella, él los retira,
Fieros golpes en ellos descargando.
Carabé acude, y con rabiosa ira,
Un grueso tronco que halló apañando,
Por un lado llegó, y quan fiera pudo
Tiró á Tarfira, que amparó su escudo.

Hecho astillas sembró con él el suelo,
Y ella del recio golpe sin sentido
Cayó, volviendo el bello rostro al cielo
Que á su vista fué todo obscurecido.
Bomita sangre, gime, y hecha un yelo
Quedó, y el bello resplandor perdido,
Sin orden arrastrados los cabellos
Por la tierra, y la sangre envuelta en ellos.

La bella mano Buyarruz le toma,
Ante ella de rodillas inclinado,
Que la piedad qualquier fiereza doma,
Y el noble pecho es della estimulado.
Este infiel, aunque seguía á Mahoma,
Como hidalgo y en ciudad criado,
Acudió como noble á su nobleza,
Sintiendo el hecho horrible con terneza.

Carabé culpa el noble sentimiento
De Bayarruz, con ánimo inhumano,

Diciendo, que era baxo pensamiento
No irse á él como debia á la mano.
Que considere el libre atrevimiento
Que con Muley usó, y veria llano
Ser justo lo que él hizo, y no lo fuera
Quando en tal lance así no lo hiciera.

No le da oído el Moro piadoso,
Que oir al fiero Carabé le ofende,
Por el hecho tan baxo y riguroso,
Que lo lastima y en furor lo enciende.
Mas temiendo al Rey serle sospechoso
Calla, y en su piadoso oficio entiende,
Procurando á Tarfira que volviese
Del desmayo, y la vida guareciese.

Tiene la mano en la sangrienta llaga,
La sangre restringiendo que salia,
Y con dulces palabras la alhaga,
Y blandamente el cuerpo le movia.
Triste y dudoso sin saber que haga,
Viendo que ni responde ni le oia,
Y que era fuerza irse y no dexalla,
Y de la suerte como está llevalla.

De fuerza justa y de piedad forzado
Está suspenso en congojosa duda,
De entrambas ádos cosas aquejado,
Para que á entrambas de una suerte acuda.
Y de los suyos viéndose llamado,
Y quel desmayo della no se muda,
Que la lleven así qual está acuerda,
Sin que mas tiempo en aguardar se pierda.

Una tabla tenia Zahen puesta
Por reparo al entrar de su aposento,
Que del calor lo defendia en la siesta,
Y el invierno del helado viento.
Para poder llevalla eligió esta,
Y dél traida, sin tardar momento
Pone á Tarfira en ella, y á este instante,
Buscándola llegó Hacén su amante.

Y siendo vista dél de aquesta suerte
Quedó suspenso de dolor y espanto,
Sin que á hablar ni á preguntar acierte,
Rendido á la graveza del quebranto.
La espada arroja y el escudo fuerte,
Y provocado á lastimoso llanto,
Pone las dos rodillas en el suelo
Junto á ella, y la voz levanta al cielo.

Dice (ay de mí) quan crudamente he sido
Castigado, y no sé de quien me queje,
No sé quien pudo ser, sé que ha podido
Hacer quel alma de la mia se aleje.
De un golpe á dos almas ha ofendido
La tuya en que su bella estancia dexe,
La mia en ver tu muerte dolorosa,
Que eternamente la trairá llorosa.

Furioso vuelve á arrebatár su espada,
Y embrazando el escudo dice: dime
Buyarruz, ¿cuya fué la mano osada,
Que fué ocasion que el alma mia lastime?
Dimelo presto, no me encubras nada,
Verás si deste brazo se redime

Aun quel Christiano ejército le acuda, (da.
Y el Moro, el mundo y infierno esté es su ayu-
Quedó en diciendo esto el Moro fiero,
El espantable rostro levantando,
Mirando del primero hasta el postrero,
Los movimientos y color notando.
Carabé á responder salió el primero,
Buyarruz lo atajó, y la voz alzando
Le dice: Hacén modera las razones,
Que ofenden á tu nombre los blasones.

El sucedido caso desta Mora,
Fué acaso, y sin pensar dada la muerte,
El como fué te contaré, y no ahora,
Que nos aguarda el Rey con esta suerte.
Y si tu alma su belleza adora,
Y te lastima su pasion, advierte
Que importa mas tu honor que no su vida,
Y esto aplaque tu cólera encendida.

Viendo Hacén que allí no era posible
Vengar la injuria á su querida hecha,
El encendido ardor y saña horrible
Dentro en su pecho conmovido estrecha.
Y junto á ella con dolor terrible,
Su malograda hermosura endecha,
Pide justicia al cielo de su injuria,
Pues él no puede executar su furia.

Estando así quejándose, llegaron
Quatro Moros que Buyarruz envia,
Y la tabla y la Mora levantáron,
Para llevarla al Rey que la pedia.

Sobre sus fuertes hombros la cargáron,
Y Hacén con los suyos acudia,
Pidiendo á los demas que se apartasen,
Y á él solo la carga le dexasen.

Así la casa de Zahen dexando,
Que casi muerto en un rincon metido,
Sin hacer cosa ni hablar temblando,
Allí aguardaba que se hubiesen ido.
Que con la presa apriesa caminando,
Iban al patrio muro conocido,
Llevando al Rey la Mora por presente
Cercada de armas y de armada gente.

Contentos, aunque no victoriosos,
Los Moros iban, con llevar cautiva
A la bella Tarfira, y gloriosos
La frente alzaba cada uno altiva.
Entre los Moros iban dos famosos,
Exercitados en la guerra esquivá,
Parientes ámbos y contino amigos,
De Christianos mortales enemigos.

Teniendo por infame la hazafia
De prender una Mora tanta gente,
Mahomad dice á Carabé con saña,
La voz alzando cón furor ardiente:
¿No tienes por afrenta y mengua extraña
Carabé amigo, la ocasion presente?
¿Es hazafia debida á nuestra gloria
De una flaca muger haber victoria?

¿No consideras esto, no te altera
El fuerte pecho y ánimo invencible?

¿Esto puede sufrir tu espada fiera?
No lo puedo creer, que no es posible,
Mientras la presa va que el Rey espera,
Que á Muley tiene en confusion terrible,
Nosotros vamos á buscar Christianos
Con quien probemos (no en muger) las manos.

Queriendo darle Carabé respuesta
A Mahomad, se anticipó primero
El bizarro Zafi, diciendo: en esta
Ocasion quiero ser tu compañero.
No es ménos el cuidado que me cuesta,
A Zafi respondió Buhani fiero,
Que el que os tiene en aqueise sentimiento,
Y así os iré á servir si os da contento.

Holgóse Mahomad, y deteniendo
Las riendas todos, dexan ir la gente
Para elegir que via irian siguiendo,
Que fuese á su intencion mas conveniente.
Y estando entre ellos esto confiriendo,
Llegó Niceno, el Andaluz valiente,
El fuerte Orcano y animoso Habrino,
Entendiendo que hacian aquel camino.

Carabé viendo sin pensar consigo
Junta tan escogida compañía,
Dice: bien creo Mahomad amigo,
Que este socorro el cielo nos lo envia.
Que la gente en favor que ves contigo,
Cada uno por sí te prometia
Seguro el intento que te lleva,
Y mas llegados á hacer la prueba.

Lo que nos falta solo es que al efecto
A que nos juntó el cielo nos pongamos,
Sin aguardar mas órden ni decreto,
A buscar ya nuestros contrarios vamos.
A ese parecer el mio someto
Niceno dixo, y todos aguardamos
Quel camino elijais que os pareciere,
Que á la ocasion importa y se requiere.

Mahomad respondió, al real guiemos
Atravesando por aquesta senda,
Y á la derecha mano lo dexemos,
Para que nuestra ida no se entienda.
Y á vista dél, los siete aguardaremos
Que salga, y si hay quien esto nos defienda,
Que donde digo es donde mas importa
Para que nuestra espada vean si corta.

Volvió la rienda á la siniestra mano,
Donde un camino angosto le encamina,
Dexando á la derecha el fertil llano
Que fué sepulcro á Justa y á Rufina.
Pasa á Valdeleon libre y ufano,
Donde fué de Abenamar la ruina,
Y de Arritaña el peligroso arroyo
Que en el estío es un baxo y largo hoyo.

De Alcalá miran el Alcazar alto
A donde el sol primero su luz muestra,
Entregando al Christiano sin asalto,
Y sin probar la suerte adversa ó diestra.
Murmurando el valor de que fué falto,
De su Alcayde la suerte tan siniestra,

Llegan los siete bárbaros guerreros
Entre el real Christiano y los Erveros.

De verde pasto y yerva está este puesto
En invierno abundante y en estío,
Por su fertilidad siempre dispuesto
Para tenerla en el calor y el frío.
Tiene una milla el Betis en opuesto,
De Guadayra casi junto el río,
Que quando sale con creciente baña,
Juntándose con Betis su campaña.

La fuente que el Maestre D. Pelayo
Hizo suya, ganando con la espada
El agua della en el ardiente Mayo,
Siéndole de los bárbaros vedada.
A quien no ofende el encendido rayo
De Apolo, ni jamas se vió agotada,
Lo fertiliza, y es en los calores
Refrigerio á sedientos cazadores.

En medio tiene una alta torre y fuerte,
Segun fama, do Habrén tuvo encantado
A Buhanzul, porque le dió la muerte
A Heydia su hija de quien era amado.
Y sintiendo Asambey la dura suerte
Contra Habrén en secreto conjurado,
Le dió la paga digna al fiero intento,
Con que deshecho fué el encantamiento.

A cumplir su designio se pusieron
En medio del camino, deseando
Que viniesen al fin que ellos viniéron,
Los Christianos que vienen procurando.

En órden militar se reduxéron
A vista del real del Rey Fernando,
Donde les sucedió de la manera
Quel arrogante y temerario espera.

Puestos aquí los bárbaros guerreros,
Aguardando á cumplir en los Christianos,
El fiero intento y detestables fieros,
De hombres viles y de ingenios vanos.
Del Christiano real dos Caballeros
Saliéron, y á do estaban los Paganos
Puestos en acechanza encamináron,
Y á vista de los Moros se halláron,

El uno de los dos era el famoso
Garciperez de Vargas, cuyo nombre
Vencerá al tiempo, y será glorioso
En todas las naciones que se nombre.
El otro está quien fuese aun hoy dudoso,
Porque dél no pudiese decir hombre,
Que Garciperez solo y su escudero,
Conociéron quien fue este Caballero.

Iban los dos su via prosiguiendo
A guardar los Erveros enviados,
Porque el sol ya su luz diminuyendo,
Del cielo declinaba los mas grados.
Y de improviso á los Paganos viendo
En el camino que seguian parados,
El Caballero rehusó la suerte,
Y á Garciperez dixo desta suerte.

Paréceme si á tí señor parece,
Quel camino dexemos que llevamos,

Que en ocasion qual es la que se ofrece,
Justo es temer y injusto si aguardamos.
Aquí pues es do el premio se merece,
Respondió Garciperez ¿qué dudamos?
Que siete á dos no es mucha demasia,
Ni vencerlos tampoco es valentia.

Que pasemos delante es lo que importa,
Sin que torzamos de la via derecha,
Pues saben bien si nuestra espada corta,
Y como los castiga y los estrecha.
Esto ha de ser, tu alteracion reporta,
No les demos indicio ni sospecha,
Que rehusamos de pasar por ellos,
Que temiendo será ensoberbecellos.

Seguir aquese temerario acuerdo,
O Garciperez, me parece injusto,
Respondió el Caballero, y de hombre cuerdo
Mudar de acuerdo que ha de dar disgusto.
En persuadirte el tiempo en valde pierdo,
Y aguardar mas aquí no es caso justo,
Yo me voy al real, allá te aguardo,
Que siempre de ese número me guardo.

Vuelve el caballo y pica á toda priesa,
Con tal presteza en su veloz huida,
Que aun en la tierra no dexaba impresa
Del pié la forma aunque era dél herida.
El Rey miraba esta afrentosa empresa
Del que huyendo así escapó la vida
Y se vino al real, y considera
El que aguardaba á la batalla fiera.

Su valor viendo y su constancia fuerte,
Y como solo y sin temor se via
Contra los Moros á probar la suerte,
Y se apercibe á la batalla esquivá.
Guarecer (dice el Rey) es bien la muerte
A este Christiano, y es razon que viva,
Váyanlo á socorrer al que así acude
A un hecho tal sin quel temor le mude. (do,

Cumplirá al punto, ó excélsio Rey, tu man-
(Don Lorenzo Juarez dió en respuesta)
Si al que allí ves los Moros aguardando
No fuera Garciperez, que en aquesta
Ocasión, su valor manifestando,
Verás quan poco el darle ayuda presta,
Que si como son siete fueran ciento,
Lo mismo fuera en conseguir su intento.

Tu Alteza guarde, y verá si aguardan
Lo que el ser siete importará á su brazo,
Y si en la lid los bárbaros se tardan,
Si dellos dexa en su lugar pedazo.
Que los mas fuertes huyen y acobardan
De oír su nombre, y les da embarazo
Las armas, y el huir les es seguro
Del fuerte encuentro ó de su golpe duro.

A este punto el valiente Caballero,
Ya que los Moros junto á sí tenia,
Paró el caballo, y pide á su escudero
Las armas para el fin que pretendia.
Y á cubrir yendo con el blanco acero
La cabeza, una escofia que traia

Se le cayó en el suelo, sin que fuese
Vista de él ni el criado lo sintiese.

El yelmo enlaza y el caballo alienta,
Sin quel temor le ocupe ni desvie,
Con el valor que siempre se presenta,
Que era justa razon que del confie.
Que de seguirle tenga mucha cuenta
Le mandó á su escudero y tras él guie,
Y con esto las armas aprestando,
Paso á paso á los Moros fué llegando.

Por medio dellos hizo su camino
Sin torcer via ni mudar pisada,
Dexándolos suspensos el divino
Varon que tuvo á la fortuna atada.
Viéndolo así pasar dixo Habrino,
No ha sido provechosa esta jornada
Mahomad, ni de honor para ninguno,
Pues siete somos asaltados de uno.

Mahomad respondió, razon tuvieras
De poder condenar nuestra flaqueza,
Si á Garciperez tu no conocieras,
Y supieras qual es su fortaleza.
Mas sabes bien que en las batallas fieras
Es pestilencia nuestra su fiereza,
Y quieres tú que acometamos siete,
A uno que á un ejército acomete.

Miéntas esto decian los Agarenos,
Garciperez se habia desviado
De los Moros, que de otro asombro lleno,
Se suspendiéron viéndolo parado.

Y fué, que como á echar viniese ménos
La escofia que perdida habia quedado,
Picó el caballo y la rienda vuelve,
Y á donde están los bárbaros revuelve.

Viendo el fiel criado, que volvía
Por la escofia, al lugar que los Paganos
Ocupaban, la ida le impedía
Con tiernos ruegos, puestas ámbas manos.
Diciéndole: Señor dexa esa via,
Porque sin tí no dexes los Christianos,
Mira que no es la causa tan forzosa
Que te obligue á una empresa tan dudosa.

¿No satisface á tu invencible pecho,
Haber por siete Moros de á caballo
Pasado así, y tan poco caso hecho
Que pone admiracion considerallo?
Con ménos satisfaces tu derecho,
Dexa el riesgo, no vuelvas á buscallo,
Pues no te obliga, y mira pues te llama,
Que en el peligro muere el que lo ama.

Calla (respondió el fuerte Caballero)
No digas mas, que es causa y fuerza urgente
La que me fuerza, y sígueme escudero,
No temas hoy adverso inconveniente.
Pues sabes bien la causa porque quiero
Cobrar mi escofia, que es que no consiente
Mi cabeza momento estar sin ella,
Mira tú si es razon dexar perdella.

Sin decir mas, guió derecho al puesto
Que ocupaban los Moros, donde habia

Caídose la escofia , con dispuesto
Animo de mostrar su valentía.
Los Moros viendo que volvía tan presto,
Creyendo que á buscallos revolvía,
Cortados de pavor el puesto dexan,
Y á mas huir huyendo dél se alejan.

Don Lorenzo Juarez quando vido
Huir los Moros la campal revuelta,
Y quel mas confiado y atrevido
Picando iba huyendo á rienda suelta,
Dixo: ¿ve vuestra Alteza el escogido
Valor de Garcipérez, vió la vuelta
Que dió sobre ellos, porque no saliéron
A él ni de temor le acometiéron?

Cierto tengo Señor, que si á él salieran,
Que dellos diera Garcipérez cuenta,
De suerte que á Sevilla no volvieran
Sino los ménos á contar su afrenta.
Que yo sé bien los hechos que se esperan
Dél, y sé que tu exército sustenta
Caballeros que puedes con seguro,
Al mundo todo echar el yugo duro.

Estando el Rey y Don Lorenzo en esto,
Garcipérez llegó con su criado,
En su heróica demanda , al mismo puesto
Donde la escofia se le habia quedado.
Hallóla, y della al punto fué compuesto,
Y el camino tomó que habia dexado
A guardar los Erveros, porque el dia
A mas andar del mundo se ascondia.

LIBRO DECIMOQUARTO.

Cansado de aguardar , y congojoso
Del suceso contrario á su deseo,
Axartaf impaciente está y cuidadoso,
Temiendo el fin perdiendo aquel trofeo.
Muley brama al Rey viendo temeroso,
Y que le imputa por delito feo,
Quitarle una muger de aquella suerte,
Rendir á Botalhá ó darle muerte.

Solos, en esto solo estan tratando
Los dós en el Real apartamiento,
Sus recelos el Rey representando,
Y Muley su arrogante pensamiento.
La defensa del daño administrando,
La venganza del duro acaecimiento,
Muley se la promete al Rey y jura,
El Rey le oye y nada le asegura.

Está qual el que en áspero combate
De la enemiga mano fué herido,
Que al cirujano da que llegue y trate
Las llagas que lo tienen afligido.
Y temiendo el dolor que no le mate,
Que de esfuerzo le priva y de sentido,
Le promete de dar salud entera,
Aunque el presente mal le desespera.

Por todas partes ve su daño cierto,
Y la muerte delante de sus ojos,
El afligido Rey ya casi muerto,
O muerta su esperanza en sus enojos.
Y Muley con altivo desconcierto,
La victoria, venganza y los despojos,
Le promete, y el Rey que siente el daño
Calla, y conoce que es hablar y engaño.

Ocupados los dos estando en esto,
Entro Agricalte, y con semblante amigo
Le dixo al Rey: Señor tu verás presto
La venganza que importa en tu enemigo.
Para quemar su flota está dispuesto
Lo necesario, en que el ingenio sigo
De Braxen y Abdulac, tus ingeniosos
Arquitectos, en su arte milagrosos.

Una balsa fabrican, que del rio
Ocupe desde aquesta aquella parte,
En cuya fuerza y fábrica confío,
Lo que en la fuerza del potente Marte.
En toda ella sin dexar vacio
El fuego ha de ir dispuesto por tal arte,
En tinajas de pez y alquitran llenas,
Que abrasen gente, vasos, xarcia, entenas.

Irán delante quatro naos de armada,
Que hagan rostro á la enemiga gente,
Y la balsa de Moros ocupada,
Defendiendo y lanzando fuego ardiente.
Gente saldrá por tierra aderezada,
Que la ribera cubra juntamente,

Que detenga al Christiano que huyere
Del fuego, y muera á hierro el que saliere.

Este es el orden que, Señor, se ha dado
Para que venga tu deseo á efecto,
Y el Christiano orgulloso y confiado,
Pierda el brio y de tí se vea sujeto.
Solo resta que sea confirmado
De tí gran Señor nuestro este decreto,
Que de tí confirmado, todo el orbe
No es poderoso que tu intento estorbe.

Calló Agricalte, y con semblante ledo
Quedó mirando al Rey que le responde,
De tu lealtad y diligencia puedo
Decir que á tu nobleza corresponde.
Lo que en eso demandas te concedo,
Haz á tu gusto, y trázalo por donde
Te pareciere que al negocio importa,
Y con la diligencia el tiempo acorta.

Inclinó la cabeza al pecho. y vuelve
El valiente Agricalte, y á este punto
La quietud y silencio se revuelve
Con un alto clamor que se oyó junto.
Axartaf fiero el manto al brazo envuelve,
Y el alfange previene y pone á punto,
Muley hace lo mismo, y donde oyéron
El confuso rumor los dos saliéron.

En el umbral de la primera puerta,
El uno y otro ayrado y conmovido
Se ponen á entender la causa cierta
Del alboroto y súbito ruido.

La duda les altera y desconcierta,
Y les pone delante que rompido
El muro ya los enemigos se entran,
Y á Garciperez y al de Ucles encuentran.

Daba fuerza á esta duda y temor vano,
La obscura noche que con sombra fria,
Tenia cubierto el monte, el soto, el llano,
Y quanto al mundo manifiesta el dia.
Oye el confuso estruendo el Rey Pagano,
Ve que su guardia al arma se ponía,
Teme, duda, recela, y sin aliento,
Cien mil cosas sospecha en un momento.

Sin poderse entender, ni haber quien diga
La ocasion cierta del suceso incierto,
A querer ir, y á no salir le obliga,
En su palacio estándose encubierto.
Teme traycion de alguna civil liga,
Teme de su enemigo algun concierto,
Y en esta suspension y duda estando,
Buyarruz llega y dice así en llegando.

De tu guardia hemos sido detenidos,
Y puesto casi á riesgo de perdernos,
Pues quedan muertos dos, y tres heridos,
Sin saber como ni poder valernos.
La causa fué, que siendo detenidos
Los que solemos ante tí ponernos,
Mayormente trayendo qual mandaste
La Mora que huyó, á que me enviaste.

Sin querer permitir ni dar licencia
Para entrar ni noticia desto darte,

La guardia toda puesta en resistencia
Dixo, que no podíamos hablarte.

Queriendo cumplir yo con obediencia
Traer la Mora que impidió vengarte,
Qual á mi cargo puso tu Real mando,
Pedia la entrada aquesta razon dando.

Respondiéron que á tí no te importaba
Prender á una muger, ni dar cabida
A hombres que su esfuerzo se empleaba
En hazaña tan torpe y abatida.

Que la ocasion presente demandaba
Quien mate hombres, no quien quite vida
A las mugeres, y que hombres tales,
No han de ver de los Reyes los umbrales.

Estas injurias y estorbar la entrada,
Alteró á todos los que á tí venian,
Y dixéron á una en voz airada,
Que era traycion aquella que hacian.
Que les fuese la puerta al punto dada,
Porque de maldad cierta se temian,
Sobre esto remitiéron á las manos,
Los pensamientos de ámbas partes vanos.

Viendo el furor de entrambas á dos partes,
Vengo Señor á procurar remedio,
Porque si tú no vas y los despartes,
No se qual otro pueda ser el medio.
No bastan fuerzas ni aprovechan artes,
Sino que á tu persona ven en medio,
Acude gran Señor, ó da tú el orden
Que ponga freno al bárbaro desorden,

En el sobrino puso el Rey los ojos
Diciéndole Muley, sal allá luego,
Pon en paz esos bárbaros enojos,
Pon en quietud su gran desasosiego.
Y porque satisfagan sus antojos,
Que no estoy muerto, y cese el furor ciego,
La puerta se de á todos francamente,
Que en aquesta ocasion es conveniente.

Muley no tardó mas en salir fuera
A sosegar el fiero movimiento,
Que oir al tio la razon postrera,
Y saber que era aquel su pensamiento.
Parte furioso con veloz carrera,
Y en medio del revuelto Ayuntamiento
Se pone y dice: ¿qué locura os mueve?
¿Que infernal furia amigos os conmueve?

¿Las armas que traeis para defensa
De vuestro Rey y vuestros ciudadanos,
Volveis contra vosotros, en ofensa
De vuestra gloria y hechos soberanos? (sa,
¿No veis que es contra el cielo el que tal pien-
No veis que os sois vosotros inhumanos?
Alzad las lanzas, desviaos amigos,
Y esa ira emplea en los enemigos.

Vuestra virtud se ve, y lealtad veo clara,
Bien se conocen vuestros nobles pechos,
Bien se dexa entender, bien se declara,
Bien nos hacen á todos satisfechos.
Vamos que os llama el Rey, dexá esa avara
Furia para emprender mayores hechos,

Seguidme y esta Mora le llevemos,
Con que un servicio grande le hacemos.

Oyendo todos á Muley, alzaron
Las fuertes picas que tenian caladas,
Los unos y los otros envaynaron
Las cimitarras que tenian sacadas.
El alboroto y furia sosegaron,
Qual las ondas del mar son aplacadas
Faltando el viento, ó viendo la presencia
Del que sobre ellas tiene preeminencia.

Así los alterados corazones
Se apartan del furor en que se ardian
Viendo á Muley y oyendo sus razones,
Como los que su mando obedecian;
Y asiendo de Tarfira, á rempujones
Ante el Rey de rodillas la ponian,
Que viéndola, y de sangre toda llena,
Perdió la ira y se conmueve á pena.

Fuéle allí todo el caso referido
De Zahen que en su casa la amparaba,
Y como fué de Carabé ofendido,
Porque su libertad apellidaba.
Quedó el Rey admirado y suspendido,
Quando estas cosas Buyarruz contaba,
Y con semblante grave y sosegado
Dixo: esa Mora pongan en recado.

Con esto dió la vuelta á su aposento,
Y Muley viendo la hermosa Mora,
Aunque cubierta del humor sangriento,
Perdió la saña que en su alma mora.

Volvió en amor el fiero pensamiento,
Y della al punto el Moro se enamora,
Y olvidado del daño y de la afrenta,
Su mal con nuevo afecto representa.

Asele con la mano de la suya
Límpiale el rostro y dícele: ¿es posible
Que me haga el amor empresa tuya,
En ocasion de enojo tan terrible?
Nadie es posible que su suerte huya,
No hay al poder de amor nada imposible,
Todo lo allana con su fuerza y arte,
Pues en mí hace lo que no hizo Marte.

La bandera de hoy mas, Señora, sigo
Del amor que me abrasa las entrañas,
Por tí á sufrir su sinrazon me obligo,
Y por tí sus cruezas quiero extrañas.
A mi muerte daré vida contigo,
Haré por tí loables mis hazañas,
Vengaréme de aquella ingrata Mora
Que me dexó y á mi enemigo adora.

Esto diciendo el encendido Moro
La levantó del suelo, y dice vamos
Donde estas llagas cure Maniloro,
De quien la Real persona confiamos.
Que el gran Señor del cielo á quien adoro
La salud os dará que deseamos,
Y porque mis deseos no sean vanos,
Imolaré en su altar dos mil Christianos.

Hacén viendo un extremo semejante,
Y que Muley llevaba así á Tarfira,

Quedó suspenso, y sin pasar delante.
 Ardiendo en zelos y en furor suspiraba.
 Ni la razon ni esfuerzo es importante,
 Ni en aquella ocasion sirve la ira,
 Dudoso y sin saber que medio siga,
 Se rinde á su dolor y á su fatiga.

Furioso parte en seguimiento dellos
 Lleno de horror y de infernal fiereza,
 Sin que su vista se desvie de vellós,
 Tras dellos va con suelta ligereza.
 Y viendo que estorballos ni ofendellos
 No era posible, gime con terneza
 Disimulando su pasion ardiente,
 Los acompaña humilde y obediente.

Mientras se habian ocupado en esto,
 Y en la rebellion, Mateo de Orgales,
 Un Christiano que fué en cadena puesto,
 Y traído á sufrir sus duros males.
 Habiendo visto todo lo propuesto,
 Y teñirse de sangre los umbrales
 De la casa Real, coligió cierto
 Que la ciudad se alzaba ó era el Rey muerto.

Sin detenerse punto acudió luego
 A las estancias donde habia Christianos,
 Contóles lo que vió, y el civil fuego
 Que se iba encendiendo en los Paganos.
 Que si querian volver á su sosiego,
 Y á ver los suyos aprestasen manos
 Y corazones qual pedia el negocio,
 Dexando la quietud y el blando ocio.

De todos fué con gran contento oído,
Y todos en que fuesen conformáron,
Y aunque no se mostró con alarido,
Con blanda voz y brazos lo mostráron:
Acude cada qual despavorido
A buscar armas, y otros se quedáron
Tomando el orden que en aquesto fuese
El mejor que á su intento conviniese.

Entre los que quedáron aguardando,
El uno fué Gonzalo de Reynoso,
Que habia treinta años que vivia penando
En cautiverio triste y trabajoso.
Este el negocio bien considerando
Como varon prudente y animoso,
A quien por larga edad debian respeto,
Dió confiado en esto este decreto.

Si nuestra pretension, qual deseamos,
Quereis que sin contraste se consiga,
Y qual es nuestro intento nos veamos
Libres de aquesta servicial fatiga.
Una cosa conviene que hagamos,
Que si en ella nos es la suerte amiga,
Sin duda con fin próspero veremos
Quanto en este negocio pretendemos.

Despues que la fortuna en tan extraños
Y rigurosos males me sujeta,
Haciéndome probar los graves daños
Del cautiverio con que así me aprieta,
He pasado la fuerza de mis años
De la forma que á nadie os es secreta,

Vendido cien mil veces y comprado,
La noche y día sirviendo aherrojado.

En aquesta miseria rigurosa,
Padeciendo del modo que se entiende,
En oprobrio y afrenta vergonzosa,
Sujeto á quanto en este estado ofende,
Viene á parar mi vida trabajosa
(Quel cielo por milagro me defiende
Para lo quel sabe) en ser cautivo
De Baxen, por quien temo el estar vivo.

Larga historia seria si quisiese
De la vida que paso daros cuenta,
Y no dudo que á llanto os conmoviese
Del modo que á mí mismo me atormenta.
Y la ocasion huyendo se nos fuese,
Que vuestro esfuerzo y gran valor intenta,
Para lo qual conviene que me acorte
En razones, y dé el debido corte.

Este Baxen que en su prision me tiene,
Cuyo cautivo soy por mis pecados,
Este se ocupa ahora y se detiene
En ingenios de fuego nunca usados.
Aconsejó al Rey Moro, que conviene
Para que los Christianos sean quemados
Dentro en las naves y las naos con ellos,
Sin que librarse puedan ni valellos.

Una balsa hacer que fuego ardiente
Lance, y que entrando en medio de la armada
La abrasa toda, y la Christiana gente
Muera en el agua ó muera allí abrasada.

Esto hacen con priesa diligente,
Y está para este efecto aparejada
Gran suma de alquitran, pez y resina,
De que gastando van en la marina.

Está aprestado en una atarazana
Todo esto, y de aquí lo van llevando
Aquella parte en frente de Triana,
Que es donde están la balsa aderezando.
Digo pues, que en estando la Christiana
Gente aquí junta, partiré volando,
Pondré en resina, en pez y alquitran fuego,
Y la vuelta daré á este puesto luego.

Los bárbaros en viendo que se arde
La pez y lo demas que tienen junto, (de
No habrá hombre dellos que en su casa aguar-
Que no acuda á matar el fuego al punto.
Ellos en esto sin que mas se tarde
Estando la huida nuestra á punto,
Huir podemos con mayor seguro,
Y saltar por qualquiera parte el muro.

Por una parte de la noche obscura
Que sobre el mundo tiende el negro manto, Y
Somos qual veis en esta coyuntura
Ayudados con sombra que da espanto.
La cisma entre los Moros asegura
Nuestro hecho, y en esto hará tanto
Que guiados del cielo como vamos,
Nuestro justo deseo consigamos.

Pareció bien á todos el consejo,
Y las razones fuéron aprobadas

Que les dió el venerable y sagaz viejo
Para ser sus desdichas acabadas.
Desean viendo el tiempo y aparejo,
Pues estaban en una conformadas
Las voluntades, que viniendo diesen
Principio al hecho y tiempo no perdiesen.

Reynoso estaba y los demas en esto,
Con ardiente deseo deseando
Que ya ocupasen los demas el puesto
Que ellos ya deseaban ir dexando.
A este punto con ánimo dispuesto,
Apercebido de armas convocando
Los Christianos que habia en el camino,
Mateo de Orgales al concierto vino.

Luego tras él llegó Martin de Oviedo,
Anton de Aguayo y Nuño de Padilla,
Fernan Perez y Jayme de Pinedo,
Juan de Avendaño y Pedro de Avesilla.
Estos de esfuerzo armados y denuedo,
Mas que de armas, pidén que á Sevilla
Dexen ya, mas Reynoso los sosiega,
Y que le aguarden solo un punto ruega.

Sin detenerse parte presuroso
Por el camino que tambien sabia,
Llega al atarazana el animoso
Viejo con el valor que convenia.
Aplica al punto el fuego codicioso
En toda la resina y pez que habia,
Echando en cima estopas embreadas,
Que habia para la balsa aparejadas.

Al punto que la llama vió emprendida
En los barriles y esparcirse el fuego,
No aguardó mas, dexando la encendida
Atrazana dió la vuelta luego.
Llegó á donde aguardaban su venida
Los Christianos en gran desasosiego,
Temiendo que sentido ó preso fuese,
Por donde su negocio se entendiese.

Mas viéndolo, y que habia concluido
Con próspero suceso tal hazaña,
Fué con placer de todos recebido,
Casi llorando de alegría extraña.
Y así Mateo de Orgales conmovido
Le dice: ó claro honor de nuestra España,
Gloria, ilustre del nombre de Reynoso,
Por quien puede de hoy mas ser mas glorioso.

Ya que nos da tu gran valor seguro
Quel deseado fin conseguiremos,
Da el órden como ya saltando el muro
La libertad perdida procuremos.
Que de la noche huye el velo obscuro,
Y casi ya de oriente la luz vemos,
Y en difiriendo un punto nuestra ida,
Cierto será que nos será impedida.

No será quando todo el mundo venga,
Dice Reynoso, ni se pierde punto,
Que no ha sido dilacion tan luenga
Que nos aparte el bien que vemos junto.
Y para que se alcance se prevenga
Todo, y se ponga lo importante á punto,

Y pegados al muro en orden vamos,
Y de las calles públicas huigamos.

Todos al punto en órden se pusieron,
Aprestando las armas que traian,
Con el mayor silencio que pudiéron
Por las mas solas calles se ascondian.
De igual valor sus pechos guarneciéron,
Que por escudo al riesgo los ponian,
Seguros que ningun acaecimiento
Retraer los haria de su intento.

Guiados de su esfuerzo y su ventura,
Que adiestrándoles iban el camino,
Cubiertos de la noche fria y obscura,
Qual á su heroica empresa les convino.
Para quebrar la fuerte ligadura
Del cautiverio á tal valor indigno,
Al muro del Osario que nombráron
Por mas seguro todos allegáron.

Suben y al punto atáron de una almena
Una sogá que á Jayme dio Reynoso,
Y sin dificultad ni sentir pena,
Cada qual baxa al campo presuroso.
Ya á este punto en clara voz resuena
La fama del incendio peligroso,
Altérase el lugar, tocan á fuego,
Conmuévase sin órden ni sosiego.

Acuden con ardiente diligencia
Por todas partes, unos arrojando
Agua en el fuego, y otros su violencia
Van con vinagre y tierra mitigando.

No habia en hacer esto diferencia,
Igual era el mandado y el del mando,
Que en los graves sucesos de este modo,
Como es comun el daño es igual todo.

El confuso clamor, el alarido,
Las voces, el estruendo, el desconcierto,
El alboroto y el comun gemido,
Indicio daban de su daño cierto.
Que sin saber el caso sucedido,
Muchos lloraban ya su pueblo muerto,
Y arrojando las armas se ascondian,
Creyendo que así el daño redimian.

Otros siguiendo la confusa gente,
Sin saber donde ó como iban forzados,
Donde el pueblo acudia y vian la ardiente
Llama hondear por techos y tejados.
Otros iban con priesa diligente
A los puestos que habia señalados
En muros, torres, y en cerradas puertas,
Porque no fuesen al Christiano abiertas.

La voz llegó y el pavoroso estruendo
A los oidos de Axartaf, que estaba
Entre sueños el gran clamor oyendo,
Y sin volver en sí se fatigaba.
Mas de sí el grave sueño sacudiendo
Se puso en pié, oye el clamor que andaba,
Toma las armas, abre el Real Palacio,
Sale sin darle su furor espacio.

Encuentra con Muley, y tras él luego
El arrogante Carabé venia,

Que en apagar el encendido fuego
Se halló con su gente y compañía,
Cuéntale el caso, y como ya en sosiego
Quedaba todo, y como solo habia
Hecho el daño en aquello de que usaban
Para la balsa que haciendo estaban.

Confuso el Rey de oir el caso extraño,
Manda que al punto hagan diligencia
Quien fué la causa ó quien cometió el daño,
Para que haya capital sentencia.
Van unos, vienen otros, y el engaño
Va creciendo con mas suelta licencia,
Por pareceres varios ó desgustos,
Absuelven reos y condenan justos.

Sin poderse entender la verdad cierta
Del caso, la andan todos procurando,
Y el quel ingenio aviva y mas despierta,
Con mas oscuridad la va ignorando.
Ayudaba á esta duda la encubierta
Luz que los orbes ya venia alumbrando,
Que tras la aurora que venido habia,
Por las puertas del oriente salió el dia.

Fué con la luz el caso manifiesto,
Que los cautivos luego se halláron
Ménos, y dió mas fuerza á creer esto
La soga atada al muro que dexáron.
Que el fuego fue en la pez y alquitran puesto
Por ellos, á una todos lo afirmáron,
Y así el Rey manda á Carabé que vaya
Tras ellos, ó los mate ó se los traya.

Carabé al punto á procurallos parte,
Lleno de ira y de feroz despecho,
Con cincuenta caballos por la parte
Que habian saltado iba su via derecho.
Agricalte llegó y dice: á informar
Vengo Señor del espantable hecho,
Aunque certinidad no se ha tenido
Quien el atroz insulto ha cometido.

Verdad es que han faltado unos Christianos,
Y presúmese que ellos lo hiciesen,
Mas han salido sus designios vanos,
Sin que el efecto á que aspiraban viesén.
Ellos quisiéron con violentas manos
Que tus justos intentos se impidiesen,
Poniendo fuego á la resina y cosas,
Que para hacer la balsa son forzosas.

Dañar no pudo el temerario intento
De la Christiana gente rebelada
La balsa que ha de ser asolamiento
De todo los que vienen en su armada.
Solo resta Señor tu mandamiento
Para con él al agua ser echada,
Y enviar guarnicion de armada gente
Que la defienda y lance fuego ardiente.

Holgóse el Rey y dixo: no difieras
Punto que al agua sea echada luego,
Con que esa gente, naves y galeras,
Mueran en el rigor de armas y fuego.
Yo enviaré gente que á esas gentes fieras
Dome, y conocer haga su ardor ciego,

Ve Muley, envia allá quinientos hombres
De mayor fama, y mas famosos nombres.

Agricalte y Muley sin detenerse
Parten á guarnecer la ingeniosa
Balsa, seguros que tenian de verse
Por ella en una suerte venturosa.
Comienza el pueblo á ayrarse y conmovirse
Para ir, toman armas con furiosa
Rabia, contra la gente baptizada,
Que no sabia deste engaño nada.

Mas puesta al arma estaban aguardando
Una esquadra de Moros que venia
Una blanca bandera levantando,
Quel viento tremolaba y revolvía.
Cien hombres la venian acompañando
De á caballo y de fuerte infantería,
Y en medio un grave viejo se mostraba
A quien todos seguian y él mandaba.

Luego que del real estuvo junto,
Se adelantó, y los suyos se juntaron
Aguardando, y la esquadra en torno á punto
De la bandera que á guardar quedáron.
Fué conocido el grave Moro al punto
De Valerio, el Christano que hallaron
En Carmona, en la cumbre á donde estuvo
Puesto el real que en su prision lo tuvo.

Este las manos puestas, y en el suelo
Las dos rodillas, dice al Rey Christiano:
Señor, á quien el gran Señor del cielo
Regala con su aliento soberano.

Aquel Moro á quien sigue el blanco velo
Es Buceyte, y el Moro mas humano
Que su ley tiene ni jamas se ha visto,
Quien así favorezca la de Christo.

Fui su cautivo el tiempo que he vivido
En cautiverio esclavo allí en Carmona,
De quien tratado con piedad he sido,
Y habido dones de Real Corona.
Y luego que mi inútil vejez vido,
De servir hizo libre mi persona,
Dexándome que solo me ocupase
En hacer lo que solo me agradase.

Desta suerte informaba al Rey Fernando
Valerio, y prosiguiera en sus razones
Sino llegaran del Christiano bando
A la misma ocasion quatro varones.
Danle cuenta que viene demandando
A su Alteza, y le traen preciosos dones,
Manda el Rey que entre, y dada la licencia,
Fué traído Buyarruz en su presencia.

Sacó una caxa de marfil y oro,
Y á los reales pies se fué derecho,
Cruzó los brazos el anciano Moro,
Y la crecida barba llegó al pecho.
De cortesía guardando aquel decoro
Que convenia á la ocasion y al hecho,
El Rey lo hizo levantar, y al punto
Propone así, tocado, y al Rey junto.

Gran Señor nuestro, á quien con larga mano
Favorece el Señor que rige el cielo,

Para que sea del poder Christiano
Todo el Hiberio y el Hesperio suelo.
Carmona me envia á tí, que con humano
Deseo, y de servirte firme zelo,
Quiere poner en el dominio suyo
Sus fuerzas todas y el gobierno tuyo.

Las parias son aquestas, que han corrido
Los seis meses, del término que diste
Para quel pueblo fuese reducido
A dársete del modo que pediste.
Quiéresete entregar con un partido
(Que elige solo en su miseria triste)
Que los dexes quedar en sus haciendas
Seguros de que nunca les ofendas.

Dióseme facultad, que si viniese
Tu Alteza en esto, yo pudiese dalle
Seguro que la villa se le diese,
Y estas llaves que traigo aquí entregalle.
Esto ofrece Carmona, y si pudiese
Mas, te ofreciera mas, sin que se halle
Cosa que sea en contrario á lo propuesto,
Lo qual en fe de su lealtad protexto.

Inclinó la cabeza, y desta suerte
Dio Buceyte á entender que habia acabado
Su legacia, y con callar advierte
Que aguardaba respuesta á su recado.
Levantó el grave rostro el varon fuerte
Propagador del celestial Senado,
Y al Moro que aguardaba su respuesta,
Satisfaciendo á su razon dió esta.

Todo lo que contiene tu embaxada
Se resume en que dándoos mi seguro,
Por mia Carmona me será entregada,
Y quanto fuera señoréa el muro.
Cumpliéndome esa fe, por mí os es dada
Toda seguridad, y os aseguro,
Y tomo á cargo mio vuestra defensa,
Que en bienes ni en persona se haga ofensa.

Besó el Moro las llaves, inclinando
Las rodillas junto al real asiento,
Las dió en su mano al Santo Rey Fernando,
Haciéndole el debido acatamiento,
Al cielo vista y manos levantando,
Lágrimas derramando de contento
Valerio, el bien que deseaba viendo,
Se postró en tierra al Rey así diciendo:

Llegado es ya Señor el dia dichoso,
Ya el cielo quiso que rendido vea
El indómito pueblo belicoso,
Que contra el verdadero Dios guerrea.
El tiempo de mi estado trabajoso
Se acabó, y el quel alma mia desea
Es el que veo, pues veré cumplida
Tu promesa, y la Virgen mia servida.

No dudo que esté puesta en tu memoria
La promesa, Señor, que me hiciste
Quando por dar á mi baxeza gloria
La vez primera hablarte permitiste.
Que de Carmona habiendo la victoria,
Una Ermita hacer me prometiste

A la Madre del Hijo Sempiterno

Quel cielo abrió, y cerró al horrible infierno.

Desta celestial Virgen por quien sales

Siempre victorioso en tus hazañas,

De quien siempre te amparas y te vales,

Y con quien siempre en todo te acompañas.

Desta que traes pintada en tus reales

Banderas, y esculpida en tus entrañas,

Desta pido una Ermita en nombre suyo,

En la cumbre do estuvo el campo tuyo.

Atento el santo Rey al justo ruego,

Del varon santo suspendido estuvo,

Sin poder darle de contento luego

Respuesta contemplándolo se tuvo.

Suspenso quedó todo y en sosiego,

Que ni estruendo se oyó ni una voz hubo

Que alterase el silencio en que Valerio

Puso el restaurador del Reyno Hesperio.

Mas habiendo el intento soberano

Con celestial discurso conocido,

Y que era mas que movimiento humano

El que á Valerio en esto habia movido:

Le dio en el caso facultad y mano,

Dexándolo á su arbitrio cometido,

Mandando que la Ermita que fundasen,

Nuestra Señora del Real llamasen.

Don Rodrigo Gonzalez Giron vino

Por mandado del Rey, aderezado

De gente y armas, y tomó el camino

Con Buceyte y Valerio acompañado,

El uno el templo va á fundar divino,
El otro á quel lugar le sea entregado
En nombre de su Rey, lo qual hicieron,
Y las tres fuerzas en poder le diéron.

LIBRO DECIMOQUINTO.

Guarneciendo las fuerzas de Carmona
Don Rodrigo Gonzalez se detuvo
Lo quel lumbroso hijo de Latona
Diez veces en cercar la esfera estuvo.
Administrando á la Real corona
Lo conveniente que á su cargo tuvo,
Dando á Valerio todo lo importante
Con que pasase en su labor delante.

Puesto en recaudo en todo conveniente
Y dispuestas las cosas por el arte
Que mandaba la osasion presente,
Y mandado le fué del santo Marte,
Dexó la villa á su escogida gente,
Y al ejército parte á darle parte
Al Rey de lo que en nombre suyo ha hecho,
Con que de sí dió el justo satisfecho.

Contóle como habia en las fortalezas
Puesto de guarnicion tantos soldados,
Y á los Moros dexó que en sus riquezas,
Y en sus tratos quedasen amparados.

Como aplacó las bárbaras fierezas
De muchos, que así viéndose apremiados
Del cautiverio con pavor huían,
Y ciegos á la muerte se ofrecían.

De todo estaba dándole al Rey cuenta
Don Rodrigo, y el Rey le estaba oyendo
Con gusto, porque allí le representa
Lo que fué, como estándolo el Rey viendo:
Que eso puede el ingenio á quien alienta
Febo, que váya al vivo describiendo
Lo que fué ó pasó en lugar distante
De la suerte que viéndose delante.

Recibia el invicto Rey contento
Del elegante proceder, y estaba
Sin perderle razon á todo atento
Que semblante ni vista meneaba.
Regalando el divino entendimiento
Que en esto con deleyte se ocupaba,
Sin divertirle mas en este punto,
Una espia á sus pies se inclinó junto.

Gran Señor (dice) el enemigo viene
Por tierra contra tí apriesa marchando,
Y el ancho rio atravesado tiene
Con una balsa ardiente fuego echando.
La gente que la máquina sostiene
Un ejército viene figurando,
Y la que por la tierra le acompaña
En arma puesta cubre esa campaña.

Puesto de aquella parte de Triana
El Maestre, resiste con su gente

Que no pueda seguirle la Pagana
Por tierra, ni allegársele consiente.
La balsa va buscando la Christiana
Flota de gente armada, y fuego ardiente,
Y por trinchera con que sea guardada
Puestas delante quatro naos de armada.

Suspendió al Rey la nueva, y revolviendo
La vista, vió que en arma se ponía
El campo, y que venia decendiendo
Bonifaz con su flota y compañía.
El sabio Rey al punto el caso viendo
Dispuso con prudencia y valentia
Las cosas, previniéndolas de modo
Que en la necesidad se acuda á todo.

En arma la invencible gente puesta,
El designio del bárbaro aguardando,
Que ya sus naves y su balsa apresta,
Y á las Christianas se venia acercando.
De Braxen y Abdulac la órden dispuesta,
Y el modo como el fuego han de ir lanzando,
Agricalte á las naves de pelea
Acude, esfuerza, instruye y señorea.

Por el órden que entre ellos fué tomado
Los unos y los otros con denuedo
Arremeten, con armas el soldado,
Con esperanza y con semblante ledo.
Los otros de quien ha de ser echado
El fuego abrasador, sin tener miedo
Con las manos lo toman, en ardientes
Estopas, y lo arrojan inclementes.

El fuego, el humo, y armas homicidas,
A un tiempo todo comenzó á esparcirse
Por las Christianas naves, ofrecidas
Al duro trance, y no á poder rendirse.
Que libres de temor y en fuerza unidas
Tan principio cruelmente á combatirse
Contra la balsa, y contra los navios,
Llenos de esfuerzo y de temor vacíos.

Puesto en la popa de su nao el valiente
General, la batalla administraba,
Y á veces apagando el fuego ardiente,
Y á veces en la horrible lid andaba.
No habia ocasion á que estuviese ausente,
Ni habia necesidad donde no estaba,
Con este exemplo todos sus guerreros
Hacian lo mismo en el asalto fieros.

Era el clamor, eran las voces tales,
Tal el furor que en todos se encendia,
Y el menosprecio tal de las mortales
Armas, que en medio á Marte suspendia.
Como si todos fueran inmortales
Méno el mas cobarde las temia,
Sin que el espanto de la horrible muerte,
Les retrayese de probar la suerte.

Las naves de los bárbaros lanzaban
Piedras, saetas, dardos, astas, fuego,
Que un punto de hacer esto no cesaba,
Ni á los Christianos daban desosiego.
Las voces y alaridos se mezclaban
En son confuso, y con el humo ciego,

Sin poder verse ni entenderse cosa,
La batalla hacian mas espantosa.

De la balsa crecian las ayradas
Llamas del fiero viento sacudidas,
Y del soberbio bárbaro arrojadas,
A que en las naves fuesen emprendidas.
Con esta luz se vian las aferradas
Naves de fuego y armas combatidas,
Y á los Christianos que en el fiero asalto
Entre todos mostrar su valor alto.

Y á Bonifaz que ardiendo en fortaleza
De un cabo andaba á otro discurriendo,
Con órden disponiendo y con destreza
Las cosas, y á los riesgos acudiendo.
Viéron como saltó con ligereza
En medio andando del combate horrendo
Agricalte, en la nao Christiana echando
Fuego, á batalla á Bonifaz llamando.

El valiente guerrero que su nombre
Oyó, y delante vió el feroz Pagano,
Que le pedia batalla de hombre á hombre,
En su nao donde habia tanto Christiano.
Con el valor igual á su renombre,
La espada aprieta en la derecha mano,
Y en la siniestra el defensivo escudo,
Arremetiendo á él quan presto pudo.

No se detuvo el bárbaro animoso
Que á recibirle no saliese luego,
Con el corage que venia furioso,
Que no le daba punto de sosiego.

Comiénzanse á herir con valeroso
Esfuerzo, mas estando en este fuego,
Los Christianos y Moros acudiéron,
Y el singular combate dividiéron.

De nuevo en todos comenzó á encenderse
El ardiente furor y horrible saña,
En que dexaba claro conocerse
La enemistad que en todos ardia extraña.
Agricalte en el bordo sin moverse,
Contra el Christano ejército se ensaña,
Y él solo á todos hace rostro y hiere,
Solo de todos la victoria quiere.

Está el soberbio Moro confiado
De sí, y que puede él solo á todo el mundo
Contrastar sin que sea contrastado,
Ni aun del poder horrible del profundo.
De armas y de Christianos rodeado,
El valor suyo muestra sin segundo,
Pretendiendo rendir la nao Christiana,
Que contrastaba bien su altivez vana.

Sobre él acude la invencible gente,
Llevando ya los Moros de vencida,
Que revolvian las proas con diligente
Presteza apercibiendo la huida.
El Moro que en su lid estaba ardiente,
El riesgo viendo en que tenia su vida,
Viendo escurrir las naves y dexallo
Sin curar dél ni procurar salvallo.

Con la presteza quel ayrado viento
En el tendido océano revuelve

La fragil onda, y con furor violento
A la parte que quiere allí la vuelve.
Tal el Moro, con presto movimiento
Del navio saltó, y ciego se envuelve
Con el agua revuelta y alterada,
Y á la balsa llegó de gente armada.

Fué recibido en ella del anciano
Y prudente Abdulac, que conociendo
Que la victoria conseguia el Christiano,
Las naves viendo revolver huyendo;
Formó de nuevo el esquadron Pagano,
Armas apriesa y fuego apercibiendo,
Braxen hace lo mismo, y Agricalte
Acude á todo porque en nada falte.

Al horrible combate se aperciben
Instigados de ira rigurosa,
Con flechas, dardos, piedras los reciben.
Con teas que aspiran lumbre pavorosa.
Que los maten ó el agua los derriven,
No reprime su cólera furiosa,
Que al bordo puestos de la balsa aguardan,
Haciendo ápiesa que los fuegos ardan.

Llegáron á la balsa seis baxeles
De Christianos varones ocupados,
Para della lanzar los infieles,
Que tanto en ella estaban confiados.
Los bárbaros con armas y crueles
Llamas se defendian de los ayrados
Christianos, que por llamas y armas entran,
Ganan la balsa, y matan los que encuentran.

Unos al fuego acuden presurosos,
Y otros á los Paganos arremeten,
Que cortados de espanto y temerosos
Forzadamente en huida meten.
Agricalte y algunos animosos,
Aunque en pel-gro, aguardan y acometen,
Queriendo resistir con su desnudo
Los ánimos que no conocen miedo.

Mas habiendo Bernardo de la Gama,
Varon invicto de valor ardiente,
A quien eterno hará la ilustre fama
Miéntras la luz naciere en el oriente:
Habiendo sido en apagar la llama
El principal de la Christiana gente,
Guiado de su próspero destino
A donde estaba Agricalte vino.

Y viendo que en él solo consistia
Alcanzar los Christianos la victoria,
Que con valor constante resistia
Contra el honor de todos y la gloria.
Por la gente rompió que combatia
Con el Moro, que honraba su memoria
La resistencia que haciendo estaba,
Tan sin temor del mal que le cercaba.

Una viga encendida ayrado toma,
Y con fiereza en alto la levanta
Contra el sequaz del pérfido Mahoma,
Que opuesto á todos no movia la planta.
Y descargando en él su altivez doma,
Y las fuerzas y orgullo le quebranta,

Haciéndole pedazos la cabeza,
Que en ella sana no le dexó pieza.

Con sangre y sesos cae rociando
Los pies de su homicida, estremeciendo
La balsa toda, á Betis alterando
En el centro do está el combate oyendo.
Los que con él estaban peleando
El mesmo daño en que le vian temiendo,
Al agua se arrojaban, mas el fuerte
Gama, al caer á muchos dió la muerte.

Los que la punta con Braxen guardaban
Sin aguardar las armas arrojáron,
Y al agua pavorosos se arrojaban,
Donde la muerte que huian halláron.
Abdulac y los bárbaros que estaban
A su órden, tambien desamparáron
El puesto, y en el medio que elegian
Ahogados ó á hierro perecian.

Gama de un cabo á otro diligente
El encendido leño levantando,
Hecho un Alcides derribando gente
Pagana, la victoria habia alcanzado.
La balsa libre de la llama ardiente,
Y de Christianos llena habia quedado,
Y así seguros de poder perdella,
Por suya cantan la victoria en ella.

Las roxas hondas pavorosas iban
Rompiendo apriesa aquellos que la suerte
Dilató un punto mas para que vivan,
Y en el agua á hallar vengan la muerte.

Otros que á tierra deste riesgo arriban
En otro caen mas peligroso y fuerte,
Que es con la gente indómita Christiana
Que la parte guardaba de Triana.

Aquí sin que pudiesen repararse,
Ni Abenjafon les diese algun remedio,
Ni de Achilínó vieses ayudarse
Que del puente ocupando estaba el medio.
De los Christianos vian acabarse
En el seguro y elegido medio,
Libres del agua y balsa, y naos vencidas,
En la tierra á perder venian las vidas.

No es este el mayor daño que sufrian
Los temerosos bárbaros rendidos,
Que á espaldas vueltas sin parar huian,
Del temor vergonzoso poseidos.
Que en alcance hiriéndolos venian
Los del real, que siendo acometidos
Dellos, al punto que sus naos salieron
En campaña á lo propio se pusieron.

Mas detenidos del valor Christiano,
Y contrastado su designio horrible,
Las riendas vuelven; y el ardor Pagano
Que á los principios se mostró invencible,
Sin aspirar al premio soberano
De la victoria huyen del terrible
Daño quel miedo les ponía delante,
Que fuera aunque menor causa bastante.

Tiene Sevilla una alta torre puesta
Junto al sagrado Betis, de admirable

Forma á su fiera inundacion opuesta,
Al tiempo y á su furia incontrastable.
De dos coronas que se ven compuesta,
Que la adornan y hacen agradable,
Y de guardarse aquí el real tesoro,
La torre siempre se llamó del Oro.

Desde aquí puesto el fiero estrago mira
Axartaf, y con tierno sentimiento
De ver como su gente se retira,
Y de Pagana sangre el rio sangriento.
Encendido en dolor, y ardiendo en ira,
A Muley que con torpe desatiento
Llevado del tropel iba huyendo,
Por su nombre lo llama así diciendo.

¿A donde vas Muley? ¿dónde te ausentas,
Y el campo dexas con huída infame?
¿No ves que á mí y á tu linage afrentas,
Y das sujeto que tu infamia aclame?
Ahí entre esas armas violentas
Tu sangre honradamente se derrame,
No quieras vida tan á costa tuya,
S no que haciendo ahí el deber concluya.

Levantó el rostro avergonzado desto,
Conociendo la voz del Rey su tio
Muley, y con turbado y mustio gesto,
Y el pecho altivo de valor vacío.
Se suspendió, y en tal congoja puesto,
Se comenzó á alterar y á cobrar brio,
Que en noble oido, injuria vergonzosa
Es mas que la alabanza poderosa.

Qual acomete al guerreador caballo
En la carrera puesto en competencia,
El alentado espíritu dexallo,
Y correr con flaqueza y negligencia.
Quel ginete acudiendo á reparallo,
Con áspero rigor y con violencia,
La espuela aprieta, y la voz levanta,
Con que al ligero viento se adelanta.

Asi Muley la voz del Rey oyendo,
De su afrenta instigado y conmovido,
El esfuerzo y valor restituyen lo
Quel pecho habia del temor perdido.
A la ahuyentada gente deteniendo,
Al combate la vuelve enfurecido,
Con el orgullo y altivez primera
Que dió principio á la batalla fiera.

Vuelven á los Christianos que venian
En su alcance, y con ánimo esforzado,
Y todas fuerzas, recobrar querian
El puesto que huyendo habían dexado.
Los Christianos guerreros defendian
Perder un paso del que habían ganado,
En esta competencia iba creciendo
De entrambas partes el combate horrendo.

Muley furioso, y Carabé inhumano,
Habul Hacen no menos que ellos fuerte,
Rompian con saña el esquadron Christiano,
Dando á los suyos ánimo á la suerte.
Deste exemplo el mas tímido Pagano
Menospreciaba el miedo de la muerte,

Y peleaba con tan gran denuedo
Como si nunca en él cupiera miedo.

En un peso duraba la batalla
De entrambas partes, sin dexar el puesto
Los Christianos haciendo por ganalla;
Los Moros por morir y no ver esto.
Rompen lanzas, deshacen fuerte malla,
Espadas vuelan por el aire presto,
Paveses, hombres y caballos parten,
Que desta suerte sola se desparten.

Carabé andaba en el combate fiero
De un cabo á otro sin cesar llamando
A singular batalla algun guerrero,
Con voz altiva á todos despreciando.
Mostrábase teñido el blanco acero
En la Christiana sangre, protestando
Que él solo había de teñir el llano
Con ella sin dexar vivo Christiano.

Este Moro que así en la lid se muestra
Despreciador de la invencible gente,
Que alzada lleva la soberbia diestra,
Y contra todos la arrogante frente.
Que con espuela aflige y freno adiestra
El guerrero caballo diligente,
Es uno de los siete que huyéron
A Garciperez que en el campo viéron.

Teniendo aquesta afrenta en la memoria
Esculpida, y el odio siempre vivo,
Que en pecho noble la perdida gloria
Hace el dolor perpetuo y mas esquivo.

Desta infamia en los suyos tan notoria,
Encendido en furor el Moro, altivo
A Garciperez busca en la batalla,
Y fiero dice como no lo halla.

¿Christianos donde está vuestro Christiano?
¿Donde se asconde Garciperez? venga
Que aquí le aguardo, y pruebe mano á mano
Conmigo su valor, no se detenga.
Que si es lo que dice el vulgo vano,
Ahora hay ocasion que lo mantenga,
A campo singular lo desafio
Donde su nombre acabe y viva el mio.

Paró el caballo y la voz á un punto,
El diestro brazo levantando en alto,
Rienda, escudo y alfange apresta á punto,
Previniéndose así para el asalto.
Y porque vió ante sí ponerse junto
Ardiendo en ira, y de sosiego falto
Un caballero, que nombrar oyendo
A Garciperez, le llegó diciendo.

El nombre que tu quieres que hoy acabe
Bárbaro, porque el tuyo tenga vida,
Bien debes de saber, y el mundo sabe
Que es deuda á Garciperez conocida.
Si quieres que tu nombre el mundo alabe,
Que sea tu fama eterna y conocida,
Lo ménos haz que á Garciperez hecho,
Con que daras honrado satisfecho.

Así le respondió el invencible
Don Pedro Ponce, y fiero arremetiendo

Contra el Moro , y el Moro con terrible
Denuedo el brazo levantó hiriendo,
Empieza el uno y otro en son horrible,
Defendiéndose entrambos , y ofendiendo
A golpearse con fiereza extraña
Quel rio suspende y teme la campaña.

Carabé con orgullo y confianza
De su esfuerzo y sus fuerzas tan pujante,
Un golpe á otro presuroso alcanza,
Que un monte deshiciera de diamante.
Mas quando así hiriendo se abalanza
A Don Pedro , Don Pedro en el instante,
En el contrario ángulo se mete,
De do seguro hiere y acomete.

Qual á la nao en alto mar metida
Guarda el sabio piloto con cuidado
Contra la tempestad enfurecida
Del violento mar y viento ayrado.
Que siendo con fiereza combatida
Sin cesar por el uno y otro lado,
Usando de los medios convenientes.
Contrasta al mar y vientos diferentes,

Así con gran cuidado y providencia
De los golpes del bárbaro se guarda,
Y le hiere Don Pedro , y con prudencia
Quando arremete en proporcion le aguarda
Reprime así la bárbara violencia
Que mucho tiempo sin rendirse tarda,
Segun del fuerte brazo recibia
Las llagas y la sangre dél salia.

Estimulado de la horrible furia,
Una maza el cruel bárbaro levanta,
Fixando á un tiempo con ardiente furia
En los estribos una y otra planta.
A vengar su afrentosa y justa injuria
Descarga un golpe con fiereza tanta,
Que si en Don Pedro como dió no diera,
En qualquier otro crudo efecto hiciera.

Mas el valiente Caballero á punto
Que el Moro comenzó su movimiento,
Fué tan presto y estuvo tan á punto,
Que le impidió alcanzar con él violento.
Y frente á frente, y pecho á pecho junto
Quedó con él, y el Moro sin aliento
C yó, saliendo el alma furiosa
Por donde entró la espada poderosa.

Mató á Ceudin, y al renegado Audama,
Que huyendo de Loxa habia venido
Donde á su padre dió á la ardiente llama
Por quel dexar la fe le habia impedido.
Este en su esfuerzo confiado y fama
Contra el fiero leon arremetido,
Donde el castigo Dios le tuvo cierto,
Que hasta los pechos fué de un golpe abierto.

Cayó la infernal anima lanzando
Por la mortal herida, estremeciendo
La tierra, en ella el fiero cuerpo dando
Que de sangre iba un ancho rio vertiendo.
Revuelve el real guerrero procurando
Dar fin él solo al combate horrendo,

Y lleno de corage y confianza
Dirriba, asuela, y mata en su venganza. (rós
Haciendo el mismo estrago en los Christia-
En seguimiento de Don Pedro iba
Muley Bohacen vengando á sus Paganos,
Casi haciendo igual la suerte esquivá.
No son en esto sus designios vanos,
Que por do pasa á muchos hiere y priva
De la vida, y hiriendo y derribando,
Por el Christiano exército iba entrando.

Alfonso Andres, y Pedro Rubio fuéron
Los primeros que el bárbaro ha encontrado,
Que á un tiempo ámbos á dos le acometiéron,
Cada uno ganándole el un lado.
Y aunque con valor alto combatiéron,
Y del uno y del otro fué aquejado
Derribó al uno del caballo muerto (abierto.
De un golpe, y de otro al otro un hombro

Aquí Domingo Gomez acabara
Tu cierto tiro y tu preciada vida,
En tirar flechas tu destreza rara,
Sin igual en tu tiempo conocida.
Si un solo punto Botalhá tardara
En poner él su escudo á la herida
Que Muley te tiró, á quien tiraste
Una flecha que en dicha suya erraste.

Contra el Principe de Africa revuelve
Muley, de ira arrebatado y ciego,
Y á singular batalla con él vuelve
Sin darle el oído un punto de sosiego.

Con el furor que le arrebató envuelve
La enemistad, la afrenta, el zelo, el fuego,
Y todo junto, y viendo á quien le injuria,
Lo precipitan á rabiosa furia.

Y levantando el diestro brazo fiero,
Sin hablarle palabra, apercibido
Del fuerte escudo y del cortante acero,
Le tiró un golpe de hombre enfurecido.
Botálhá lo repara, y con ligero
Movimiento, con otro le acudió
Que si en un monte de diamante diera
Como al escudo de Muley lo abriera.

Hecho menudas piezas vino al suelo,
Que el brazal solo le quedó en el brazo,
Y sin temor, sin ningún recelo
Lo arrojó por inútil embarazo.
Protestando con voz que hiere el cielo
Que igual aquel será el menor pedazo
Que piensa dexar dél, y así furioso
A Botálhá arremete presuroso.

Hiere apriesa el caballo tan ayrado,
Tan sin sosiego y saña tan rabiosa,
Tan de su horrible cólera llevado,
Que ni le espantaba ni detiene cosa.
Ni herido leon tan denodado,
Ni la pisada sierpe tan furiosa,
Como Muley va de ira y saña ciego,
Por la sangrienta vista echando fuego.

No lo recibe con menor fiereza
El Africano Príncipe valiente

A Muley, ni con ménos fortaleza
Se opone á reprimir su furia ardiente.
Y porque no le imputen á flaqueza,
El escudo que trae animosamente
Del brazo lo largó y echó en la tierra,
Y sobre Muley va acabar la guerra.

Muley un hasta apaña presuroso
De duro roble y reluciente hierro,
Que halló junto á sí, y dice furioso,
Con esta vengo tu alevoso yerro,
Con esta, aquese espíritu alevoso
De ese maldito pecho desencierro,
Que no es posible el cielo tu enemigo
Dexar maldad tan grande sin castigo.

Vibró furioso el bárbaro su lanza
Enderezada al Africano pecho,
Que sin mostrar de su valor mudanza
Lo tuvo firme al peligroso estrecho.
Deseando tambien tomar venganza,
En moviendo movió para él derecho,
Dióle un golpe en la lanza con destreza,
Ganó la punta, porque allí es flaqueza.

Cerró con él, y fiero de allí empieza
A herirle por una y otra parte,
Ya por los pechos, ya por la cabeza,
Sin darle espacio, ni valerle el arte.
No tiene sana de las armas pieza
Muley, ni sabe como dél se aparte,
Que sin aliento ya para aguardallo
A la caba se arroja del caballo.

Tras él iba arrojarse el Africano,
Mas A'gaydin poniéndose delante,
De las riendas le asió con la una mano,
Alzando el brazo fiero y arrogante.
Este de Muley era primo hermano,
Siempre contrario suyo, con bastante
Causa, por quel poder y la riqueza
Tratan con menosprecio la pobreza.

Aunque á Muley con odio aborrecia,
Porque con menosprecio lo trataba,
Como el que en mando y bienes le excedia,
Y al Rey y al Reyno con poder mandaba.
Olvidado del odio que tenia
El riesgo viendo en que su primo estaba,
A Botalhá detiene que no vaya,
Ni la victoria con su muerte laya.

Mas el valiente Botalhá encendido
En rabioso furor, de ira instigado,
Sobre él revuelve, y fiero lo ha herido,
Dando con él en tierra atropellado.
Alzáse en esto un bárbaro alarido,
Un confuso clamor desacordado,
Huyen rendidos al temor cobarde,
Sin haber Moro que Christiano aguarde.

Garciperez y el Gran Señor de Lara
Por la parte del muro dan en ellos,
Y la victoria por allí se aclara,
Principio dando de poder rompellos.
Don Nuño mató aquí á Daut y á Huzmara,
Y al valiente Gauli, que defendellos

El solo dixo que podía del mundo,
Sin conocer en él otro segundo.

Abul Abed, hijo del sábio Abdalla,
Diestro en domar caballos Africanos,
Que junto á sí á Garciperez halla,
Que á sus pies muerto habia dos Paganos.
Confiado en su alfange, escudo y maila,
En su brioso esfuerzo, y fuertes manos,
No rehusó con él probar la suerte,
Mas quedó por despojos de la muerte.

Por el mismo lugar le dan rebato
Sin que á sus golpes se resista hombre,
Don Lorenzo y el fuerte Gallinato,
Y el que ilustró de Alfaro el claro nombre.
Saña mora ni bélico aparato
Dexan en pie, ni Moro que no asombre
Los golpes, muertes, el estrago fiero
Que haciendo en ellos va el Christiano acero.

Crece el furor, crece el rigor de Marte,
Y el temor en los bárbaros medrosos,
Que sin defensa el campo se reparte
Y á la huida acuden presurosos.
Aquejados por una y otra parte
De los Christianos fuertes y animosos,
Que hiriendo y matando los siguiéron
Hasta que en el castillo los metiéron.

El de Eucles en la parte de Triana
Los apretaba de la misma suerte
Con su invencible compañía Chris tiana,
Que menosprecia su valor la muerte.

Que viendo recogida la Pagana
Gente, ya sin osar probar la suerte
Tocar á recoger mandó, imitando
Los del Real que se volvian marchando.

Llenos de gloria victoriosos llegan
Al real, donde el Rey estaba puesto
Al paso, al qual humilde se le entregan,
Y él los recibe con alegre gesto.
Y como los privados se le allegan
El grave caso hacen manifesto
Con la sangre, las armas abolladas,
Tintas en ella, y rotas las espadas.

La gente acude de las naves luego,
Y Bonifaz delante á presentalla,
Contándole el cruel desasosiego
En que le puso la naval batalla.
Muestrale á Gama apagador del fuego,
Que fué principio de poder ganalla,
Dándole á todos la debida gloria,
Sin solo á sí aplicarse la victoria.

De oir á todos, y de ver presente
Hazaña tan heroyca y milagrosa
Tan digna de alabar por excelente
De todos la virtud maravillosa.
En medio puesto de una y otra gente,
La lengua que destila miel sabrosa
Movió, y mirando á una y otra parte
Así prosigue el sacrosanto Marte.

Quando quiera deciros la grandeza
Del valor vuestro, ó inclitos varones,

El esfuerzo inmortal, la fortaleza,
Faltará ingenio en mí y propias razones.
Si en quanto ilustra el sol con su belleza
Desde nuestras Athlanticas regiones
Vuestra gloriosa fama es conocida,
Y vuestra espada bélica temida.

Que podré yo decir de vuestra gloria
Si vuestros altos hechos testifican
Lo que demanda copiosa historia,
Y á la fama inmortal se los aplican.
Ella los cante, y dellos dé memoria,
Qual ellos mismos su loor publican,
Sin que la invidia ni el olvido puedan
Que á la fuerza del tiempo no precedan.

La victoriosa suerte que hoy tenemos
Por vuestro esfuerzo habida, y vuestra espada,
La campaña que vuelta en sangre vemos,
Y de bárbaros muertos ocupada.
El Betis, que aun apenas conocemos
Su clara onda, en roxo humor trocada,
Donde el ingenio y bárbara fiereza
Deshizo vuestra inmensa fortaleza.

Aunque no es aquesta gran hazaña
La mayor de las vuestras es loable
Por ser la industria de la balsa extraña,
Y el riesgo de los nuestros tan notable.
Y no es de ménos gloria para España
La de tierra, ni es ménos admirable,
Y de inmortal renombre para otros,
Lo que es sola alabanza de vosotros.

De todo ésto, qué en presencia vuestra
(Aunque me acorto) justamente digo
La hazaña de hoy da clara muestra
Del miedo en que dexais vuestro enemigo,
El santo y justo intento que os adiestra,
Y el valor alto al fin que aspiro y sigo
Me dan seguro , que de verse espera
En su alta torre mi real bandera.

Esto no puede mucho diferirse
Si con maduro acuerdo lo advertimos,
Y as debe en razon de presumirse,
Pues con tantos estragos los seguimos.
Del maestre no pueden resistirse,
Que en Triana por freno les pusimos,
Desta parte ya veis qual los tenemos,
Y el daño que continuo les hacemos.

Cada dia sus fuerzas apocamos,
Y las nuestras se aumentan cada dia,
Ni por agua ni tierra los dexamos,
Ni de librarse el cielo les da via.
Con esto solo amigos que advirtamos
Entenderemos quel Señor nos guia,
Cuyo brazo quebranta la potencia
Del que á su iglesia niega la obediencia.

Mil exemplos truxera milagrosos
Si el tiempo y la ocasion lo permitiera,
Y con ménos trabajo y mas ociosos
En regalada quietud os viera.
Mas estais aunque alegres y gloriosos,
Cansados de una lid tan larga y fiera,

Y un trabajo tan largo y tan pesado,
Mas obliga al reposo que al cuidado.

Así le dixo á su invencible gente
El defensor del celestial imperio,
Que con prudencia y animo excelente
Regia las cosas que hacia el misterio.
Estimulado del cuidado ardiente
En que vivia de su Reyno Hesperio,
Habiendo en todo á todos prevenido,
A su tienda real se ha recogido.

LIBRO DECIMO SEXTO.

Cubrió la sombra que sucede al dia
Hombres y plantas, montes y animales,
Principio dando á su nocturna via
Cinthia, y las bellas formas celestiales.
Con la tiniebla y frialdad venia
El Cinmerio reposo á los mortales,
Trayendo aquel letheo y suave engaño
Con que del duro afan se olvida el daño.

En quieto silencio el mar y el viento
Estaba todo, y en reposo el mundo,
Solo Axartaf, su ardiente pensamiento
No le dexa en un mar de ansias profundo.
De su Reyno ve el cierto asolamiento,
Su destrucción ve y daño sin segundo,

Ve herido á Muley con tanta afrenta,
Muertos los que tenia en mayor cuenta.

Deste horrible cuidado combatido,
Gimiendo amargamente el duro daño,
Al temor el espíritu rendido
El triste Rey en un pavor extraño.
Del cauto Hacen aquesto conocido,
Como en quien la discordia y falso engaño
Traiciones y homicidios se alvergáron,
Y en quien quantas maldades hay se halláron.

Viendo ocasion á su deseo oportuna,
Y á la venganza de su ardor zeloso
Contra Muley, que sin defensa alguna
Tenia consigo á quien le trae penoso.
Sin acudir á mas que á su fortuna,
Su natural siguiendo sedicioso,
Olvidado de todo lo que obliga
Al que de amor padece la fatiga.

Lleno de sangre, como el que en la rota
Se halló, y aunque vivo habia escapado,
Hecha pedazos la trabada cota,
Roto el escudo y el arnes tranzado.
Así por dar con esta insignia nota
Que habia acudido á lo que está obligado,
Ante el Rey se arrodilla, y desta suerte
Propone el Moro cauteloso y fuerte.

Bien quisiera venir á tu presencia,
O gran Señor, cargado de despojos,
Dexando del contrario la potencia
Desecha, qual la nuestra ante tus ojos.

Mas el cielo con libre preeminencia
Le da al Christiano glòria, y á tí enojos,
El porque él lo sabe, aunque yo espero
Que ha de mudar de acuerdo tan severo,

Que no debe creerse que no sea
Tambien á nuestra gente favorable,
Pues no con ménos ánimo pelea,
Ni en la virtud es ménos admirable.
Esto hará la obra que lo crea,
Y el hado en favor tuyo incontrastable,
Que lo de hoy fué un no entendido efeto
Que al cielo es reservado su secreto.

Mas aunque nos parece incomprehensible
A la grabeza del humor terreno
Alcanzar lo que al hombre es imposible
De su torpe ignorancia estando lleno:
Muchas veces, Señor, se ve visible
Lo que se asconde en el celeste seno,
Y se sabe, se trata y comunica,
Y qual vulgar suceso se platica.

Las cosas á los hombres tan secretas,
Suelen las celestiales impresiones
Comunicarles y hacer profetas,
Y dar de cosas por venir razones.
Unas por terremotos, por cometas,
Otras por sueños, otras por visiones,
Qual yo, de una revelada he sido
Del miserable caso sucedido.

Suplicote Señor, que estés atento
Sin divertirte un punto de escucharme

El admirable y verdadero cuento,
Quel gran Profeta quiso revelarme.
Que de los tuyos viendo el perdimiento
Ayudarte acudió con avisarme
De la oculta ocasion en que consiste
El daño todo del suceso triste.

Quando el combate con mayor fiereza
Entre los nuestros y el Christiano andaba,
Donde el valor, esfuerzo y fortaleza
Hacia el deber, y en un igual estaba,
Ni en el Christiano invicto la destreza,
Ni en el valiente Moro el brio faltaba.
De suerte que si daño nos hacian,
No era menor el que ellos recibian.

Andando pues así qual voy contando
Con nuestros enemigos defendiendo
Tu derecho, á mil dellos muerte dando,
Y mil muertes nosotros recibiendo.
En nuestra gente fué el valor menguando,
Y el ánimo igualmente enflaqueciendo:
Dexamos la batalla que tuvimos
Por nuestra, y con huida revolvimos.

Muley que solo habia con su mano,
Sin que poder al suyo resistiese,
Dado muerte á un gran número Christiano
Huyó sin que el honor le reprimiese.
Oyó tu voz, volvió el temor Pagano
En esfuerzo, hizo al campo que volviese
A la batalla con tan gran denuedo
Que traspasó en el Christiano el miedo.

Desta vuelta sin duda fuera tuya
De la victoria el premio glorioso
Que la fortuna pone á cuenta suya
Por un camino extraño y espantoso.
Que si presto no haces que concluya,
Acabará tu reyno poderoso,
Segun el Gran Profeta, que esto siente
Me dió á entender á mi personalmente.

Yendo revuelto en el sangriento asalto,
Sirviéndote qual es oficio mio,
Procurando no ser en nada falto
Al que mas su valor mostrase y brio,
Una figura desde el cielo alto
Baxó, de extraña forma y atavio,
Cubierta toda de un lúgubre velo,
Que le hondeaba el presuroso vuelo.

El rostro y las espaldas le cubria
El cabello, y la barba el ancho pecho,
Un mundo en la una mano sostenia,
Todo á la parte occidental deshecho.
Asióme, y luego de una niebla fria
Me cubrió en torno, y del combate estrecho
Me sacó, y en ayre suspendido
Me dixo así, despues de un gran gemido.

No te suspenda ni te cause espanto
La extrañeza que ves Hacen amigo,
Yo so el que fué vuestro Profeta santo,
Que vuestra parte favorezco y sigo.
Vengo que ya no puedo sufrir tanto,
Ni es justo que el Christiano mi enemigo

Triunfe del bando que mi nombre adora,
Por la mágica fuerza de una Mora.

Desta procede quanto mal le viene
Al poderoso Axartaf, y en esta
El Rey Fernando mas potencia tiene,
Que en la hueste que en campo tiene puesta.
Y así al Rey vuestro en esto le conviene
Si ver no quiere su ruina presta,
Con muerte ó con prision quitar de en medio
A Tarfiray no tiene otro remedio.

Ella con su sortílega potencia
Hoy la vitoria ha dado á los Christianos,
Rindió á las armas la mortal violencia,
Apagó el fuego con sus propias manos.
Y ahora en la animosa resistencia
Que volviéron haciendo los Paganos,
Amedrentados la batalla dexan,
Que infernales ministros los aquejan.

Quando me dixo esta razon postrera
La espesa nube hizo que se abriese,
Y á donde andaba la batalla fiera
La vista me mandó que revolviese:
Hicélo así, y nunca Alá quisiera
Que tal desdicha con mis ojos viese,
Sino que allí ó entre el Christiano acero,
Viera acabar la vida mia primero.

Por que si hubiera (ó Rey esclarecido)
De contar el suceso miserable,
No dudo te tuviera suspendido,
Como á mí muerto el caso lamentable.

Que á quien qual yo al fuerte Muley vido
Ser al poder Christiano incontrastable,
Matar millares dellos, y en un punto
Vello huir y el campo con él junto.

Verlo oyendo tu voz con tal denuedo
A la batalla hacer volver su gente,
Y en ella entrar de nuevo tan sin miedo
Qual siempre fué su corazon valiente.
Hacer las cosas que decir no puedo
Sin gran dolor, y el alma no consiente
Que diga mas, que casos tan amargos
Piden remedio y no discursos largos.

Y mas en este en donde estuvo
El peso todo de tan gran vitoria,
Que Tarfira aguardó con presupuesto
De darle á su Africano Rey tal gloria.
Lloroso de tu daño manifesto,
Y de que honrase al Moro tal memoria,
Al Profeta pedí que me dexase,
Y acabar con los tuyos me baxase.

Mas tomando la mia con su mano,
Con mustio rostro y triste sentimiento
Respondió: ya el remedio en esto es vano,
Que es sin reparo el fiero rompimiento.
Poder divino y brazo soberano,
No fuerza humana ni terrestre aliento
Redimir pueden pérdida tan grande,
Ni atajar que á mas daño se desmande.

Yo tengo á cargo en eso lo que importa,
Y yo al remedio acudiré importante,

Que en mí igualmente que en vosotros corta
Del Christiano la espada triunfante.
Presto vereis como el furor reporta
Sin que prosiga en su deseo adelante,
Ve tú á Axartaf y dile lo que digo,
Que yo le vengaré de su enemigo.

Diciendo esta razon, la congelada
Nube se revolvió con repentino
Movimiento, y con ira desatada
Por el ayre conmigo hizo camino.
Y qual la seca arista arrebatada
En alto del revuelto torvellino,
Tal me truxo, y sin darme algun espacio
Me puso dentro en tu real palacio.

Fuera de mí confuso y temeroso
Quedé, lleno de horror, alto el cabello,
Mirando á todas partes pavoroso,
Sin poder entenderme ni entendello.
Mas siendo del espíritu glorioso
Esforzado, y forzado á obedecello,
De lo que me mandó te he dado cuenta
Y en su nombre la do, y por él la asienta.

Con un fingido y congojoso miedo
Hacen dió fin á su invencion extraña,
Dexando al Rey el cauteloso enredo
Fuera de sí creyendo tal patraña.
Y envuelto en confusion y en llanto acedo,
Que lo uno y lo otro le acompaña
Al que tan ignorante y ciegamente
Oye y cree, no qual oye y cree el prudente.

Deste hierro proceden muchos males,
Y muchos malos son favorecidos,
Trátanse mal los justos y leales,
Trátanse bien los falsos y fingidos.
Los honores y asientos principales
Son destos, y estos son los admitidos,
La virtud, la lealtad y la nobleza
Tratada con desprecio y aspereza.

Hacen lleno de engaño y de cautela,
En ocasion tan grave y tan forzosa,
Confiado en su ingenio al Rey revela
Una tan nueva y no creible cosa.
Que oyendola, ni el canto ardid recela,
Ni advierte con prudencia cautelosa
Si pudo ser ó no, mas ciego en todo
Creyéndolo responde deste modo.

O amigo Hacen á quien el cielo santo
Ama, y el gran Profeta es tan amigo
Que del combate y marcial quebranto
Al cielo se subió á hablar contigo.
Pues tanto puedes y mereces tanto,
¿Qué no haras? ¿qué no podras conmigo?
Haz y ordena las cosas de la suerte
Que pide la ocasion y Alá te advierte.

Del dedo al punto se sacó un anillo
En que el sello real traia estampado,
Y despues de avisallo y prevenillo,
De su mano á la suya se lo ha dado.
Y porque no dexase de admitillo
Muley, mandó que fuese acompañado

De Cayde, Bacalud, Celin, Bugima,
Y de Abdulac, que el fiero orgullo oprima.

Alegre el cauto Hacen de verse puesto
En donde su deseo le pedia,
Del Rey se aparta, y parte á buscar presto
La Mora, que aun su nombre aborrecia.
Determinando de hacer en esto
Quanto poder el Rey le concedia,
Si huyendo Tarfira de su gusto,
Con desden lo tratase ó con disgusto.

Iba resuelto de vengar su injuria
En Muley Bohacen, si se pusiese
En defender la que su honor injuria,
Y el remitirla qual desea impidiese.
Llevado así desta zelosa furia,
Sin que descanso á su cuidado diese
Llegó á la casa, y sin parar en nada,
De gente y armas toda fué cercada.

Ni le reprime la real grandeza
De Muley, ni el blason que ve á la puerta,
Insignia que denota su nobleza,
Conocida de Hacen, y á nadie incierta.
Confiado en el mando, con fiereza
Mandando hizo que le fuese abierta,
Entró dentro, pregunta por Tarfira,
Y á su aposento llega ardiendo en ira.

Ya á este punto habia la voz llegado
A Muley, del forzoso atrevimiento
Del esquadron de gente aderezado,
Que á Tarfira cercaba el aposento.

Y aunque herido y todo desangrado,
Desnudo sale como está al momento;
Pide razon del caso, Hacen le cuenta
Todo el suceso, y lo que el Rey intenta.

Muestrale el real sello, Muley pide
Que vuelva al Rey, y diga que él la lleva,
Que él se la llevará, y á otro lo impide,
O de su muerte llevarán la nueva.

A Muley dice Hacen: el tiempo mide,
Busca otra ocasion para esa prueba,
No te canses, que el Rey manda llevalla,
O ha de ir, ó ante tí despedazalla.

Si el mundo todo al hecho se conspira,
Si el infernal abismo se conjura,
Si el cielo ardiendo en espantable ira
Lo que tu dices que harás procura.
Primero que se ofenda á mi Tarfira,
Primero que perder su hermosura,
El mundo asolaré, y el hondo abismo,
Dice Muley, y al cielo haré lo mismo.

Furioso á las armas arremete,
Aunque herido, con valor constante,
Y con tan fieros golpes le acomete
Que un monte deshiciera de diamante.
De la estrechez y aprieto en que se mete
Haciendo fuerza por pasar delante,
Sin brotar sangre no quedó herida
Cómo quando ve un muerto á su homicida.

No con ménos valor sobre él revuelve
El Africano Hacen, que amor y zelo

Le precipita, esfuerza, ayra, envuelve
En nueva furia, y en menor rezelo,
Zayde á Hacen, Celin á Muley vuelve,
Los demas les abaten por el suelo
Los alfanges, trabándoles los brazos,
Con ruegos unos, y otros con abrazos.

De todos impedidos se apartáron
Los dos guerreros, y Muley cansado
De forcejar, lañ fuerzas le faltáron
Y cayó sin sentido desmayado.
Que las recientes llagas le brotáron
Tanta sangre, y el golpe que habia dado
Del caballo en la zanja, le pusieron
Tal, que todo esto junto lo rindiéron.

Bugima y Bacalud lo recibieron
Al caer en sus brazos con firmeza,
Y en sus dos capellares lo pusieron
Llenos de espanto y muertos de tristeza.
Celin y Zayde y Abdalac se fuéron
A darle cuenta al Rey de la extrañeza
Del admirable caso, y la otra gente
Quedó á Hacén, que su opinion sustente.

Sin darle alteracion, ni el intrastable
Pecho, mostrar del caso sentimiento,
Que piensan los crueles que es loable
A la piedad no darle acogimiento.
Con infernal espíritu implacable
Prosiguiendo en su horrible pensamiento
A Tarfira de un brazo asió, diciendo,
Con voz soberbia y con semblante horrendo,

Pues no ha podido mi amoroso ruego
Mover tu dura obstinacion un punto,
Ni mi fatiga ni mi ardiente fuego,
Ni la muerte que ví por tí tan junto.
Ahora que veo luz, y no estoy ciego,
Que tengo vida, y ya no estoy difunto,
Ahora quiero que conozcas claro
Tu altiva ingratitud y tu odio avaro.

El Rey me ha dado facultad que pueda
Premiar tu insolente desvarío,
Que te dé muerte, ó vida te conceda,
Eso remite á solo el querer mio.
Si el gusto tuyo hacer el mio no veda,
Si á mi querer no acudes con desvío,
Verás en tí una gloriosa suerte,
Y en excediendo una espantable muerte.

No te suspendas mas ni te diviertas,
Dame respuesta en esto que te pido,
Y pues á tiempo estás, mira que adviertas
Lo que me debes, y lo que he sufrido.
Quantas cosas te he dicho serán ciertas,
No te impida temor ni amor fingido,
Mira que la venganza en casos tales
Mueve los corazones mas leales.

Viendo Tarfira lo que el Moro intenta,
Y la fuerza que hace por llevalla,
Habiendo estado á su razon atenta,
La suya dá queriendo así atajalla.
Si todo lo que aquí me representa
Tu libre voluntad, y en tí se halla,

Y el poder que te ha dado el Rey te anima,
Ni me conmueve á mí ni desanima.

Otras veces en este mismo efeto
Has hablado conmigo, y siempre fuiste
Respondido de mí, que está sujeto
Mi corazon á aquel que siempre oiste.
Y ahora puesta en este duro aprieto,
Amenazada con la merte triste
Vuelvo á decir, que ni el honroso premio
Podrán conmigo, ni el mortal apremio.

Executa el poder que el Rey te ha dado
En mí, como en Muley á quien has muerto:
Haz tu soberbio corazon vengado
Y el odio que en él tienes encubierto.
Que el cielo que me pone en tal estado
Por lo que él sabe, sabe claro y cierto
Tu horrible trato, tu infernal crueza,
Tu engaño y tu infiel naturaleza.

Y él pues me priva de poder vengarme
Con este brazo que tu mano aprieta,
En darme esfuerzo no podrá faltarme
Para morir sin ser á tí sujeta.
En esta fé constante has de hallarme
Sin que el temor, ni tu maldad secreta
Tuerzan mi casto ánimo de aquello
Que á mi suerte es debido defendello.

De aquesa vana fé (respondió fiero
El soberbio Hacén) habrás el pago
Que por tu afrenta y tu disgusto quiero
Hacer mi gusto, pues por él lo hago.

Tarfira replicó, verás primero
Que llegue á ver tan afrentoso trago
Tu justa muerte, que el honor me esfuerza
Y suple en esto el ánimo á la fuerza.

Con el siniestro brazo le rodea
El fuerte Moro la cerviz rosada
A la bella Tarfira, que se emplea
En la defensa sin rendirle nada.
Y porque el fiero bárbaro no vea
Cumplir su gusto, y dexe deshonrada,
Con ánimo defiende su pureza,
Dando fuerza el honor á la flaqueza.

Al ruido, á las voces, al estruendo
Los dos que á Muley tienen compañía
En el desmayo, acuden entendiendo
No la maldad que cometer queria.
Y á Tarfira y Hacén trabados viendo,
Que ella dél con valor se resistia,
Y á el que asido della procuraba
Lo que animosamente ella negaba.

Estaba el fiero bárbaro tan ciego,
Tan fuera de razon, tan sin sentido,
Que de Celin ni Zayde valia el ruego
Ni daba á voces ni al clamor oído.

De su furor sentia solo el fuego,
Y así él solo sin valor rendido,
Sin refrenar la detestable furia
Vólvio el amor en fuerza, oprobrio, injuria.

La bella Mora, aunque no rendida
Del ánimo, que en ella era invencible,

Andaba ya de fuerza enflaquecida,
Porque el contrario en ella era terrible.
Esforzabase viéndose ofendida,
Su venganza haciéndola posible,
Que la honra en estrecho nunca duda
Que ha de vengarse aunque le falte ayuda.

Sin valer con el Moro cosa alguna,
Ni reprimir su ánimo obstinado,
Quiere así contrastar á la fortuna,
Y haber el premio que le habia negado.
Viendo que le ase Zayde y le importuna,
Que de Celin tambien se via trabado,
Tiró de todos, blasfemando al cielo
Y con ella y con ellos dió en el suelo.

Qual suele el feroz-toro al animoso
Y fuerte alano, que lo tiene asido,
Que sin dexarlo, con ardor furioso
Lo aqueja, y trae sujeto y afligido.
Que lleno de fiereza con rabioso
Impetu, en saña y cólera encendido
Con brazos, piernas, pecho, cuerno y frente
Lo despide, y con ánimo valiente.

Tal el fiero Hacen ardiendo en ira
A Zayde y á Celin de sí sacude,
Y á la afligida y misera Tarfira,
Que ya á los ruegos de muger acude.
El oido, el cruel bárbaro retira,
Y sin que dél proposito se mude,
El pie á Tarfira puso en la garganta,
Y alfange y brazo con furor levanta.

Vuelven sobre él los Moros á impedille
Que el fiero golpe no descargue en ella,
Y con ruegos de nuevo á persuadille
Que su valor no emplee en ofendella.
Ni á ellos oye, ni á ella quiere oille,
Ni ruegos ni clamor su ira domella,
Dando voces que dél se desviasen,
Y libre el brazo que le asian dexasen.

En esto estaban con el Moro fiero
Los dos piadosos Moros, resistiendo
Que no alcanzase del tajante acero
En la hermosa Mora el golpe horrendo.
Quando el Rey llega, y Abdalac el primero
De Hacen la fiera condicion temiendo,
Como él que bien su pretension sabia,
Y el odio della y el zelo en que se ardia.

Acompañando al Rey venia delante
Recelando del bárbaro el efecto,
Que el zelo y el desdén en un amante
Hacen dexar de serlo al mas perfecto.
Qual este que volviéron de diamante
El tierno pecho, al dulce amor sujeto
Los desdenes y zelos, y esta injuria
Su amor convierten en rabiosa furia.

Como al soberbio Moro Abdalac vido
Pisando el cuello de la Mora bella,
Y en alto el fuerte brazo suspendido
Por los dos Moros que hacian por ella;
Para ellos corrió despavorido,
Diciendo: dexa fiero de ofendella,

Que el Rey viene á impedir tu crudo intento,
Y á que cese tu horrible atrevimiento.

Levantó el rostro el bárbaro inhumano
A la voz , y al Rey vió con su sobrino,
Largó á Tarfira , y con semblante ufano
A donde estaba el Rey diciendo vino:
De Muley se ve en esto el furor vano.
Que quiso con soberbio desatino
Contra el celestè mando y querer tuyo
Contrastar el terrestre poder suyo.

Axartaf no le da respuesta alguna,
Y Hacen con su habla no prosigue,
Que teme si con ella le importuna
A ira como á lastima le obligue.
Tarfira , amancillada en su fortuna
Quejándose de Hacén sus pasos sigue,
Pide justicia al Rey , dándole cuenta
De su historia , y lo que el Moro intenta.

Oyela el Rey , y como ya venia
De Abdalac informado largamente
De lo que el Moro della pretendia,
Duda con pensamiento diferente.
Discurre la ligera fantasía
Por mil discursos que le trae presente
El caso , y sin poder comprehendello
Ni osa culpar al Moro ni absolvello.

Sus penso el afligido Rey no sabe
El órden elegir para que acierte,
Ni si dexe á Hacén , ó si lo acabe,
Ni si le crea la divina suerte.

Sosiego en su alma ni quietud no cabe,
En tanta duda y en dolor tan fuerte
Gime viendo á Muley hecho despojos
De la muerte, y de humor cubre sus ojos.

Dudando en esto, y suspendido desto,
Quedó Axartaf en su profunda guerra,
Con extremos haciendo manifesto
El sentimiento que su alma encierra.
Quando Muley con demudado gesto
Levantó el cuerpo todo de la tierra,
Abrió los ojos que cerró la muerte,
Y al Rey su tio dice de esta suerte:

Tendras, ó Rey, por admirable cosa,
Despues de muerto ver mi nueva vida,
Que bien considerado es prodigiosa,
Y para dar horror aun siendo oida.
Quanto mas quien la ve, y esperar osa
Con animo y constancia no rendida
Qual tú, y á un hombre habla que no tiene
Vida, y del otro mundo á hablarte viene.

La causa es desto á solo prevenirte,
Que con descuido vives y engañado,
Y de lo que te importa apercibirte,
Si en vida quieres conservar tu estado.
Esto me manda una Deidad decirte,
Que teniendo de tí y de mí cuidado,
A tu remedio acude por el modo
Que de mí te será informado todo.

Viendo la injuria que á mi honor y nombre
Hacen hacia con tu nombre y sello,

En que ni á tu grandeza ni renombre
Era debido en tal obedecello.

Movido, y no de espíritu de hombre,
Me opuse sin estar para hacello
Por las recientes llagas que tenia,
Y por la mucha sangre que vertia.

Mas estando en mi cama desta suerte
Sin valor para hacerle resistencia,
Mas para el trago de la dura muerte,
Que para entrar con él en competencia.
Oí una voz que dixo: Muley fuerte,
No sufras que se haga tal violencia
A Tarfira, sal presto que ese injusto
Engaña al Rey por solo hacer su gusto.

No dexes que en un casto pensamiento,
Tan encendido en inmortal pureza
(Qual sabes bien, pues siempre á tu tormento
Ha resistido con tan gran firmeza)
El desleal Hacen su falso intento
Cumpla; y desflore con bestial fiereza
El casto honor que tanta estima tiene,
Y ella con tanto ánimo mantiene.

Desta voz instigado salí fuera,
Pedile que Tarfira iria conmigo
A cumplir tu mandado, y quel se fuera
Que luego al punto me veria contigo.
No vino en esto, y con la muerte fiera
Le amenazó, y que en un cruel castigo
Primero le daría que dexalla,
Porque venia á esto ó á llevalla.

Acudí á la defensa apercibiendo
Las armas que el furor me dió á la mano,
Con justo intento, el falso resistiendo
De ese insolente bárbaro Africano.
Con quien andando en el combate horrendo
Perdí el aliento, quel sugeto humano
No puede en tanto daño recibido
Resistir mas, sino caer rendido.

Rompió la estrecha ligadura el alma,
Las tinieblas los ojos me cubrieron,
El alfange aflojó la diestra palma,
Los vitales espíritus muriéron;
Y el alma que en el mundo tanta palma
Ganó, y en guerra tanto honor le diéron,
Al punto que empezó á hacer camino
Asió della un espíritu divino.

Quien fuese no sabré significarte,
Ni con lengua mortal encarecello,
Ni su beldad qual era figurarte,
Mas que decirte que era un joven bello.
No tenia de cosa mortal parte,
Ni su rostro ocupaba el primer vello,
Venía adornada la inmortal figura
De las partes que Apolo se figura.

Traia una ropa verde matizada
De inmortal oro y piedras relucientes,
Por los anchos espacios adornada
De celestiales formas refulgentes.
Una sierpe en los pechos dibuxada,
Acometida de Christianas gentes,

Y á los pies unas letras que decian,
Ellos lo acabaran si así porfian,

De mí ha sido el espíritu glorioso
Rompiendo el ayre con ligero vuelo,
Qual el ave del Jove poderoso
Quando al Troyano Joven subió al cielo.
Dió conmigo en un valle deleytoso
Que ni en el cielo estaba ni en el suelo,
Entre entrambos dos orbes sostenido,
De gloria y de deleyte enriquecido.

Aquí de hojosos árboles compuesto,
Y de agradables fuentes que corrian,
Se via adornado el soberano puesto,
Y de almas ilustres que se vian.
Que sin cuidado ni temor molesto
Por los floridos prados discurrian
En dulces coros y en alegres fiestas,
Muchas de yedra y de laurel compuestas.

En lugares distintos se mostraban
Un gran numero en cosas diferentes,
Unas ligeros corzos acosaban,
Y otras los javalies y osos valientes.
Otras en blandos ocios se espaciaban
Entre las flores y sonoras fuentes,
Sin acudir á mas que en este oficio
Ocupar su memoria y exercicio.

Quedé de la extrañeza suspendido,
Sin hacer otra cosa que admirarme
En mirar fuentes, valies, montes, exido,
Y tantas almas de que via cercarme.

Que la Deidad que allí me habia subido
De todo viendo así maravillarme
Llegándome á los bordos de una fuente
A las demas en todo diferente.

Ocho columnas de alabastro y oro
A lo Mosayco y Jonico labradas
Tenian un techo que valia un tesoro
Las piedras que por él se vian sembradas.
El golpe de agua que salia sonoro
De seis Ninfas de Pario relevadas
El medio de la fuente ancha ocupando,
Por los pechos la fresca agua lanzando.

Un grande estanque estaba junto della,
Que de la fuente el agua recibia,
Sin que al pasar pudiese nadie vella
Porque la tierra el paso le cubria.
De aqueste el monte, el prado, y selva bella
Sin cesar se regaban noche y dia,
Y despues en un rio se convierte,
Que por el largo término se vierte.

Al punto que llegamos á esta fuente
La celeste Deidad que me guiaba
En medio me lanzó de su corriente,
Que me hundi6 donde su centro estaba.
De aquí me arrebatáron velozmente
Sin saber quien, aunque conmigo hablaba,
Y despues que en un baño me laváron.
Al estanque que digo me lleváron.

Al bordo estaba del estanque puesto
El glorioso joven, aguardando

Que me arrojara fuera el curso presto,
Mi humanidad (qual él decia) lavando.
Porque dexando de hacerse esto
La gloria que se estaba allí gozando
A nadie puede serle concedida,
Y por Mahoma á todos defendida.

Luego que dexé el agua y salí fuera,
La mia tomando con su diestra mano
El joven, me habló desta manera,
Con blanda risa y con semblante ufano :
Muley no dudo que en congojosa fiera
Te ponga el caso oculto y soberano,
Y te admire el lugar que no se alcanza
Si muerte y vida no hacen tal mudanza.

Desto que has visto el gran secreto dexo
Reservado á otro tiempo en que lo diga,
Porque de ver (si puede ser me aquejo)
A tu tio Axartaf en tal fatiga.
Deste cuidado punto no me alejo,
Porque Hacen su intento no consiga,
Y con engaño tal al Rey engañe,
Ni con tal nombre á Tarfira dañe.

Ve luego al Rey, y dile que yo digo
Que soy quien ves, que ese traydor procura
Su destruccion, que con mortal castigo
Su atrevimiento pague y su locura.
Y que en la nube no se vió conmigo,
Ni lo saqué de la batalla dura,
Quel huyó della, y dado aqueste aviso
Vente á gozar de nuestro paraíso.

Esta razon diciendo Muley fuerte,
Con un mortal desmayo vino al suelo,
La boca y ojos le cerró la muerte,
Cubriéndolo de un pálido y frio hielo.
El Rey quedó admirado de la suerte,
Lleno de horror y triste desconsuelo,
Los demas en suspenso encogimiento
Del caso, y del Rey viendo el sentimiento.

Los ojos que cubría el humor lloroso
Tiene Axartaf en el sobrino puestos,
Suspirando y gimiendo congojoso,
Sus cuidados haciendo manifiestos.
Revolviendo el espíritu cuidadoso
Por mil discursos varios y molestos,
Que le traia su dolor presente,
Al cabo dice con valor prudente.

Tener puesto al contrario en la campaña
Que nos tiene del modo que nos vemos,
Que nos ofende mas y mas nos daña
Quanto mas en defensa nos ponemos.
Que nos encierre aquí su ardiente saña,
Y nos destruya si salir queremos,
Y al remedio de aquesto no acudimos,
Y si acudimos, ved qual del salimos

Muerta nos tiene la Christiana espada
(En diez meses) la flor de nuestra gente,
Sin que á su intento se resista nada,
Porque á su intento todo está obediente.
La tierra destruida y saqueada
Nos lo dice, y el mal que veis presente

Nos amenaza con mortal caída,
Pues Muley solo nos podia dar vida.

Este daño Hacen pongo á tu cuenta
Pues me engañaste con tan falso engaño,
Y así como á traydor muerte y afrenta
Te haré dar con un castigo extraño.
Que el que á su Rey qual tú engañar intenta,
Quien un insulto cometió tamaño,
Quien ofende muger y la deshonra,
Pague igualmente con la vida y honra.

Mandó que luego allí lo desnudasen,
Y atrás los fuertes brazos le volviesen,
Y así desnudo al campo lo sacasen,
Y atado de un pié en alto lo pusiesen;
Y que tanta distancia lo apartasen
Que del Christiano ejército lo vieses
Luego quel claro Apolo á los mortales
Diese luz con sus rayos celestiales.

Que en el doblado y cauteloso pecho
Donde cupo tan pérfido delito,
Manifestando el detestable hecho
En un papel lo lleve todo escrito.
Porque saiga del orbe nuestro estrecho,
Y en la Africa, Armenia, y la fecunda Egipto
Tengan noticia del profano aleve,
Manda que luego así á cumplir se lleve.

Hizo al real palacio llevar luego
El cuerpo de Muley, dando á Tarfira
Por libre, y sin oir de Hacen el ruego
Ayrado á su aposento se ritira.

Los ministros acuden sin sosiego,
Y del vestido cada qual le tira
A Hacen, y con furia lo arrebatan,
Y atras los brazos fuertemente le atan.

Pónenlo en el camino resonando
El cóncabo metal, y entre la obscura
Y fria niebla, el triste Hacen llorando
Va á padecer la justa muerte dura.
Pide á Abdalac, que pues el regío mando
Va á executar, que en tanta desventura
Se compadezca dél, y le dé muerte
Que sea mas breve, y no tan larga y fuerte.

Sin responderle ni otorgarle cosa
De las que demandaba, llegó al puesto
Que la justa sentencia rigurosa
Mandaba, y donde estaba el palo puesto.
Colgáronlo, y la trompa sonora
De nuevo hizo el ronco son funesto,
Que en el Christiano ejército fué oido,
Y al arma todo al punto apercebido.

Los caballos acuden presurosos
Donde la órden de acudir tenian,
Y los infantes corren animosos
A sus banderas, qual hacer solian.
Forman de allí esquadrones poderosos,
Que á guardar varios puestos acudian,
Salen espías, ponen centinelas,
Renuevan armas, aperciben velas.

El magnánimo Rey personalmente
Acude á todo, y todos acudiendo

A sus obligaciones, con prudente
Disponer lo iba todo apercibiendo.
Así aguardaba la invencible gente
Sin entender la causa del estruendo
Bárbaro ni á que fin la trompa fiera
Resonó, y dió señal de tal manera.

Salió una esquadra por aquella parte
Quel puente del famoso Guadayra
Queda á la diestra, y de Tablada parte
El término y la gran ciudad se mira.
Siguiendo el órden bélico de Marte
De esfuerzo apercibidos y de ira,
A donde la sonora trompa oyéron
Espiendo el tendido llano fuéron,

Por esta parte habian enderezado
Los cautivos huidos su camino,
Para entrar en el campo deseado
Del santo Rey que ya tenían vecino.
Y como fuese dellos encontrado
El Christiano esquadron, Reynoso vino
Reconociendo si eran enemigos,
Y enmedio se halló de los amigos,

Alzó la voz, llamó á sus compañeros,
Pónese en medio del Christiano amparo,
Cuentan su historia y sus desastres fieros,
Todo el suceso allí haciendo claro.
Preguntan á los fuertes Caballeros
Por el valiente Lope Diaz de Alfaro,
Que compañero fué en su trabajoso
Cautiverio, de Orgales y Reynoso.

De todos eran con igual contento
Los Christianos cautivos escuchados,
De todos con alegre sentimiento
De palabra y consuelo regalados.
Don Lope de Quevedo estuvo atento
Oyendo mientras eran preguntados
De todo el caso, y con valor ardiente
Le dice así á su Christiana gente.

El Christiano caudillo que sustenta
La guerra en nombre del Señor del cielo,
Y de la Santa Fe la gloria aumenta,
Ensanchando los límites del suelo.
Con ser todos de tanto honor y cuenta
Qual sois, me envia en este obscuro velo
A mí el menor de todos á regiros,
Debiendo obedeceros y serviros.

Mas ya que su grandeza poderosa
Quiere por esta via engrandecerme,
Y honrarme así con suerte tan gloriosa
Qual fué de vos el Capitan hacerme.
Si os pareciere hagamos una cosa
A quel honor me fuerza á disponerme,
Y la piedad á todos nos obliga
A que la obra el justo fin consiga.

Este Christiano dice, que en oyendo
Que resonó la trompa, fué espiondo
A donde resonó y oyo el estruendo
Del bárbaro que se iba retirando.
Y dice que dexáron padeciendo
Muerte cruel de un solo pié colgando

A un hombre en una horca suspendido,
Y que no aguardó mas quando esto vido.

Débese presumir que esta inclemencia
Seria en algun Christiano executada,
Por su odio ó su bárbara violencia,
O por ver hoy su sangre derramada,
Y ya que executáron su sentencia,
Y la muerte por ella le fué dada,
Vamos y de la horca lo quitemos,
Y al Christiano real nos lo llevemos.

Todos sin discrepar condescendiéron
En que por obra al punto se pusiese
El piadoso acuerdo, y le pidiéron
A Don Lope que no lo difiriese.
Hízolo así, y á una revolviéron
Las riendas, sin que en ellos uno hubiese
Que deste parecer se desviase,
Yá otro diferente se inclinase.

Reducidos en órden, y guiados
De los cautivos que en esquadra puestos
Delante iban de esfuerzo acompañados,
Y á todo riesgo con valor dispuestos.
De silencio y tinieblas rodeados,
Midiendo el llano van con pasos prestos,
Sin que voz, ni relincho de caballo,
Ni estruendo alguno fuese en alterallo.

Qual suelen los prudentes cazadores
Que la ligera liebre procurando
Rodean el prado, y miden los alcores
En órden puestos sin hablar buscando.

A los ligeros galgos y ventores
El cargo de la caza encomendando,
Y á ellos el silencio con que hacen
Su caza, y á su oficio satisfacen.

Así los caballeros valerosos
Siguiendo el fin de su acordado intento,
En quieto silencio van cuidadosos
Su camino con sordo movimiento:
Llegan al puesto y cercan animosos
El palo, y los cautivos al momento
Asiendo dél, del suelo lo arrancáron,
Y palo y ahorcado se cargáron.

La cuerda le cortó Mateo de Orgales,
Que en el ayre de un pié lo sostenia,
Mira el rostro que hecho cardenales
Sin semejanza un globo parecia.
Ni la traza le dicen ni señales,
Quien fuese, ni Reynoso conocia
Si era Christiano ó Moro, con mirallo
Y á mil partes volvello y levantallo.

En esta duda y suspension estaban
Los unos y los otros detenidos,
Que era uno los unos afirmaban,
Que era otro los otros advertidos.
Los unos y los otros porfiaban,
Y en esto estando todos encendidos,
Martin de Oviedo un Moro halló echado,
Que allí llorando el muerto habia quedado.

Este traído, y entre todos puesto
Sin ser apremiado les dió cuenta

Del caso todo, y hizo manifiesto
De Bohacen el fin, de Hacen la afrenta.
Y en medio del Christiano esquadron puesto
Para que como allí les representa
Aquella historia, al Rey sela refiera
Como la cuenta allí por verdadera.

Cargan el muerto, atan el cautivo
Los cautivos, y al campo alegres parten
A dar reposo á su trabajo esquivo;
Y el en que iban entre si reparten.
Y con cuidado vigilante y vivo
Don Lope manda á todos no se aparten,
Y unidos con tan buen trofeo revuelven
Con muerto y preso, y con cautivos vuelven.

LIBRO DECIMOSEPTIMO.

Del suceso llegó la alegre nueva
Al pastor del Christiano ayuntamiento,
Que rompiendo las sombras se la lleva
La veloz Fama por el presto viento.
Tiéndese el real, y el vulgo aprueba
Ménos y mas hablando en todo atento,
Quitando y añadiendo, que esto tiene
La nueva quando por el ayre viene.

Cercado en torno de su invicta gente
Cuidadoso aguarda que Don Lope venga,

Por que la nueva abierta y libremente
Se platica, y no hay ya quien no la tenga.
Instiga á todos el deseo ardiente
Que no sufre que tanto se detenga,
Que las cosas que agradan siempre tardan,
Si con cuidado y con deseo se aguardan.

Así el glorioso defensor de España
Ocupado y cuidadoso está aguardando
Quien le cuente de vista la hazaña
Qual todos van de oidas afirmando;
Deseando ver cosa tan extraña
Muerto, preso y cautivos deseando,
Llegó Don Lope, y á sus pies postrado
Muerto, preso y cautivos le ha entregado.

Maravillado el Rey quedó, y suspenso
De Príncipes el fuerte ayuntamiento,
Que á todos aquejó el cuidado inmenso,
Que á nadie hace de su fuerza esento.
Todo el discurso allí desde el comienzo
Recitó en el Real acatamiento
Don Lope, dando al preso por testigo
Del muerto, y la ocasion de su castigo.

El qual á Botalhá viendo presente
Como vasallo suyo ante él se inclina,
Y el temor deseando libremente,
De Hacen y Muley cuenta la ruina.
Cuenta del uno y otro el fuego ardiente
Sirviendo en competencia á la divina
Tarfira, que igualmente los trataba,
Y su inviolable honestidad guardaba.

Cuentale como habia Tarfira sido
La que en el riesgo se arrojó á librallo,
Viéndolo á pié, sin armas y herido,
A Muley derribando del caballo.
Sin dexar cosa allí le ha referido
La historia desde que partió á buscallo
De Marruecos, y el orden que habia y modo
En Sevilla, y calló informado todo.

Botalhá oyendo de Hacen el nombre,
Y de Tarfira y de Muley la muerte,
Mudó el color y dixo: aqueso hombre
Y aquesos nombres son mi cruda suerte.
Y no te maravilles que me asombre,
Sinó de verme que á hablarte acierte,
O esclarecido Rey, que tantas cosas
Han de admirar, y mas tan espantosas.

No dixo mas, quedando con sosiego
Mirando al Rey el Moro valeroso,
Y aunque de alteracion y dudas ciego,
Fué en encubrillo todo poderoso.
El Christiano caudillo entendió luego
La pasion y cuidado congojoso
En que quedaba el Príncipe Africano,
Por la razon que dado habia el Pagano.

Y así á Don Lope le mandó que fuesen
Los Christianos cautivos alojados
Por él, y que en regalo los pusiesen
Como sus males fuesen reparados.
Que el preso y muerto á Botalhá le diesen,
Y á do mandase allí le sean llevados,

Entróse, esto mandado, á su aposento,
A entregar al reposo el pensamiento.

Don Lope acude á lo que está á su cargo,
Y los cautivos se llevó consigo,
Que del trabajo libres, y afan largo,
Amparados se ven del bando amigo.
Ansioso, triste, envuelto en llanto amargo
Botalhá, hace al muerto su enemigo
Que lo arrojen al campo, y con el vivo
Se aparta á platicar su daño esquivo.

Suspensos todos sin hablar quedáron
Del Rey de Africa viendo el sentimiento,
Y á mil diversas cosas lo aplicáron
Con diferente voz y entendimiento:
Y como la verdad no declaráron,
Tras della andando discurriendo atiento,
Don Lorenzo al Infante Don Henrique
Dice, de esto no sé que certifique.

Ver un hombre tan grave y tan valiente,
Hacer extremos de congoja tales,
Descomponerse un hombre tan prudente,
Rendirse así á la fuerza de los males;
Considerado bien, y sabiamente
Visto el afecto, y vistas las señales,
De gran causa procede tanto efecto
En varon tan constante, y tan perfecto.

El hijo del magnánimo caudillo
De la guerrera España así responde:
Bien podemos el caso atribuirlo
A todo aquello que el secreto asconde;

El querer padecello y encubrillo,
Pues no da indicio ni lugar por donde
Saberse pueda, imitando en esto
Algun varon, que veo en este puesto.

El Rey mi padre, y yo (al que digo) vimos,
Y todos quantos en presencia veo
Ir contra siete Moros, y estuvimos
Temerosos que hiciesen del trofeo.
Porque uno, que nunca conocimos,
Que iba con él, rendido al temor feo
Lo dexó, y al real volvió huyendo,
La vida en mas que el claro honor teniendo.

Mas el constante y fuerte caballero,
Gloria y blason del siglo y los antiguos,
Aunque dexarse vió del compañero,
No por eso dexó los enemigos.
Que él solo, y amparando á su escudero
Del campo los echó, qual son testigos
Todos, y con ver esto no he podido
Saber quien lo dexó, ni se ha sabido.

Garciperez, oyendo al fuerte Infante,
Los ojos vió que todos habian puesto
En él, y que pasaran adelante
En lo que Don Henrique habia propuesto:
Para impedirlo serenó el semblante,
Y con alegre, aunque severo gesto,
Con la humildad que lo ensalzó contino,
Asi le respondió el varon divino.

No es cosa nueva á tu Real grandeza
(Príncipe excelso) darme el favor suyo,

Engrandeciendo mi servil baxeza
Con la gloria debida al nombre tuyo.
Hazañas son de tu inmortal largueza
Que á ti debidamente restituyo:
Pues tu solo valor es el que puede,
Y dél quanto se obra nos procede.

Quedó en esta razon el invencible
Garciperez suspenso, y conociendo
Don Lorenzo, que le era aborrecible
Toda alabanza, estándola él oyendo:
Le dixo, ó Garciperez, ¿es posible
Que nos vais tanto tiempo asi escondiendo
Qien fué, el que huyendo esa batalla,
Os dexó solo á vos para ganalla?

Su Alteza, y el Infante, y yo estuvimos,
Y otros muchos que juntos nos hallamos,
En la tienda Real, de donde vimos
De la ocasion el fin que deseamos:
Y como al que os dexó no conocimos,
El Rey y todos los demas quedamos
Con el deseo, que el Infante muestra,
De conocerlo entre la gente nuestra.

Y aunque de todos procurado ha sido,
Porque nos puso á todos en cuidado,
A todos igualmente se ha escondido,
Y á ninguno le ha sido declarado:
Vuestro escudero que mejor lo vido,
Ni con ruegos, ni siendo apremiado,
Se acabado con él, que nos lo diga,
Ni en esto el gusto de ninguno siga.

Mal puede mi escudero ser testigo
 (Respondió Garciperez) de quien era
 Ese que procurais, pues fué conmigo
 Sin levantar del rostro la visera.
 Esto sé solo, Don Lorenzo amigo,
 Esto dirá quando deciros quiera
 Mi escudero, y no hay mas que decir, que esto,
 Fuera de ser engaño manifiesto.

Y la fe doy de noble hijodalgo,
 Y comotal ante el Infante juro,
 Si en esto hubiera descubierto algo,
 Como no puede, y del estoy seguro,
 Quel ministerio de que del me valgo,
 Le pagara con un castigo duro,
 Que fuera exemplo á libertadas lenguas,
 Que no publiquen afrentosas menguas.

Un sonoro murmurio levantáron
 Loando todos la virtud constante
 Del invicto varon, con que atajáron
 Que no pasase en su razon delante.
 Varios sugetos el hablar tomáron,
 Preguntados algunos del Infante
 Sobre la guerra que tenian presente,
 Y la virtud de la guerrera gente.

No de las galas, el lascivo vicio
 Del ciego amor, ni las nocivas damas,
 Ni del costoso juego el exercicio
 Consumidor de haciendas y de famas,
 De Marte horrible el fiero y cruel oficio,
 De fuertes armas, y encendidas llamas,

De máquinas, de ingenios belicosos
Trataban los varones gloriosos.

A qual estaba justamente dado
De Capitan el título debido,
Qual por fuerte ó por práctico soldado
Era remunerado y conocido:
Como á ningun oficio era llamado
Quien no lo hubiese en obras merecido!
Como al oficio proveian solo,
No á la persona por favor ó dolo!

Contaban sin invidia las hazañas,
Qual de Don Suero Tellez el valiente,
Qual de Don Gil Manrique las extrañas
Proezas, y el valor resplandeciente:
Del gran Primado, honor de las Españas,
Y de Don Pedro Ponce el excelente,
De Don Rodrigo Flores y el de Haro,
Y al que ilustró de Lara el nombre claro.

Desto trataban solo, no escondiendo
El justo honor que á todos se debia,
Su alabanza y su gloria ennobleciendo,
Con darla á quien tambien la merecia.
Dichoso tiempo! y los que en él viviendo
Dichosos! pues á nadie se escondia
Por odio ó por invidia el alabanza,
Ni al virtuoso la real privanza.

Largo discurso la ocasion me ofrece,
Si hubiera de ocupar la pluma en esto,
Y decir lo que siento, y me parece
En este siglo de la invidia infestos:

Mas el temor me acorta y enmudecé,
Y el ser forzoso dar la vuelta presto
A tratar de los héroes que he dexado,
Que en nuevas contenciones se han trabado.

Vos, sacra Musa, que teneis memoria
De quanto pide el canto que prometo,
Vos que sabeis de origen esta historia,
Vos me informad, y descubri el secreto:
Será por mí, mediante vos, notoria,
Sin que del tiempo el áspero decreto
En ella pueda executar su ira,
Ni sepultar en el Letheo mi lira.

Como á sus caballeros alababan
Los defensores de la Fe Christiana,
Y sus hechos gloriosos ensalzaban,
Su fama haciendo eterna y soberana;
Mientras en esto en dulce paz hablaban,
Invidiosa de oillos la inhumana
Discordia, con horrible pensamiento
Alterar quiso el fuerte ayuntamiento.

De la espantable forma descompuesta
En invisible espíritu se vuelve,
Y entre los unos y los otros puesta
Ayrada á un cabo y otro se revuelve,
De vengar su cruel ánimo dispuesta,
De infestarlos á todos se resuelve:
Que no quiere, que abraze la concordia
La dulce paz odiosa á la discordia.

A priesa el infernal aliento espira
Su venenoso y no entendido daño,

A qual en odio , á qual enciende en ira,
A qual en un furor conmueve extraño.
El mas quieto animo se aira,
Sin poder resistir furor tamaño;
Y tocado de invidia y vanagloria
De sus hazañas hace allí memoria.

Los unos dicen que ellos son iguales
A todos quantos son allí alabados,
Y que son sus gloriosos hechos tales
Que exceden á presentes y pasados.
Otros hazañas cuentan inmortales,
Otros servicios altos y estimados,
Otros dan voces, y las armas piden,
Otros las toman , y otros se lo impiden.

Crecia el alboroto y el ruido
En los de dentro, y los que estaban fuera
Con tanta alteracion , que conocido
Lo que causaba su discordia fiera,
Don Lorenzo pidió que fuese oído;
Y hecho así , habló desta manera
Puesto al umbral de la Real estancia,
Condenando de todos la arrogancia.

No se os puede negar, fuertes varones,
Las alabanzas que pedis debidas,
Como los que en tan árduas ocasiones
Ofreceis y ofrecisteis vuestras vidas:
Esto dicen las bárbaras naciones
De quien sois siempre crudos homicidas,
Y sin ellas el mundo á quien espanta
Vuestro nombre, que al Cielo se levanta.

No quiero en cosa que tan bien se sabe,
Y que de nadie os puede ser negada,
Que mi rudeza vuestra gloria alabe,
Si del Cielo merece ser loada:
El diga mismo lo que en todos cabe,
Pues él la gloria os tiene aparejada,
Y el que os ampara, alaba, ama y defiende,
El de esa vana presuncion se ofende.

Y si así lo ofendemos con tan vana
Y loca presuncion, sabed, amigos,
Que esperamos su ira soberana,
Y con debida causa sus castigos.
Echad de vos la alteracion profana,
Que vuetros hechos son claros testigos
De vuestro honor, y dadle á Dios la gloria,
No á vuestra presuncion y vanagloria.

Oyendo atento á Don Lorenzo estuvo
Miguel Ibañez, el soldado viejo
Que siempre nombre de valiente tuvo,
Y en los casos de guerra mal consejo:
Fielidad á pocos y amistad mantuvo,
Y en él la ira siempre halló aparejo,
Siempre en revueltas, siempre en sediciones
Se ocupó, y en seguir alteraciones.

Este favorecido por sus hechos,
Y confiado en ellos, de que estaban
Todos los que le oian satisfechos,
Y todos donde quiera le amparaban,
Con la fiereza y asperos despechos
Con que todas sus cosas se trataban,

La voz horrible levantó diciendo

A Don Lorenzo que le estaba oyendo:

Siguiendo, ó D. Lorenzo, lo que es justo,
Das alabanza á nuestra invicta gente,
Sin que te mueva aquí lisonja ó gusto,
Ni mas que honrarlos tan debidamente:
Mas has andado en una cosa injusto,
No porque lo seas tú, ni tu excelente
Animo alvergue cosa que sea indina
De tu real sangre, y tu virtud divina.

No me puedes negar que aunque nos diste
La gloriosa alabanza que esperamos
De la merced que siempre nos hiciste,
Y el amparo que siempre en tí hallamos,
Que en una cosa á algunos ofendiste,
Y fué en hacer á todos los que estamos
Sin diferencia, en igualdad conforme,
Por ser comparacion tan disconforme.

Y el decirnos que no nos alabemos,
Con razon justa tu opinion condeno,
Pues contar las hazañas que hacemos
No ofende á nadie, y es honor del bueno.
Que al valiente mas animo ponemos,
Y al que es desta virtud y nombre ageno
Con el exemplo enciende el temeroso
Animo, y de cobarde es animoso.

Quando á nuestro caudillo te veniste
De tu destierro, y con tan gran prudencia,
Y con tan gran lealtad le descubriste
Del Rey Moro el intento y la potencia:

Esta noble hazaña que hiciste,
Que honroso blason da á tu decendencia
No será vanagloria que la cuentes,
Sino exemplo á leales y valientes.

Así , ó Don Lorenzo, pues se entiende
Que es justo, lo que es bueno que se alabe,
No lo hagas vanagloria , que se ofende
(Que no se alabe) en quien lo dicho cabe.
Aquí ofender á nadie se pretende,
Ni que la fama del famoso acabe,
Ni se atribuye á fortaleza humana
Lo que es fuerza y potencia soberana.

En esta razon última , mirando
Se quedó á Don Lorenzo el sedicioso
Miguel Ibañez, su intencion mostrando
En denuedo y semblante furioso.
El vano vulgo á voces aprobando
Que era justo, y á todos provechoso
Lo que habia dicho, y porfiando en esto
En su defensa al arma se habia puesto.

Viendo el leal y fuerte caballero
Que la gente vulgar se amotinaba,
Y que en tal ocasion rigor severo,
Ni soberbio castigo aprovechaba,
Con prudencia encubriendo el odio fiero
Al loco vulgo , que alterado estaba,
Y al bandolero Ibañez que lo altera,
A hablarles volvió desta manera.

Si igualasen en esto las razones
A la razon que tengo de alabaros,

Cesares, Alexandros, Escipiones
A cada uno de vos debo llamaros.
Pues de nuestras Atlánticas Regiones
(Donde con tantos hechos veo ensalzaros)
A los lugares donde habita Flora
Se teme vuestra espada vencedora.

Los bastantes exemplos que tenemos
Aprueban lo que en gloria vuestra digo,
Pues cada dia por los ojos vemos
El daño que haceis al enemigo.
Esto como es razon reconocemos:
Esto estima el Rey nuestro y bando amigo,
Pues en vos tiene su seguro España
Mientras os tiene puestos en campaña.

Mucho podia decir en esta parte
Si el tiempo espacio aquí me concediera,
Y á mi rudeza acompañara el arte
Que pide relacion tan verdadera:
Y mas habiendo Ibañez de alabarte,
Y á tu valor la gloria dar que espera;
Mas ingenio y mas tiempo se requiere,
Y esto de tí á otra ocasion se espere.

A esta postrer razon todos alzaron
Un gran clamor, y ufanos de contento
A Ibañez casi en hombros levantáron,
Y así llevado fué á su alojamiento.
Riendo del escándalo quedáron,
Y del vulgar y loco pensamiento;
Quel punto de la honra de los tales
Es verse honrar de hombres principales.

Despues de haber reido el desvario
De Ibañez, y de todos sus llegados,
La confianza y atrevido brio
En demandar que fuesen alabados:
Dixo el Infante, yo de vos confio,
O Don Lorenzo, que serán honrados
Vuestros amigos, si con tal pujanza
Dais á los conocidos la alabanza.

Honrar es gran virtud, y es tener honra,
Dexar de honrar es bárbara torpeza,
Aquel es mas honrado que mas honra,
Y de honrar se denota la nobleza;
Y aquel que de dar honra se deshonra,
Da claro indicio de servil baxeza,
Baxo es aquel que por honrarse huye
De honrar, y baxa condicion arguye.

Esa opinion, ó Príncipe excelente,
Respondió el fuerte Lope Diaz de Alfaro,
Da testimonio del valor ardiente
De ese espíritu invicto al mundo raro:
Por vos la ilustre y la plebeya gente
Tiene seguro honor y honroso amparo,
Y así como de vos son tan honrados,
Son en todas las partes estimados.

Vos Don Lorenzo recibí ese nombre
De honrar, respondió el fuerte y claro Infante,
Pues no dexastes entre aquellos hombre
Que por no honrallo dexe de ir triunfante.
Mas si dais tanto honor, tanto renombre,
Tanta alabanza á aquella gente errante,

¿Que dexaís para vos? ¿y qué dexastes
A Garciperez de quien no tratastes?

No ha menester el alabanza mia
(Respondió Don Lorenzo) el invencible
Garciperez, ni su alta valentía
Terrestre ingenio es cosa conveniente:
Al coro del que da la luz del dia,
Y al retor mismo le será imposible,
Y así por no ofender su inmensa gloria
No quise della yo hacer memoria.

De vuestros altos hechos milagrosos,
De vuestra gran lealtad y fortaleza,
De los afanes vuestros peligrosos,
Sirviendo siempre á la real grandeza:
Canten esos espíritus gloriosos,
Pues se debe al valor vuestro y alteza,
Que en mi es indigna tan gloriosa suerte,
Dió por repuesta Garciperez fuerte.

Si no os parece á entrambos que habeis hecho
Hazaña que sea digna de alabanza,
(Dice el Infante) y que es el mundo estrecho
Para lo ménos que de vos se alcanza:
Podreis para abonar vuestro derecho,
Y dar á vuestros ánimos venganza,
Pedir á todo ese lugar batalla,
Y por sí cada uno sustentalla.

Quando por esa via yo entendiera,
Respondió Don Lorenzo, alcanzar gloria,
Y que memoria alguna se tuviera
De mi nombre entre hombres de memoria:

En campo á eso al punto me pusiera,
Y solo pretendiera haber victoria
De toda esa ciudad, y no me alargo,
Habiendo en esto de hacerse algo.

Mejor parecerá, dixo riendo
Garciperez de Vargas, que las obras
Vayan esas promesas concluyendo,
Pues en obras al mas del mundo sobras:
Que de irnos hazañas prometiendo
No haces nada, ni alabanza cobras;
Haz qual sueles hacer, no nos prometas,
Ni en contenciones de hablar te metas.

Lo que el Infante dice es lo que importa
Para que fama alguna se consiga,
Aunque la tuya nunca anduvo corta
Pues no hay de quien mas alabanzas diga.
Razon será tambien que vean si corta
Garciperez tu espada en la enemiga
Génte, dixo el Infante, y tambien quiero
Que vean tambien si corta bien mi acero.

Los tres solos tenemos de ponernos
En campo, de por sí cada uno solo,
Ni habemos de acudirnos ni valernos
A mortal riesgo, ni á enemigo dolo.
A quantos salgan hemos de ofrecernos,
Y el tiempo sea al punto que de Apolo
Se descubran las puertas orientales
La luz restituyendo á los mortales.

Alteróse el Cesareo ayuntamiento
Del temerario desafío aplazado,

Del Infante juzgando el pensamiento
Mas de valiente que de buen soldado:
Este rumor creció, qual con el viento
El mar crece tranquilo y sosegado,
Formando cada uno en sus razones
Varios efectos, varias opiniones.

Ninguna (aunque en razon todas fundadas)
Tuvo tanto poder que fuese aceta,
Y aunque justas y oidas no estimadas
Ni tenida ninguna por discreta:
Antes viendo las voces levantadas,
Dixo el Infante, nadie se entremeta
En esto, ni se altere, ni me arguya,
Pues no la de estorbar la opinion suya.

De los tres se ha elegido esta hazaña
Por nuestro gusto, y porque en sí es gloriosa,
Y entienda el que la llama ardua y extraña
Que estas partes la hacen mas famosa:
Porque la empresa á quien no acompaña
Riesgo y dificultad no es honorosa,
Que en esto vale mas lo que mas cuesta,
Y esto, en lo dicho, sirva de respuesta.

Fuese en diciendo esto, y todos fuéron
Cada qual por su parte divididos,
Unos á ver las velas acudieron,
Otros del sueño (á descansar) rendidos.
La noche en lo uno y otro consumiéron,
Mas del Aurora siendo concedidos
Los nuevos rayos con que ilustra al mundo
Y destierra las sombras al profundo.

Todos los que presentes se halláron
 En el concierto de los tres varones,
 Que de salir al campo concertáron,
 Contradichos de tantas opiniones,
 Ni en cama ni en reposo descansáron,
 Desechando tardias dilaciones,
 Salen unos á ver, otros á armarse,
 Para al efecto en la ocasión hallarse.

Mas los tres invencibles caballeros
 De por sí cada uno en campo armado
 Pareció con la luz de los primeros
 Rayos á dar principio á lo aplazado.
 A hacer sus designios verdaderos
 En diferentes puestos se han parado
 El fuerte Don Lorenzo, y el Infante,
 Mas Garciperez fué su via delante.

Y con aquel esfuerzo que mantiene
 Aquella alma del Cielo gobernada,
 Llegó á la puerta que en opuesto tiene
 El ancho y fértil llano de Tablada.
 Pasa la caba, y nada le detiene,
 Que á Garciperez no le impide nada,
 Hince la lanza en la cerrada puerta,
 Y aguarda puesto en la campaña abierta.

Hizo lo mismo Don Lorenzo, y luego
 Se puso en campo en diferente parte,
 De ardiente saña y de corage ciego
 Por mostrar su invencible esfuerzo y arte.
 Sin dar al fiero ánimo sosiego
 El hijo fuerte del sagrado Marte

Llega, hace lo mismo, y sale fuera,
Y en distancia apartado el riesgo espera.

Quando los Moros desde el muro viéron
Que todos tres tan sin temor llegáron,
Y que en las puertas con las lanzas diéron,
Y sin decirles nada se tornáron;
Injuriados desto al punto abriéron
La puerta, y gente de á caballo echáron
Y de á pie, que vengasen la osadia,
Que con tal mengua á todos ofendia.

Salen los fieros bárbaros cubriendo
El espacioso llano, procurando
Vengar la injuria que les fué encendiendo
Mas en ver tres á tantos aguardando.
Contra los quales en furor ardiendo
A un cabo y á otro Moros derribando,
Lleno de saña, y de corage fiero
Garciperez salió á herir primero.

Cercanlo en torno, y él en medio dellos
Atropella, derriba, hiende y mata,
Y de matar á todos ó vencellos
Solo su invicto pensamiento trata:
No cesa de herir y acometellos,
Y por do pasa ahuyenta y desvarata
El esquadron, qual el leon ayrado
De armas y perros viéndose cercado.

La horrible lid crecia, y la braveza
En el invicto corazon Christiano,
Resistiendo la bárbara fiereza
De enemigos cubriendo y sangre el llano:

Aycas, Moro de estima y fortaleza,
Hijo de Hamu, del Rey de Niebla hermano,
Dixo viendo que tantos lo herian,
Y el daño que dei solo recibian.

Vergüenza es nuestra, confusion y espanto,
Que un hombre solo con tan gran pujanza
En tanta suma de hombres haga tanto,
Que no fué la de ayer igual matanza:
A dar venganza á todos me adelanto,
Veamos si este brazo y esta lanza
Pueden vengar la ofensa que nos hace,
Y á mi deber y nombre satisface.

Por dos veces la lanza vibró fiera
Puesta la vista en el Christiano pecho,
Y otras tantas el brazo vuelve á fuera
A dar fuerza, y que el tiro sea derecho:
Estando atento así desta manera
La largó, con seguro satisfecho
Que un muro de diamante rompería,
Y el deseado fin conseguiria.

Mas fué la suerte del varon Christiano,
Que al tiempo que la lanza iba rompiendo
Con veloz movimiento el ayre vano
Al blanco que fué el bárbaro eligiendo;
Con una fiera cimitarra Osmano
Se adelantó, y llegando el golpe horrendo
El fuerte arnés y cuerpo le atraviesa,
Y en el suelo hincó una grande pieza.

Encendióse el combate mas con esto,
De Osmano viendo sin pensar la muerte,

Y á Garciperez que sustenta el puesto
Con ánimo constante y valor fuerte:
A las voces, ruido, al clamor presto
Acuden Moros á probar la suerte,
Que unos á otros como tantos vienen
Se embarazan, se ocupan y detienen.

No da principio al año deseado
Con tantas flores y hojas el sabroso
Aliento de Fabonio regalado,
Dulce á Flora, y á Venus deleytoso;
Ni tantas ondas trae el mar ayrado
Conmovido de Boreas animoso,
Como enemigos cercan al valiente
Garciperez, y hieren reciamente.

Todo esto ve, y está aguardando atento
Sin dexar el lugar, ardiendo en ira,
Don Lorenzo, con firme sufrimiento
Sin poder acudir aguarda y mira:
Crece con el deseo el encendimiento
De la ocasion que así entre sí lo aira,
Qual el mar hace, el viento concibiendo
Que lo va poco á poco enfureciendo.

Mas viendo que un gran número acudia
A donde estaba con deseo aguardando,
Caballo, adarga y lanza apercebia,
Y á todos sale su valor mostrando:
Cercanlo, y él con diestra valentía
Su algazara y furor menospreciando,
Hiriendo y reparando entrellos se entra,
Derribando y matando á los que encuentra.

Crece la ira en todos , y el deseo
De la venganza , y llenos de fiera
Procuran que su vida sea el trofeo
Que satisfaga el daño y su flaqueza.
Y qual en Phlegra al fuerte Briareo
Opuesto á la contraria fortaleza ,
Con lanzas y saetas lo aquejaban,
Y rayos que descanso no le daban.

No de otra suerte á Don Lorenzo aquejan
Los bárbaros con golpes rigurosos,
Que descansar ni reposar le dexan
Por todas partes todos animosos :
Deste horrible exercicio no se alejan,
Unos sobre otros fieros presurosos,
Que los tiros y golpes se alcanzaban,
Y encima todos del Christiano daban.

No cae tanta nieve en el subido
Monte do estuvo Prometeo ligado,
Quando corre el invierno enfurecido
Por el norte do el mar es congelado,
Que con yelo á estar viene encanecido,
De la continua lluvia acompañado,
Quantas lanzas y golpes descargando
Están á Don Lorenzo golpeando.

Y qual está el fortísimo elefante
En la India, ó en la Africa monstruosa,
Que cercado del ímpetu pujante
De canes y de gente montuosa,
Contra todos mostrandose bastante,
Con denuedo y fiera poderosa

En medio puesto hiere, ahuyenta y mata,
Y á los unos y otros desvarata.

Así en el ejército pagano
Que en torno al fuerte Don Lorenzo ofende,
A qual derriba junto brazo y mano,
A qual de la cabeza al pecho hiende:
De cuerpos, brazos, piernas cubre el llano,
Quel paso el grande estorbo le defiende,
Y así parado aguarda la violencia
Del contrario, con firme resistencia.

Con no ménos furor de la fiereza
Bárbara el fuerte Infante combatido,
Ni ménos gente, ni menor crueza
Le aflige y hiere, y tiene enfurecido.
Que usando de su invita fortaleza
A todo el bando en contra del venido,
Con rostro firme y pecho valeroso
Resiste, aparta y tiene pavoroso.

Por todas partes todos le herian,
Y él sin parar, ni recibir sosiego,
A la parte que hiriéndole acudían
Aquella parte estaba opuesto luego:
Si de tropel hiriéndole venían
Estimulados del corage ciego,
Por el tropel rompía, y salía fuera.
A mil dellos la muerte dando fiera.

Qual suelen perseguir los cazadores
A un terrible leon en la campaña,
Confiando en sus canes labradores,
En su gran multitud, destreza y maña,

134 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

En armas, en venablos, pasadores,
Que lo provocan á furor y saña,
Hiriéndole pensando de espantallo,
Y cercándolo entienden acaballo.

Mas él en su buen animo confiado
No se espanta ni teme, mas bramando
Sin estímulos vuelve sosegado
Desde el un lado al otro vueltas dando;
Y á donde va se vuelve apresurado
Las armas, canes, hombres, que cercando
Lo están, con grave paso sin temellos,
Porque no teme él, mas temenle ellos.

Asi nuestro invictísimo guerrero
A donde quiera que iba, se llevaba
Tras sí todo aquel grande campo entero
Que sin cesar hiriéndole aquejaba.
Del real miran el combate fiero,
Mas á salir ningun guerrero osaba,
Porque el Infante asi lo habia mandado,
Y sin órden ninguno seria osado.

Lope Diaz de Alfaro viendo puesto
A Garciperez, y á su estrecho amigo
Don Lorenzo en peligro manifesto,
Y al Infante aquejar del enemigo;
Quejándose y culpándose á sí desto,
Lleno de confusion gemia consigo,
Y el riesgo viendo de tardarse tanto
Rompe el silencio, y dice asi al Rey santo.

Ya ves Señor aquella lid sangrienta
En que están tres de tu escogido bando

Que cada qual por sí y solo sustenta
Su parte contra tantos peleando ;
Y aunque en su riesgo y peligrosa afrenta
El contrario poder van apocando,
Son tantos los contrarios , que sin duda
Acabarán faltándoles tu ayuda.

Esta que á nadie fué de tu clemencia,
Ni de tu santa humanidad negada,
Esta acuda y resista la potencia
Bárbara , de los tuyos castigada:
Salgamos contra aquella cruel violencia,
Llegue el socorro de tu gente ayrada,
A aquellos tres guerreros excelentes
Que de tu campo son los mas valientes.

Lo mismo llega Botalha pidiendo
Con las armas vestido , ardiendo en saña,
A los tres solos caballeros viendo
Lidiar con tantos Moros en campaña:
Oyelo el Rey , y escucha el fiero estruendo
Entre la gente indómita de España,
Que sufrir no pudiendo lo que vian,
Para salir licencia al Rey pedian.

Viendo el Rey la ocasion , y el árduo hecho
De enviar al socorro tanta gente
Quanta pedia el peligroso estrecho,
De los tres temió el fin como prudente:
Mas lastimado de piedad el pecho,
Y conmovido de valor ardiente,
Mandó que luego á socorrellos fuesen,
De modo que su intento consiguiesen.

No sale de la Eolica caverna
Mas presto el esquadron de vientos fieros,
Y mandados del Rey que los gobierna
Al mar se arrojan con bolar ligeros:
Que sustentando en sí la guerra eterna
Cargados de borrascas y aguaceros,
En un instante al Cielo, al mar y tierra
Cercan y mueven espantosa guerra:

Quanto el Christiano ejército en oyendo
Que el Rey le daba de salir licencia,
Que en un igual encendimiento ardiendo
Sale y llega á la bárbara potencia:
Rompe por ella, y con denuedo horrendo
Donde halla mayor la resistencia
Allí hiere, arruina, mata y hiende,
Y sustentando su intencion ofende.

El mismo ardor, el mismo encendimiento,
La misma saña, y el denuedo horrible,
Aspirando al honroso vencimiento,
Que no lo hace el bárbaro imposible:
Muestran contra el Christiano ayuntamiento,
Executando su furor terrible,
Entendiendo que estaba en este punto
Su libertad, y honroso premio junto.

De Aleto horrible, y del furor llevado
Por todas partes el sangriento Marte,
Al mas cobarde, al mas desalentado
Da esfuerzo y fuerza á defender su parte:
La victoria es de todos un cuidado,
Todos la aspiran con esfuerzo y arte,

Todos pelean , todos se defienden,
Y con igual valor todos se ofenden.

Andaba el bando bárbaro tan fiero,
Tan lleno de crueza y valentia,
Tan sin temor , y de valor entero,
Que al Christiano la fuerza resistia:
Buhazon iba á todos delantero,
Moro que de la Persia y la Suria
Se llamó Rey , ganado con su espada,
De ninguno hasta entónces contrastada.

Este , teniendo el señorío seguro ,
El cetro y la corona recibida,
Ganada por rigor de Marte duro,
Y á su fuero y dominio sometida:
Contra los fueros que juró perjuro
Sin causa á muchos despojó de vida ;
Desto indignado el Reyno y conmovido,
Lo despojó del cetro mal habido.

Huyó el castigo que debidamente
Le amenazaba , y á Africa se vino,
Donde fué á todos su traicion patente,
Y la causa de hacer allí camino:
Fué en odio á toda la Africana gente,
Y huir della á prisa le convino,
Y vinose á Axartaf , que como amigo
Lo amparó , y tuvo en amistad consigo.

Viendo el estado de la dura guerra,
En la qual siempre se mostró constante,
Con la fiereza y el valor que encierra
El pecho altivo á mucho mas bastante,

Prometiendo librar la opresa tierra
En la honrosa ocasion que via delante,
Lleno de horror, lleno de fortaleza,
Derriba, hiere, y mata con fiereza.

Dos cimitarras va jugando juntas,
Con furor y destreza incomparable,
Ya con el filo, ya con ambas puntas,
Con priesa á un cabo y otro irreparable:
Ni de razones cura, ni preguntas,
Ni el estruendo ó gemido lamentable
Le ocupa, ó hace quel intento dexe,
Y á los Christianos sin cesar aqueje.

Iba así el fiero bárbaro haciendo
Demostracion que su esgremir podia
Haber el premio del combate horrendo,
Y aun rendir la Christiana valentia:
Fiero á una parte y otra revolviendo,
Ancho camino por la hueste abria,
Y sin temor por medio della se entra,
Y á Lope Diaz de Alfaro en ella encuentra.

Fué del Christiano luego conocido
El fuerte Moro, que con tal violencia
En la Christiana hueste se ha metido,
Haciendo á todos fiera resistencia:
De honor Christiano, y de dolor movido,
Estimulado de ira y de impaciencia,
La espada aprieta, y el paves levanta,
Y fiero á él de todos se adelanta.

No con menos fiereza el invencible
Bárbaro, á él enderezó furioso,

Y un golpe y otro le tiró terrible,
Y otro redobla, y otro presuroso:
El valiente Christiano era imposible
Poder llegar al bárbaro animoso,
Que sin cesar por todas partes hiere,
Entra y sale, va y vuelve á donde quiere.

Mas reducido, y en su fuerza entero
Aguarda que el veloz herir sosiegue,
Y él á tal tiempo le acometa fiero
Que la ocasion la suerte no le niegue:
De un cabo á otro se movia ligero
Sin consentir que mucho se le allegue,
Que los pesados golpes que tiraba
Con la medida sola remediaba.

El bárbaro furioso ardiendo en ira,
Viendo seguirse del guerrero fuerte,
Y que los fieros golpes que le tira
No lo retraen de probar la suerte:
De entrambas cosas contra él se aira,
Y presuroso para darle muerte,
Quanto mas pudo se le acerca junto,
Entrambos brazos levantando á un punto.

Al mismo el fuerte Lope Diaz de Alfaro,
Antes que descendiese el movimiento
Natural, que ni armas ni reparo
Impedirían su furor violento:
Con destreza y esfuerzo heroico y raro,
Digno de su divino pensamiento,
Arremetió metiéndose en estrecho,
Y al Moro atravesó el valiente pecho.

Descargó el Moro con furioso brio
Al tiempo que los pechos se juntáron,
Y así diéron los golpes en vacío,
Y tras sí al fiero bárbaro lleváron:
De sangre empezó á echar un roxo rio,
Que los pies del Christiano se bañáron,
Y resvalando en ella y revolviendo
Rindió la feroz alma el Moro horrendo.

Dexólo en tierra , y parte presuroso
A donde vió quel Agareno bando
Acudia , y por él rompió furioso
A un cabo y otro Moros derribando:
Llegó donde el valiente y animoso
Infante está herido y peleando,
Sobre un monte de bárbaros que ha muerto,
De sangre suya y bárbara cubierto.

Al mismo puesto haciendo el mismo daño,
De enemigos cubriendo la ancha vega,
Su esfuerzo usando , y su valor extraño
Don Gonzalo Ruiz Giron allega:
Don Jayme Servicial , Guillen Cataño,
Quel solo al Moro la victoria niega,
Y el que en Xerez primero subió al muro
Roto el contrario en el combate duro.

Por otra parte dando cruel rebato
Don Pedro Ponce de Leon venia,
Tras él Melen Rodriguez Gallinato,
Usando de su esfuerzo y valentía :
Sin dexar Moro , ni tener recato
La victoriosa espada revolvia,

Nuño Gonzalez el Señor de Lara,
Que por su banda la victoria aclara.

Domingo Muñoz iba de Contreras,
Capitan de los fuertes Adalides,
Mil muertes dando á los contrarios fieras,
Qual á los hijos de Ixion Alcides :
Derribando las bárbaras banderas,
Haciendo él solo lo que muchos Cides,
Iba el fuerte Ruidiaz de los Cameros
Desbaratando á los contrarios fieros.

El invencible Príncipe Africano
Botalhá, contrastando la braveza
Del enemigo ejército pagano,
Mostraba en medio dél su fortaleza:
Con aliento y esfuerzo mas que humano
Desvia , derriva y mata con fiereza ,
Hiende , rompe , atropella , despedaza,
Haciendo por do pasa abierta plaza.

Buhandali , famoso renegado,
De la costa de España cruel cosario,
Amigo de Muley , de Axartaf amado,
Y del valiente Botalha contrario:
En la sangrienta lid habiendo andado
De un cabo á otro discurriendo y vario,
Sin pensar vino á dar con su enemigo,
Para haber de sus obras el castigo.

Conformes en los ánimos odiosos
En el instante que los dos se viéron
El uno contra el otro furiosos
Sin hablarse palabra arremetiéron:

Ambos valientes , ámbos deseosos
De venganza , á una lid principio diéron
Tan espantable , que pusiera espanto
Que dos hombres pudieran sufrir tanto.

Huyendo á espaldas vueltas sin concierto
A esta sazón los bárbaros venian,
Su daño viendo , y su desastre cierto,
Con su deshonor todo el mal que vian:
Quando Buhandali el costado abierto
Por dos partes , que puerta al alma abrian
Para dexar el cuerpo abominable,
Cayó , diciendo así en voz espantable :

Goza , enemigo nuestro , la victoria
Que alcanzas hoy del Rey , y la que hubiste
Del valiente Muley , cuya memoria
Te da el blason que nunca mereciste :
Ensalza el nombre tuyo , y dale gloria,
De que á Buhandali vencer pudiste,
Aunque no te creerán , sino quel Cielo,
Lo pudo solo , y no poder del suelo.

No pudo decir mas , y aunque pudiera
El hilo á sus razones le cortáran
Los Moros , que huyendo la lid fiera
En confuso tropel la desamparan:
Dexólo Botalha desta manera,
Que es la cierta que esperan , y en que paran
Los soberbios de sí tan confiados,
Que los trae su soberbia á ser pisados,
Sigue en alcance la Christiana gente,
La enemiga del Cielo , y su doctrina,

Que con huida infame y diligente
A guarecerse á la Ciudad camina.
Unos sobre otros huyen igualmente,
La cierta muerte viendo tan vecina;
Toman la puerta, y los que no la alcanzan
Ciegos de miedo al foso se abalanzan.

Aquí morian, y al entrar murieron
A la puerta gran número ahogados,
Que libres de la espada que huyéron
Allí á la muerte fuéron entregados:
No les libró el temor á quien creyéron,
Ni el arrojar las armas, confiados
Que el descargarse dellas les daria
La vida que acabó su cobardía.

Vuelve el Christiano ejército alcanzada
Tan gran victoria, y dexa á los paganos
En la Ciudad que al punto fué cerrada,
Quedando el campo libre á los Christianos:
Los tres guerreros por quien fué empezada
La fiera lid, las armas en las manos
Sin poder sustentarse en pie, y heridos,
Por la falta de sangre enflaquecidos.

De encima de los Moros que habian muerto
De por sí cada uno los lleváron
En hombros al real, do entendian cierto
Haber el premio igual á lo que obráron:
Mas fué al contrario, y pensamiento incierto
Pues en el mismo instante que llegaron
En prision mandó el Rey que los pusiesen
A los tres, y con guardia los tuviesen.

Fué cumplido del Rey el mandamiento,
Y á sus tiendas por cárceles llevados,
No con poco alboroto y sentimiento
De los Grandes y todos sus privados:
Que entendido del Rey el pensamiento,
Y la causa quedáron fatigados,
Aguardando que huyan al profundo
Las sombras, y la luz se muestre al mundo.

LIBRO DECIMOCTAVO.

Todo lo que tardó el luciente dia
En hacer manifiesta su belleza,
Y en desterrar la noche obscura y fria,
Y del sueño la húmida graveza,
Estuvo la Cesarea compañía
De los Grandes sintiendo con tristeza
La indignacion del Rey, buscando modos
Como á los tres aprovechasen todos.

Decian los unos, que seria acertado
Que el ejército junto los pidiese,
Yendo uno en su nombre señalado
Para que á demandallos al Rey fuese:
Este acuerdo fué de otros condenado,
Diciendo, que si al Rey se le dixese

Que todo el campo se movia á tal cosa
Que seria la demanda sospechosa.

Otros, que con acuerdo mas prudente
Miraban la ocasion, decian que en esto
Tratarle al Rey seria impertinente,
Por estar enojado, y ser tan presto :
Que aguardasen á tiempo conveniente
Que no le fuese el demandar molesto ;
Que á los casos mas árdulos asegura
Saberlos tratar bien, y á coyuntura.

En esto tratan, y esto á todos tiene
Suspensos, fatigados y cuidados,
Sin saber dar el órden que conviene,
Aunque dan muchos poco provechosos.
Visto quel conveniente se detiene,
Y que pide remedios presurosos :
Qual en dolencia aguda el acertado
Médico los aplica apresurado :

Asi los claros Príncipes sintiendo
La prision en quel Rey ponía al Infante
Y á los dos caballeros, defendiendo
Nadie poderlos ver de allí adelante.
Trazas y medios iban proveyendo,
Aunque ninguno á la ocasion bastante,
Considerando la graveza della,
Y con quanta razon debian temella.

Sin acabar de resolverse en nada,
La noche habia apresurado el vuelo,
Y la Aurora de rosas coronada
Manifestando su belleza al suelo :

Quando el sabio y valiente Arias Quixada
Cuidoso y lleno de ansias y rezelo,
En medio de la union en pie se pone,
Y á todos en su duda así propone.

Grande agravio es temer como tememos
De demandar los Caballeros presos
Al Santo Rey y á su piedad hacemos,
Aunque mayores fueran sus excesos :
Pues á todos nos consta , y dél sabemos
Por admirables obras y sucesos,
Que si en guardar justicia es inviolable,
Que en amar la piedad es admirable.

Justicia y razon siguen nuestra parte
Con que nuestra demanda se acompaña,
Sin que la fuerza del decir, ni el arte
Sirvan aquí en templar al Rey la saña.
Demas que quantos siguen su estandarte
Librando de los bárbaros á España,
Ningunos hay que con los tres se igualen,
Ni en hechos de armas valgan lo que valen.

Sin esto está su hijo Don Henrique
Culpado como el mas , y si justicia
A los dos, no querrá que se publique
Que por salvarlo no guardó justicia.
Y quando huya que nadie le suplique,
Y execute la ley de la milicia,
En medio de la ley y su violencia,
Está su santo ánimo y clemencia.

Mi acuerdo es que todos como estamos
Sin torcer via , ni acudir á cosa

Diferente del caso que tratamos,
Que á todos tiene en ansia tan penosa :
Que ante la magestad del Rey nos vamos
Con demanda tan justa y tan piadosa,
Seguros que será el piadoso ruego
Desu clemencia concedido luego.

Fué el parecer de todos aprobado,
Y en el camino al punto se pusieron,
Y en las cumbres del bello sol dorado
Los orientales rayos parecieron.
El Rey de sus fatigas aquejado,
Que ausencia del un punto no hicieron
Se levantó, que al hombre congojoso
No le quita el ánimo el reposo.

Solo imaginativo está en su tienda,
Entre mil pensamientos discurriendo,
A todos dando libre y suelta rienda,
Que en él vayan su crudo oficio haciendo:
Quando sin que la causa cierta entienda
A su presencia se venia ofreciendo
De dos en dos, y á trechos repartidos
La esquadra de los Príncipes unidos.

Encubrió del oculto pensamiento
Con alegre semblante la graveza,
Mostrando á todos general contento,
Aunques dificultoso en la tristeza.
Esto dió á todos libre atrevimiento
Para dexar la tímida flaqueza,
Y tratar del negocio á que venian,
Ciertos de haber el fin que pretendian.

Los unos le pedían que les diese
Facultad que las guardas le quitasen,
Otros, que por merced les concediese
Que visitarlos qual debían dexasen.
Y como el Rey á todos respondiese,
Sin que oír sus demandas le alterasen,
Un modo de sospecha concibiéron,
Y el temor los heló, y el fin temiéron.

Púsoles el temor luego delante
Causas de verdad todas aparentes,
Que qualquiera pudiera ser bastante,
Quanto mas siendo al caso suficientes.
Temiéron si aquel plácido semblante,
Si las blandas razones y prudentes
Era artificio, si era asegurarlos,
Y con este seguro execurallos.

Esta sospecha los turbó de suerte
Que grande espacio en suspension quedáron,
Sin haber uno que á hablar acierte
Sobre el caso á que todos se juntáron :
Mas Lope Diaz de Alfaro sabio y fuerte,
Viendo que todos de hablar dexáron,
Y la ocasion de su temor confuso,
Vuelto al Rey, con voz grave así propuso.

La grandeza del caso nos suspende,
O excelso y poderoso Señor nuestro,
Que con ser justo el fin que se pretende
Nos tiene, quales en mi afecto nuestro :
Y con saber tan claro que le ofende
A tu clemencia, este temor siniestro

Tememós, porque el fin á que se aspira
Aunque es justo, es justísima tu ira.

Desta solo se intenta desviarte
Si lugar das á nuestro humilde ruego,
Si de los tuyos dexas suplicarte,
Si su demanda admites con sosiego:
Si la justa razon que puede ayrarte
Olvidas, tu vendrás en hacer luego
A nosotros tan alto beneficio,
Y con los presos tu piadoso oficio.

Ellos nos traen (gran Rey qual ves) rendidos:
A la fatiga y duro sentimiento,
Viéndolos presos, viéndolos heridos,
Y á tí (que es lo que importa) descontento:
Y demas desto en la prision metidos,
Vedarnos por tu acuerdo y mandamiento
Poderlos visitar, poder hablalles,
Y á ellos de hablar, tambien privalles.

Viendo tan nueva y no esperada cosa
De tu inmensa piedad, consideramos
Que de la ley la fuerza poderosa
Te conmueve al rigor que no esperamos.
Esta fatiga, esta ansia rigurosa,
Este temor nos trae á que te pidamos
A Don Lorenzo, á Garciperez fuerte,
Al claro Infante, indignos de tal suerte.

Si la demanda nuestra consideras,
Aunque parece grave y atrevida,
Y con reposo el ruego nuestro esperas,
Será qual pretendemos conseguida:

Pues no hay cosa que en esto hacer quieras
Que importe tanto qual el darles vida,
Ni á los Moros en este largo asedio
Como que se los quites de por medio.

La culpa es grande, y digna de castigo,
Y no hay ley que no culpe lo que han hecho,
Mas á esto por todo el campo digo
Que está de tu justicia satisfecho:
Que ni la sangre, ni el estrecho amigo
Harán que la ley tuerza su derecho
Contigo, mas el caso es contingente,
Y en los que son qual sea la mas urgente.

Permite gran señor que sea admitido
De los tuyos el ruego piadoso,
Y de tu gran clemencia concedido,
Qual siempre usó tu ánimo glorioso:
Porque su riesgo sea guarecido
Quitándolos de apremio riguroso;
Pues de la fuerza de su grave culpa
Su gran virtud los libra y los disculpa.

Todo el discurso atento estuvo oyendo
El santo defensor de los Christianos,
El fin piadoso y el deseo entendiendo
De sus ilustres heroes soberanos:
Y á la causa justísima acudiendo,
Y á la satisfacion de sus humanos
Animos, respondió el varon divino
Con voz divina, y ánimo benigno.

Bien se dexa entender, claros varones,
Quel justo zelo, y amistad que os mueve

Ese mismo da fuerza á mis pasiones,
Y ese me enciende el ánimo y conmueve :
Mas la causa entendida, y las razones
Tan precisas (que fuerzan que me lleve
El rigor de la ley) seré loable,
Y no por causa dél jamas culpable.

Claro exemplo teneis, bien claro os muestra
El hecho horrible, la razon que tengo,
Y la experiencia en la milicia nuestra
Nos enseña á venir en lo que vengo :
No es odio el mio, ni el rigor me adiestra,
Justicia es, con ella me convengo,
Hoy he de ser Torquato en la milicia,
Trajano en no torcer de la justicia.

Que no será razon, como no es justo,
Que de mi hijo el libre atrevimiento,
Regido de un altivo y loco gusto,
De un vano y arrogante pensamiento,
Acometiendo un hecho tan injusto
Queden, sin quel castigo sea escarmiento
A otro de salir con tal desórden
A singular batalla, sin mas órden.

La ley justa y milicia los condena,
Por el insulto capital, á muerte,
Todos tres son iguales en la pena,
Como lo fuéron en probar la suerte :
Ni el amistad ni sangre me refrena,
A donde un caso tan atroz se advierte,
Y así serán punidos, porque fuéron
Los que en tal riesgo á todos nos pusieron.

Turbáronse los Grandes en oyendo
 A su caudillo esta razon postrera,
 Levantándose entrellos un horrendo
 Clamor, como si ya el efecto fuera:
 Unos por el Infante respondiendo,
 Otros por todos tres, de tal manera
 Que las razones todas se encontraban,
 Y en confuso murmureo se estorbaban,
 Refierenle los hechos en presencia,
 Que cada uno por servirle ha hecho,
 Los trabajos sufridos, la asistencia
 En hacer bueno su real derecho:
 Y que si aquella vez su inadvertencia
 El ejército puso en tal estrecho,
 Que otras cien mil por ellos habia sido
 De mayores peligros guarecido.

Pidenle con afecto humildemente,
 Ante él postrados, que por bien tuviese,
 Que mostrando su ánimo excelente
 Los perdonase, y luego se los diese:
 Que con aquello la alterada gente
 Sosegaria, y quando se hiciese
 Al contrario, el contrario con seguro
 Saldria á buscarlo del cerrado muro.

Oyó el Rey de sus Grandes las razones,
 Y estas regidas de valor piadoso,
 Y de aquellas sinceras intenciones,
 Sin invidia, ni odio cauteloso:
 Condescendió en sus justas peticiones,
 Que con el justo el ruego es poderoso;

Y la razon , en tan urgente cosa,
Es mas que la justicia poderosa.

Fué con alegre y general contento
La merced generosa recibida
Del Mavorcio y Christiano ayuntamiento,
Que la estimó qual á su propia vida:
Y si cesó el alegre sentimiento
Fué, porque fué la entrada concedida
Al pio Valerio , que en aquel instante
Ante el Rey vino , y se postró delante.

Besóle entrambos pies el varon santo,
Y el rostro así pegado con el suelo
Se estuvo sin moverse dellos, quanto
Tardó en alzarlo el defensor del Cielo:
Que de su vida satisfecho tanto,
De su constante santidad y zelo
Lo recibió, qual deben recibirse
Los tales, y qual deben admitirse.

Preguntóle del modo que le iba
En la sagrada Ermita, y como estaba
La gente libre de Carmona altiva,
Y como el yugo de opresion llevaba:
Si le era en trato y condicion esquivá,
O si qual ántes iba, y los trataba;
Si qual ya fué hallaba en la alta cumbre
El sustento, y si via la sacra lumbre.

A todo lo que fué del Rey Hesperio
Con eficaz deseo preguntado,
Atento estuvo oyéndolo Valerio,
Del culto y dulce proceder colgado:

Y dixo, ó Rey, que el celestial imperio
 Defiendes contra el bárbaro obstinado,
 De eso, que saber quiere tu grandeza,
 De eso te informaré con mi rudeza.

Bien es verdad, que tan sabidas cosas
 Otro ingenio quel mio, otra eloquencia,
 Con razones que sean tan poderosas
 Qual demanda del caso la excelencia:
 Y al discurso y las obras milagrosas
 Convenia, y se debe á tu presencia,
 Mas qual mi fuerza, y no qual se requiere,
 Tu mandado haré, como pudiere.

Despues, señor, que la sagrada Ermita
 A la Virgen Christifera fundaste,
 Y la Christiana gente solicita
 En sacro culto honrarla qual mandaste:
 Los que siguen la pérfida mezquita,
 A quien el yugo de opresion echaste,
 Todos me tratan bien qual lo hacian,
 Todos me acuden bien qual me acudian.

Todos me acuden, y á la Ermita santa
 Vienen algunos que amistad me tienen,
 Danme y ayudan con largueza tanta,
 Que en mis necesidades me mantienen:
 Muchos dicen, que á veces los espanta
 Quando á deshora por la vega vienen,
 Mechas y bellas lumbres que parecen,
 Que toda el alta cumbre resplandecen.

Yo, despues que la Ermita fué acabada,
 Ni luz vi, ni hallé el mantenimiento.

Que hallaba en la cumbre levantada
Que era del cuerpo y alma mia el sustento.
Y desde entónces, sin faltarme nada,
Vivo solo en mi alegre encerramiento,
Donde Buzeyte mi señor me envía
Todo lo necesario cada día.

Este viene contino á visitarme,
Y deste en todo soy favorecido,
Prometiéndome siempre de ayudarme,
Aunque infiel, que en esto no lo ha sido.
Todos los principales viendo honrarme
Del que es en todo á todos preferido,
Siguen el mismo exemplo, y me frecuentan,
Me acuden igualmente, y me sustentan.

Sucedió, pues, que un Moro poderoso
Pariente de Buzeyte, y grande amigo,
En su mezquita el bárbaro furioso
A traicion dió la muerte á un su enemigo :
Púsose al arma el vulgo sedicioso
Para vengarlo, dándole el castigo
Condigno á la maldad, y aleve hecho,
Y así en mil piezas todo fué deshecho.

Sosegó el fiero escándalo el invicto
Buzeyte, y puso en paz la ayrada gente,
Condenando por malo y feo el delito
De Abulcacin su amigo, y su pariente :
Y seguido de un número infinito
Para enterrallo, un bárbaro imprudente
A Buzeyte pidió que lo enterrasen
En la Ermita, y que al pueblo lo quitasen.

Fué del prudente Moro esta demanda
Con fuerza de razones defendida,
Diciendo ser una maldad infanda
Contra su ley, que en ello era ofendida.
En contra se hiciéron á una banda
Todos los Moros, y sin ser oida
La razon de Buzeyte, encamináron
A la Ermita, y al sacro umbral llegóron.

Yo salí luego el alboroto oyendo
Sobresaltado, la ocasion dudando,
De la inconstancia bárbara temiendo
Lo que siempre fui de ella rezelando :
Y tantos Moros alterados viendo
Me suspendí, y su intento preguntando,
Bulatar me informó del caso todo
Con presta lengua, y eloquiente modo.

Negué por mi respuesta su profana
Y loca pretension, y desto ayrados
Escupiendo á la Ermita soberana
Decian, de horrible furia arrebatados :
Si has hecho Iglesia tu á tu ley Christiana
En donde son los Moros enterrados,
¿ Por qué quieres vedarnos que no entremos
En ella, y dentro á Moros enterremos?

Bien sabes tú, que en esta excelsa cumbre
(Con que quieres alzarte injustamente)
Se tiene entre nosotros de costumbre
Enterrar la mas noble y rica gente :
Si tienes desto clara y cierta lumbré,
Como el que ha estado viéndolo presente,

¿Qué razon hay, que en esta suerte dura
Niegues dar á este muerto sepultura?

Responderás, que al Moro le es vedado
Enterrarse en Iglesia de Christianos,
Y así al Christiano le es tambien quitado
Que se entierre en mezquita de Paganos :
En mi ley y la tuya así es usado,
Mas en esta ocasion son ritos vanos,
Y quando sea justo el no hacello,
Quiero yo que lo sea con rompello.

Furioso arremetió á tomar la puerta,
Y con él todos fieros acudiéron,
La entrada ya teniéndola por cierta,
Para entrar del difunto cuerpo asiéron :
Y estando á esta ocasion la Ermita abierta,
Tuve por cierto el fin que pretendiéron;
Mas la divina protectora della
Quiso con un milagro socorrella.

Que así estando los bárbaros dispuestos
De profanar la consagrada Ermita,
Y en el camino todos á una puestos,
Sin discrepar de su intencion maldita :
A cumplir su designio allegan prestos
Al sacro umbral con algazara y grita,
Y del modo que iban se quedáron,
Que en la tierra los pies se les fixáron.

Solo á Buzeyte, que con justo zelo
A las Christianas obras favorece,
Le fué otorgado por merced del Cielo
Entrar, y así en su efecto lo agradece :

Que desviando el tenebroso velo
De sus ojos, se aparta y aborrece
La seta en que su alma estuvo opresa,
Y la Christiana Religion confiesa.

Viendo todos un caso tan extraño,
Ignorando la causa milagrosa,
Lo atribuian en su ciego engaño
A la Mágica, entre ellos poderosa:
Y decian, que aquel horrible daño
No podia sucederles de otra cosa,
Y que no obraba allí virtud divina,
Y que era falso, y falsa mi doctrina.

En esto estando todos encendidos
En impaciente ira y saña ardiendo,
Sin poderse mover, aunque movidos
De su pasion, y su furor horrendo:
En el Oceano fuéron ascondidos
Los orientales rayos, pareciendo
Sobre la tierra la tiniebla obscura,
Llena de horror, de sombras y tristura.

En el instante comenzó á alterarse
El Cielo, y á temblar de horror la tierra,
El viento con horrible son á ayrarse,
Y el fuego á darles prodigiosa guerra,
Ardió (ó admirable caso de contarse
Y de creerse!) la espaciosa sierra;
Y en un punto, que no fué mas que un punto,
Fuéron ceniza vivos y difunto.

Luego reforzó el Austro el vivo aliento,
Y arrebatando la ceniza ardiente,

Della limpio dexando el sacro asiento,
Que verse apenas la señal consiente.
Manifestóse el caso que te cuento
(O excelso Rey) entre la Mora gente,
Por muchos que á las voces y alaridos
Viniéron tras los Moros conmovidos.

Ha dado el exemplar milagro un miedo
Tan grande, y puesto entrellos tal espanto,
Que no hay Moro, si yo no lo concedo,
Que ose llegar á ver el umbral santo :
Todos dicen de mí que solo puedo
Darles descanso, ó mísero quebranto,
Y que se rige por mi mano el Cielo,
Pues del hago baxar el fuego al suelo.

Desta suerte (Señor) están las cosas
De Carmona, que en su soberbia cresce,
Aunque entregó sus fuerzas poderosas,
Y te paga las parias y obedesce :
Sus iras y contiendas sediciosas,
Y el estimulo horrible que padesce
En la dura opresion, cesa de modo
Quel nombre tuyo lo sojuzga todo.

A sus razones puso fin Valerio
Dexando á todos suspendidos dellas,
Dando las alabanzas del misterio
Al gran fabricante de las estrellas :
Y así el sagrado defensor Hesperio,
Despues de oillas bien y encarecellas,
Sobre cada razon con gusto extraño
Mil cosas preguntaba al Ermitaño.

Y habiéndole de todo satisfecho;
 Particularizando cada cosa,
 Con voz humilde , y con seguro pecho,
 Sin invencion profana ó fabulosa;
 Viendo que Apolo decendia derecho
 Donde le aguarda la cerúlea Diosa
 Madre del fatal Griego , que dió muerte
 De los Troyanos al varon mas fuerte.

En cruz los brazos , y la vista en tierra
 Quedó postrado ante el Real asiento,
 La lengua oprime , y los labios cierra,
 Con rostro humilde , y santo encogimiento.
 Mas el retor de la Christiana guerra
 Lo levantó y llevó á su alojamiento;
 Todos al Rey que los dexó imitáron,
 Y á los suyos al punto camináron.

Quedando solos , ya despues que hubieron
 Satisfecho á la hambre estimulante,
 Al reposo los ánimos rindiéron
 Que de la noche supla lo restante:
 Mas luego que las formas se ascondiéron
 En el seno del libico Atlante,
 Valerio se despide y va á su Ermita,
 Quedando el Rey entre su gente invita.

Viendo el estado en que al presente tiene
 Las cosas de la guerra , en que iba viendo
 Que las socorre el Cielo , y que oél viene
 Todo el bien que les iba sucediendo:
 Dice , que al fin que aspira le conviene,
 Y ai justo intento que le va encendiendo

De ganar la Ciudad, que con tal fuerza
En la defensa pertinaz se esfuerza.

Que se rompiese el puente de Triana
El socorro impidiendo que Sevilla
Le da, y que dividida la pagana
Fuerza, de fuerza habian de destruilla:
Que el altivez y repugnancia vana
De Abenjafon, pensaba resistilla
Con pasar él allá personalmente,
Con poder nuevo, y reforzada gente.

Resuelto en ir, apresta la partida,
A Bonifaz el orden enviando,
Que al punto esté la gente apercebida,
Lo importante al efecto aderezando:
Señala de su gente la escogida,
Y estando en esto, viéron que aquejando
Venía un caballo un Moro presuroso,
Sin darle espacio, ni tomar reposo.

Puesta en la punta de una gruesa lanza,
Una bandera de cendal pequeña
De paz, y de segura confianza,
Antigua, conocida y cierta seña:
Muestra el denuedo y fiera semejanza,
Que á todo el mundo su altivez desdeña,
Llega, dexa el caballo, á pié se pone,
Y ante el Rey puesto humilde así propone.

Bien tengo, ó Rey invicto, conocido
Que mi leal deseo será aceto,
Quando mi justo intento sea entendido,
Y el ánimo que á tí me trae sujeto:

Este admite , con darme grato oído,
Sabrás la causa , y yo pondré en efecto
El puro zelo que me rige y mueve,
Y á tu grandeza mi aficion le debe.

De mil contrarios vengo estimulado,
Y á todos ellos con valor resisto,
Niego el poder del que me veo forzado,
Y de la fuerza de mi ley desisto :
Acudo solo á lo que esté obligado,
Pues mi pérdida ya y deshonra he visto ;
Mi padre preso , infame mi linage,
Y yo en perpetua afrenta , y duro ultrage.

Despues , Señor , que con felice agüero
Sobre Sevilla como estás veniste,
Y en torno della contra Marte fiero
Tu vencedor exército pusiste :
Naázar mi padre , Alcayde y Consejero
De Axartaf , viendo quel poder rendiste
De Córdoba y Jaen , y que no habia
Fuerza contra tu invicta valentia :

Le aconsejó como leal vasallo,
Poniéndole tus hechos admirables
Por exemplo , intentando desviallo
De contrastar tus fuerzas intratables :
Desto le cobró odio , y mandó echallo
Del Consejo , con muchos detestables
Oprobios , dando mano de ofendello
A los que hacia la invidia aborrecello.

Añadió mas á la afrentosa injuria,
Que le mandó poner en una torre ,

Do con pobreza y trato mal le injuria,
Y con ninguna cosa le socorre:
Y como es justo, ardiendo en justa furia,
Porque la fama el título no borre
De Naázar, y de mí su desdichado
Hijo, de su deshonra deshonrado.

Ante tí vengo humilde á suplicarte
Que la torre en que está por el tirano,
Si tú te sirves, quiero en poder darte,
Porque el poderlo hacer está en mi mano:
Mi ofensa vengo así, con entregarte
La fuerza, que en aquel poder pagano
Estriba, y si una vez aquesta ganas,
Las demas tienes sin contraste llanas.

Beleyd, mi primo hermano, es el que tiene
Cargo de la defensa y guarda della,
Este solo el seguro le mantiene,
Y á este solo es posible defendella:
Y como á quien vengarse le conviene
Me envia á tí, que si te place habella,
Que te la entregará, y el alto muro,
Que defiende á Axartaf con tal seguro.

Este solo camino es el que puede
En posesion de la Ciudad ponerte,
Que en opulencia y fortaleza excede
A quantas pueden mas encarecerte;
Y pues á tu grandeza la concede
El justo Cielo, y tu dichosa suerte,
Sigue la suerte que te ofrece el Cielo,
Pues no hay poder que te la dé en el suelo.

Y porque entiendas, Rey, que no encarezco
 De la Ciudad insigne el alabanza,
 Ni por respeto alguno te engrandezco
 Su bélico poder, y su pujanza:
 Dentro del muro que entregarte ofrezco,
 Y por número visto de mí, alcanza
 Trecientos mil y mas hombres de guerra,
 Sin otros muchos mas que hay por la tierra.

Sin esto (en que con mucha razon fia)
 Las vituallas para muchos años,
 Las defensas que hace cada dia,
 Los pertrechos de guerra tan extraños:
 Le pone esfuerzo, aliento, y da osadía
 A no rendirse, ni á temer los daños,
 Y mas despues que oyó que habian los suyos
 Muerto tres fuertes Caballeros tuyos.

Dixose que en la lid en que saliéron
 Los dias pasados del cerrado muro
 Contra los tres Christianos que viniéron
 Al desafio peligroso y duro;
 Que á todos tres la justa muerte diéron,
 En que consiste todo su seguro,
 Y esto á Axartaf lo tiene tan ufano,
 Que en nada estima ya el poder Christiano.

Publicamente ha dicho en mi presencia
 Que muerto D. Henrique, y muerto el fuerte
 Garciperez, de Moros pestilencia,
 Y Don Lorenzo azote de la muerte;
 Queda flaca y ninguna tu Potencia,
 Y así sin rehusar contraria suerte

Te podían luego las cerradas puertas
Tener sin miedo , y con seguro abiertas.

Esto quel tiene por tan gran trofeo,
Y toda la Ciudad estima en tanto,
Le hace que castigue como á reo
A mi inocente padre en tal quebranto:
Y pues sin causa así ofenderle veo,
Causa justa será mi tierno llanto
A condolerse dél, y á no culparme,
Y á tí quel don acetes, y ampararme.

Dió fin á su discurso el cauteloso
Moro, y á la maldad que en él asconde,
Sin entenderse el modo artificioso
Que á su deseo horrible corresponde.
El defensor de España poderoso
Que atento estuvo, al bárbaro responde
Con grave voz , desnuda de arrogancia,
Con celestial dulzura y elegancia.

Justa causa me obliga agradecerte,
O noble Moro , el noble ofrecimiento,
Que en tu afrentosa y miserable suerte
Me has hecho, descubriéndome tu intento;
Y quisiera poder satisfacerte
Qual demanda tu angustia y sentimiento,
Dándote en libertad tu padre caro,
Y contra tu enemigo Rey mi amparo.

Esto no faltará, mientras que fuere
De tu necesidad forzado habello,
Y el haberlo de dar en mi estuviere,
Y así podeis tu primo y tu entendello :

Mas porque al grave caso se requiere
Consultallo primero que emprendello,
Aguarda que de todo habras respuesta,
Qual la ocasion demanda, justa y presta.

Queriendo entrarse el Rey, salió el valiente
Infante, y Don Lorenzo llegó al punto,
Y Garciperez por la guardia y gente
Rompiendo entró, y al Rey se puso junto:
Y dixo, de los tres cree falsamente
Axartaf que ninguno está difunto,
Bien ve ese Moro á Don Henrique vivo,
A Don Lorenzo vivo, y que yo vivo.

Y si viene á ver esto, vuelva y diga
Como quedamos vivos, que vivimos
En la sangre bañados enemiga
Que de sus Moros todos tres vertimos:
Que vuelva el gozo que tenia en fatiga,
Que los que hace muertos le decimos
Que primero verá su asolamiento,
Que con verdad cumplido ese contento.

Prosiguiera, si el Rey no lo atajare,
Al bárbaro mandando que allí aguarde,
En quanto á su Mavors consejo aclara
Todo su intento, y dél le hace alarde.
El Rey se entró, y el Moro se prepara,
Sin que el temor le impida ni acobarde,
A efectuar su intento cauteloso,
Que era espiar el campo belicoso.

Con cuidadoso descuido salió fuera
De la tienda real el Agareno,

Mira la hueste , advierte y considera
Con pronta vista , y discurrir sereno :
Ve todo el campo , y ve de la manera
Que estaba , y todo á su designio bueno ;
Falto de gente , porque habia salido ,
Y á varias partes convenientes ido.

Unos guardando estaban los Erveros ,
Otros la tierra al rededor corrian ,
Otros que entrasen Moros forasteros
Con requas en Sevilla defendian.
Otra parte de fuertes caballeros
A recebir alegres acudian
A Don Alonso el victorioso Infante
Que de Murcia volvía ya triunfante.

Ocupados en esto habian dexado
Casi solo el real del santo Marte ,
Que visto bien del Moro , y contemplado
Con discurso , cuidado , ingenio y arte :
El caballo tomó que habia dexado ,
Y blandiendo una gruesa lanza parte
Con toda priesa á su cerrado muro ,
Pues cumplido su intento habia seguro.

Huyendo iba así el Moro cauteloso ,
Con suelta rienda , y con aguda espuela.
Aquejando el caballo presuroso
Que qual suelta saeta ó rayo vuela :
Ufano , alegre , libre , victorioso ,
Ya de daño ninguno se rezela ,
Yendo así libre del cobarde miedo
Topó con Fernan Perez de Toledo.

Este , en el fuerte ejército Christiano
Era un valiente y diestro ballestero,
Que en tirar flechas excedia al Romano
Que en las fiestas de Anchises fué el primero:
Viendo que á él enderezó el Pagano
Su ballesta aprestó , y aguardó fiero
Al bárbaro , que adarga y lanza apresta,
Y enristra á él , que apunta su ballesta.

Llega el agudo hierro al fuerte pecho,
Al punto que salió la presta vira
Que al rostro el tiro enderezó derecho,
Quel blanco fué donde asestó la mira :
Cubrióse con la adarga en este estrecho,
Pasó la flecha , y lleno el Moro de ira
De un cabo á otro el pecho le traspasa,
Y por encima dél corriendo pasa.

Cayó en la tierra el campo matizando
De sangriento color entristecido,
Y el espíritu invicto no agnardando
Salió por donde el pecho fué rompido.
El bárbaro glorioso levantando
La voz , con arrogancia enfurecido
Dixo en llegando al muro , abrid la puerta,
Que sin miedo podeis tenerla abierta.

Axartaf , aguardando que viniese
El Moro astuto estaba sobre el muro,
Temiendo siempre que volver pudiese
Libre del riesgo , sin castigo duro:
Y así mandó que luego le dixese
La causa que les daba aquel seguro,

El qual por este modo procediendo
Le fué informando , el caso prosiguiendo.

Cumpliendo, ó invicto Rey, tu mandamiento,
De Ala guiado , al campo fui Christiano,
Y sin hallar en cosa impedimento
Lo espié todo, y vuelvo libre y sano.
Usé para salir con este intento
De un ardid , que fué un medio soberano,
Que fué fingir enemistad contigo,
Tratamientos contando de enemigo.

Dixe que contra ley , sin causa alguna
En prision á mi padre tenias puesto,
Porque contra el Christiano y su fortuna
Ibas soberbio , y pertinaz en esto :
Discurrí por mil cosas de una en una,
Todas con evidente presupuesto
De servirte , y al cabo de informalle,
En poder una torre ofrecí dalle.

Sin rezelar que yo podia engañallo,
Porque el ingenio obró y el artificio,
Vino á creerme, y vine asegurallo,
Sin que tuviese de mi intento indicio:
Díxome, quel queria consultallo
Con los de su Consejo, y con propicio
Semblante me mandó que le aguardase
En tanto que el negocio se tratase.

Fuese , y los tres valientes caballeros
Que te dixéron que le habian faltado
En la batalla , entráron los primeros
En la consulta, por el Rey mandado.

Quedé solo , y en torno mil guerreros
Que me cercaban de uno y otro lado,
Hecho un Sínon en muestras , actos , modos
Los complacia y engañaba á todos.

Todos gustaban de hablar conmigo,
Y yo con ellos , y era esto de suerte
Que de pariente , ni de estrecho amigo
Podian confiar mas su buena suerte :
Procedia con ellos como digo,
Sin que entendiesen que bebian la muerte
En el dorado vaso que les daba,
En la conversacion que los cegaba.

Quando entendí que ya via obrado el gusto
De la suave adulacion con ellos,
Y que era tiempo que mi engaño justo
El fin hiciese que me truxo á vellos:
Fingiendo congojarme mi disgusto
Cubrí de humor mis ojos sin movellos
De la tierra , y así estuve suspenso
Un largo espacio , en un sosiego inmenso.

Viéndome en esta suspension penosa
A piedad conmoviéndose un Christiano
Me dixo , que la pena congojosa
Despidiese , y el llanto y temor vano :
Que en qualquiera ocasion dificultosa
El me daba su fe , y su diestra mano
De ser en favor mio , sin que hubiese
Fuerza que deste acuerdo lo moviese.

Agradecile el noble ofrecimiento,
Encogiendo los hombros , y cruzando

Los brazos , con humilde acatamiento,
Los pies ante él postrado demandando:
El se abrazó conmigo, y muy contento
Me llevó por la hueste paseando,
Dándome cuenta de diversas cosas,
Y mostrando sus fuerzas belicosas.

Videlo todo á mi placer, y anduve
Tan advertido y tan cuidadoso en vello,
Que no quedó lugar donde no estuve,
Ni paso , ni secreto sin sabello.
Y así despues que en esto me entretuve,
Que no fué poco tan seguro hacello,
Dexé con otros al que me guiaba,
Y partí yo do mi caballo estaba.

Púseme encima dél con ligereza,
Rienda, lanza y adarga apercibiendo,
La aguda espuela con veloz presteza
Al duro hijar pegándola, y rompiendo.
Sin aguardar respuesta, ni franqueza
De todos me aparté, y partí huyendo,
Despues que ví su exército y su gente,
No para darte guerra suficiente.

Y así te digo , que con gran seguro
Puedes salir , y dalles la batalla,
Y tenerles abierto y libre el muro,
Y dentro dél , si osaren ellos dalia:
Porque en la ley del alto Alcoran juro,
Que en el Christiano campo no se halla
Número, que no tengas treinta tuyos
Para cada Christiano de los suyos.

Mi parecer, si debe ser aceto,
Es que la gente militar que tienes
Salga á campaña, y pongas en efecto
El bien propio, y comun que le detienes:
Que como tu vasallo leal prometo,
Si no que en voz contraria me condenes,
Si la empresa dexare de ser tuya
Con muerte del Christiano, y mengua suya.

Quedó el Bético Rey mirando al Moro
Suspenso sin mover ojo ni ceja,
Teniendo en premio de mayor tesoro
Lo que el Moro le informa y aconseja:
Y asi le dice, amigo Marsiloro
Dame tu que la suerte sea pareja,
Que yo te daré cierta la victoria,
Y á tu alabanza el nombre della y gloria.

Esto diciendo, el órden dió á Arradino
Para que quando el sol del dia siguiente
Mostrare al mundo el resplandor divino,
Esté ya en campo en órden con la gente:
Quel determina hacer aquel camino,
Y al bueno ó mal suceso estar presente;
Con este acuerdo todos se disponen,
Y en órden todo lo importante ponen.

LIBRO DECIMONONO.

Siéndole dicho al defensor Christiano
Del Moro astuto el cauteloso enredo,
Y como se huyó, y con fiera mano
Dió muerte á Fernan Perez de Toledo:
Aunque le conmovió el caso inhumano.
Mostró el semblante sin mudanza ledó,
Y dexando el negocio que trataba
De acetar lo quel Moro le mandaba.
Mandó que al punto fuesen y juntasen
La gente que tenia señalada,
Y armas, caballos, balsas aprestasen,
Y todo lo importante á la jornada:
Porque luego que al mundo le faltasen
Los rayos que le dan la luz sagrada,
Del Betis pasen á la otra parte,
Y con esto el consilio se desparte.
Los Capitanes, qual les fué mandado,
Y qual al caso convenia acudiéron,
Y todos á quien era encomendado
El cargo del mandar se dispusiéron:
Juntan la gente, y tienen aprestado
Quanto para al efecto apercibiéron,
Y á la lengua del agua en órden junto
Aguardan solo del efecto el punto.
Con la gente de mar por otra parte

Andaba Bonifaz, solicitando
Con fuerza, esfuerzo, con destreza y arte
Como quebrar el puente, aderezando
De su gente marítima una parte
A prevenir las xarcias, ocupando
Otra en hacer ingenios admirables,
En entezar obenques, zafar cables.

De la túpida vela el largo vuelo,
En que el Herculeo Noto se recoja,
Ata para en bonanza y en rezelo,
Con nudo estrecho, y con lazada floja :
Cuelga del mastileo que llega al Cielo
Labeta, que la vela ize ó doscoja,
Atan trizas, alistan chafaldetes,
Aparejan mesanas y trinquetes.

Para el efecto en órden todo puesto,
De armas, de gente y xarcias prevenidas
Las fuertes naves, por seguro puesto
Un espacio á otras fuéron reducidas :
Porque del mundo el sol habia traspuesto
La luz á las regiones escondidas,
Y la noche de estrellas coronada
Del mar salió de sombras frias cercada.

Tiende el silencio ocioso por la tierra,
Y el blando sueño su dulzor suave,
El cuidado se alivia y se destierra
El afan triste, y la congoja grave :
Cesa del viento y mar la cruda guerra,
Ni fiera brama, ni se escucha el ave,
Todo en quietud sabrosa reposando,

Los trabajos del dia reparando.

Solo en esta sazón el poderoso
Príncipe del Christiano ayuntamiento,
Aquejado su ánimo glorioso
Del fuerte, justo y santo pensamiento:
Ni cura de quietud, ni de reposo,
Poniendo en obra su loable intento,
Aderezando barcos, balsas, gente,
Para pasar del Betis la corriente.

Estando todo junto y prevenido,
Las balsas y los barcos ocupáron
Los Infantes, y al vado conocido
Los bélicos ginetes se arrojáron:
En esquadron formado todo unido
Las balsas á los barcos amarráron,
Y así con boga concertada y blanda
Enderezan su via á la otra banda.

Y no fué (aunque ayudó la noche oscura
Con sus tinieblas) tan secreto el hecho,
Que saliese la suerte tan segura
Sin verse en riesgo y peligroso estrecho:
Que yendo atravesando la hondura
Del Betis, donde el curso iba derecho
A la parte que el órden les fué dado
A los que fué el gobierno encomendado.

Ocho barcos de Moros, que en zelada
Para guardar los nuestros se pusieron,
De gente diestra en mar, y aderezada
De fuegos, tiros y armas que metiéron:
Llenos de furia y saña arrebatada.

Puestos en orden de pelea salieron,
Un alarido sin concierto dando,
Trompas, caxas y pífanos tocando.

Los Christianos hallándose asaltados
Del no pensado engaño , acuden fieros
A la defensa , y de su esfuerzo armados
Se oponen á los bárbaros guerreros :
Que en el ardid y fuerzas confiados
Tiros empiezan á esparcir ligeros
De piedras , fuego , xaras , lanzas , dardos
De amientos , con engorra al salir tardos.

Con los fuertes paveses se cubrían
Los del Christiano ejército , acudiendo
Al remedio del riesgo en que se vian
Del loco amor de Marte en ira ardiendo.
Las descubiertas balsas defendían
Poniéndose delante , resistiendo
La lluvia de los tiros , que á ofendellos
Sin descansar momento daba en ellos.

Tiran los cables , y las balsas llegan
Bordo á bordo amarrar los barcos y ellas,
Tan junto , y con tal fuerza las apegan
Que ni puedan entrallas, ni rompellas:
Asi al contrario lo que intenta niegan,
Porque los barcos pueden defendellas,
Y ellas de gente y armas reforzillos,
Y por aquella parte asegurillos.

Atados los tres barcos de esta suerte,
Y las tres balsas , prestos y cuidados,
Contra el furor del enemigo fuerte

Acuden los Christianos animosos,
Y á dar comienzan á la horrible muerte
Despojos de los Moros belicosos,
Que llenos de valor se defendian,
Y el mismo mal en la defensa hacian.

Venia administrando un barco destos
Chilahayni, por Axartaf enviado,
Y los demas al órden suyo puestos
Por ser valiente y platico soldado:
Y á los Christianos viendo así dispuestos,
Y el esquadron que habian ya formado,
A los suyos mandó que lo siguiesen,
Y en ala juntos á embestillos fuesen.

La voz oida, al punto obedeciéron
Del diestro Capitan el mandamiento,
Y al son de un gran clamor arremetiéron,
Todos á una, á conseguir su intento.
En torno á los tres barcos se pusiéron,
Y dellos aferrándose al momento,
El bárbaro caudillo, el brazo en alto,
Aviva, anima, enciende al fiero asalto.

Siguen los suyos el exemplo horrible,
Y los Christianos su valor constante,
Resistiendo el furor la ira terrible
Sin dexarlo que en ella se adelante:
Haciéndole tener por imposible
La victoria que ya juzgó delante,
Que ayrado desto el bárbaro arremete,
Y por las picas se abalanza y mete.

Deste furor le hacen que se abstenga

Tom. XV.

M

Los bélicos y santos caballeros,
Y que de intento mude, y se detenga,
Sin proseguir en sus designios fieros:
Lleno de horror en ver que no se venga,
Peleando quedó en los delanteros
De pies puesto en los bordos aferrados,
De entrambos barcos de armas ocupados.

De su crueza y bárbara osadia
Daba con pruebas de soberbia muestra
Del fiero altivo ardor que la regia,
Y gobernaba su invencible diestra;
Que no pudiendo hacer abierta via,
Ni romper por la invita gente nuestra,
Blasfema al Cielo, y á la tierra injuria,
Y á los suyos enciende en mortal furia.

Igualmente los de una y de otra parte
En su defensa, y su porfia mostraban
Con armas, fuerzas, con esfuerzo y arte,
Quanto sus pretensiones demandaban:
Que ni la oscura noche los desparte,
Ni las muertes crueles que se daban,
Sin poder ser entrados los Christianos,
Ni apartar de su intento á los Paganos.

La confusion, la mortandad, la duda,
Y el horrible destrozo iban creciendo,
Que ni la suerte se mejora ó muda
Del peso en que tenia el combate horrendo:
Sin haber hombre que á otra cosa acuda
Que á herir y á matar. En ira ardiendo,
Miguel Ibañez por la fiera gente

Se abalanza con ánimo excelente.

Derribó á Caide que halló el primero
Que se le opuso á defender la entrada,
Y á Hamet que acudió su compañero,
Cuya amistad muriendo aun fué guardada:
Que atravesado del Christiano acero
Por dos veces , y viendo ya entregada
La muerte dél , cayendo y levantando
Al caro amigo muerto fué buscando.

Y abrazado con él , ya que la muerte
Quería privallo de gozar la vida,
Y de amistad soltar el nudo fuerte
Que entre ámbos fué viviendo tan asida:
Dixo , goza Christiano de la suerte
Por tu dichoso hado concedida,
Y no estímes en poco la victoria,
Que asegura tu vida, y te da gloria.

Mas ya quel Cielo quiso así pagarte,
Y á mi hacer que de tu bien me queje,
Por merced quiero solo suplicarte,
Antes que el alma que se va me dexe :
Que del ruego no quieras desviarte
De ese mi viejo padre, ni se aleje
La piedad de tí, ni el poder tuyo
Muestres con la flaqueza , y miedo suyo.

A esta razon el viejo tremuloso,
Las manos puestas, su dolor mostrando,
A los pies se arrojó del victorioso,
Piedad de su desdicha demandando:
Mas Ibañez con ceño desdeñoso

180 CONQUISTA DE LA ÉTICA.

El oído á los ruegos desviando,
De su impiedad usando y su crueza
Del viejo asiendo dice con fiereza.

Este no es tiempo de piedad ni ruego,
Que ruego ni piedad pueden conmigo,
Ni pudieron jamas, porque la niego
No solo á tí, mas al mayor amigo:
Id juntos tu y tu padre al crudo fuego
Que os guarda el justo Cielo por castigo,
No os apartéis en tan penosa suerte,
Qual en la vida acompañaos en muerte.

Lanzó de sí la carga del anciano
Hamet Xarif, á la humida corriente,
Y arrojado en el Betis soberano
Qual Delfin cortó el agua diligente:
Revuelve asiendo con la diestra mano
De Hamet, que al morir se via presente,
Que viendo asirse, asió al Christiano fiero,
Y á su padre vengó, y á sí primero.

Qual suele el labrador enfurecido
Con duro golpe derribar en tierra
El venenoso aspide, y herido
Dexarlo ya seguro de la guerra;
Y llegándose á ver el que ha vencido,
Incauto de su mal, y de que yerra
Le enlaza con la cola, y con la boca
Lo hiere, y de mortal veneno toca.

Así á Ibañez sucedió, que yendo
Al Moro casi muerto á echar al rio,
Que llegándole á asir, y dél asiendo

El Moro volvió en sí con nuevo brio,
Y de Ibañez el cuello revolviendo
Con fuerte brazo, de temor vacío
Sacó un puñal, y por el diestro lado
Tres veces lo atraviesa el pecho osado.

Sacude ayrado la dañosa carga
El fuerte Ibañez, con furor rabioso,
Sintiendo el daño, y tanto el vuelo alarga
Que en medio lo arrojó del río espumoso:
Y ya sintiendo que la muerte amarga
Venía á privallo del vivir sabroso,
Entre los Moros á tomar venganza
De su barco al contrario se abalanza.

A este punto sobre él mil Moros vienen,
Y él contra todos pone el fuerte pecho,
Y aunque con crudos golpes lo detienen
No impiden que su intento no sea hecho:
Y que con vil temor se desordenen
Su muerte viendo, y peligroso estrecho,
Sin cesar de acudir á golpeallo,
Y con mortales tiros á aquejallo.

Mas él como el león se encruelece
Entre los fuertes toros, desechando
La hambre mata, en ellos se enfurece,
Contra todos su rabia señalando:
Así el Christiano en trance tal parece
Que á todos crueles golpes va tirando;
Al uno sigue, y luego aquel lo dexa,
Y va sobre el que mas dellos le aqueja.

No habia en el barco donde el pie pusiese

De la popa á la proa, en baxo y alto
Que lleno de hombres muertos no estuviese
Por solo Ibañez en el crudo asalto:
Y como así la furia lo truxese,
Aunque de fuerzas ya remiso y falto,
Comenzó á refrenallo la flaqueza,
Y á enflaquecer la muerte su fiereza.

Cayó de gloria y de heridas lleno,
Qual otro Sceva, sin quel pecho invito
Faltase en su valor, ni el Agareno
Poder lo sujetase, aunque infinito:
Hizo al olvido de su nombre ageno
La clara fama, y en su libro escrito
El nombre quedará de Ibañez fuerte
Mientras tuviere su poder la muerte.

El combate creció mas á este punto
Con mayor ira, y con mayor fiereza,
Todo el poder de entrambas partes junto,
Todo el hervor, la fuerza y la destreza:
La flecha, el dardo, lanza y piedra á punto,
Sin cesar punto la mortal crueza,
Que Betis pavoroso y ascondido
Gemia en su gruta, en roxo humor teñido.

Y viendo que ni fuerza ni arte humana
Era posible que apartar pudiese
El horrible combate, y la Christiana
Gente, su justo intento consiguiese,
De sus Ninfas la esquadra soberana
Juntó, y como ya junta la tuviese,
Significando la importancia desto,

Con el semblante , en voz clara ha propuesto.

No pide la ocasion amigas mias
Que os suspenda en razones dilatadas,
Pues todas sois del Cielo en profecias
Desto que veis mil veces reveladas :
Cumplidos son los venturosos dias
En que serán las fuerzas quebrantadas
Desta indómita gente descreida,
Por la gente de Dios favorecida.

El desigual combate en que contienden
Veis claro , aunque de sombras rodeados,
Las fuerzas y el esfuerzo con que ofenden
Los unos á los otros denodados :
Como los Moros alcanzar pretenden
La victoria , por ser aventajados
En número , y con esto en cruda guerra
Les impiden poder saltar en tierra.

Bien es verdad , que en su enemiga gente
Ha hecho la Christiana tal matanza
Que no tiene el cristal de mi corriente
Sino es de sangre otra semejanza :
Con ser esto conviene que al presente
Acudamos dexando la tardanza,
Y el sangriento combate desviemos,
Y á los Christianos donde van guiemos.

Fuera con sus razones adelante
Betis , mas impidióselas la bella
Cilis su hija , y nieta de Atlante,
Habida en Liris Libica doncella :
Cuyo ingenio , despues de la elegante

184 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Forma, fué tan profundo, que habia en ella
 Quanto los Babilonios alcanzaron
 En la oculta arte que ellos inventaron.

Esta, habiendo los astros consultado,
 Como la que alcanzaba sus secretos,
 De Hispalis habia revelado
 Que sus Moros á ser vendrian sujetos:
 Quando en su gruta Betis retirado
 Cuerpos, escudos, lanzas, yelmos, petos
 Impidiesen el curso á su corriente
 De sangre Mora, y de Christiana gente.

Conociendo ya Cilis que llegaba
 De su revelacion el dia dichoso
 Que con tan grande afecto deseaba,
 Dice así con espíritu glorioso:
 Ya padre, ya ya el tiempo que esperaba,
 Que en tardarse has tenido por dudoso,
 Se cumple ya, ya ves de sangre y muertos
 Tus húmidos cristales ir cubiertos.

Todo quanto sobre esto me has oido,
 Inevitablemente en nada falto:
 Todo qual lo predixe ves cumplido,
 Y me inspiró del Cielo el motor alto:
 Resta que sea á tierra conducido
 El Christiano poder del fiero asalto,
 Donde su Rey pisando tu ribera
 Para cumplir mi profecía lo espera.

Tras esta razon última cortando
 El agua, del muscoso asiento parte
 A despartir la lid, que está incitando

La sangrienta Belona y crudo Marte.

A la astrigera Cilis imitando

Todo el Virgineo coro por su parte,

Llevadas de la causa no entendida

Dellas, aunque adorada y conocida.

Egle, Agave, Nereida, Galatea,

Dione bella, y Lege dulce en canto,

La rubia Cloto, y blanca Panopea,

Que á Betis puso en amoroso llanto :

Cerceis, que á Aragne excedió, y Astrea

Que muerta pudo con los Dioses tanto,

Eletra, Deyopeya, Glauca, Euribia

Llegan á la Christiana y gente Libia.

Siguiendo el curso de sus Ninfas bellas

Betis salió del cristalino asiento,

Que no quiso hallarse ausente dellas,

Ni él faltar del piadoso y justo intento :

Y del Cielo inspirado y las estrellas

Que en tierra ponga libre en salvamento

Al viejo Moro á quien Ibañez fuerte

Arrojó al agua á darle allí la muerte.

El qual con debil fuerza trabajaba

Rompiendo el agua sustentar encima

El fatigado cuerpo, á quien faltaba

Vigor con quel furor del agua oprima.

Betis, viendo del modo que luchaba

Con la corriente, el fuerte pecho arrima

Al flaco Moro, y da con él en tierra,

Libre y sano de aquella mortal guerra.

Casi en la arena el pié no habia estampado,

Ni del cabello y barba sacudido
El agua , ni el aliento recobrado
Quando un Christiano explorador lo vido:
Fué preso dél , y al santo Rey llevado,
Que vadeando el rio habia salido,
Ante el qual puesto , por humilde modo
Cuenta le dió del caso horrible todo.

Del estado en que estaba el cruel debate
Quando lo lanzó al agua Ibañez fiero
Le dice , y que esparase del combate
Un fin en los Christianos lastimero :
Que cese mandó el Rey , y que lo ate
Al que lo traxo ante él por prisionero,
Para ver si es verdad lo que le informa,
O le quiere engañar de aquella forma.

Al punto atras las manos le volviéron,
Y con dobladas cuerdas las atáron,
Y entre dos de á caballo lo pusiéron,
Y que sirva de guia le mandáron :
A donde era el combate le pidiéron
Que los llevase , y fieros se aprestáron,
Llevados por el bárbaro enemigo
A dar socorro al fuerte bando amigo.

Todos en órden van siguiendo el Moro .
Que sin alteracion , ni sentimiento
De su prision , guardando el fiel decoro
Cumpliendo va del Rey el mandamiento :
Teniendo en mas que libertad ni oro
Volver á donde está su pensamiento,
Donde dexó su hijo , que ya estaba

A la muerte rendido que esperaba.

Este cuidado esfuerza á su flaqueza,
Que sin sentir ninguna, en delantero
Va con tan desenvuelta ligereza,
Que en allegar al puesto fué el primero:
Y habiendo del combate la aspereza
Cesado, y el rigor de Marte fiero,
Gozaban (ya el contrario retirado)
La tierra que en el agua habían ganado.

Las planchas y los barcos en seguro,
Libres de miedo poseían la tierra
Que les negaba el bárbaro, en el duro
Combate, y se la dexa y se destierra:
Llega el Christiano defensor, y muro
De la santa Christiana y justa guerra,
Halla qual deseó su infantería,
Diferente que el Moro le decia.

Dexa el caballo, y manda á sus guerreros
Que en órden puestos hagan vela y guarden
Mientras los fatigados compañeros
Se reparan, y allí á la luz aguarden.
A los heridos de los Moros fieros,
Que piden los remedios, que no tarden,
Hace curar, y con suaves modos
Ordena, rige y manda en todo á todos.

Ocupado el divino Marte en esto
En el silencio de la noche oscura
Guarda los suyos, y sustenta el puesto
Que le ganáron en batalla dura:
Entre mil ansias y congojas puesto

Con afecto piadoso el bien procura
De todos, y á unos de otros preguntando
Por los vivos los muertos va contando.

Desta santa piedad el Rey piadoso
Lleno de Dios, y caridad ardiente,
Andaba usando sin tomar reposo
Entre su amada y victoriosa gente :
Quando huyendo del anciano esposo
Por las puertas salió del bello Oriente,
Trayendo el dia, la hermosa Aurora,
Que el mundo alegra, y las tinieblas dora.

Y así luego que vió del claro dia
La deseada y celestial presencia,
Y de Betis la onda clara y fria
Vuelta en sangre con tanta diferencia :
La playa que de muertos se cubria
De la Christiana y bárbara violencia,
Del horrible espectáculo afligido
Sin decir cosa estuvo suspendido.

Todos en muda admiracion quedáron
Al Rey confuso y fatigado viendo,
Que del silencio solamente usáron
Sin mover pié, ni voz, su afan sintiendo:
En congoja y afectos le imitáron
De todas una voluntad haciendo,
Que la lealtad en pechos tan constantes
Se muestra bien en casos semejantes.

Levantó el grave rostro en su congoja,
Claro la de los suyos entendida,
Y en la pena cruel que le congoja

Movió la lengua de piedad movida :
Ya veis de sangre la corriente roxa
De los nuestros , á quien dexó sin vida
La espada del apóstata Ismaelita,
Gente enemiga al Cielo , y dél maldita.

A todos nos obliga á la venganza,
Y todos es razon que los vengemos,
Y en quanto que esta suerte no se alcanza
Justa razon será que los honremos :
Y al uso nuestro , y la Christiana usanza
A la tierra sus cuerpos entreguemos,
Que esta es reputacion del honor vuestro,
No entienda el Moro que mató hombre nuestro.

Juntamente con darles esta gloria,
Y este último bien hacer en ellos,
Será razon que viva su memoria
Sin que pueda el olvido oscurecellos :
Y así porque su fama sea notoria
Sus nombres en escrito haré ponellos,
Vayanmelos trayendo aquí uno á uno,
Sin que carezca deste honor ninguno.

Don Gutierre , de Córdoba Prelado,
Acudió á escribir sus nombres luego,
Y á traellos Don Jayme de Alvarado,
Y tras él multitud de vulgo ciego.
Fue ante él primero presentado
Con muchas llagas Sebastian Gallego,
Muerto , desemejado , y desta suerte
Su nombre y patria se escribió , y su muerte.
Ruy Gonzalo Tremello, y Juan de Oviedo,

De Ibañez enemigo conocido,
 En quien jamas fué conocido miedo,
 Y á la muerte lo traen aquí rendido.
 Tu nombre Alonso Perez de Toledo,
 Y el tuyo, ó Juan de Uceda esclarecido,
 Por el sagrado Obispo se escribiéron,
 Y las vidas y muertes refiriéron.

De dardos, lanzas, flechas, roto el pecho,
 La cabeza en dos partes dividida,
 El cuerpo todo en piezas mil deshecho
 Una de otra apenas casi asida,
 Truxéron á Don Jofre, que á despecho
 Del tiempo y de la muerte tendrá vida,
 En un paves Horozco y Fernan Gasco
 En hombros traen al Capitan Añasco.

Ni á tí, ó Cordian, valió la estrella
 Que siempre te fué en lides favorable,
 Que contraria alcanzaste en esto habella,
 Que no hay suerte en la guerra que sea estable:
 Ni á tí Gines Millan la forma bella,
 Ni la voz de Sirena deleytable,
 Ni el cortesano trato y policía
 De morir te libráron este dia.

Lope Arias de Alava, que fuiste
 Caudillo de motines, y alteraste
 La paz, en esta guerra feneciste
 Tan valiente qual siempre te mostraste:
 Y tu Villamayor, que competiste
 Con Baños y Colodro, y demandaste
 Premio igual á los dos, por la hazaña

Que ennoblece sus nombres hoy España.

Por la lista de muertos, ó invencible
Don Ochoa de Parra, se truxéron,
Y á tí ó Ramiro Sanchez del terrible
Asalto, entre los muertos te pusieron :
Librarte deste mal no fué posible
Ruy Guillén, que en el libro te escribiéron,
Y á tí Lorenzo Alfonso de Fragosa
Despojos de la muerte rigurosa.

Entre los muertos, muerto en la ribera
Hallado ó fiero Don Ramiro fuiste,
Y llevado ante el Rey desta manera
Del valiente contrario que tuviste :
Que en viendote olvidó la saña fiera,
Y á tierna piedad le conmoviste,
Que en un pecho tan noble y tan valiente
La piedad venció al odio inclemente.

Las listas deste modo iban leyendo,
Vivos, heridos, muertos señalando,
Las estancias y puestos requiriendo,
A todos por sus nombres apuntando :
Igualmente del número entendiendo
Que ya ninguno del Christiano bando
Faltaba, mas alzando la voz alta
Dixo Ximen Ortun, Ibañez falta.

Esta voz afirmó Dionis de Huesca
De quien Ibañez era compañero,
Y el Alferez temiendo que perezca
El que él decia que era Marte Ibero :
Triste de que su amigo no parezca,

En todo el campo lo buscó primero,
Y no estando entre muertos ni heridos,
Va á la ribera dando mil gemidos.

Qual suele en el gran bosque Nasamonio
El enfermo leon bramar ayrado,
Que se oye en el famoso templo Amonio
Que al poderoso Jove es consagrado :
Que con furor y saña testimonio
Muestra estar de la fiebre maltratado,
Resuena el arenosa y gran campaña,
El desierto, floresta, y la montaña.

Tal fué la horrible voz que alzó furioso
El Alferez, sintiendo con fiereza
La falta del amigo, y congojoso
De ira brama, y gime de tristeza :
Por el húmido asiento, y arenoso
Vuelve y revuelve con veloz presteza,
Y no hallando al que procura tanto,
Convierte la fiereza en tierno llanto.

Haciendo este lloroso sentimiento
Se volvió Huesca, y ante el Rey se inclina,
Y dice, ante tu excelso acatamiento
No sea la causa que me mueve indigna :
Dé tu piadoso oído acogimiento
A la llorosa voz, que se encamina
A tí, para que sea guarescido
El fiero mal, que ya me trae rendido.

Y ántes que acabe, que será imposible
Dexar dolor tan fuerte de acabarme,
Te suplico que en este ardor terrible

Quieras una merced sola otorgarme :
Porque haciendo todo mi posible
Reserve al vulgo de poder culparme,
Y yo á mi fe y obligacion acuda
Como no ponga en ellas nadie duda.

Ya sabes, gran Señor, la amistad nuestra,
Digo la amistad nuestra, la que ha sido
Entre Ibañez y mí, cuyo amor muestra
La fe que á mí y yo á él siempre he tenido:
En favorable suerte ó en siniestra
Ha sido entre los dos tal nudo asido,
Que un punto no ha podido desviarnos,
Ni caso adverso desta ley mudarnos.

Que si Theseo y Perithoó juráron
De no apartarse, y este juramento
Con fe inviolable entrambos sustentáron
Sin mover caso adverso el firme intento;
Si en un vínculo estrecho se ligáron
Sin hacer con la muerte mudamiento
De Asvístó muerto, el amistad de Asmundo,
Connigo ha sido Ibañez sin segundo.

Los dos el mismo juramento hicimos
Que hemos guardado inviolablemente
Desde el día primero que nos vimos
En Leon, donde por tí levanté gente :
Allí las manos de amistad nos dimos ,
Y esta amistad ha sido tan ardiente,
Tan llena de milagros de firmeza
Que puede dar exemplos su grandeza.

De algunos puedo aquí hacer memoria

Que de eloquencia, ingenio, ni artificio
Tienen necesidad, para que en gloria
Excedan al mas noble en su exercicio:
Mas la ocasion en la presente historia
Pide que haga mi debido oficio,
Que es ir con tu licencia á procurallo,
Y en vida ó muerte qual juré imitallo.

Si el contrario lo tiene preso ó muerto,
De qualquier modo que lo tenga es justo
Que yo le acuda como amigo cierto,
Pues dexas de hacerlo será injusto:
Y primero que haga tal sea abierto
De crudo hierro, y de rigor robusto
Este pecho, que falte á mi promesa,
O vivo le acompañe, ó en la huesa.

El eficaz afecto y sentimiento
Con quel Alferez su razon propuso,
Los suspiros, congoja y descontento,
La flaca voz, y el proceder confuso,
Al Rey que oyendo habia estado atento
En suspension maravillosa pnsó,
Y responder queriendo á lo hablado
Así dixo Don Jayme de Alvarado.

Idos los Moros, vuelve á la ribera
Un barco dellos, sin gobierno alguno,
Que la corriente lo arrempuja fuera
Sin ver sobre cubierta hombre ninguno:
Pareceme Señor, que pues espera
Que allá enviemos de los nuestros uno
Que entienda su intencion, y si es engaño

Desengañalle con su propio daño.

Aprobó el Rey por parecer discreto
El de Don Jayme, y todos lo aprobaron,
Y así que fuese le mandó al efecto
Con dos barcos que al punto se aprestáron:
A obedecer el orden va sujeto,
Y apenas las dos planchas levantáron
Quando el barco de un raudó remolino
Varó en tierra acabando su camino.

Quedó fixo en la arena de la suerte
Que si el doblado cable al ancla asido
Tirara á tierra dél, con vuelta fuerte
Del presto cabestrante así traído:
Esperando el suceso desta suerte
El ejército estaba suspendido,
Mas viendo que varado habia en la tierra
Al punto le ocupó gente de guerra.

Hállanlo lleno de enemigos muertos,
Sin haber parte que vacia estuviese,
De brazos, piernas, y hombres medio abiertos,
Sin hallar uno que se conociese:
Quedan suspensos de entender inciertos
Quien del suceso relacion les diese,
Y estando así, levanta la cabeza
Un Moro casi muerto, y así empieza.

Christianos, no teneis que dudar tanto,
Ese Christiano que teneis presente,
Ese ha enviado al Reyno del espanto
A quantos veis que está la vida ausente:
El contrastó á Jaylich, á Usmen, á Osmanto,

Y á Marzoco en la Libia el mas valiente,
Sin otros muchos cuyos claros nombres
Eternos vivirán entre los hombres.

No pudo decir mas, porque la muerte
La boca y ojos le cerró á este punto,
El alma fué á gozar la ardiente suerte,
Y el cuerpo cae con los demas difunto :
A tierra sacan el de Ibañez fuerte,
Y adonde el Rey está lo ponen junto,
Con el qual Huesca se abrazó llorando
Mientras que al Rey la historia están contando.

De la suerte que al Moro el caso oyéron
Al Rey y á su Christiano ayuntamiento
Por las razones propias refiriéron
De Ibañez el glorioso acaecimiento :
Y luego que la historia concluyéron,
Que en todos puso general contento,
El gran restituidor de los Christianos
Así movió los labios soberanos.

No fuera para mí pequeña gloria
Quel bárbaro enemigo no triunfara
De tan honrosa y célebre victoria
Qual fué tal vida, aunque le cuesta cara :
Digna de hacer eterna su memoria,
Digna quel tiempo ni la edad avara
Tengan derecho de ocultar el nombre
De Ibañez, digno de inmortal renombre.

Mas ya que fué la voluntad cumplida
Del Señor que gobierna nuestras cosas,
A quien la humana suerte es ofrescida,

Y obedecen las causas gloriosas:
Roguemosle que dé á los muertos vida,
Que importa mas que lágrimas piadosas,
Y luego en órden militar marchemos
Donde á los muertos sepultura demos.

En diciendo el Rey esto, levantáron
El campo, y las esquadras dispusiéron,
Los caballos en órden se formáron,
Y al Rey en medio, qual venia, pusiéron:
Sus armas los Infantes aprestáron,
Y á muertos y heridos recogieron
Con la escolta que iba en la vanguardia,
Haciendo Infantes y caballos guardia.

A la siniestra mano habia un camino
Que tuerce de la Bética ribera,
Poco usado del bando sarracino
Despues que se empezó la guerra fiera,
Por donde iba y venia de continuo
El Maestre de Eucles, puesto en frontera
De Asnalfarache, que en perpetua guerra
Defendia el llano y falda de la sierra.

Por este atravesó el poder Christiano
Sin quel contrario el paso le impidiese,
Aunque Abodamafon guardaba el llano
Por la parte de Gelves si viniese:
Su industria fué, y su trabajo en vano,
Que no pudo evitar que no se viese
El campo del Maestre y del Rey junto,
Que estaba puesto en su defensa á punto.

LIBRO VIGESIMO.

Luego que los dos campos se juntáron
El gran Retor mandó enterrar los muertos,
Curar de los heridos que quedáron
Con los remedios de salud mas ciertos:
Las cosas militares ordenáron
Por el órden que impidan los conciertos
Del enemigo, que en perpetua vela
Andaba haciendo el daño que rezela.

Ya que fué todo en órden reducido,
Y á la invencible y fatigada gente
El quieto reposo concedido
Con quel trabajo reparase ardiente:
Y despues que al cansancio recibido
En su espiritu invicto y excelente
Con el breve descanso dió sosiego,
El Rey juntar sus Grandes hizo luego.

Y habiendo á todos dado honroso asiento,
Desde el suyo en suave voz propone,
¡O fuerte amparo del Christiano intento
En quien el Cielo su defensa pone!
Con qué razon, con qué encarecimiento
Satisfaré al dolor que se me opone,
En ver que á vuestra inmensa valentía
Resiste de Axartaf la rebeldía.

Este dolor me tiene tan cuidadoso

Quanto es razon estarlo en esta guerra,
Pues veo un poder de un Rey tan poderoso,
Que os huye y dentro de su Ciudad se encierra:
Y en asedio tan largo y tan penoso
Qual está él, y está toda su tierra
Con tanto daño quanto le habeis hecho,
Y tantas veces su poder deshecho.

Con todo eso, altivo y arrogante
Rompe por todo haciendoos resistencia,
Como si no estuvierades delante,
Ni fuerades quien rinde su potencia:
Esto es causa amigos tan bastante
Que me fuerza á que acuda con violencia
Al remedio, que solo es el remedio
Que nos consiga el fin del largo asedio.

Yo estoy determinado que apartemos
La union de Sevilla y de Triana,
Y quel puente que tienen les quitemos,
Con que hacemos su esperanza vana:
Luego principio á conquistar daremos
El castillo, y si puede fuerza humana
Con esta division, y el valor vuestro
Quanto está desta parte será nuestro.

Si es conveniente ó no el acuerdo mio
Consideradlo bien, y no os asombre
Decirme si es injusto, ó desvario,
Y de lo que sentis ponedle el nombre:
Y no entendais que dél ni en mí confio
Quel me puede engañar, y yo soy hombre,
Y el sabio, el justo, en fe y lealtad no debe

Que por dar gusto al Rey lo injusto apruebe.

El Maestre de Ucles por mas anciano,
O porque el Rey y todos le miráron,
Dió, mirando al caudillo soberano,
La respuesta á que todos le obligáron :
Bien veo, Señor, ques darme mucha mano,
Y levantar do nunca imagináron
Mis pensamientos, darme á mi licencia
De responder primero en tu presencia.

¿ Donde del mundo está lo que es mas puro,
Donde de Marte la mayor destreza,
Donde de España está todo el seguro,
Por que me opone á esto tu grandeza?
Y quiere que un ingenio humilde, oscuro,
Falto de arte, y lleno de rudeza
Satisfaga, do Hermogenes no dudo
Quedara qual yo estoy suspenso y mudo.

Mas ya que con merced tan excelente
Quieres honrarme, y quieres darme gloria
Tu invicta generosa ilustre gente,
Con un honor tan digno de memoria :
Digo, que si Axartaf tan ciegamente
Te resiste, y te niega la victoria,
Ayuda á su rebelde confianza
De armas y gente el gran poder que alcanza.

Este, qual sabes, le aprovecha poco,
Pues cada dia sufre tantos daños,
Que paga su porfia y furor loco,
Sin que le valga su poder ni engaños :
Yo desta parte, y por la mia le apoco

En su tierra y su gente con extraños
Estragos, talas, muertes, robos, males,
Qual muestran Coria y Gelves las señales.

Hombre no quedó en ellas que pudiese
De su mortal asalto ir á dar cuenta,
Ni Moro en ellas hubo que rindiese
El ánimo á la muerte ni á la afrenta:
De aquesta rebeldía nació que fuese
Nuestra saña implacable en su sangrienta
Miseria, y de tal modo executamos
Que ni á sexô ni á edad le perdonamos.

Siguiendo el mismo exemplo hemos corrido
El Ajarafe todo, de tal suerte
Que mil lugares le hemos destruido,
Y á cien mil Moros dado cruda muerte:
Nuestro intento se ha siempre conseguido
Sin que la gente innumerable y fuerte
Que hay por toda esa tierra levantada
Nos contrastase, ni impidiese en nada.

Abenjafon, que es la mayor defensa
Quel Rey Axartaf tiene desta parte,
En quien estriba, y en quien solo piensa
Que está el poder que puede contrastarte:
Salió dos veces á impedir la ofensa
Que le hacian los tuyos de tal arte,
Que bien creyó llevarlos por despojos,
Mas vió al contrario con sus propios ojos,

Que llegando á romper en nuestra gente,
Fernandianez y su fuerte hermano
Con docientos Christianos solamente

Le aguardáron en medio de ese llano :
Donde mostrando su valor ardiente
A diez mil Moros que traia el Pagano
Resistiéron de modo que dexáron
El campo, y muertos mas de mil quedáron.

Otra vez en la vega de Triana,
Viniendo de una entrada que hicimos
En Pilas, Aznalcazar y Boyana,
Donde gran copia de despojo hubimos :
El mismo Abenjafon con su pagana
Gente nos asaltó, y tambien hicimos
(Con gran pérdida suya) que dexase
El combate, y su gente retirase.

Achilino, su Alferez, nos ha puesto
Muchas veces las armas en las manos,
Asaltó muchas veces nuestro puesto,
Derramó mucha sangre de Christianos :
Este, que nos fué siempre tan molesto,
Este, en quien confiaban los Paganos,
Y al que tenian por el Marte dellos,
Y el que siempre acudia á defendellos:

Este, vino á encontrarse un dia lidiando
Con Don Rodrigo Flores, en aquella
Tan famosa batalla, conquistando
A Coria, que en presidio estaba della :
Que nuestra poca gente despreciando
Salió sin orden á querer rompella,
Y mezclados los unos y los otros
Conoció presto lo que habia en nosotros.

Aquí en este combate fué Achilino

El que se señaló con mas pujanza,
Y el que á los suyos les abrió camino
Con fiera espada haciendo cruel matanza :
Mas encontró con el varon divino
Que tomó dél justísima venganza,
Aunque no de su vida, de su honra,
Con abatida infamia, y vil deshonra.

Teniendo el fiero bárbaro en el suelo
Muerto á Gonzalo Yañez Malrecado,
A Ruy Muñoz, y á Constantin Pinelo,
Quedó lidiando con Andres Machado:
A este punto llevado alli del Cielo
Don Rodrigo llegó, y el Moro ayrado
Con denuedo feroz contra él revuelve,
Y la sangrienta espada y lid á él vuelve.

Recibiólo el Christiano Caballero
Con aquella excelente valentía
Que siempre, y resistiendo al Moro fiero
La victoriosa espada revolvía,
Y en el escudo de templado azero
Que desde arriba abaxo le cubría,
Dió un golpe entre otros, que con él pudiera
Abrir un monte aunque de acero fuera.

Trúxolo á tierra, y derribó el caballo
Encima dél, el cuello y frente abierta,
Sin quedar con valor para cobrallo,
Ni procurar sino su vida incierta;
Entendió que su bien está en dexallo,
Y atónito y turbado por via cierta
Dando de unos en otros la lid dexa,

Presente siempre el miedo que lo aleja.

No de otra suerte quel que se ha perdido
Por los montes cerrados sin salida,
Viendo cerca un dragon enfurecido,
Que toda la ira tiene en sí escondida:
Que sin valerle que ántes fué temido
Huye, que su braveza aquí es perdida,
Turbado el pecho, de frio temor lleno,
Volando por el áspero terreno.

Huye atónito su ira rezelando,
Quel escamoso cuello levantaba,
Que crueles silvidos iba dando,
Y el venenoso cuerpo se enroscaba:
Asi huia Achilino no esperando
Al Christiano que tanto rezelaba,
Sintiendo siempre encima el golpe crudo
Que su fiereza contrastar no pudo.

Desta infame huida nació luego
Su mortal daño , y la victoria nuestra,
Que imitándolo en ella el vulgo ciego
Hizo su suerte próspera siniestra :
Mató el temor helado á su ira el fuego,
Que á los cobardes á huir adiestra,
Y con aquel desórden que saliéron
A espaldas vueltas de la lid huyéron.

Aquí pudiera , ó Rey esclarecido,
Hacer discurso de admirables cosas,
Que son aunque en ejército rendido
De fama igual entre las mas famosas :
Que por hacerlas libre del olvido,

Y porque sean eternas y gloriosas,
Siendo oidas de tí, las refiriera
Si esta ocasion lugar me concediera.

Mas viendo que mi plática ya excede
Del término que debe al fundamento
Que se me dió licencia, y me concede
Tu alto y glorioso acatamiento;
Digo que es justo, y debe hacerse, y puede
Ponerse en obra tu loable intento,
Que no hay dificultad que te lo estorbe,
Ni la pudiera haber en todo el orbe.

Achilino es el guarda de la puente,
Y el que está puesto por defensa della,
Contra el qual digo que enviemos gente
Que lo lance de alli, y pueda rompella:
Para esto, Señor, tienes presente
Los que conoce el que ha de defendella,
Que son los mios, estos vayan luego,
Vayan, rompanla, abrasenla con fuego.

Para la execucion desto se apresta
De mi gente la esquadra victoriosa,
Mira en las manos la bandera puesta
De su Alferez Gonzalo de Reynosa,
Y el órden mira con que fué dispuesta
En oyendo la caxa belicosa,
Sin quel trabajo del Sargento fuese
El que al órden que está la reduxese.

Pues viene dando á donde estas la muestra,
Para que veas su virtud ardiente,
Y que en doctrina bélica es tan diestra

Qual la gente de Cesar excelente :
Pues su ventura á que la veas le adiestra,
Mira delante al Capitan valiente
Diego Perez Melgar , por quien fué muerto
El Moro Alcayde que faltó al concierto.

Los seis que en la vanguardia van pasando,
El primero es Don Juan de Rebolledo,
Y el que vá junto á él es Don Fernando
Su hermano , en quien jamas se halló miedo:
Aquel quel rostro viene levantando,
Aquel que mira con feroz denuedo,
Diego Perez de Páramo se nombra,
El que en servicio tuyo el orbe asombra.

El otro que á su lado va siniestro
Es Gutierre Gonzalez de la Serna,
Pedro Ruiz de Foyos fuerte y diestro
Esotro que los rige y los gobierna :
Aquel de verde que de aquí te muestro
Es Ximen Lopez , cuya fama eterna
Le prometen sus hechos gloriosos,
Que lo serán entre los mas famosos.

Fernan Fernandez es aquel que viene
Junto á Martin Muñóz y Alonso Perez,
Y el otro que á mirarte se detiene
Es Gonzalo Ruiz Tafur , tu Alferez :
Juan Serbante es aquel , que nombre tiene
De constante , y dador de sus haberes,
Aquel es Perodiaz de Mendoza,
Y esotro Nuño Nuñez de Garoza.

Juan Gonzalez Camena , y Diego Arroya,

Miguel Perez , y Don Juan de Puzoles,
Fernan Muñoz de Fregenal y Moya,
De la milicia dos ardientes soles ,
Son aquella hilera , que si Troya
Tuviera quatro destos Españoles,
No fuera poderoso el poder Griego
De entregar su Ilion sagrado al fuego.

Lope Lopez , y Esteban de Ferrera,
Y aquel Gonzalo Lopez de Medina,
Gomez Perez de Hatinez y Reguera,
Lorenzo Alfonso , Antonio de Molina,
Y aquel que se apartó de su hilera
Quel paso á la siniestra parte inclina,
Es Don Guillen , del fuerte Tafur yerno,
Y él digno de alabanza y lauro eterno.

Pasando iba la lista de la gente,
A vista del gran Príncipe de España,
Que escuchando al Maestre atentamente
Estaba lleno de ufanez extraña:
Quando con priesa y paso diligente
Domingo Sancho y Juan Quivir de Ocaña,
Adalides secretos que enviáron
A ver los Moros , ante el Rey tornáron.

Truxeronle por nueva que los Moros
Del Axarafe habian acudido,
Y las mugeres, hijos y tesoros
En el fuerte castillo habian metido:
Y que despues de gran clamor y lleros
Volviéron á salir, y se habian ido,
Que sobre el muro de Sevilla vian

Gente , y que de Triana le acudian.

Oyendo esto , el marcial alarde
Que cese por entónces el Rey manda,
Que la gente se ponga al arma , y guarde
Tiendas y campo , de una y otra banda :
Y que de aquella forma el dia se aguarde,
Del duro suelo haciendo cama blanda,
A lo qual todos acudiéron luego
Qual convenia , sin tomar sosiego.

Ya comenzaban á huir del dia
Los claros rayos , y á pintar del Cielo
Las bellas formas , y de Cintia fria
Los rayos dar su resplandor al suelo :
Quando Axartaf , que en saña horrible ardia,
Con el silencio igual á su rezelo
Su gente arma , y la salida apresta
Contra el Christiano ejército dispuesta.

El cauto Marsiloro , y el prudente
Ariadino , las cosas disponian,
A todo el indignado Rey presente,
Que todas por su acuerdo se hacian :
Quel ardor fiero que en el alma siente,
Y las ansias que en ella siempre ardian
Le fatigaban con extraño modo,
Y así acudia , y se hallaba en todo.

Viendo su gente bélica ordenada
Qual demandaba su feroz deseo,
La de á pié y á caballo aderazada,
De modo que asegura su trofeo ;
Contenta desto el alma conturbada

Se entregó á la dulzura de Morfeo,
Habiéndose apartado un breve espacio
De las armas, y entrádose en Palacio.

Del apacible y agradable engaño
Al suave dulzor quedó rendido,
Recuperando así el cuidadoso daño,
Que fatigado le traía el sentido:
En este afecto á su fatiga extraño,
Confortando el espíritu afligido,
La imagen de Muley se le presenta
Pálida, triste, y con la faz sangrienta.

Llámalo por su nombre, en lastimosa
Y mal formada voz, así diciendo:
¿Que haces, ó Rey? ¿como en quietud reposa
Tu conturbado espíritu durmiendo?
Oyeme, y no te altere mi espantosa
Y extraña forma, del que fuí viviendo:
Muley soy, dexa el sueño, abre los ojos,
Conoce al que te dió tantos despojos.

A la voz del espíritu penoso
El que en quietud estaba reposando
Se altera, y sacudiendo pavoroso
El sueño, el grave cuerpo levantando,
Y aquel aspecto extraño y espantoso
Ante sí viendo, y la ocasion dudando,
Y de miedo á Muley desconociendo,
Como pudo pregunta el Rey diciendo:

Qualquiera que del Reyno Estigio seas,
Que á mi enviado, ó por tu causa vienes,
¿Dime que quieres, ó de mí deseas,

O qué ocasion para buscarme tienes?
Si entre las sombras de Acheron paseas,
Si con desnudas almas te entretienes,
¿Que buscas entre aquellos que la suerte
De la vida, aun gozar dexa la muerte?

El tendido cabelo que cubria
Todo el pálido rostro, el tenebroso
Espiritu de encima le desvia,
Mostrandoselo triste y congojoso:
Y con voz diferente que solia,
En mal formado acento doloroso
Al Rey que está aguardando su respuesta,
Y se la demandaba, le dió esta:

No creo (ó Rey) aunque de mi olvidado
Que á Muley no conozcas tu sobrino,
A Muley tu sobrino desdichado
De ti tratado con rigor indigno:
Que siendo de un traidor aconsejado
Con quien sin para que fuiste benigno,
Mis leales servicios olvidaste,
Y tan ingratamente me pagaste.

Diste tu oido al que con falso engaño
Causó mi muerte con infamia triste,
Y á ti te tiene en un peligro extraño,
Pues ciegamente su maldad creiste:
Justo castigo y merecido daño
Al que hoy era traidor como tu oiste;
Plaga que siempre habita con los Reyes,
Por quien se suelen traspasar las leyes.
De este crédito injusto que al aleve

Africano le diste en daño mio ,
Hubiste el galardón que se le debe
Al que sigue tan ciego desvarío:
De todo esto , y mas que me conmueve,
La memoria tristísima desvío,
Y vengo del lugar inexorable
A avisarte en tu estado miserable.

Toda tu descendencia, que con tanta
Gloria vivieron en aquesta vida,
De quien la gigantea deidad canta,
Sin que al olvido sea jamás rendida,
Que ahora habitan en la selva santa
Que les fué dignamente concedida
Por nuestro gran Profeta, que hacer quiso
Para justos el santo paraíso:

Sintiendo con piedad tu mal presente
Del sitio oscuro donde estoy purgando
La libre vida de mi edad ardiente
Para entrar donde en gloria están gozando;
Porque en tocando la inmortal corriente
Donde se laban los que ya dexando
Las tinieblas, y entrando en aquel puesto
No salen mas , ni mas se acuerdan desto:

De aquella horrible estancia me sacaron
(A donde estoy) de tí á piedad movidos,
Y que avisarte venga me enviaron,
Si aviso importa en daños sucedidos:
Que te aperciba y diga me mandaron
Que los hados están contra tí unidos,
Que quantos sobre tí dominio tienen

Contra tí todos conjurados vienen.

Que sin duda el poder será Christiano

El que habrá el premio desta larga guerra.

Sí en aquesta ocasion dexa el Pagano

De usar del suyo contra quien lo encierra:

Hoy tu remedio ponen en tu mano,

Usa dél, sal y lanza de tu tierra

A los que te la ocupan, que ahora puedes,

Que en desigual potencia los excedes.

Ya ves quel Rey Fernando tu enemigo

Su ejército dexó, y pasó á Triana,

De su gente llevándose consigo

La que con mas valor la tuya allana:

De aquí ha de sucederle el cruel castigo

Que le promete dar la soberana

Suerte, que ordena en bien y favor tuyo

Aquesta division del poder suyo.

No entiendas que fué acaso sin misterio,

Y ordenacion del Cielo poderoso:

De allá procede, porque el Reyno Hespèrio

No acabe aquí, con fin tan afrentoso.

Ve, rompe el yugo, y libra el cautiverio

Que amenaza á tu pueblo temeroso,

Ponte en el campo, contra el campo solo,

Al punto que ilustrare el mundo Apolo.

Gimió profundamente, y el cabello

Cubrió el pálido rostro, y con ligera

Vuelta huyó, dexando al Rey en vello

En un mar de ansias, y congoja fiera.

Duda si es lo que vió, si ha de creello,

Si de Muley fué el alma verdadera
La que le habló y dexó en temor dudoso,
Si fué ilusion de sueño mentiroso.

Fatigándose en esto , embelesado
Axartaf tiembla, y gime amargamente
De mil ansias que encienden su cuidado,
Mil congojas que allí sin hablar siente:
Está de lengua y de razon privado,
Qual suele el que de un súbito accidente,
O de una alteracion pierde la habla,
Que á todos mira, y á ninguno habla.

Tal quedó el Rey de Hispalis sagrada,
Despues que lo dexó la infernal sombra,
Lleno de horrible horror sin decir nada,
Que quanto ve parece que le asombra :
Pone la vista atónita y turbada,
Vuélvela aquí y allí, y á nadie nombra,
A nadie llama , quel pavor lo tiene
Sin poder ir, ni hacer lo que conviene.

Deste modo rendido á su fatiga ,
Lleno de turbacion cuidadoso aguarda
Que la caxa lo incite y gente amiga,
Que á su ocasion ya excede lo que tarda :
Mas advirtiendolo así lo que le obliga,
Quel ánimo honoroso no acobarda,
Revuelve sobre sí , el pavor desecha,
Sacude el miedo horrible que lo estrecha.

Como se suele hinchar enfureciendo
Calladamente el mar quando está ayrado
En su profundo centro concibiendo

En sí al viento fiero denodado:

Así le va la colera subiendo

Al Rey, á quien tenia el temor turbado,

Que libre dél, su esfuerzo recupera,

Y sale á do su gente ya le espera.

¿Que aguardamos? (le dice) ea ya amigos

Vamos donde nos manda Ala que vamos,

Vamos, vean hoy quien sois los enemigos,

Aunque encerrados por su causa estamos:

Sean hoy ellos mismos los testigos

Del valor nuestro, que si dél usamos

Ninguna duda tengo que hoy acaben

Los que en el orbe todo apenas caben.

Fernando qual sabeis pasó á Triana,

Y de gente su campo dexó falto,

Con que á la muerte la entregó cercana

Que le promete vuestro valor alto:

Ea que la fortuna os es ya humana,

Demos en ellos presto el fiero asalto,

Pues ya el oriente al mundo abre las puertas,

A un mundo sean las de Hispalis abiertas.

No dixo mas, que la encendida saña

Que el corazon le instiga y le provoca,

Que siempre con su alma se acompaña,

La lengua le anudó, y cerró la boca:

La puerta mandó abrir, salió á campaña

Llevado de su ardor y furia loca,

Haciendo horrible son con instrumentos,

Dando alaridos que henchian los vientos.

Pusose Marsiloro al diestro lado,

Y á su gente Ariadino acudió luego,
Tarfira en la ocasion de su cuidado
Le siguió ardiendo en zelo y vivo fuego :
Con ánimo constante y confiado
De vengar en su gran desasosiego
La injuria que le hace el crudo amante,
Con la satisfaccion que sea bastante.

No lleva intento de mover rogando
Del Rey amado el libre pensamiento
Que el odio y zelo en ella tienen mando,
Y ellos en ira han vuelto el blando intento :
¡ O mudanza de amor, ó amor infando,
Que no hace tu fiero sentimiento !
¡ Que mal tu horrible desamor no siembra !
¡ Que no hará una olvidada hembra !

Resuelta de morir , ó de dar muerte
Al falso Rey , que así la trae penosa,
Y si hallaba en su favor la suerte
Encima dél sacrificar su esposa :
En tal dureza el blando amor convierte,
En tal frialdad la llama poderosa
Que prometió encender la Cytia fria,
Y un desden con extremo tal la enfria.

Con ella iba hablando el fuerte Moro
Abdalac , á quien ella con su mano
Curó , y guardando el noble y fiel decoro :
De amistad firme al Príncipe Africano
Viendo en ira volverse el tierno lloro
Le persuadia con deseo humano
Que de tal intencion se retrayese,

Y á diferente fin se reduxese.

Mas ella mas quel duro marmol dura
En su obstinado intento está inmovible,
Qual la cumbre del Caucasos segura
Al viento, ó la del Calpe al mar terrible :
Que dureza no hay que sea tan dura,
Ni imposible que sea tan imposible
Qual mover voluntad determinada
De una muger amando, ó desamada.

Fué visto del ejército Christiano
El del Moro, y el son confuso oído,
El designio entendido del Pagano,
Y Axartaf de su yerno conocido :
Que levantando la derecha mano
Ante el Infante dice enfurecido,
Suplícote, Señor, que pues estamos
A tiempo, que una cosa prevengamos.

Ya ves el gran poder con que á buscarnos
El enemigo viene, en confianza
Que puede por ser tal desvaratarnos,
Y á su furioso intento dar venganza :
Convienes, pues, de un ala aderezarnos
De gente suelta de paves y lanza,
Que de reparo sirvan á esta parte,
Sin que de aquí se mueva ni se aparte.

El viene encaminado á ver si puede
Coger en medio nuestra poca gente,
Viendo que en tanto número la excede,
Y que hacerlo puede facilmente :
Y así, poniendo aquí quien se lo vede

Y quien resista con valor ardiente,
Será imposible conseguir su intento,
Y posible hallar su perdimiento.

Pareció bien el parecer discreto
Que dió el Príncipe de Africa, y siguiéron
Su acuerdo, y confirmando su decreto,
A su cargo el cumplillo remitiéron:
Diéronle gente, y pusose al efecto
En el mismo lugar por donde viéron
Que la enemiga gente se esparcia
En órden, y que allí á parar venia.

El ejército invicto estaba puesto
En el abierto llano, de manera
Que la Herculea Ciudad tenia en opuesto,
Y de allí asaltos del contrario espera:
Por la siniestra banda el curso presto
Del Betis, que lo guarda y su ribera,
A las espaldas tiene á Guadaira,
De do á Tablada y los Erveros mira.

Por la parte oriental de do el doliente
Solano envia su encendido aliento,
Tenia por defensa solamente
El llano de una parte y otra esento:
Por aquí Botalha como prudente,
Y en la guerra de gran conocimiento,
Previene el medio, rezelando el daño,
Al qual se opuso con valor extraño.

Traia Axartaf su campo dividido
En dos partes, la una á do venia
La mayor fuerza, y todo el campo unido,

Esta su insignia y parecer seguía:

Dé la otra fué el orden cometido

A Marsiloro, que tomó la vía

A donde Botalha y su poca gente

Guardaba el peligroso inconveniente.

Ya se acercaba el enemigo bando

Que los mortales tiros se alcanzaban,

Ya los volantes dardos disparando

El efecto mortal administraban:

Crescia el furor, su furia renovando

Las horribles hermanas, que instigaban

Los pechos de los bárbaros, dispuestos

A la victoria, ó á la muerte prestos.

A la defensa se opusieron luego

Los bélicos Christianos, resistiendo

La furia loca del contrario ciego,

Y los tiros quel día venian cubriendo:

Los animosos pechos con sosiego

Firmes resisten el tumulto horrendo,

Sin salir de orden en defensa hacen

Lo que al honor y al riesgo satisfacen.

Viendo Axartaf el marcial decoro

Que guardaban los fuertes Castellanos,

El poco efecto que hace el campo Moro,

Y el daño que le hacen los Christianos:

De congoja vertia por cada poro

Viva sangre, instigando á sus paganos

Quel temor dexten, y con brio arremetan,

Y en huida rompiéndolos los metan.

Ea amigos (decia) que no es justo

Que tan pocos contrarios duren tanto,
Antes lo acuso, y tengo por injusto,
Porque denota cobardía y espanto :
Hoy redimis vuestro mortal disgusto,
Hoy tiene fin vuestro marcial quebranto,
Hoy quedamos si haceis como esforzados
Libres, victoriosos y vengados.

Con denodado ánimo arremete
El Agareno Rey, sin que le impida
La fuerte infantería que acomete
Por una y otra parte enfurecida :
Mas por las picas sin temor se mete
Quel furor le hace no estimar la vida,
Rompe la esquadra con feroz denuedo
Sin que la duda lo detenga ó miedo.

Qual va el sangriento Marte enfurecido
Por la corriente de Ebro rio helado,
O qual al gran Briareo no vencido
Que contra Jove fiero se ha mostrado :
Cincuenta espadas contra él ha asido,
Y á otros tantos escudos ha tomado,
Con cien brazos le hace cruda guerra,
Y en sus cincuenta pechos fuego encierra.

Mas no por eso pierden la esperanza
Que tienen de vencello, y con presteza
Lo siguen con deseo de venganza,
Que piensan de vencer su fortaleza :
Sostienenense con esta confianza,
Y llenos los Christianos de brabeza
Lo siguen á do va por toda parte,

Que va mostrando su valor y arte.

Con grita le acometen furiosos
No ménos que las grullas, que volando
En órden y esquadrones sonoros
Las aguas y la bruma rezelando :
Se encaminan con gritos temerosos
Al espacioso Oceano llevando
A los Pigmeos daño , de tal suerte
Que los vencen , destruyen y dan muerte.

Van los guerreros tras el Rey Pagano
Siguiéndole con golpes y clamores,
Que arrepentido de su intento vano
Dexa el puesto á los fuertes vencedores :
Cubren de muertos el tendido llano,
Haciendo en ellos daños no menores
Don Lorenzo Xuarez y el Infante,
Y Arias Quixada que venian delante.

Todos á una contra el bando fiero
Rompen , derriban , atropellan , matan,
Y á fuerza de vigor y duro acero
Los deshacen , ahuyentan , desvaratan :
Desfallece el furor con que primero
Entráron , y con miedo se recatan,
Que ya no hay Moro que á Christiano aguarde,
Ni á quien no ocupe ya el temor cobarde.

Abulalle , de Benalifa nieto ,
Que fué en Xerez por Axartaf Alcayde,
Viendo del Rey el afrentoso aprieto,
Acompañado de Barqueque y Cayde :
A la gente que huye sin respeto,

Y á Xarif dexan, y á Hayni, y Mocayde
Sus Capitanes, por salvar la vida,
Con deslealtad infame, y vil huida.

Dando voces se opone, y dice amigos,
Amigos míos, deteneos ahora,
Deteneos no honreis los enemigos,
Ni afrenteis vuestra ilustre sangre mora:
Sean hoy vuestros hechos los testigos
Ante aquel Dios que en vuestra ley se adora,
Ante aquel que se ofende en ver dexaros
La victoria que hoy promete él daros.

Volved los rostros, y vereis la ofensa
Que á vuestra patria haceis, y á vuestra gloria
El cierto daño, la deshonra inmensa
En que trocáis tan célebre victoria.
Fuera de entendimiento va el que piensa
Que hoy huyendo no acaba su memoria,
Su hacienda, vida, hijos, casa y nombre
Con vituperio, infamia y vil renombre.

Volved los rostros, y firmad los pechos
Vereis la poca gente á quien dexamos
El campo, por quien rotos y deshechos
Con pérdida tan grande huyendo vamos:
Hagaos con esta infamia satisfechos,
Que quando libres desta lid salgamos
No tenemos seguro, y damos fuerza
Al que nos sigue, y nuestro miedo esfuerza.

Todos oyendo Abulallé volviéron
Con ánimos dispuestos á la muerte,
O á vencer la batalla, y tras él fuéron

Firmes, conformes á probar la suerte :
El frio, temor y espanto sacudiéron;
Y el mas cobarde se mostró mas fuerte,
Renuevan el combate riguroso
Entre el vencido campo y victorioso.

Venia rompiendo por aquesta parte
Del enemigo ejército , el valiente
Arias Quixada , y con destreza y arte
Desvaratando la enemiga gente,
Quando el pagano imitador de Marte,
Llamado rayo suyo vulgarmente,
A los suyos abriéndoles camino,
Vino á encontrar con el varon divino.

Con una gruesa lanza está parado,
Esperando al Christiano valeroso,
Del loco amor de Marte arrebatado
Arremete con ánimo furioso :
Qual el ligero pardo viene avrado
Volando por el monte mas fragoso,
Y entre las armas muy feroz se lanza
Por tomar de su muerte cruel venganza.

Ningun clamor ni armas lo detiene,
Antes revuelve presto si es herido,
Contra el que lo hirió ligero viene,
Y aquel solo ha de ser el perseguido :
Y no lo dexa hasta que ya tiene
Venganza , con fiereza encruelecido
Es muerto de tantos que lo siguen,
Que todos aunque es fuerte lo persiguen.

Asi arremete con furor horrendo

Al fuerte Caballero el belicoso
Moro, á quantos encuentra resistiendo,
Que á detenello nadie es poderoso:
El Christiano invencible conociendo
El deseo del bárbaro animoso,
Y viéndole que á él enderezaba
Y contra él la gruesa asta vibraba.

Con la misma presteza que rasgando
La ayrosa nube el rayo baxa al suelo
Los ayres trascendiendo, y derribando
Quanto delante se le opone al vuelo:
Tal va Arias Quixada procurando
Al Moro, que sin miedo ni rezelo
Fixo en la silla pica apriesa y entra,
A un tiempo todo, y al Christiano encuentra.

Recibe el fiero encuentro el firme escudo
Sin que de donde estaba se moviese,
Que la fuerza ni el golpe hacer pudo
Que movimiento en él se conociese:
Mas lleno de valor, libre, y desnudo
De miedo, como el golpe recibiese
Levantó en alto la fulminea espada
Del poderoso brazo gobernada:

Y al tiempo que la rienda revolvía
Para poderse reducir, descarga
En el hombro quel lado descubría,
Que no le pudo reparar la adarga:
Quedó sin luz, torcer le hizo la vía,
Los estribos perdió, y la rienda larga
Viene el caballo y caballero á tierra,

Y en solo un golpe tuvo fin su guerra.

Del hombro diestro á la mitad del pecho
Le fué rasgando el acerado filo,
Armas y huesos todo fué deshecho
Qual si cortara algun delgado hilo :
Rinde el horrible horror, rinde el despecho,
La altivez fiera, y al soberbio estilo
Sale la sangre negra, el cuerpo dexa,
Y el alma de los huesos se le aleja.

Revuelve con presteza no creible,
Y entre el tumulto bárbaro se mete,
Mata á Bigima, en fuerzas invencible,
Mata á Moolud, á Xavani y Hamete :
A Cayde derribó de un golpe horrible
Que le abrió hasta los pechos, y arremete
Contra Gaulid, que vino á socorrello,
Y acabó encima dél sin guarecello.

Huyendo á rienda suelta sin aliento,
Falto de esfuerzo, al frio temor rendido
Venia Hayni, de roxo humor sangriento.
El rostro hermosísimo teñido :
Que de su altivo y loco pensamiento,
Y su arrogante presuncion regido,
De Jusef berberisco acompañado,
A Don Lorenzo habian procurado.

Y hallándolo al lado del Infante,
Que con Moncayde estaba en cruel pelea,
Se le pusieron ámbos de delante,
Y en él Hayni la fiera lanza emplea :
Mas Don Lorenzo arremetió al instante

Contra los dos, sin que su astucia fea
Les valiese, y volviendole huyendo
Hirió á Hayni, y á entrambos fue siguiendo.

Alcanzólo cayéndole el caballo,
Y viendo al que buscó que le seguia,
Las manos puestas procuró aplacallo
Con lástimas de infame cobardía :
Mas el Christiano dexa de escuchallo,
De ruegos y plegarias se desvia,
Y ántes que mas en ellas prosiguiese,
Al alma infame abrió por do huyese.

El otro que quedaba, rezelando
El valor del Christiano poderoso,
Con miedo dél, huyendo va temblando
Sin dar sosiego al curso presuroso :
Siguelo el gran guerrero de Fernando,
Presidio del ejército glorioso,
Y yéndole en alcance, Axartaf vino,
Y en medio se le puso del camino.

Que del glorioso honor estimulado,
Y de la triste afrenta convencido,
Despues de haber la fiera lid dexado
Volvia á cobrar el claro honor perdido :
De una soberbia esquadra acompañado
De jóvenes briosos que ha escogido,
Con que vuelve y asalta al Caballero
Que á Josef sigue que huia ligero.

Todos al punto en torno lo cercáron,
Y él contra todos con valor constante
Por medio de las lanzas que enristráron

Se arroja , rompe y pasa por delante :
No rayo que las nubes arrojaron
Baxa con ligereza semejante,
Ni con tal furia va el leon que siente
En las entrañas el venablo ardiente.

Por todas partes todos con fiereza
Sobre él descargan , y él á todos hiere ;
Resiste , mata , aparta , y con destreza
Y esfuerzo en ellos hace lo que quiere :
Mas los tiros , los golpes , la presteza
Es tal , que tiro no hay que golpe espere,
Que sin darle descanso lo cubrian
Los tiros , y los golpes lo herian,

De la suerte que cae presurosa
De la occidental parte con estruendo
La lluvia , sobre el suelo impetuosa,
Y con la piedra el campo va hiriendo :
No daña á los texados la furiosa
Pedrisca , que va dellos resurtiendo :
Asi golpean y hieren al valiente
Don Lorenzo con saña y furia ardiente.

Habiéndose mezclado el fuerte Infante
A este punto andando en la batalla
Con la gente feroz del arrogante
Axartaf , que pensaba reparalla :
Y habiendo muerto al Capitan delante,
Con tanto esfuerzo comenzo á apretalla,
Que las armas largando á huir vuelve,
Y á la Ciudad sin aguardar se vuelve.

Axartaf viendo así desvaratarse

De todo su poder la mayor fuerza,
Desmayó, y toca luego á retirarse,
Y á la huida con valor se esfuerza:
Pica, y pican los suyos á librarse,
Sin que ninguno de seguirlo tuerza,
Los Christianos guerreros sin dexallos,
Matándolos procuran atajallos.

La infame fuga viendo el temerario
Marsiloro, que estaba en cruel combate
Con el Libyco Rey, su cruel contrario,
Sin poder darle qual queria remate:
Dixo furioso, el hado mi adversario
No impedirá traidor que no te mate,
Y á la aleve Alguadayra que te sigue,
Que á esto el honor hace que me obligue,
Sin decir mas, de un ciego ardor llevado
A dar venganza á su implacable ira
Arremitió, y Botalhá indignado
No ménos fiero contra él se aira:
Llega á este punto por el diestro lado
Y da un encuentro á Botalhá Tarfira,
Que á no ser Botalhá, aunque fuera un muro
No quedára en su asiento tan seguro.

Rompió la lanza, mas volvió el Rey Moro
A executar su fiero golpe en ella,
Y con el suyo llega Marsiloro,
Y así lugar no tuvo de ofendella:
A mí le dice, á mi, guarda el decoro
De Caballero, que á esa Mora bella
No es justo que tu espada haga injuria,

Guarda para mí solo aquesta furia.

No respondió, mas levantando fiero
El fuerte brazo, contra el Moro parte,
Y el Moro con el ánimo primero
A la venganza aplica fuerza y arte:
Vuelve Tarfira, y al Real guerrero
Que en su alma ocupó la mejor parte,
Con igual desamor que ántes tenia
El amor al Rey de Africa heria.

Mas él, sin conocella ni hablalle,
Quando sobrel hiriendo venia fiera,
El brazo suspendia, y yendo á dalle
El alma casi le decia quien era,
Y así solo acudia á reparalle,
Que no era posible que pudiera
(Aun ignorando) en yerro semejante
Caer quien fué tan verdadero amante.

Marsiloro en furor ardía rabioso,
Ella en ira infernal por dalle muerte,
Botalhá en esfuerzo valeroso,
Defendiendo á los dos tan alta suerte:
Corrido Marsiloro y furioso
Dixo á Tarfira, si hoy pretendes verte
Vengada deste aleve Rey, desvia,
Dexame solo, que esta suerte es mia.

Tarfira respondió, á mí sola toca
Tomar deste mal Rey justa venganza,
Que la ocasión que tengo me provoca
A que la tome, y dexe la tardanza:
Ese deseo, y esa furia loca,

Esa contienda, y vana confianza
No tendrá efecto, Botalhá responde,
Quel dicho y hecho en pocos corresponde.

Ellos en esto, ya venía su gente
Desbaratada del Christiano bando:
Venía Abdalac confusa y ciegamente
A Botalhá y Tarfira procurando:
Y viéndolos en esta lid ardiente
Arremetió, el caballo atravesando,
Desvia á Tarfira, y dexa al Africano
Con el Bético Moro mano á mano.

No con igual furor se arremetiéron
Los dos Tebanos Príncipes ayrados
Al punto que en el campo los pusieron
Para acabar la guerra señalados:
Asi en el mismo instante que se viéron
Los dos Moros de un fiero ardor llevados,
De un odio igual, de una intencion dañada,
Se arremetiéron sin hablarse nada.

Marsiloro traia un feroz caballo
De una admirable condicion extraña,
Que se lo dió Halud, por amparallo
Para alcánzar el Alcaydia de Ocaña:
Este en el punto que empezó á domallo
Le enseñó (diferente que en España)
A levantar el rostro en allegando
La espuela, ó con la rienda irle llamando.

Pudo el humano ingenio hacer tanto,
Y de Halud el arte y sntileza,

Que le privó de recibir espanto,
Y le enseñó á morder con extrañeza:
Que si no fué enseñado por encanto,
No era posible ingenio ni destreza
Hacer un animal que deprendiese
A ofender solo al quel señor quisiese.

En qualquiera ocasion que se hallaba
Como la rienda á un punto le ajustasen,
Ni perdía paso, ni cabeza alzaba,
Ni se descomponia aunque le picasen:
Mas si el señor alguna vez gustaba
Que de su lado algunos se apartasen,
Con picarle y dar rienda solamente
Caballo ni hombre habia de haber presente.

Con este entró el Pagano en la batalla,
Qual en su esfuerzo y armas confiado,
Por él creyendo cierto de ganalla,
Como por él habia otras mil ganado:
No entiende ya que arnes ni fuerte malla
Estorbaran su pretension, ni el hado,
Y asi pica, y la rienda larga, y fiero
Se allegó quanto pudo al Real guerrero.

El caballo feroz sin detenello
Asió al del Rey con furia arrebatada,
Y comenzó cruelmente á removello
Con la fiereza y saña acostumbrada:
Mas Botalhá acudiendo á guarecello
Al amo atravesó de una estocada,
Y la cabeza le cortó al caballo

Que al suyo quedó asida sin soltallo.

Los Moros que seguian á Marsiloro
Viéndole muerto así venir á tierra,
Alzando á una un lastimoso lloro
El mas valiente el ánimo destierra:
Dexan el campo, huyen del Rey Moro,
Que entre el poder Chrístiano los encierra,
De un cabo á Don Lorenzo, y por delante
A Arias Quixada, y al valiente Infante.

Sobre esta esquadra que tenian en medio
Revuelven todos, ya que habia huido
El campo de Axartaf, que por remedio
Entrarse en la Ciudad habia elegido:
Y sin darle lugar ni valer medio,
Ni á ruego dar ni á lástimas oido,
Fué dada al hierro en un instante breve,
Sin dexar Moro que la nueva lleve.

Pasan delante á detener la gente,
Que siguiendo el alcance iba matando
Los Moros que huian confusamente,
Y al agua ciegos se iban arrojando:
Donde tambien la muerte vian presente
Que en asechanza estaba allí aguardando,
Que no hay seguro al tiro que no yerra
En el viento, en el agua, ni en la tierra.

Allí acababan muchos, que la vida
En balde hasta aquel punto difiriéron,
Allí acabáron, y á la lid rendida
Fin glorioso con sus muertes diéron:

Recogióse la gente no vencida
Al ronco son, y á Marte concediéron
Que en ocio y en quietud se reduxese,
Y alivio al largo afan se concediese.

LIBRO VIGESIMOPRIMO.

Siendo ya el campo de Axartaf deshecho,
Con pérdida de tantos de su parte,
Y él, puesto á riesgo, y peligroso estrecho
Sin valerle poder, fuerza ni arte,
A dar la cuenta del glorioso hecho
Envió Don Henrique al Santo Marte
Su padre, que en oyendo el caso, al punto
Dixo, teniendo su concilio junto:

Claro veis la merced quel largo Cielo
Siempre nos hace, y ahora vereis claro
Que á vuestro noble, justo y santo zelo
Con patentes milagros da su amparo:
Y al que conspira contra Dios, el suelo
Le hará ver con este exemplo raro
Su ceguedad, y conocer que puede
Solo Dios, que en poder á todo excede.

Deste conocimiento entenderemos
Que ha de ser su potencia en ayudarnos,
Para que á nuestra justa guerra demos

Conclusion, con el fin que deseamos:
Y así conviene en la ocasion que vemos
Que al ejército luego nos volvamos
A disponer las cosas convenientes,
Y dar remedio á los inconvenientes.

Y pareceme (si el consejo vuestro
Fuere conforme en esto con el mio,
Que si será, por la razon que muestro
Que es la seguida meta á donde guio:)
Que pidiendo el favor al Moisen nuestro
Volvamos luego á vadear el rio,
Dexando aquí la infantería aprestada,
Pues luego aquí ha de ser nuestra tornada.

Con la gente quel yugo dexa puesto
(Mi hijo Don Alonso) al cuello altivo
De la bética Murcia, que en molesto
Asedio la rindió con Marte esquivo:
Para reparo y ser remedio desto,
Por quien tan lleno de cuidados vivo,
Está ya en el Real, y desta gente
Guarnecello podemos facilmente.

Esto tengo acordado, y si os parece
Que se debe hacer, hágase luego,
Que la ocasion tan grave que se ofresce
No concede momento de sosiego:
Diciendo esto, su razon fenescce
El protector Christiano, contra el ciego
Bárbaro, y de los suyos escuchado
Sin discrepar de todos fué aprobado.

Sin tocar caxa, ni hacer estruendo,

Pasó la voz, y luego aderezáron
 Caballos y armas, y la via siguiendo
 Al conocido vado camináron:
 Betis el veloz curso reprimiendo
 Sin moverse paró, en quanto pasáron
 El húmido cristal, y ufano desto
 Encima estaba de sus aguas puesto.

Llegáron los valientes Caballeros,
 Y el Santo amparo suyo, á donde estaban
 El ejército y Príncipes guerreros,
 Que en aquella ocasion no lo esperaban:
 Los dos Infantes fuéron los primeros
 Que llegóron al padre, porque andaban
 Disponiendo las cosas, y alojando
 Lo que á Murcia dexaban por Fernando.

Fue con alegre aplauso recibido,
 Y con gloriosos títulos llamado,
 Unos le decian padre, otros querido
 Señor, otros Rey justo, otros amado:
 Estas voces herian el santo oído
 Que á todos tuvo siempre aparejado,
 A la justicia sin cerrar lo abierto,
 A la clemencia y las mercedes cierto.

A las voces el Príncipe Africano
 El primero dexó su alojamiento,
 Y á los pies puesto del rector Christiano
 Con su esposa, celebran el contento:
 Levantala el Rey mismo con su mano,
 Y junto al suyo á entrambos dió el asiento.
 Y á Botalhá las gracias y la gloria

Como á instrumento de tan gran victoria.

Tratáron del suceso largamente,
Contáron las hazañas milagrosas,
De todos la virtud resplandeciente al uso
Con que fin diéron á tan arduas cosas :
Y estando en esto, el resplandor de Oriente
Se escondió entre las sombras tenebrosas,
Y la noche inmortal traia al sabroso
Y descuidado sueño á dar reposo.

Las mesas fuéron luego aderezadas,
Maestresalas y pages acudiéron
Con toallas y fuentes levantadas,
Y en órden todos ante el Rey viniéron :
Qual la del Rey dos sillas ocupadas
De Botálhá y de Alguadayra fuéron
Entre el Rey puestas, y el mayor Infante,
Y la de Don Henrique algo distante.

Dióse principio á la dispuesta cena
Con alegre quietud, y leal sosiego,
De la soberbia y destemplanza agena
Que usó Epicuro, y sigue el vulgo ciego :
Libre do todo aquello que condena
La vida, y pone en vil desasosiego,
Huyendo la costumbre fea Romana,
Y el gasto de la pródiga Egipciana.

No fuera á la templanza de Fabricio,
Ni á su firme virtud desagradable,
Pues era libre del guloso oficio
Que á tantos truxo á estado miserable :
Ni la abundancia acompañaba al vicio,

Ni la hambre á la gula insaciable,
 Todo con el respeto conveniente
 Correspondia á la virtud y gente.

Iban la alegre cena prosiguiendo,
 Dando Ceres sus dones y Diana,
 Y con alegre ánimo ofresciendo
 Nisa el licor que da la fuerza humana:
 Los sentidos les iba conmoviendo
 Lira y voz de Alvar Nuñez soberana
 Que con celeste espíritu cantaba,
 Y el canto y la armonía regalaba.

Cantó quando á Baeza combatia
 Don Alonso (á quien dió renombre España
 De Emperador) que viendo su porfia
 En res stirse, y la defensa extraña,
 Que ya des onfiado, quiso un dia
 Alzar el cerco, y toda su compañía
 Aprobó el parecer que habia tomado
 De irse, y dexar un cerco tan pesado.

Mas Isidro, Arzobispo de Sevilla,
 Viendo al Rey que dexar queria el asedio
 Baxó á la tierra de su impírea silla
 A serle amparo su inmortal remedio:
 Y estando el fuerte auxilio de Castilla
 Solo, y resuelto en su dispuesto medio
 Se le apareció, y dixo que siguiese
 La guerra, y de su acuerdo desistiese.

Que no dudase, quel le aseguraba
 Y prometia de darle la victoria,
 Quel su favor y ayuda le mandaba,

El premio, honor, el triunfo, el lauro y gloria:
Esto el divino músico cantaba

Ante el Rey Santo, que en la alegre historia
Se habia suspendido, y á este punto
La música y la cena acabó junto.

Los Grandes, que al principio se habian ido,
Entráron, y alabando el dulce canto
Del músico, y el caso sucedido,
Así les respondió su auxilio santo:
¿A quien seria del Cielo concedido
Tanta gracia, ni qual merece tanto
Que los Santos descendan á amparalle,
Y la victoria no esperada dalle?

Bien es verdad que muchas veces fuéron
Con milagros patentes ayudados
Los nuestros, y al Patron de España viéron
Estando para ser desvaratados:
Y en virtud suya la victoria hubiéron,
Y los Moros despues aherrojados
Contaban, que ellos viéron ser deshechos
Por uno que una cruz traia en los pechos.

A aquel gran defensor de los Christianos
A quien el santo lávaro seguia,
Que en entrando á lidiar con los paganos
Las espaldas y pechos le encendia:
Con estos y otros premios soberanos
El Señor regalaba cada dia
A los suyos, mas ¿quién será tan digno
Que Santos vea, y sienta ardor divino?

Estos exemplos nos avisan claro.

Que no son nuestras obras qual conviene
Para alcanzar aquel divino amparo
Que á los justos del Cielo en favor viene :
Y pues aquesto amigos os declaro,
Y veis que la victoria se os detiene,
Sirvamos al Señor que yo os prometo
En nombre suyo el victorioso efecto.

Así el Rey santo con glorioso acento
Exôrtaba á sus fuertes Caballeros,
Poniendo en Dios el cierto vencimiento
Con el fin justo de los Moros fieros :
Lope Diaz de Alfaro estuvo atento,
Que estaba junto al Rey de los primeros,
Por parecerle urgente ocasion esta,
Demandando licencia dió en respuesta.

Solo quiero que entiendas , ó excelente
Señor , por quien la Santa Fe Christiana
Es defendida , y su afligida gente
En libertad de la opresion pagana :
Que si se mira con razon prudente,
Y ánimo libre de la invidia humana,
Mil exemplos tenemos en que has sido
Con milagros de Dios favorecido.

Dexo el principio de venir á darte
Posesion de Castilla, y de la suerte
Que por milagro quiso Dios guardarte
Del Conde aleve que intentó tu muerte :
Del fiero padre que venia á buscarte
Con riguroso intento y brazo fuerte,
Sin que á tu tierna edad hiciese injuria,

Quién lo atajó? quién resistió su furia?

Despues que todo aquesto aseguraste,
Y de Marte la túnica vestiste,
Y á Leon y á Castilla en paz juntaste,
Y á combatir los Moros descendiste:
Mira la vez primera que pasaste
Los puertos, el peligro en que te viste,
Y con tan poca gente á tantos Moros
Rompiste, y les quitaste sus tesoros.

Estas hazañas y otras mil famosas
De que hacer pudiera larga historia,
Si no fuerán con fuerzas milagrosas
¿Quién alcanzára dellas la victoria?
Dexando á parte tan sabidas cosas,
De las presentes puedo hacer memoria,
Pues la victoria de hoy si la entendemos
Por milagro del Cielo la tenemos.

En sus razones iba prosiguiendo
El excelente Lope Diaz de Alfaro,
Y el Rey le replicó, todo eso entiendo,
Todo es así por el divino amparo:
Mas dime, ¿el irnos tanto difiriendo
Esta victoria, no es indicio claro,
Y se dexa entender, que no acudimos
A servirle, y que ya le deservimos?

A nuestras graves culpas lo atribuyo,
Ellas reprimen su inmortal largueza,
Por ellas niega esto al pueblo suyo,
Por ellas da al contrario fortaleza:
De donde infiero, y mi razon concluyo

Que aquella inmensa y celestial grandeza
Será en nuestro favor si le servimos,
Y las mortales culpas reprimimos.

La Princesa Alguadayra, que habia estado
Oyendo las Christianas opiniones
Del santo Rey, y viéndolo parado
Rompió el silencio, y dixo estas razones:
Aunque á la suerte mia le es negado
Hablar en semejantes ocasiones,
Por ser lo que diré caso admirable,
Dame licencia, ó gran Señor, que hable.

Las dos blancas mexillas se cubriéron
De púrpura, y honesto encendimiento,
Viendo que á su razon todos volviéron,
Y quel oido el Rey le puso atento:
Las causas que en temor la suspendiéron
La dexáron, y el torpe encogimiento
Dió lugar á la lengua detenida,
Y prosiguió de todos siendo oida.

Guayna mi abuela tuvo una sirviente
Antigua, que de mi fué conocida,
Llamada Barca, en letras excelente,
Que casi fué por sin igual tenida:
Esta á la muerte viéndose presente,
Agravada del peso de la vida,
A mi padre advirtió la sabia Mora
Lo que encubierto ha estado hasta ahora.

Díxole que la fuerza poderosa
Que en las armas tenia el poder Moro,
El ánimo y destreza belicosa,

La abundante riqueza en plata y oro :
Que esto era escoria , y todo inutil cosa
Comparado á un divino y gran tesoro ,
Que sin estimacion y desechado ,
Ni entenderlo , en un pozo tenia echado .

Este tesoro , dixo , ser aquellas
Vírgenes que llamais Justa y Rufina ,
Que Barca dixo , que eran dos estrellas ,
Que al sol exceden en su luz divina :
Que si sabian los nuestros conocellas ,
Y las honraban con la gloria digna
A la suya , viviesemos seguros
Que no entrarian contrarios nuestros muros .

Añadió á esto , que tuviesen cierto
Que si no las honraban , qual decia ,
Que en sujecion seria el pueblo y muerto ,
Y que á verlo Axartaf alcanzaria :
Que nadie lo tuviese por incierto ,
Ni dudase de aquella profecia :
Esto diciendo la dexó la vida ,
Y á la muerte quedó Barca rendida .

Fué con gran sentimiento sepultada
La sabia Barca , y fué estimada en tanto ,
Que la que en vida en poco fué estimada ,
En muerte se le dió renombre santo :
Quedó su profecia tan confirmada ,
Y el Rey mi padre con tan grande espanto ,
Que en oyendo nombrar Justa ó Rufina
Ambas rodillas en la tierra inclina .

Todo este gran lugar sigue este exemplo ,
Tom. XV. Q

Y hacerle todos en su honor desean
Un levantado y suntuoso templo
A donde honradas en su culto sean:
Y esto es de modo que á Axartaf contemplo
Quando los suyos contra tí pelean
Quel favor de las Vírgenes invoca,
Su pozo adora, y con sus labios toca.

Así Señor, que desto entender puedes
Que resulta su esfuerzo y confianza,
Desta ocasion quando en poder lo excedes
Nace su orgullo, y busca la venganza:
Y si en la mortal guerra en que procedes
Qual vemos, no sojuzgas su pujanza,
No lo causan las culpas de tu gente,
Que estotro es solo el cierto inconveniente.

Holgose el Rey, y todos se admiraron
Que con las Santas devocion tuviesen
Los que á Dios por Mahoma la negaron,
Y que en su amparo y su favor creyesen:
De la condicion bárbara trataron,
Y como en esto todos estuviesen
Un largo espacio, el Rey en su aposento
Se entró con aquel solo pensamiento.

Púsose en oracion con tierno llanto
Ante la imagen que en su arzon traia,
Diciendo, ó Reyna del concilio santo
Que has sido en todo nuestro amparo y guia,
A tí mi alma, á tí mi voz levanto,
A tí invoco, ó Christifera Maria,
A tí que me socorras vengo ahora,

Qual siempre has hecho, amada mia y Señora.

Si un bárbaro infiel tiene esperanza
En el favor de aquestas celestiales
Vírgenes, si contrasta con pujanza
A las fuerzas Christianas inmortales,
Y constante en aquesta confianza
Resiste á tantas pérdidas y males,
¿Qué pueden hacer mas los que creemos
De tu Hijo la Fé que defendemos?

Ea , pues, Virgen defensora nuestra,
Salud de la mortífera caída,
Que costó el medio á suerte tan siniestra
Al mayorazgo celestial la vida :
Aquí tu amparo, aquí tu favor muestra
Para que acabe aquesta descreída
Gente, y esta Ciudad se restituya
Al culto sacro, y á la gloria tuya.

Suplicote, Señora, que este intento,
Este zelo ofrecido á tu servicio,
Este deseo y Christiano pensamiento,
Este amor firme en este duro oficio,
Ante ti sea de algun merecimiento,
Pues todo da de la ocasion indicio,
Y trabajos y daños recibidos
Son á tu nombre, ó Virgen, ofrecidos.

Quedó en estas razones suspendido
El santo defensor de los Christianos,
Y puesto en Dios el alma y el sentido,
Se quedó levantadas ámbas manos :
Y un resplandor ante los ojos vido,

Que de luz adornó los ayres vanos,
Y á la noche del sueño engendradora
Con esplendor divino ilustra y dora.

El deificado espíritu traspuesto
En aquella dulzura, quel terreno
Cuerpo ignoraba, aunque al placer dispuesto,
Era de aqueste sentimiento ageno :
En gloria y en temor estaba puesto,
De gloria el alma, de espanto el cuerpo lleno,
Y estando así la Virgen Palestina
Se dexó ver, y dixo en voz divina:

No te aflija Fernando la tardanza
De esta prolixa y trabajosa guerra,
No dudes, ni haya en tí desconfianza,
Y de tí, si hay alguna, la destierra :
Que presto (y ten por cierta esta esperanza)
Veras en tu poder toda esta tierra,
Y á tus trabajos puesto fin glorioso,
Que así lo ordena mi hijo poderoso.

Prosigue en tu conquista de la suerte
Que has proseguido hasta aquí constante,
Que mas dichosa y mas segura suerte
Te aguarda que salir de aquí triunfante :
Desto te advierto, y con prudencia advierte
Que puesto estas á la ocasion delante,
No dudes cosa destas que te digo,
Que al que la fe defiendes va contigo.

Así dixo la Virgen soberana
Dexándose cubrir del fulminoso
Esplendor, se escondió á la vista humana,

Quedando en el espíritu glorioso :
A este punto la humida mañana
Lanzó del mundo al sueño perezoso,
Mostrándose la luz resplandeciente,
Abriéndose las puertas del Oriente.

En aquesta memoria arrebatado
Contemplando la gloria en que se vido
Se quedó el Rey, en Dios todo ocupado,
Y en la sagrada Virgen el sentido:
Quando llegó por él siendo llamado
Bonifaz y el de Alfaro, que habia ido
En secreto á llamallo, y ante él puesto
El auxilio Christiano así ha propuesto.

Hoy es el dia, ó Bonifaz amigo,
En que tu esfuerzo, tu virtud y arte
Han de mostrarse en la ocasion que sigo,
Y siguiendo mi acuerdo señalarte:
Yo estoy resuelto, que hoy nuestro enemigo,
A quien no ha quebrantado el crudo Marte
En tanto tiempo, hoy vea por sus ojos
El principio de ser nuestros despojos.

Las dos naves que tienes aprestadas
De xarcia, gente y armas, aguardando
Este punto, sean luego aderezadas,
Y puestas donde el rio vengán surcando:
Que del aliento próspero ayudadas
Quanto delante fueren encontrando
Arruinarán, y así el trabado puente
Dellas será rompido facilmente.

Por tierra irán en seguimiento dellas

246 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

Gente de á pie, y gente de á caballo, ~~bravo~~

De modo que no puedan ofendellas ~~de los~~

Si acudieren los Moros á estorvallo :

Y para mas seguro defendellas ~~de los~~

Pongan, que puedan todos divisallo, ~~de los~~

En las gavias dos Cruces, pues es dia

Hoy desta santa insignia que nos guia, ~~de los~~

Bonifaz obediente se despide ~~de los~~

Y va á sus naos con presta diligencia

A cumplir lo quel Rey le manda, y pide

La forzosa ocasion que via en presencia :

Pone la gente en órden, y divide ~~de los~~

Los puestos con madura providencia, ~~de los~~

Cerca las naos de fuertes pavesadas, ~~de los~~

Fortalece las popas y arrumbadas.

A la gente de mar previene y manda

Que alisten betas, zafen aparejos, ~~de los~~

Que al ancla acudan de una y otra banda

Mozos robustos, no cansados viejos :

En esto entiende solo, en esto anda ~~de los~~

El sabio Burgales, cuyos consejos ~~de los~~

Obedecidos, y aprestado todo, ~~de los~~

A los suyos habló de aqueste modo. ~~de los~~

Hijos y compañeros mios, venidos ~~de los~~

En servicio de Dios, y del Rey nuestro,

Contra los enemigos descreidos

De la ley verdadera, y Señor vuestro,

Bien sabeis quantas veces son vencidos

De vos, y quantos Moros de aquí os muestro

Por esa humida playa hechos pedazos

Por vuestra fiera espada y fuertes brazos.

Las victorias que habeis habido dellos
Sabeis mejor que puedo yo contallas;
Y pues habeis sabido bien vencellos,
Sabed bien qual conviene conservallas:
Hoy es el dia en que teneis de vellos
Sin fuerzas, pues procuran apartallas,
Y apartada la union, quebrado el puente,
Lo demas es rendido facilmente.

El Rey pone su honra en vuestras manos,
Mirad lo que debeis hacer en esto,
Obligaos la lealtad y el ser Christianos,
Y de la fama el glorioso puesto:
Bien conozco que son mis dichos vanos
Siendo vuestro valor tan manifiesto,
Y que os ofendo en demandar aquello
Que no es posible en vos dexar de hacello.

Diciendo estas razones hizo luego
Que la gente alistada se pusiese
En órden, y sin darle mas sosiego
A la nao señalada al punto fuese:
Ardense todos en honroso fuego
Deseando quel bárbaro viniese,
Toman sus puestos, armanse al momento,
Levan anclas, y velas dan al viento.

Quando el Rey vió que Bonifaz estaba
Puesto en mitad de la veloz corriente
Con sus dos naves, y que ya empezaba
A enderezar las proas á la puente;
A la gente de Murcia que alojaba

Junto á los olivares puesta en frente
Del ejército , hizo que pasase
Adelante y al muro se acercase.

Fué de los Moros visto y no entendido
El bélico designio del Christiano,
Mas de Ariadino siendo conocido
Como sabio en la guerra y hombre anciano;
Dixo al Rey Axartaf que prevenido
Estuviese, y las armas en la mano
Que no era sin grande fundamento
Sus contrarios hacer tal mudamiento.

Mandó tocar al arma y prevenirse
Toda la gente que seguia la guerra,
Los muros y las puertas requerirse,
Y ver del modo quel lugar se cierra:
Que ya (dice) es forzoso apercebirse
Con nueva fuerza , y reforzar la tierra,
Pues vemos al contrario que nos cerca,
Que al muro sin temor se nos acerca.

Del fuerte apremio , y del temor forzados
A las armas furiosos acudieron,
Unos llenos de horror, otros airados,
Y todos juntos en furor ardiéron:
Estando desta suerte alborotados,
Que nunca con igual temor temieron,
Abeujamá, un Moro de gran suerte,
De larga edad , y de constancia fuerte.

Oyendo el alboroto, y viendo claro
Que al Rey la verdad todos le encubrian
Del daño cierto , y sin ningun reparo,

Pues de ninguna suerte lo tenían:
No quiso ser en su consejo avaro,
Pues ciegos sin ninguno procedían,
Traído en hombros de Alhayni y Salimo
Sus hijos, dixo ante Axartaf su primo:

Bien entiendo, Señor, quel justo zelo
Que me mueve (y me trae á tu presencia
Lleno de afán, y de lloroso duelo
Qual pide de los hados la sentencia)
Entenderás, y quel divino Cielo,
Porque mi larga edad me da experiencia
De estas cosas que veo, en que tanto dudan
Los que con armas y consejo ayudan.

Ya que mi edad me inhabilita y tiene
Con la débil flaqueza que peleo,
Ya que la muerte me amenaza, y viene
A hacer de la vida mia el trofeo:
Pues no puedo con mas, y te conviene
Saber del Cielo lo que ordena y creo,
Y lo que sé de ciertas profecías,
Y lo que he visto en todos estos dias;

Pues ya la suerte que al contrario ampara
Si bien su fuerza conocer queremos,
Contra tí, y en tu daño se declara,
Y claro el daño sobre todos vemos:
El ignorante vulgo no repara
En nada desto, y sigue otros extremos,
Y pone su remedio y honor tuyo
En las armas, y en solo el furor suyo.
Su ceguedad le hace entender esto,

Y creer que las armas pueden tanto
Que en el último extremo en que estás puesto
Reparar pueda ya el marcial quebranto :
Un medio hay solo en mal tan manifiesto,
Uno y no mas concede el Cielo santo,
Este ha de ser dexar las armas luego,
Y convertir la furia en blando ruego.

Envia al Rey Christiano á demandalle
Que cese el daño bélico, y conceda
Que de tu parte ir puedan á tratalle
Como acabar la dura guerra pueda :
Y si viniere en ello puedes dalle
Quanto el ciego furor resiste y veda,
No te parezca , ó Rey , caso afrentoso
Tratarme Dios en trance tan forzoso.

Algunos no entendiendo el zelo mio
Condenarán mi saludable intento,
Y dirán sin temor que desvario
Con la vejez, y que de honor no siento
Que donde hay tanta gente y tanto brio,
Tantas armas, y tanto encendimiento
Para usar dellas y librar la tierra,
Y acabar con fin próspero la guerra.

Que razon hay quel enemigo sea
Rogado con la paz de nuestra parte,
Y que por esta via entienda y crea
Que la necesidad obliga á darte:
O Rey, ó Señor mio, á quien desea
Mi leal alma el bien que veo negarte
El Cielo, que conspira en daño tuyo

Y en favor de Fernando el poder suyo.

Por quel vulgo incapaz, que siempre sigue
Con desacuerdo vario lo que trata,
Conozca que la suerte que consigue
Los convenientes fines desvarata:
Oye atento, sabras quien te persigue,
Ques otro del quel vulgo se recata,
Este me inspira, este me revela
Que te revele lo que al vulgo zela.

Muchas veces, Señor, en mi presencia
Aben Ala profeta verdadero,
Guiado de su espíritu y su sciencia,
Profetizó este mal horrible y fiero:
Y dixo, que la bárbara potencia
Que defendido habia con duro azero
Este Reyno, reynando tu seria
Rendido y trasladado á Berberia.

Con menosprecio y ceguedad dixiste
Al sabio Moro, que sin seso estaba,
Y su verdad con odio recibiste,
Y quanto sobre tí profetizaba:
Masaut te avisó este tiempo triste,
Y el daño que en el tuyo se esperaba,
Quando te declaró aquella espantosa
Vision que tuvo tu alma temerosa.

Sultano tu Alfaqui, docto adivino,
Te predixo este mal que ves presente,
Y fué arrojado con desprecio indigno
De tu Real presencia injustamente:
Uzmen, á quien Ala hizo divino

En su saber, con ánimo inclemente
Tu mismo lo arrojaste por castigo
De una torre al real del enemigo.

Todos estos que fuéron de ti oídos,
Que en ley divina, y en razon humana
Habian de ser honrados y creídos,
Y no tratados con crueldad profana,
Venian á tí del sacro Alá movidos
A dar aviso á tu ignorancia vana,
Para que los remedios previnieses,
Antes quel daño irreparable vieses.

Y tú obstinado en ciega rebeldia,
Sin conocer tu daño miserable,
Ni á inspiracion, ni á cierta profecia
Creiste, con desprecio tan notable:
Que airado contra tí en su aerea via
Ayer se me mostró en forma espantable
Sobre un carro de fuego, derramando
Fuego y sangre, á tu Reyno amenazando.

Quedé suspenso sin poder moverme,
La voz al cuello de pavor asida,
Erizado el cabello, sin valerme
De razon, porque al miedo fué rendida:
Viéndome Alá temblando suspenderme
Lanzó una voz, que siendo de mí oida
Con nuevo espanto me postré gimiendo,
Y él desta suerte prosiguió diciendo:

Desecha el miedo Abenjama, y advierte
Lo que te mando, y ponlo en obra luego,
Que esto te otorga la preciosa suerte,

Y esto conviene al general sosiego ;
Pues Axartaf se aparta y se divierte,
Regido del furor del vulgo ciego,
Ve y dile de mi parte, que yo digo
Quel Cielo da la suerte á su enemigo.

Que muy presto verá en la insigne torre
(En que Géber mostró su ingenio y arte
Contra todo el poder que lo socorre)
De los Christianos puesto el estandarte :
Que vaya luego á la Mezquita y borre
La imagen que allí está, sin dexar parte
Donde quede señal, aunque ofendella
No han podido, testalla ni rompella.

Con todo eso vaya, y sea deshecha
Ante él, y luego envíe al Rey Christiano
Que así lo aflige, asedia, y así estrecha,
Sin que le valga ya poder humano :
Y pida que la lanza, espada y flecha
Cese, y el uso fiero de Vulcano,
Otorgando los pactos quel Rey pida
Con que á los suyos libertad dé y vida.

Esto diciendo, de un oscuro velo
Se cubrió el carro, y mil aullidos diéron,
Resonó el ayre, conmovióse el Cielo,
Y en él mil formas de temor se viéron :
Yo hecho allí una estatua de frio yelo
Quedé, y como á mis ojos se escondieron
Las horribles visiones, he venido
A contarte Señor lo que has oido.
Y así como el que debe aconsejarte

Desnudamente la verdad, te digo
Que dexando el rigor del fiero Marte
Envies á pedir paz á tu enemigo:

Así podreis tu pueblo y tu salvarte,
Así evitar el áspero castigo
Que te amenaza, y solo este reparo
Te otorga el Cielo en mal tan cierto y claro.

Puso con esto fin á sus razones
El sabio hijo de Zeulid famoso,
Dexando al Rey suspenso en opiniones,
Lleno de turbacion y congojoso:
Y estando así con mil demostraciones
De la fatiga, y de temor cuidadoso,
Llegaron Marsiloro y Buhanduzá,
Buyarruz, Agricalte, Alife y Muza.

Todos habiendo visto que venian
Las dos naves rompiendo la corriente
Del Betis, y su curso dirigian
Del que siempre traian diferente:
Alborotados desto, le pedian
Al Rey que salga la aprestada gente
Y en larga toda la ribera guarden,
Y allí el designio del contrario aguarden.

Fué dicho, y puesta por la obra al punto,
Y á Buyarruz que salga le mandáron
Con todo el campo de á caballo junto,
Y al arenal y puente lo enviáron:
Puestos en arma, y todo puesto á punto,
Los muros y las puertas reforzáron
De nueva guardia, no dexando cosa

Sin prevenir á la ocasion forzosa.

Lleno Axartaf de congojoso espanto

Al muro sube, á donde el conturbado

Pueblo celebra con medroso llanto

De su fortuna el miserable estado:

Viendo que estaba el campo del Rey santo

En órden puesto, al arma aparejado,

Y las dos naos quel favorable viento

Traia rompiendo el humido elemento.

Con el mismo cuidado el poderoso

Fernando en medio de su gente estaba,

Aguardando el suceso venturoso

Que á Dios con mil suspiros demandaba,

Regalando su espíritu glorioso

Las Cruces que en las gavias divisaba,

En cuya virtud tiene confianza

De vencer, y salir con su esperanza.

Venian rompiendo con veloz carrera

Los cristales las naos, en popa el viento,

Las velas llenas, que saliendo á fuera

Las llevaban con presto movimiento:

Yendo así, quel fin próspero se espera

De su loable y deseado intento,

Cesó el viento, las velas se apegáron

A los masteles, y las naos paráron.

Quedó el Christiano ejército mirando

El caso extraño en confusion dudosa,

Qual suele el cazador que va acosando

La pantera lunada y olorosa,

Que yéndola los canes alcanzando,

Por el llano , en la selva montuosa
Se esconde del furor de los ligeros
Canes , y de la vista á los monteros.

Así cesando el viento favorable
Que las veloces naves impelia,
La execucion de hazaña tan loable
Cesó , cesando el fin que la regía :
A los Moros el caso fué admirable,
Y alzando una confusa voceria
Decian , que habia su Profeta sido
Quien las habia en su curso suspendido.

Los Moros viendo , y los Christianos esto
Diferentes el caso celebraban,
Los Moros con alegre y manifesto
Regocijo y clamores lo mostraban :
Los Christianos que vian su efecto puesto
En diferente fin del que esperaban,
Confusos á los medios acudian,
Y el deseado efecto á Dios pedian.

Admirados del caso, el temerario
Y libre vulgo hablaba sin concierto,
Hablabá sin respeto y voluntario,
Siempre apartado de decir lo cierto :
Qual aplicaba aquello al bien contrario,
Y en público decia y descubierto,
Que era horrible portento , en que sin duda
El Cielo les negaba ya su ayuda.

Otros desconfiaban y temian,
Las armas arrojando de las manos,
Y á milagro del Cielo atribuian

Aquello , y en favor de los Paganos :
La baxa chusma en esto conferian
Quando el gran defensor de los Christianos
Sin hacer sentimiento de su injuria
Diciendo así aplacó su loca furia.

No se yo que ocasion haya que os mueva
A seguir tan notorio desvario ,
Ni que locura temeraria os lleva
Precipitados á arrojar al rio ,
Causa ha de haber que os turbe así y conmueva.
¿ Esto es lo que yo de vos confio ?
¿ Esto hay en vos ? ¿ Que honreis así al demonio ,
Y al Cielo levantaiis tal testimonio ?

O tu , Señor , que sufres esta ofensa ,
Y estas mirando esta tu ciega gente ,
Obre con ella tu piedad inmensa ,
Perdona el ciego y bárbaro accidente :
Y el enemigo si lo mismo piensa
Vea el efecto y obra diferente ,
Vea que son los tuyos socorridos ,
Aunque fuera de seso y descreidos .

No prosiguió adelante el poderoso
Caudillo del Christiano ayuntamiento ,
Conociendo que en miedo vergonzoso
Quedáron , y en confuso encogimiento :
Levantóse un murmureo sonoro
Entre todos , diciendo en alto acento
Que los dexasen ir , que con sus brazos
Le prometian el puente hacer pedazos .

Acuden á las armas que arrojáron ,

Y al Rey suplican que les dé licencia,
Que pues en yerro tal se señaláron,
Vayan á este peligro en penitencia :
Los que en soberbia deslealtad pecáron
Fuéron del justo oídos con clemencia,
Quel arrepentimiento humilde hace
Lo que la dura obstinacion deshace.

Regalólos el Rey con clara muestra
Que en su gracia y favor los recibia,
Y con esto de nuevo los adiestra
Al órden que guardaban aquel dia :
Y así aguardando que la suerte diestrá
Venga de aquélla soberana via,
De aquella mano que reduxo á órden
Del indigesto caos todo el desórden.

No estaban á este punto descuidados
Los de las naves, ni con ménos pena,
Ni de ménos fatigas aquejados
Viendo pegar las velas á la entena :
Sienten este suceso los soldados
Como á quien era la ocasion agena,
Los marineros su tristeza rien,
Y que se animen dicen y confien.

Con el Piloto de su nao mirando
El diligente Capitan andaba
La parte austral con atencion notando,
Y el agua que corria si se alteraba,
Si via celage alguno , preguntando
Si era de viento , ó que significaba,
Qualquier nublado aunque pequeño fuese

Su calidad pedia que le dixese.

Puesto en la popa de su nave mira
Con vista atenta si levanta el viento
Las descogidas velas , si respira
Por parte alguna el deseado aliento :
Y estando así , con blando soplo espira
El austro , y con tardio movimiento
Poco á poco las velas levantaba,
Y las suspensas naves meneaba.

Levantóse un clamor quando estuviéron
Entre la gente , y luego acuden fieros
Los soldados al puesto que tuviéron,
Y á los suyos los sueitos marineros:
Cresce la fuerza al viento , y luego fuéron
Llenas las velas dél , y los ligeros
Navios por las aguas arrojados,
Del soplo , y dellas con furor llevados.

Quando los Moros viéron , que venian
Con próspero viage los navios,
Que viento en popa sin temor rompian
Del sacro Betis los cristales frios,
Tuviéron cierto el daño que temian,
Y así los pechos de temor vacios
Acuden , previniendo á la defensa
Quanto al Christiano impida y haga ofensa.

En la torre del oro estaban puestos
Muchos Moros , que apriesa les tiraban
Ya con ballestas , ya con dardos prestos,
Ya con piedras , que punto no cesaban:
Eran á los Christianos tan molestos

260 CONQUISTA DE LA BÉTICA!

Los tiros, y eran tantos que no estaban
Con seguro en ninguna parte dellos,
Aunque seguian su curso sin temellos.

Aquejadas las naves desta suerte
Resistiendo la bárbara fiereza
Que las seguia, en su gloriosa suerte
Por la ribera con veloz presteza:
Juntas sufrian el combate fuerte,
Juntas iban con suelta ligereza,
Yendo siempre á la banda de Triana
Bonifaz, con su nave Capitana.

El Cielo, el agua, el favorable viento,
Que todo junto en su favor venia,
Dando principio á conseguir su intento
De la una á la otra nao desvia:
La presta onda, el libre y franco aliento
Impele, y dan desocupada via
A la nave en que iba solamente
(Sin Remon Bonifaz) su fuerte gente.

Llega la herrada proa, que por delante
Lleva de espuma el agua encanecida,
Y en la puente con ímpetu pujante
Dió un golpe que fué toda removida:
Acudió Bonifaz al propio instante
Y con otro por medio fué rompida,
Pasando á la otra parte, y del encuentro
Resonó el Cielo, el ayre, y tremió el centro.

Los bárbaros que estaban esparcidos
Por todo el arenal y la ribera
Contra las naves fuéron conmovidos,

Hiriendo á los Christianos desde fuera:

Allí, ántes que sean reducidos

Quieren que acabe á todos su ira fiera,

Cubriendo el sol con tiros arrojados

Con que en las naves eran aquejados.

El caudillo Christiano, y el valiente

Hijo que á Murcia puso á sangre y fuego

Contra la fiera y enemiga gente,

Contra el poder Christiano acuden luego:

Y hiriendo y matando, con ardiente

Furor, sin darles punto de sosiego

Los hacen retirar y dar la vuelta

A la Ciudad huyendo á rienda suelta.

Viendo el invicto defensor Christiano

Que los Moros el campo le dexáron,

Y á Bonifaz la vuelta dar ufano

Con las dos naos do las demas quedáron,

Retiró el campo á vista del Pagano,

Y al ejército fué, donde ordenáron

Todo lo suficiente, y puesto á punto

Marchó á Triana á combatilla al punto.

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

No les daba momento de reposo

El General de Christo á los Paganos,

Que llenos de cuidado pavoroso

Velaban con las armas en las manos :
Ni en la estacion quel sueño deleytoso.
Concedia sosiego á los humanos,
Ni quando el sol tendia sus rayos bellos,
Descanso habia ni quietud en ellos.

El sabio Abenjafon viendo el cuidado
Quel Santo Rey ponía en su conquista,
Y que estaba á morir determinado
Antes que de su intento se desista :
Con todo su poder se ha retirado
Al castillo, de donde se resista
A la Christiana furia que lo aqueja
Con asaltos, que un punto no lo dexa.

Conociendo el estado miserable
Tan contrario á su altivo pensamiento,
La afrenta en que se via tan notable,
El infame y estrecho encerramiento :
Temió (como prudente) al variable
Vulgo, viendo su cierto perdimiento,
Cuidoso desto en medio dél se pone,
Y por saber su intento así propone.

Viendo estamos la suerte que nos sigue,
Contraria en todo al fuerte valor vuestro,
Pues al Christiano vemos que consigue
Quanto quiere en oprobio y daño nuestro :
Esto es, por quel cielo nos persigue,
Y el bien nos tuerce del camino diestro,
Que de otra suerte su poder no fuera
Poderoso, ni dellos hombre hubiera.

Mas ya quel Cielo así toma venganza.

De nuestros yerros , y qual veis nos tiene
Encerrados aquí , sin esperanza
De bien , si del benigno Alá no viene :
Veamos si aguardando esta mudanza
(Que sin falta será qual nos conviene)
Estamos de un proposito en que sea
Defendida esta fuerza en cruel pelea.

Ya visteis bien en el pasado asalto
Que con pérdida suya nos dexáron,
Que su ingenio quedó de efecto falto
En la mina que hacernos intentáron :
Como rompimos desde el muro alto
Sus máquinas, que en nada nos dañáron,
Y rezelosos desto, aunque nos cercan
Por agua y tierra , al muro no se acercan.

Este es indicio verdadero y claro
Que os temen , y pues esto conocemos
Demandemos al sumo Alá su amparo,
Y qual conviene á todos peleemos :
Por saber esto solo me declaro,
Y por ver de quien hay que confiemos,
Del Rey nuestro el honor, las vidas nuestras,
Mugeres, hijos, bienes, y honras vuestras.

Oyendo al Rey el vulgo temerario,
Con un alto clamor aprobó el hecho,
Pidiendo que saliesen al contrario,
Y no aguardasen en tan grave estrecho :
Mas viendo en esto firme al vulgo vario
Muley Zydan , al Rey llegó derecho,
De Dios movido , á mejorar su estado,

Y morir en la ley que habia dexado.

¿Cómo es posible (dice) ó Rey que intentes
Persuadir á este pueblo miserable

Los daños viendo, y pérdidas presentes,
Que espere en la fortuna variable?

Dices quel Cielo ayuda á los valientes
Christianos, y le es siempre favorable;

Si está el Cielo en defensa y favor suyo,

¿Puede ir contra el Cielo el poder tuyo?

A todo tu discurso respondiera.

Si la fuerza que fuerza á mi deseo

Licencia de hablar me concediera,

Y la ocasion forzosa en que me veo:

Mas este conmovido pueblo espera

Mi voz, regida al bien que le deseo,

Al bien que siempre procuré en sus daños,

Sin ambicion, sin interes, ni engaños.

Y así acudiendo á su remedio digo,

Que pues las armas no han de remediarnos

Las dexemos, temiendo el cruel castigo

Que de seguiillas puede resultarnos:

Si este afrentoso y baxo acuerdo sigo

Es conociendo no poder librarnos

De otra suerte, pues todo humano amparo

Nos falta ya, y nos niega el hado avaro.

Axartaf, qual sabemos está puesto

En tanto estrecho, que ha intentado darse,

Esto es á tí, y á todos manifesto

Que ni puede ayudarnos ni ayudarse:

Si el poder de Sevilla teme esto,

Y de las armas quiere desviarse,
¿Qué ha de hacer la gente de Triana
Que no sea quanto hiciere altivez vana?

Ya las armas que mandas que aperciban
Sirven de poco en el presente estado,
Ya no hay poder ni fuerzas que prohiban
Del Christiano el poder determinado:
Si ves esto, y ves claro que nos privan
Poder sernos ningun socorro dado,
¿Qué confianza es, Señor, la tuya
Si quieres que esta gente no concluya?

Si su salud procuras y remedio,
Si no quieres que el yugo los oprima,
Si aspiras á su bien y darles medio,
Si su afliccion y llanto te lastima;
Quita ahora las armas de por medio,
Dexa el furor, y haz que se redima
La libertad, la vida y la hacienda,
Y otra ninguna cosa se pretenda.

Muley Zydan dió fin á sus razones,
Con que al pueblo mudar hizo de intento,
Y alterarse en contrarias opiniones,
Condenando del Rey el pensamiento;
El qual viendo sus libres contenciones,
Su clamor, su alarido y movimiento,
Asir mandó á Zydan, y con semblante
Feroz dice teniéndolo delante:

¿Qué se puede esperar del que dexando
La Fe con que nació de ella reniega,
Decid, vulgo infiel? ¿qué de este infando

Que á Dios y al Rey la fe debida niega?
Tal ceguedad teneis, que esto ignorando
A todos este fementido os ciega,
¿No veis claro el engaño? ¿no estais viendo
Que á todos este aleve está vendiendo?
¿Tal consentis? ¿tal sufre el valor vuestro?
¿Que este traydor de causa que sospeche
Que entre vos pueda haber ni en hombre nuestro
Quien por tal modo el grave yugo os heche?
¿No temeis esto? pues tan claro os nuestro
Que os cumple no tener quien os aceche,
Muera este perro, muera que esto importa,
Que el hilo así á su traicion se corta.

Diciendo esto, arranca furioso
Del fulminante alfange el Rey airado,
Muley humilde dice y animoso,
El corazon al Cielo levantado:
O tu Señor benigno y poderoso,
A quien dexé de mi maldad llevado,
Esta alma ampara miserable y triste,
Que con tu sangre y muerte redimiste.

Siguiendo al Rey con barbara fiereza
Sobre Zydan los mores acudiéron,
Usando de su indómita crueza
Mil piezas en un punto lo hiciéron:
Sin alcanzar ser ciega y vil rudeza
La vida que con muerte tal le diéron,
Que si el bien que le hacian entendieran,
La muerte que le diéron no le dieran.

Deste ardiente furor arrebatados,

Corriéron los cerrojos de las puertas
Diciendo, quel estar allí encerrados
Hacia todas sus desdichas ciertas:
Que conozcan por quien están cercados,
Que su valor ni fuerzas están muertas,
Y así salen los barbaros guerreros
A buscar los Christianos Caballeros.

Fué dado aviso en el real Christiano
Que en su demanda Abenjafon salia,
Con tanta gente que seguia al Pagano
Que un grande efecto al mundo prometia:
El caudillo de Christo soberano
La nueva oyendo de la cierta espía
Mandó tocar al arma, y hecho al punto,
De sus grandes halló el Consejo junto.

Tratóse el caso y qual seria el intento
De dexar el castillo y salir fuera,
Pues tantas veces fué su atrevimiento
Castigado con pena justa y fiera,
Y teniendo del Rey conocimiento
Que así Axartaf queria que entendiera
Que le servia con hacer aquello,
Y que solo aspiraba á defendello.

Otros diéron sentido diferente
Diciendo que se veia quebrantado
De tanta guerra, y ya quebrado el puente
Del buen suceso habia desesperado:
Y queriendo librar á sí y su gente,
El castillo fué dél desamparado
Para irse, otros desto se apartaban,

Y otros contra esto todo voceaban.

Estando en esto, en órden salió puesta
La vencedora gente procurando
Al contrario, que ya con vuelta presta
A Triana venia atravesando:
Que en viendo ser su ida manifiesta,
Mil alaridos disonantes dando
Pican, y á los Christianos arremeten,
Y en medio dellos á herir se meten.

Abenjafon acometió el primero
A romper el ejército Christiano,
Todo cubierto de luciente acero,
La cimitarra en la derecha mano,
En voz alta diciendo el Moro fiero:
Hoy pondre freno á vuestro intento vano,
Temerarios Christianos, hoy confío
Honrar con vuestra infamia el honor mio.

No dixo mas, que la rabiosa ira
La lengua le travó, y el furor ciego
Lo llevó ciego y tras de sí lo tira,
Sin dar al fiero corazon sosiego:
Con esto el bando Moro que lo mira,
Qual por las mieses licencioso fuego,
Esforzado del austro poderoso
Entra haciendo estrago riguroso.

Su ardiente furia con igual fiereza
Del Christiano valor fué resistida
Con tanto esfuerzo y tanta fortaleza,
Que fué en su loco orgullo reprimida:
Y mostrando una súbita flaqueza,

Generalmente en todos conocida,
El Rey que iba hiriendo el delantero
Volvió las riendas á huir primero.

Los Christianos hiriendo y derribando
Bárbara gente la vitoria siguen,
De muertos y heridos ocupando
Calles y plazas fieros los persiguen,
Que de temor las armas arrojando
La fuga infame sin parar prosiguen,
Y en el castillo con el Rey se encierran,
Y tras de sí las fuertes puertas cierran.

Una gran plaza tiene el real castillo
Fuera del muro en frente de la puerta,
Que un largo espacio dexa descubrillo,
Con salida á tres partes descubierta :
Estas, para mejor poder rendillo,
De por sí cada una está cubierta
De las Christianas armas que les vedan
A los Moros que entrar ni salir puedan.

Considerando el defensor de España
Que los Moros tenian solamente
Esta plaza, y dexando la campaña
Le quedó libre á su invencible gente,
Con aquella facundia que acompaña
El celestial espíritu excelente,
En medio dice de los suyos puesto,
Ufano de tener por suyo el puesto.

Ya vemos la vitoria en nuestras manos,
Y el justo intento nuestro conseguido,
El poder de los Moros inhumanos

De vuestra espada indómita rendido :
No tienen ya camino los Paganos
Que ocupado no sea y defendido
De la Christiana gente, pues tenemos
Todos los que tenían como vemos.

Don Pelayo el camino ocupa y cierra
De Castilleja, y por esotra parte
Del Ajarafe está dándoles guerra
Don Alonso, y su ejército reparte :
Este de Aznalfarache y su alta sierra
Conquista nuestro bélico estandarte,
El rio Bonifaz, y de este modo
Cercado está de nuestras armas todo.

Ahora importa que en custodia estemos
De esta plaza, y aquí el real pongamos,
Y el soberbio castillo conquistemos,
Pues todo quanto hay fuera sujetamos :
De esta suerte no hay duda que forcemos
Al Moro que se dé, ó que le hagamos
Que la hambre, el trabajo, el miedo y muerte
Nuestra le obligue á hacer la suerte.

Cesó el Christiano defensor, quedando
Con rostro firme y con semblante ledo
Todo su invicto ejército mirando,
Que en un silencio alegre estaba quedo :
Y el parecer siguiendo y aprobando,
Llenos de esfuerzo y vencedor desnudo
Las calles toman y la plaza cercan,
Y á los Moros con esto el miedo acercan.
Los bárbaros miraban pavorosos

Del Christiano poder la diligencia
En cercallos, y tristes y llorosos
Al miedo remitian la resistencia :
El corage y los brios animosos
De Abenjafon huyéron su presencia,
Y temiendo igualmente el cierto daño
No saben que hacerse en mal tamaño.

Duda lanzando del turbado pecho
Bascosos y tristísimos gemidos,
Ignora que hacer en tal estrecho,
Los suyos viendo al vil temor rendidos.
Prueba á hablar y en nada es de provecho,
Que apénas de los labios son movidos,
Quando el vulgar clamor su voz confunde
Y entre él la acaba y sin oirse hunde.

En esta ambigüedad el Rey Pagano
Viendo que todos de seguirlo dexan,
Arrojando las armas de la mano,
Repugnantes estímulos le aquejan ;
Lo qual viendo Audala Moro Africano,
Y que del parecer del Rey se alejan
Todos, pidió que atentos lo escuchasen,
Y dixo así como el clamor dexasen.

Los armas que hasta aquí han sido remedio
Para defensa de la amada tierra,
Que sirviendo á Axartaf en este asedio
Dilatado han su daño y cruda guerra,
Ya no sirven ni pueden sernos medio,
Pues aquí nuestro miedo nos encierra,
Y es tan señor de todos igualmente

Que rinde al que mas puede y mas valiente.

Todos sujetos al temor demandan
Que al Rey Fernando des la fortaleza,
Esto se trata solo, en esto andan,
Y esto pide su infame y vil flaqueza:
Y contra tus designios se desmandan
Sin refrenar el vulgo su fiereza,
Negando á su Señor la fe debida,
Y á tí el respeto por salvar su vida.

Aqueste escandaloso movimiento,
Este motin y general espanto
Puedes quietar, (pues ya tu pensamiento
No puede en esto ni tu esfuerzo tanto)
Con que un aviso envíes al momento
De esta confusa alteracion y llanto,
Pidiéndole á Axartaf que te dé el orden
Que reduzga á razon tanto desórden.

A tu deber en esto satisfaces
Y á la vulgar alteracion quietas,
Las presunciones bárbaras deshaces,
En que dicen que tu en su daño aprietas:
Podrás darte á partido, ó pedir paces,
Pues las públicas voces y secretas
Son pedirte que entregues el castillo
Degrado, pues de fuerza has de rendillo.

Piden esto temiendo que si dura
La resistencia y no se da á partido,
Entrando en él, ganado en guerra dura,
Todo ha de ser á su rigor rendido:
Por esta sola causa se procura

Que se le entregue, siéndole pedido
Al vencedor la libertad, la vida
Que igualmente sea á todos concedida.
Iba Audala con su razon delante,
Quando un clamor se levantó espantable,
Que al Rey mudar de nuevo hizo el semblante
Con pavorosa turbacion notable:
Quedó suspenso todo, y al instante
En voz llorosa, triste y lamentable,
La conturbada y conmovida gente
Muerto á Muzaydi al Rey le traen presente.

Tenia Axartaf la guardia encomendada
Del castillo á Muzaydi Moro fuerte,
Cuyo valor y vitoriosa espada
De humilde hizo levantar su suerte:
Este á la puerta que tenia cerrada
Que el cautiverio reparaba y muerte
De los suyos, y estándola guardando
Le dió la muerte el conmovido bando.

La demas guardia siendo acometida
De la soberbia popular huyéron,
Y á Muzaydi privado de la vida,
Llenos de espanto y de dolor traxeron
Y la puerta guardada y defendida,
Todos á quebrantalla acometieron,
Diciendo que al Christiano se le abriese
Con qualquiera partido que les diese.

Furioso Abenjafon sus armas toma,
Y donde están los Moros llega fiero;
Mas viendo á tantos la fiereza doma,

Y dice á Benaudá que vió primero:
 Amigo Benaudá, del gran Mahoma
 Descendiente, y honor del Reyno Ibero,
 ¿Qué te conmueve? ¿Qué locura emprendes?
 ¿En qué á tu honor, al Rey y al Cielo ofendes?

No pudo decir mas, que la rabiosa
 Saña la lengua le travó quedando
 Suspenso, y con la vista desdeñosa
 A todos lleno de furor mirando:
 La gente ya rendida y temerosa
 Paró de estar las puertas derribando,
 Y Benaudá á Abenjafon se vuelve,
 Y deste modo su pregunta absuelve.

Aunque á tí te parece, ó Rey, que hago
 Ofensa al Cielo, al Rey, y á mi linage,
 Si bien lo miras, cumplo y satisfago
 A mi deber sin que le haga ultrage:
 Querer librar del miserable trago
 A esta gente sin brio ni corage,
 Falta de esfuerzo, al vil temor rendida,
 No es obra para ser reprehendida.

Bien sabes tú y saben claramente
 Esos que te acompañan y aconsejan,
 (Que son pocos) que no hay en nuestra gente
 Dos, que las armas de temor no dexan:
 Vénse cercados, ven quebrado el puente,
 Ven que con hambre y muerte los aquejan,
 Vénse desesperados de remedio,
 Y acuden al rendirse que es el medio.

Si tú tienes ó alcanzas otra via

Con que repares el presente daño,
Esta que sigue á la deshonra mia,
Qual dices, dexaré por ciego engaño:
Mas ves crecer los daños cada dia,
Ves el desórden y el temor extraño,
Y quieres estorbar que no acudamos
Al medio con que el riesgo reparamos.

Confuso el Rey de oir el fiero intento
Quedó suspenso, y todos sosegados,
En duda como pueda darse asiento
Sin quel honor se pierda y sean culpados:
Estando en tan dudoso pensamiento
Los unos y los otros ocupados,
En el cerúleo mar se escondió el dia,
Y le siguió la noche obscura y fria.

Luego, qual ya tenia concertado,
Hizo á Carhan que al agua se arrojase,
Y del presente y contencioso estado
A su Rey Axartaf razon llevase:
Pidiole á Abenaudá y al bando airado
Que la respuesta de Axartaf guardase,
Y en tanto que cesase el furor ciego
Pues era justo, y se debia á su ruego.

Abenaudá por todos dió en respuesta
Lo que nos mandas, Rey, te concedemos
Por entender que la tendremos presta,
Pues ir nadando el mensagero vemos:
Esto se cumplirá, y se te protesta
Con juramento, que ante ti hacemos,
Que no se inovará sin que primero

Con la respuesta vuelva el mensagero.

Con esto el Rey de niebla se quieta,

Y dexando allí alguna de su gente,

Llevado del cuidado que lo aprieta,

A remediar se fué el temor presente:

Sin descubrirse á nadie, con secreta

Priesa envió otro Moro diligente

Que le diga á Axartaf que allá detenga

A Carhan, y respuesta no le venga.

Así los riesgos que temia asegura,

Y el fin dudoso aguarda que revela:

Con ruegos, con alhagos, con blandura

Los entretiene, oculta su cautela:

Surcó Carhan del Betis la hondura,

Y el otro qual ligero delfin vuela:

Llega Carhan, y apénas da el recado,

Quando del otro fué el segundo dado.

Maravillose el Rey de la opulenta

Ciudad, que riega Betis generoso,

Su daño viendo y su llorosa afrenta,

Sin ser para estorbarla poderoso:

Y por quel duro estado no se sienta

De Abenjafon constante y animoso,

Mandó á Carhan que la respuesta aguarde,

Que importa á la ocasion que vaya tarde.

Al otro Moro hizo que volviese

A Triana, y al Rey dio por respuesta

Que á la gente alterada entretuviese,

En quanto el lo que conviene apresta:

Quedó suspenso, y como así estuviese

La vista en tierra sin moverla puesta,
Dando un suspiro y otro enternecido,
Marsiloro le dixo á ira movido:

La duda, ó fuerte Rey, que así te tiene
Ageno de tu esfuerzo y valentia
En la ocasion presente no conviene,
Pues con ella el remedio se desvia:
El daño ves quan presuroso viene,
El bien quan tardo sin que halle via
Que no la ocupe el enemigo fiero
En daño nuestro con mortal acero.

Esta miseria en que acabar nos vemos,
Esta estrechez en que acabando vamos,
Este mal en que todos perecemos,
Este cerco en que ya sin vida estamos,
Pues ya de todo medio carecemos,
Y el de la muerte es solo el que esperamos;
Digo, que honremos con morir las vidas,
Peleando con nuestros homicidas.

Fernando está qual sabes en Triana
Con la fuerza mayor del poder suyo,
Combatiendo con mas que fuerza humana
Todo lo que gobierna el órden tuyo:
Pues él quema, destruye, asola, allana
Quanto divide el Betis, yo concluyo
Que á la gente que tiene desta parte
Asaltemos con fiero y crudo Marte.

Ya sabemos ques poca y desarmada,
Y que acudir no puede á socorrella
Sin que primero toda sea asolada,

Y toda acabe sin poder valella:
Hecho esto, pondremos en Tablada
Cien mil hombres que puedan defendella,
Estorbaranle el vado otros cincuenta
Mil, y á que guarden la ribera ochenta.

Cercado así, y muerta acá su gente,
De fuerza ha de huir y ha de dexarnos,
Y quitado de aquí este inconveniente
Por tierra y agua es facil repararnos:
Sin duda el Rey te ha hecho presidente
Marsiloro, y procuras gobernarnos
(Dice Ariadino del real consejo)
Sin ser prudente ni Soldado viejo.

¿En qué fundas tu ciego y vano acuerdo?
¿En qué razon ó crédito que pueda
Asegurar que es de hombre fuerte y cuerdo
Para que la acepcion se te conceda?
Cierto que la paciencia y seso pierdo
Viendo que tu vergüenza no te veda
Hablar con libertad en la presencia
Del Rey, y de esta militar audiencia.

Quando yo hable, dice Marsiloro,
En presencia del Rey, no es cosa nueva
Hablar yo, hablar tú si es mal decoro
Pues tu bageza lo que digo aprueba:
El Rey sabe esto, y todo el bando Moro
Igualmente que yo siente y reprueba
Que tu decreto y parecer corrija
Al Rey y al Reyno, y solo del se rija.

Yendo Ariadino á replicar, se puso

En pié y la mano en el alfange puesta
Buyarruz, y Axartaf viendo confuso,
A Marsiloro vuelve tal respuesta:
Dime, si sigues de lealtad el uso,
¿Qué ley te enseña ó que lealtad es esta
Que en presencia del Rey te descomidas
Con razones tan vanas y atrevidas?

El hablar libre y cólera reporta
Y en tu razon como es razon advierte,
Mídete en las palabras que te importa
Por tu reputacion y por tu suerte,
Que si tu alfange qual presumes corta,
Alfanges hay aquí que te den muerte,
Y no tienen en poco á los Christianos,
Ni con ellos desean venir á manos.

Responder quiso Marsiloro, y fiero
El Rey le dixo quel lugar dexase,
Y sin hablar se fuese, y el primero
Puesto en pie le mando se levantara:
Hízolo el Moro, y el templado acero
Desdeñoso empuñó, y como mirase
A Buyarruz con vista pavorosa,
El asiento dexó sin decir cosa.

Quedó todo suspenso, y levantando
La voz el valeroso y real Salimo
Las causas que temia considerando,
Desta suerte propone al Rey su primo:
Bien entiendes, Señor, y el fuerte bando
Quanto tu honor y tu contento estimo,
Quanto me aflige el descontento tuyo,

Y este dolor quanto me hace suyo.

Desde el principio que empezó esta guerra

Te aconseje que no te confíases

En la pujanza y fuerzas de la tierra,

Y que de medios con el Rey tratases:

Que de la gente que este muro encierra

(Aunque mucha) otro acuerdo no aceptases,

Y si lo hubieras hecho yo te juro

Que hubiera sido á todos mas seguro.

Con odio y fiera saña aborreciste

Mi sano parecer, y aconsejado

Del vulgo sedicioso á quien seguiste,

Vienes á verte en tan lloroso estado:

Mas ya que la ocasion dicha perdiste

Digo, que ahora al Rey le sea enviado

De parte tuya quien de medios trate,

Y no aguardes al último combate.

La flaqueza estás viendo desta gente

A la hambre rendida y temor vano,

Todos piden remedio al mal presente,

Sin que á las armas hombre ponga mano:

Desto se sigue un grande inconveniente

Que es abrirle la puerta al Rey Christiano,

Y debese temer que yerros tales

Son de los que acobardan en los males.

Mi parecer, si en esto es admitido,

Que solo tu remedio procuremos

Y el deste triste pueblo enflaquecido,

Y en armas ya ni en fuerzas confiemos:

Todos te piden esto que te pido

En su nombre, y pues claro y cierto vemos
Nuestra ruyna y miserable aprieto,
Elige como Rey fuerte y discreto.

Dando Salimo fin á sus razones
La cabeza inclinó y tomó su asiento,
Alterando con nuevas contenciones
A Axartaf, y al discorde ayuntamiento:
Contra las repugnantes opiniones
Se opuso Abenjama, y el movimiento
Pidió que sosegase, y sosegado
Así habló, llegando al real estrado:

Quando todo el lugar con muerte fiera
En poder del Christiano hoy acabara,
Y la enemiga llama resolviera
En ceniza y carbon la patria cara,
Como á tí libre del peligro viera,
Por el Dios que nos sigue y desampara
Te juro, ó Rey, que muerte, prision, fuego
No me pusiera en tal desasosiego.

Mas considero gran Señor que tienes
Totalmente acabada tu potencia,
Que sin ella sustentas y entretienes
Lo quel Christiano con marcial violencia:
Y que ya no es posible que refrenes
Del enemigo horrible la inclemencia,
Porque toda tu gente no procura
Sino su redencion sin guerra dura.

Solo pretende por tan baxo medio
La libertad, las vidas y hacienda,
Y aspirando á este bárbaro remedio

Justo será que el tuyo se pretenda:
Que estando puesta tu persona en medio,
Y faltando el poder que la defienda,
Tu riesgo es cierto, y este riesgo puedes
Reparar tú si de razon no excedes.

Ahora estás á tiempo de envialle
A pedir los partidos convenientes
A tu honor pues no puedes contrastalle,
Ni defender sus fuerzas excelentes:
Esto te importa, y ántes que entregalle
Vea á Sevilla, á todos los presentes
Suplico que á este cuerpo sin ventura
Le deis en ella honrada sepultura.

El fuerte pecho atravesó, y cayendo
Falto de vida, el cuerpo miserable
Ocupó la cruel muerte, descendiendo
La inmortal alma al reyno inexorable:
Quedó Axartaf el caso horrible viendo
Admirado, y con llanto lamentable
Todos piden que punto no difiera
En darse pues ningun remedio espera.

Puesta en tierra la vista el Rey no sabe
Qual órden siga en caso tan extraño:
Dale voces el vulgo que ya acabe
De conocer que es sin remedio el daño,
Que ya no es tiempo quel valor se alabe
Con que sean defendidos, que es engaño
Pensar que puede reparar el suelo
Lo que es voluntad última del Cielo.

A esto ayudaba un alarido horrible,

Un clamor espantable, un rumor fiero,
Y amenazando ya con apacible
Ruego, y todo con libre desafuero,
Que el Rey suspenso en caso tan terrible,
Puesto en mas duda que se vió primero
Vacila, teme, ignora que les diga,
Ni á que parte se incline, ó que órden siga.

Contempla su deshonra, el daño advierte
Que le amenaza á todos si tal hace,
Del cautiverio la afrentosa suerte
Si al acuerdo vulgar se sastiface:
Gime y desea que la fiera muerte
Su duda acabe, que este fin le aplace
Antes que ver la gran Ciudad rendida,
Y al enemigo yugo sometida.

En esta confusion, en esta duda
Está Axartaf, revuelto en mil cuidados,
Suspenso sin saber á donde acuda,
Ni por donde ser puedan reparados:
De la congoja ardiente sangre suda,
Y de la misma todos aquejados
En un sordo silencio suspendidos,
Al Rey imitan tristes y afligidos.

Buyarruz del concilio salió fuera
En quanto el Rey de aquella suerte estaba,
Llevado del haber la muerte fiera,
Quel cauto Marsiloro le guardaba:
Que llegando á la última escalera,
Donde el paseo de palacio acaba,
En asechanza Marsiloro puesto

Al crudo hecho el ánimo dispuesto.

De sediciosa gente acompañado,

Y de la oscuridad que lo cubria,

De las Estiges furias ayudado

A la horrible maldad que pretendia,

A Buyarruz que solo y descuidado

Iba de tan extraña alevosia,

El fiero Marsiloro á manteniendo

Dió un golpe tan cruel como valiente.

Hendióle hasta los ojos, y furioso

Buyarruz puso al fuerte alfange mano

Con ánimo constante y animoso,

Diciendo á voces, muera este tirano:

Muera este perro, dice el alevoso

Marsiloro, y con ánimo inhumano

Los unos y otros al valiente Moro

Hieren, diciendo viva Marsiloro.

Oyó las voces Axartaf, y temiendo

Mayores daños, lleno de fiera

Dexó el asiento, y va do oyó el estruendo

Resuelto de mostrar su fortaleza:

Halló al prudente Buyarruz gimiendo,

Que sin velle esfuerzo ni destreza,

Rendido ya á la muerte habia caido

De tantos golpes como habia sufrido.

Viendo al Rey los aleves homicidas

Huir quisiéron, mas la guardia fuerte

Los detuvo, quitando algunas vidas,

De Buyarruz vengando la cruel suerte:

Fuéron sus intenciones conocidas,

Y el Rey mandó por la alevosa muerte
Que á todos por las picas los pasasen,
Y á Marsiloro vivo quarteasen.

Oyendo Marsiloro la sentencia
Brazo y voz levantó diciendo, amigos
Del Rey apelo á vuestra gran potencia,
Y de la mia os quiero hacer testigos:
La muerte teneis todos en presencia,
No hay que aguardar, rompé estos enemigos.
Que si el Cielo permite que acabemos,
Tambien permitirá que peleemos.

Llenos de ardiente furia arremetiéron
Contra la guardia que tenia caladas
Las picas, y por ellas se metiéron,
Y con algunos fuéron levantadas:
Otros en orden luego sucediéron,
De donde aquellas fuéron desviadas,
Y levantando otros les hacian
Piezas, y en orden prestas se ponian.

Desta suerte la guardia iba apocando
A los facinerosos que quisiéron
Defender al traidor, que peleando
En alto con las picas lo tuviéron:
Y las entrañas yéndole rasgando
Dixo á voces, que todos las oyéron,
Rey cruel, estas vidas y deshonra
Tu libertad las pagará y tu honra.

Allí, ó blasfemo Matalu, acabaste,
Parricida cruel y Camorbeto,
Y tú infando Marzoco, que alteraste

A Fez , y la pusiste en duro aprieto:
 Tu Benhaluz que á Zumahil faltaste
 En fe, y descubriendo su secreto
 Perdió él la vida, y tú por este yerro
 De Murcia echado fuiste en vil destierro:

Tú Anselme, cruel cuchillo de Chistianos,
 Con tu sangre teñiste el claro acero:
 Tú Hamen que mataste á tus hermanos
 Por ser en heredarlos el primero:
 Carfala, Cidi, Ali y los Buxanos,
 Audara, Bujucef, Handon y el fiero
 Mahoroque acabasteis, y acabáron
 Quantos á Marsiloro se allegáron.

El aleve esquadron habia rompido
 La poderosa guardia en la presencia
 De Axartaf, que cansado y afligido
 Puesto en dudosa y triste contingencia:
 El pueblo todo viendo conmovido,
 Y pavorosa la marcial Potencia,
 Mandó que al fuerte Bayarruz llevasen,
 Y con funeral pompa lo enterrasen.

A todos los demas mandó llevarlos,
 Y desde el muro que á Tablado mira,
 Despues de hechos quartos arrojалlos,
 Con esto dando exemplo de su ira:
 Fué hecho, y vueltos ya de executалlos
 La alteracion y escandalo le admira
 De todos, y las voces que le daban,
 En que sus libertades demandaban.

Decianle, Señor, pues que no puedes

Resistir tanta desventura y daño,
Ya no hay gente, ni hay armas con que vedes
El enemigo ardor y esfuerzo extraño:
Y para convencerte de que excedes
En esto, entiende, ó Rey, que este es el año
Que Amir predixo que sería el postrero
De tu Reynado y del poder Ibero.

Mezclábanse con estas espantosas
Voces, gemidos tristes y llorosos,
Ya de flacas mugeres temerosas,
Ya de niños y viejos pavorosos:
El Rey, viendo y temiendo tantas cosas,
Y rendidos los fuertes y animosos,
Para bablar mandó tener sosiego
A todos, y él así propuso luego.

Si la pasión, ó amigos, que os conmueve
Fuera qual ya fué en vos, con ménos miedo
Yo me atreviera á reducir en breve
Vuestra flaqueza que animar no puedo:
El mas noble no acude á lo que debe,
El mas fuerte se rinde al llanto acedo,
Y todos igualmente se desvian
De las obligaciones que debian.

Vuestro intento se funda en que entreguemos
La Ciudad al Christiano, y no acudamos
A la defensa della, ni aguardemos,
Pues tan sin fuerzas ni esperanza estamos:
Yo digo (¡ay Cielo injusto á quien tememos!)
Que no habiendo otro medio que sigamos,
Que quiero conceder vuestra demanda

Cobarde, injusta, alevé, cruel, infanda.

Solo os quiero pedir en este extremo
Triste, desventurado y trabajoso,
Que temais las infamias que yo temo
En partido tan baxo y vergonzoso:
Quel fuego del honor en que me quemo
Os encienda, y mireis con mas reposo
Las razones tan justas que condenan
A los que de ser libres se enagenan.

Decidme amigos ¿qué remedio espera
El que por entregar la patria amada
Al disponer de aquesta gente fiera
Se ofrece al yugo la cerviz ligada?
Porque pues del remedio desespera,
Y en contra tiene á la fortuna airada,
No acaba defendiendo el patrio muro
Ora entre el fuego ardiente ó hierro duro.

En sus no bien aceptas persuasiones
Prosiguiera Axartaf, si el conmovido
Pueblo no le atajára las razones
Levantando un horrisono alarido:
Paró el Rey, y de tres graves varones
A su presencia un niño fué traído
De dos meses, que al pecho de su madre
Pidió que lo llevase allí su padre.

El prodigioso caso refirieron
Al Bético Señor, y en acabando
En voz clara que todos la entendieron
El niño desta suerte fué hablando:
Rey Axartaf, á quien los Hados diéron

Desta insigné Ciudad el cetro y mando,
Dexa la temeraria rebeldía,
Y atento oído da á mi profecía.

Bien sabes, Rey, que Aben Ala excelente
En saber los secretos escondidos
Del Cielo te predixo el mal presente,
Y los males que has visto sucedidos:
Y tú ignorando, y tu ignorante gente
Los casos ni alcanzados ni entendidos
Con ménos precio fué de tí ultrajado,
Y con viles oprobios denostado.

Y ahora, aun con ver claro ante tus ojos
Quanto te dixo el consultor del Cielo,
Conñas en tus bárbaros antojos,
Sin quererte rendir al Cielo y suelo:
Pues mira quel Christiano hará despojos
De tí, sino te mueve el comun duelo,
Y tardas en pedir que te conceda
Como librarse tanta gente pueda.

Dió un gran gemido á esta razon postrera
Sin poder proseguir con sus razones,
Y á llorar comenzó de tal manera
Que al Rey hizo temblar y á sus varones:
Mandáron que con él se salga fuera
Su padre, y con medrosos corazones
Piden todos al Rey que envíe al Christiano
A ofrecer el gran pueblo Sevillano.

Axartaf, viendo el caso prodigioso,
Los suyos todos sin valor ni aliento,
El lleno de ansias, triste y pavoroso,

Sin fuerzas, sin razon ni entendimiento,
 Con flaca voz y aspecto temeroso
 Pidió que sosegase el movimiento,
 Y siendo obedecido, en pié se pone
 Y dando un gran gemido así propone.

Ya veis, amigos, la contraria suerte,
 El comun daño y la miseria nuestra,
 El cautiverio ó la cercana muerte,
 Mi desventura y la deshonra vuestra:
 El esfuerzo, la fuerza, el brazo fuerte
 Sirven de poco ya, y qual hoy se muestra
 Por el portento horrible que hemos visto,
 Y así ya ni contraste, ni resisto.

Hagamos lo quel Cielo determina,
 Que es el que al Rey Fernando favorece,
 Démosle la Ciudad fuerte y divina
 Que ya por suya toda le obedece:
 Empiece nuestra mísera ruyna
 Con el reynado mio que hoy fenece,
 Désele al enemigo franca puerta
 Pues su buen hado se la tiene abierta.

A tratar los partidos convenientes
 Con el Christiano Rey irá Salimo,
 Por ser de los mas graves y prudentes,
 Y por ser mas anciano, y ser mi primo:
 Pida la libertad de nuestras gentes,
 I lo demas que en este grado estimo,
 Le daré por escrito, por que tenga
 Memoria, y con acuerdo se prevenga.

Tu Mahayni, que Alcayde de mi torre

Has sido siempre, y siempre leal vasallo,
 Pues la fortuna desta suerte corre,
 Y al hado no podemos contrastallo,
 Ve, pues Alá á los suyos no socorre
 Y el pueblo suyo dexa así entregallo,
 Pon de paz en la torre una bandera,
 Señal del triste oprobio que se espera.

Esto diciendo dexa el real asiento
 El congojoso Rey, y acompañado
 De Salimo se entró en su aposento
 A dar órden que fuese despachado,
 Porque del estrellado firmamento
 Al mar se habian las guardas declinado,
 Y las sombras leteas al profundo,
 Libre dexando al claro día el mundo.

LIBRO VIGESIMOTERCIO.

Abriéronse las puertas orientales,
 Que humedeció la aurora refulgente,
 Trayendo el bello día á los mortales,
 Los caballos que exálan fuego ardiente:
 A este punto los Moros principales
 Que señaló Axartaf la fria corriente
 Del agradable Betis van surcando,
 En demanda del sacro Rey Fernando.
 Fuéron vistos los Bárbaros al punto,

Y la insignia de paz tendida al viento,
 Fue todo el campo apercebido y junto,
 Lleno de sobresalto y de contento:
 Y viendo ya que se cumplia el asunto,
 El Corrector Christiano envia al momento
 A Don Rodrigo Alvarez que fuese
 Y de los Moros la intencion supiese.

Del Rey mandado el fuerte Caballero
 Se apartó dél, y les salió al camino:
 Tomó razon del Moro delanterero,
 Y dada al Rey, en nombre suyo vino:
 Pidió qual dellos fuese el mensagero,
 Juntos viendo á Salimo á Araidino:
 Salimo dixo que él, mas que venia
 Ariadino en la misma legacia.

Que fuesen juntos (para serle dada)
 A la presencia de su Rey llevados,
 Con el seguro de la ley sagrada
 Con que los mensageros son guardados:
 Venid (dice el Christiano) que guardada
 Esa ley os será, y por él guiados
 Delante puso del Rector Christiano
 Al uno y otro Embaxador Pagano.

Con humilde semblante se humilláron
 Los dos Embaxadores de Sevilla
 Ante el Rey santo, y sin hablar quedáron
 En cruz los brazos junto á su alta silla:
 Las sillas sus infantiles ocupáron,
 Y en torno los guerreros dé Castilla,
 Los del consejo militar sentados

Por sus antigüedades y sus grados.

Los demas que ante el Rey tenían licencia
De hablar y asistir, estaban puestos
Sin orden, sin lugar, sin diferencia,
Unos con otros en diversos puestos:
Fuéles dada á los Moros preeminencia
Que sus intentos hagan manifestos,
Salimo en pie propone deste modo,
Del Rey oído, y del concilio todo:

Si en dones de tu Alteza, concedida
Audiencia y facultad, será forzoso
Que á tu divino espíritu le pida
Aspire el mio rendido y temeroso:
De suerte que la causa mia entendida,
Mueva ese pecho invicto y generoso
A conceder los pactos que concluyan
Guerra tan larga, y su furor destruyan.

Este fin solo, ó gran Señor, le mueve
A Axartaf mi señor, que á tí me envia,
Para que con honestos medios pruebe
Que desta guerra acabe la porfía:
Porque la horrible furia no se lleve
Tantos despojos de almas cada dia,
Ni tantas vidas quite el cruel vulcano,
Ni tanta sangre humana riegue el llano.

Conmovido á piedad del mal que digo,
Quiere (queriendo tú) elegir un medio
Que la fuerza reprima al enemigo
Furor, lanzando su impiedad de enmedio:
Esto venimos á tratar contigo,

Pareciendote justo y buen remedio,
 Las condiciones que aceptar podemos
 Dándonos tu licencia las diremos.

Puso Salimo fin á sus razones,
 Quedando en pié ante el supremo asiento,
 Notando de los bélicos varones
 El semblante, y del Rey el movimiento,
 Que á las no manifestadas intenciones
 Habiendo estado en suspension atento
 Queriendo dar declaracion de todo
 Interrumpió el silencio de este modo:

Quando di facultad para que entrases
 A donde estás, te concedí licencia
 De hablar sin que en nada reparases,
 Ni te ocupase nadie en mi presencia:
 Lo que tu Rey mandó que me tratases
 Puedes decir con libre preeminencia,
 Prosigue en quales pactos ó conciertos
 Venis, que si son justos serán ciertos.

La cabeza inclinó el prudente Moro
 Al Rey, y levantó la vista al Cielo (ro,
 Diciendo, ó santísimo Alá á quien siempre ado-
 En cuya mano está el poder del suelo,
 Influye en mí de tu celeste coro
 Un espíritu igual al justo zelo
 Que me rige, con gracia tal que pueda
 Hacer quel Rey los pactos míos conceda.

Viendo Axartaf que va de dia en dia
 Cresciendo el daño de la horrible guerra,
 Que no remedia nada su porfia,

Y quel remedio á todos se les cierra,
A tratar con tu Alteza nos envia
Que este furor que la quietud destierra,
Esta ira infernal que sostenemos,
Con pacíficos medios atajemos.

Estos traygo por orden estampados
En esta breve hoja de la suerte
Que mi Rey pide, y del me fuéron dados
Para que con tu Alteza los concierte:
Uno por uno te serán tratados
Aquí, uno por uno los advierte:
I tú, ó gran Rey de la substancia eterna,
Mi ingenio aspira, y débil voz gobierna.

Volvió segunda vez á arrodillarse
Mirando al Cielo, y vuelto al Rey Fernando
Dice, lo que primero ha de tratarse
Es lo que en nombre de Axartaf demando:
Que él quiere del Alcazar despojarse,
Y entregarte su fuerza, reservando
La renta que entre tí y él se divida,
Dexando á los demás hacienda y vida.

No prosigas delante en tus conciertos
Si son qual ese, dixo el Rey de España,
Que esos son acordados desconciertos
De gente que del miedo se acompaña:
Veos rendidos, veos de hambre muertos,
Veos que en pactos convertis la saña,
Y quereis que divida el señorío,
Y con los Moros parta lo que es mio.

Bien os podeis volver si vuestro intento

Se funda en semejante desatino,
Que yo no os pienso oir , ni dar asiento
En cosa tan sin orden ni camino :
Salimo con humilde acatamiento
Replicó , si es aqueste pacto indigno,
De la Ciudad el tercio te ofrecemos,
La Alcazar y sus rentas te daremos.

Como tan poco el Rey viniese en esto,
Dixo el Moro : Señor yo quiero darte
Media Ciudad , haciendo que este puesto
Divida un muro de una y otra parte :
A muchos pareció el concierto honesto,
Y le dixéron al Christiano Marte
Que lo aceptase , aquellos le harian
Ser una la Ciudad que dividian.

Ni el concierto primero , ni el segundo,
Ni el desa division que es el tercero,
Dió por respuesta el Corrector del mundo,
Conceder pienso , ni aun oillos quiero :
En solo un pacto el fin de tantos fundo,
Y este ha de ser que acabe el duro acero
Lo que negais con tanta rebeldia,
Si la Ciudad no me entregais por mia.

Salimo suspendió la voz turbado,
Y en el Rey puesta sin mover la vista
Quedó , de mil contrarios aquejado,
Sin entender si acepte ó si desista :
Teme aceptar el Rey lo demandado,
Teme que no hay poder que le resista,
En estas dudas y temores vuelve

Esta razon, que en un suspiro envuelve.

Pues así quiere el sumo Alá dexarnos
Con tanto menoscabo y mengua nuestra,
Con tal abatimiento despojarnos,
Con tal miseria qual en obras muestra,
No tenemos que hacer sino inclinarnos
A la fortuna favorable vuestra,
Que pues en contra nuestra se declara,
Esto es fuerza hacer con los que ampara.

La Ciudad que con tanta fortaleza
A la mayor del mundo ha resistido,
La de mayor lealtad y mas nobleza
Que quantas son ni antes de ella han sido,
Hoy se te entregará, si de tu Alteza
Me fuere en nombre suyo concedido
Que la gente sea libre y la hacienda,
Sin que persona en esto les ofenda.

Asimismo demanda que la gente
Que quisiere quedarse, has de dexalla
Con su hacienda y tratos igualmente,
Y con Christiana piedad tratalla:
Y queriendo ir á parte diferente
Le des pasage, y des para guardalla
Segura escolta, y si por mar se fuere
Naves, y quanto menester hubiere.

El Moro paró aquí, y el glorioso
Propagador de la union Christiana,
Viendo alzarse un murmureo sonoro
Así movió la lengua soberana:
Hacienda, libertad, trato piadoso,

Seguro alvergue, voluntad humana,
Tendrán los que quedaren con nosotros
Vituallas, pasage y naos los otros.

Salimo dixo, y pido juntamente
Que ha de ser por el suelo derribada
La Mezquita mayor, y la eminente
Torre del gran Geber edificada:
Con esto acaba nuestra guerra ardiente,
En que no pierdes ni aventuras nada,
Que quando vengas todo á derriballo
Fácil será volver á edificallo.

A eso, respondió el Rector Christiano
Don Alonso, mi hijo dé respuesta,
Facultad le concedo, y le doy mano
Que diga y haga en la razon propuesta:
Inclinó la cabeza el Soberano
Joven al padre, en él la vista puesta,
Y volviéndose al Moro, desta suerte
Propone el varón justo, sabio y fuerte.

Habiendo oido tu cruel demanda,
Tu injusto y temerario pensamiento,
Ofendido de cosa tan infanda,
Que escandaliza el libre atrevimiento:
Pues se remite á mí, y su Alteza manda
Que te responda, digo, que no siento
Que causa puede haber que sea bastante
Que fuerce á pedir cosa semejante.

De algunas que me ofrece la memoria
Os pudiera traer por vivo exemplo,
Que hacen vuestra ceguedad notoria

Para el fin miserable que os contemplo:
Pues quereis arruinar por vanagloria
La torre excelsa, y el insigne Templo
Que al culto ha de servir, y ser estancia
Del que ignora (quien es) vuestra ignorancia.

Pues así vuestra bárbara inclemencia
Quiere emprender tan detextable hecho
Sin razon, sin piedad, sin advertencia
Que lo repugna todo buen derecho:
La fe. piedad, justicia y la conciencia,
Y la causa que os tiene en ese estrecho
No permiten que sea consentida
Tan fea maldad, ni se le dé cabida.

Y concluyendo digo, que si hubiere
Quien de la torre ó Templo me quitare
Una piedra, no digo si lo hiciere,
Sino si de hacerlo imaginare:
Que desde el Rey, al que en su Reyno fuere
El mas ageno quel honor le ampare,
Con pena capital pagará el yerro,
Sin que á sexô ni á edad perdone el hierro.

Con esto concluyó el Infante, y luego
Replicó el Moro vuelto al Rey Fernando
La paz que ha de poner al furor ciego
En quietud, que firmes te demando:
De las fuerzas haré al punto el entrego
Posesion dellas á tu Alteza dando,
La Ciudad te será desocupada
Dentro de siete dias y entregada.

Los mismos pactos vengo á demandarte

(Dixo Ariadino) en nombre de la gente
Del castillo, y de toda aquesta parte
Que divide la Bética corriente:
Quiere entregarse, y quiere así entregarte
La fuerza, concediéndole igualmente
Vida, hacienda, libertad, seguro,
Te dará entrada en su cerrado muro.

Cesó Ariadino, descogiendo al viento
Un cendal blanco, en que venia revuelto
Un papel, y acercándose al asiento
Del Rey, dice á Sevilla el rostro vuelto:
Firme tu Alteza aquí con juramento,
Que cumpliendo lo dicho, queda absuelto
Ese pueblo, al qual quedas obligado
De no faltar en lo que está tratado.

Recibió el santo defensor Christiano
Del bárbaro el papel en que venia
El sello y firma de su Rey Pagano,
Y encima en lengua Arábica decia:
A Ariadino y Salimo les doy mano
Que hagan lo que yo en la casa mia,
Lo que hicieren yo Axartaf lo firmo,
Lo apruebo, y hago bueno y lo confirmo.

Leida en clara voz la poderosa
Facultad que á los dos Embaxadores
Concedia Axartaf, sin decir cosa
Firmó el Rey de los fuertes guerreadores:
A este punto el cendal con presurosa
Vuelta, haciendo círculos mayores,
Dió señal á los Moros que eran ciertos

Los pactos, y firmados los conciertos.

Resonó desde el muro del castillo
El concavo metal, y la guerrera
Caxa tocó á marchar para rendillo,
Saliendo por la puerta una bandera:
Suspendió el caso al vencedor caudillo,
Y estando así, rompiendo una hilera
Salió el fuerte Achilino, demandando
Licencia, y dada dice al Rey Fernando:

Por órden de Axartaf, que ayer tuvimos,
Nos mandó que en el punto que Ariadino
Moviese aquel cendal que al ayre vimos,
Ante tí se hiciese este camino:
Está señal al sabio Moro dimos
Con que nos avisase, quel divino
Pacto la libertad nos concedia
La hacienda y las vidas que pedia.

Seguros desto, vengo á demandarte
Que des licencia, y que nos des seguro
Para poder salir, y en poder darte
Esa fuerza que cierra ese alto muro:
Esto manda Axartaf, y por la parte
De Abenjafon el Rey de Niebla juro
La obediencia, y te doy en nombre suyo
Las llaves del castillo que es ya tuyo.

Besolas, y en el suelo arrodillado
Quedó el valiente Moro, ante el Rey puesto,
La respuesta aguardando del sagrado
Caudillo, confirmando lo propuesto:
Que de su Alteza humilde acompañado,

Y su celeste humanidad compuesto,
En la memoria el caso revolviendo,
Movi6 la ambrosia lengua así diciendo:

La libertad, las vidas, la hacienda
Que concedí en los pactos, os concedo:
Esto igualmente, y general se entienda,
Con que podeis asegurar el miedo:
Salid, que no habrá cosa que os ofenda,
Ni faltar yo de mi palabra puedo,
Con tal que no excedais, y me sea dada
La fuerza que ofreceis desocupada.

A eso vengo, respondió Achilino,
Tu Alteza envíe á quien se la entreguemos,
Por quien al punto se pondrá en camino
Abenjafon, y libre la daremos:
No dixo mas el fuerte Sarracino,
Y viendo el Rey llegar á los extremos
Que deseaba su loable intento,
Dice vuelto á su ilustre Ayuntamiento:

Echese luego en el real un bando
Que á ningun Moro de ninguna suerte
Que saliere de aquí yendo marchando
Le despojen, cautiven, ni den muerte:
Esto es lo que vienes procurando,
Con esto puedes á tu Rey volverte,
Yendo contigo Lope Diaz de Alfaro
A quien se entregue vuestro fuerte amparo.

Esto dixo el magnánimo caudillo,
Y el fuerte Caballero recibiendo
Las llaves que le diéron del castillo,

Con una esquadra al Moro fué siguiendo,
Que sin hallar quien fuese en resistillo
Entró, y al muro con valor subiendo
En lo mas alto puso el estandarte,
Revolviéndolo á una y otra parte.

Con alta voz de la guerra gente
La victoriosa insignia recibieron
Luego que se mostró en la eminente
Fuerza, y en ella á los Christianos vieron:
Tristes deste placer con pena ardiente,
Que á entender claro sus afectos diéron,
Los dos Embaxadores inclinaron
La vista en tierra, y sin hablar quedaron.

Desta suerte confusos y afligidos,
Llenos de pavoroso encogimiento,
Quedaron los dos bárbaros, rendidos
Al dolor, al temor y al sentimiento:
Y como así estuviesen suspendidos,
Con turbado semblante, y tardo aliento
Salimo como hacerlo mejor pudo
Dixo, quitando de la lengua el nudo:

Si nuestro llanto aplicas á flaqueza,
Invicto Rey, suplicote que adviertas
Que no fué cobardía, sino tristeza
De nuestra infamia y desventuras ciertas,
Ver de la instable suerte la crueza,
Ver nuestras glorias y esperanzas muertas,
Vernos en nuestra patria despojados,
Y sino despojados, della echados.

Vernos que en el lugar mas poderoso

Que alumbra el rayo del Planeta ardiente,
El mas rico, el mas noble, el mas famoso,
El de mas excelencias y mas gente,
Donde en quietud vivimos y reposo,
Donde el poder y el mando fué igualmente,
Veremos nuestro infame abatimiento,
Nuestra caida y triste asolamiento.

Esto nos conmovió, que no es posible
Tan duro caso no hacer efecto
En el hombre mas fiero y mas horrible,
En el mas crudo y pertinaz sugeto:
Que la memoria del dolor terrible,
Representada en el lloroso aprieto
Hizo su oficio, y puso en nuestros ojos
Del sentimiento humano los despojos.

Mas en aquesta miserable pena
Que nos enterneció, á entender venimos
Ser gloria por tu mano la cadena,
Mas que la libertad que Alá pedimos:
Y para gozar ya esta suerte buena,
Que no entendiendo nuestro bien huimos,
Envia, Señor, á quien por tí entreguemos
Tu Ciudad, y tu insignia levantemos.

Puso Salimo fin á sus razones,
Quedando con semblante sosegado
Mirando al Rey, mirando á los Varones,
Que oyéndolo se habian alborotado,
Queriendo entre sus hechos y blasones
Fixar por el mas noble y señalado
Ser cada qual el que primero entrase,

Y de Sevilla posesion tomase: y

Siendo del fuerte defensor Christiano

Conocida la causa que alteraba

Su gente, levantando el rostro y mano

El alboroto sosegó que andaba

Y poniendo la vista en el Pagano

Embaxador que atento le aguardaba

Llamando á Don Alonso de Molina

Su hermano, dice así con voz divina:

La posesion, que ofreces entregarme

Segun los pactos de ámbos concedidos,

A tomar enviaré sin desviarme

Dellos, ni por mi parte ser rompidos:

Por la vuestra ha de ser que habeis de darme

Luego que sean los siete dias cumplidos:

La Ciudad libre, habiéndome entregado

Sus fuerzas, qual por mí os será ordenado.

De la torre del Oro y su alto muro

La posesion se le dará en mi nombre

A mi hermano, y él lleve por seguro

Cien hombres escogidos hombre á hombre:

Y porque si este apremio os fuere duro

Antes que os inquiete ni os asombre,

Teneis de darme la Ciudad abierta,

Sin que en ella cerrada os quede puerta.

Don Alonso mi hijo ha de entregarse

De la torre mayor, á donde quiero

Que esté, y la guarde sin de allí apartarse,

Sino fuere con orden mia primero:

Con gente y armas tiene de ocuparse

El Alcazar, y en ella esté el guerrero
Don Rodrigo Gonzalez Giron, y esto
Qual pide el caso, y qual demanda el puesto.

Y vos Don Pedro Ponce en quien ha estado
La mayor parte deste vencimiento,
Vos de quien siempre he sido acompañado,
Y á quien nada encubrió mi pensamiento;
Id con mi hijo á donde le he mandado,
Y en lo mas alto, que preceda al viento,
Poned la sacra insignia del divino
Redentor, con que al Cielo abrió el camino.

Este es el orden, y por el os mando
Me entregueis la Ciudad, como el castillo:
¿Ved si podeis cumplir lo que os demando?
Y si podeis, al punto id á cumplillo:
Poder tenemos, facultad y mando,
De quien nadie podrá contradecillo:
Salimo respondió, tu Alteza envíe,
Quedarse á todo, y de esta fe confie.

Cesáron las razones, y el divino
Caudillo de la fuerza Castellana
Puso en orden la gente, y en camino
A la Ciudad excelsa y soberana:
Que rendida á la fuerza del destino
Humilde á dar la posesion se allana,
Abriéndole la puerta libremente
A la invencible y victoriosa gente.

El famoso Abdalac luego que entráron
Las Christianas banderas en Sevilla,
Y las puertas con armas ocupáron,

Al Infante diciendo así se humilla:
La posesion que á darte se obligaron
Nadie puede, Señor, contradecilla,
Axartaf la confirma, y de este modo
Arrayaz, Benxuel, y el lugar todo.

Más envian conmigo á suplicarte
Mandes que á nadie se le haga ofensa,
Que el rigor cese, y el ardor de Marte,
Pues solo en darte la Ciudad se piensa:
Que con tu gente vayas á entregarte
Por el órden quel Santo Rey dispensa,
La posesion del rico Alcazar dando
Ariadino á quien manda el Rey Fernando.

La fuerte torre que guardó el tesoro
De los pasados Reyes y el presente,
Que por esto le llaman la del Oro,
De fábrica admirable y excelente
Tengo de entregar yo (del bando Moro
Desocupada) á la Christiana gente:
La torre excelsa de Geber famoso
Ha de entregar Salimo poderoso.

No dixo mas, y el invencible Infante
Confirmó de Abdalac la legacia,
Y á la torre del Oro en el instante
Al fuerte tio Don Alfonso envia:
Don Rodrigo Giron partió delante
Al Alcazar, siguiendo al que lo guia,
De Salimo el Infante acompañado
A la torre mayor va encaminado.

Está del fuerte Alcazar desviada

Poca distancia, en una plaza abierta,
Con el famoso templo incorporada,
A donde tiene una pequeña puerta:
Por ella se concede estrecha entrada
Por un angosto paso y via incierta
De fuerte piedra, que es de su grandeza
El cimiento, el estribo y la firmeza.

Llegó á la puerta el bárbaro guerrero
Diciendo al fuerte Infante que ocupase
La plaza, que él queria subir primero,
A hacer que la guarda la dexase:
Subió y lanzando della el bando fiero,
Como solo en la torre se quedase,
Puesto en una ventana dice, advierte,
Varon Real, y escucha mi ansia fuerte:

Desta torre me manda el Rey mi primo
(Rey dixé, el que fué Rey, y es ya vasallo)
Te diese posesion, lo qual estimo
Como es razon, y debo yo estimallo:
Mas con mortal afecto me lastimo
Sin poder reprimirme ni escuchallo,
Que es passion propia, y lo que ofende tanto
Provoca al sábio, al fuerte, al justo, al Santo.

Entra Principe invicto, y con tu gente
De la torre del mundo mas famosa
Te puedes entregar, que dignamente
Se le debe á tu espada victoriosa:
Entra quel cielo en dartela consiente,
A quien es ya nuestra nacion odiosa,
Y recibe ese cuerpo que no quiere

Ver tal, y muera pues su gloria muere.

Esto diciendo, con furor horrible
Juntó los brazos, levantando al cielo
La pavorosa vista, y dió un terrible
Grito, y el cuerpo al peligroso vuelo:
Cayó á los pies del jóven invencible,
De sangre y huesos rociando el suelo,
Huyó el alma al infierno desta suerte
A no morir, aunque se dió la muerte.

Del horrible espectáculo se admira
El sucesor de España poderoso,
Y atras que no le toque el pié retira
Del roxo humor que corre presuroso:
Entra la torre, que es el fin que aspira,
Y en lo alto su ejército animoso
Voces da, el estandarte tremolando
Sevilla por el Santo Rey Fernando.

Llevó el viento la voz, y el Rey levanta
La vista con alegre continente,
Y en lo mas alto ve la insignia Santa,
Do murió el humanado omnipotente:
Por el hermano la victoria canta
De la torre del Oro el excelente
Joven, y en el alcazar suntuoso
Lo mismo hace el de Giron famoso.

Alegre el Santo defensor Christiano
Las torres mira, Alcazar y castillo
Por él, quitado del poder pagano,
Que no pudo aunque quiso resistillo:
Hallóse desta empresa tan ufano,

Tan gozoso, que muestra sin decillo
 El contento que siente el deificado
 Espíritu del cielo regalado.

Allí hace discurso en su memoria
 De la insigne Ciudad que le ganaron
 Colodro y Baños, cuya gran victoria
 Dignamente á los dos se la aplicaron:
 Renueva de Jaen la viva historia,
 Y su victoria en quanto la estimaron,
 Y con aquesta las demas olvida,
 Que esta tiene por mas esclarecida.

Considerando en esto, revolvía
 Quanto habia hecho su invencible gente,
 Quanto ganado por su esfuerzo habia,
 Quanto esperaba en la ocasion presente:
 En esto estaba, quando el claro dia
 Llegó sobre las aguas del poniente,
 Donde la bella esposa de Peleo
 Siempre le aguarda en inmortal deseo.

Viendo el Christiano defensor cubierto
 El bello dia de la sombra obscura,
 Las formas por su órden y concierto
 Hermosear la celestial altura:
 Teniendo aviso del castillo cierto,
 Que el Rey Abenjafon su ida apresura,
 Y que apriesa los Moros se aprestaban,
 Y que las caxas á marchar tocaban.

Puesta en órden la gente belicosa
 Cerca la plaza, y deste modo aguarda
 Al bárbaro, que en su ansia dolorosa

Dexando el puesto , su persona guarda:
Qual carga al hijo , qual la tierna esposa,
Qual al anciano padre , y qual no tarda
De echar el grave peso al hombro fuerte,
Y en camino ponerse desta suerte.

Allí , ó poderoso Abenhaulama
La cerviz inclinaste humildemente,
Y en ella con desprecio de tu fama
La riqueza pusiste de Occidente:
Y tú Algasur , que ennobleciste á Alhama
Con los despojos de tu propia gente,
Vencido vas , y encima de tí llevas
El testimonio de tus tristes nuevas.

Almuncamuz y Aben Abet hermanos,
Biznietos del que dió el cuerpo glorioso
Del sagrado Isidoro á los Christianos
Contra el querer del vulgo sedicioso,
Aquí imitando á los demas Paganos
En trage humilde oficio vergonzoso
De hijos y mugeres rodeados
Los bienes que podeis llevais cargados.

Y tú , Hacen , que á Mahomad robaste
La bella esposa , y con violenta espada
La vida en su presencia le quitaste,
Dexándola viuda y deshonorada ;
En el fuerte castillo te hallaste
Siendote del la guardia encomendada
Por tu dendo Axartaf , á quien no vales,
Y como los demas rendidos sales.

Hali Cacin , Rogel , Johar , Mahoma ,

312 CONQUISTA DE LA BÉTICA.

De Aben Alfagé hijos conocidos,
 Con las insignias del que los rinde y doma,
 Salis avergonzados y afligidos:
 No faltarás Zoar deste idioma,
 Ni tú Albohali, ni los temidos
 Abenhumeya y Amudir famosos,
 Y vos Fariz y Galve belicosos.

La carga de los bienes paternos
 Los delicados hombros recibieron
 De Fatima, y con pasos desiguales
 Los dos pequeños hijos la siguieron:
 Aben Tabin su esposo en estos males
 Con Culema y Juceph que le acudieron
 Con los mas bienes y su suegro en medio,
 Salen buscando el misero remedio.

Y tú, ó Zeneb, quen la nacion Pagana
 Idolo fuiste, y por deidad tenida,
 A quien amó Axartaf, siendo tu hermana
 Caída, que en su poder perdió la vida,
 Y huyendo su intento y passion vana
 En el castillo estabas recogida,
 De donde ibas saliendo con tu padre,
 Llevando casi en hombros á tu madre.

Abenjafon, que en medio estaba puesto
 Del paso por adonde iban saliendo
 Los que dexaban el amado puesto,
 Y al vil destierro se iban ofreciendo,
 Aunque ocupado y suspendido en esto,
 Triste y confuso del llorar y estruendo
 A Zeneb conoció que iba pasando,

Y asiendo della , dixo suspirando:

Zeneb illustre, á quien el cielo asconde
El premio digno á tu Real grandeza,
¿Qué suerte miserable es esta? ¿á dónde
Vas del hado arrojada en tal baxeza?
Mal á tu honor y gloria corresponde
Este horrible rigor, esta crueza,
Mal te trata la suerte, el hado, el cielo,
Pues desterrada vas y en tanto duelo.

Deten el paso, y esa piadosa
Carga suspende que te agrava tanto,
No te rinda la pena dolorosa,
Ni te acabe la vida el cruel quebranto:
Que si la instable rueda presurosa
Ha trocado tu alegre vida en llanto,
El sumo Alá que lo gobierna todo
Ordenará tus cosas de otro modo.

Esto diciendo el Rey de Niebla, puso
El fuerte pecho y recibió la carga,
Y mirando á las dos triste y confuso
De lástima lloró y congoja amarga:
Detuvo al padre, que siguiendo el uso
Con los demas de su familia carga
Los bienes quel temor les ofrecia,
Y la estrecha ocasion les permitia.

No es justo (dice el Rey) que desá suerte
Vayas, ó venerable Hatan-Audalla,
Ni es debido á tu honor, sin el ponerte
En vil oficio entre esa vil canalla:
Aguarda pues nos da vida la muerte

Para morir viviendo, sin hallalla
Entre la fiera espada del Christiano,
A quien el cielo ha sido tan humano.

Lleven la carga, que tus hombros lleva,
Los Christianos que tengo encadenados
Para llevar conmigo, y hagan prueba
Del destierro á que vamos condenados:
Audalla lo acertó, y lo dicho aprueba
Zeneb, y los demas que iban cargados
Los lios pesados de los hombros largan,
Y á esperar los cautivos se descargan.

Por mandado del Rey partió Achilino,
Y el renegado Bahabu á traellos,
Causul, Bexeira, Matalá y Zabрино,
Enemigos del nombre y la fe dellos:
Feneciéron los Moros su camino
En la mazmorra, á donde entrando habellos
Bahabut dixo, veinte de vosotros
Salid, que habeis de ir luego con nosotros.

Sin responder se fuéron levantando
Las cautivos Christianos obedientes
Al duro apremio y riguroso mando
De aquel vestiglo de Christianas gentes:
Iban por órden la prision dexando
Uno á uno los miseros pacientes,
Aguardando la muerte en su fortuna,
Sin esperanza de salud alguna.

Estaba entre estos un cautivo anciano,
Hombre sagaz y buen entendimiento,
Quel rigor viendo del cruel Pagano

Quiso impedir el no entendido intento:
Y revolviendo al brazo y diestra mano
La cadena, con manso movimiento
Se fué escurriendo á procurar su amparo,
A donde estaba Lope Diaz de Alfaro.

Y del cobarde miedo no impedido
Por las Christianas armas se abalanza,
Diciendo en alta voz, ó esclarecido
Jóven, refugio nuestro y esperanza,
Oye con atencion nuestro afligido
Clamor, que al cielo con su vuelo alcanza:
Oye y remedia nuestra suerte triste,
Pues ya cautivo qual nosotros fuiste.

Arrastrando qual ves el duro hierro
Hui de la prision en que nos tiene
Este Rey Moro, este tirano perro,
A quien respeto ni temor contiene:
Y para echarnos en mortal destierro
Un su Ministro renegado viene
Con otros Moros que nos van sacando
De la mazmorra, y nos están guardando.

Acude, ó gran Señor, acude presto,
No permitas que lleve en su cadena
Los Christianos, guardando tú este puesto,
Y su tirano pensamiento enfrena:
Ven y verás, sin los que están en esto,
La horrible cárcel de cautivos llena,
Ven y redime la desdicha suya,
Ven que esta suerte es propiamente tuya.
No dixo mas, y el fuerte Caballero,

Que al mísero cautivo estaba oyendo
 Con pronto oído y con semblante fiero,
 Fué las armas al punto apercibiéndose:
 Acuden del ejército guerrero,
 La causa oída, á Lopé Diaz pidiendo
 Que fuese, y que en hazaña tan gloriosa
 Su diestra emplee y su espada victoriosa.

El jóven invencible á quien espera
 El siglo para ser por él dichoso,
 Irritado de honor y de ira fierá
 Dice contra el Rey bárbaro furioso:
 Dexar de hacer lo que debemos fuera
 Si este tirano fuese poderoso
 En ménos precio de la espada vuestra,
 En despojos llevar la gente nuestra.

Fuéle licencia apénas concedida,
 Que entregando esta fuerza con su gente
 Al yugo esperio su altivez rendida,
 Saliese en traje humilde y obediente:
 Pues el respeto pierde á sí y se olvida;
 Yo le haré baxar la altiva frente,
 Yo daré libertad á los Christianos
 Contra el Rey fiero y sus designios vanos.

Por el órden que estamos repartidos,
 Se vele y guarde el fuerte que tenemos,
 Sin dexar hombre el puesto, prevenidos
 Qual la ocasion demanda en que nos vemos:
 Yo iré á pedir á aquestos descreidos
 Los Christianos, y en quanto que volvemos
 Este cautivo y yo, que será presto,

Guarde Gomez Ruiz por mí este puesto.

No mandes tal, yó tengo de ir contigo,
Dió el varon invencible por respuesta,

Tu lugar puedes dárselo á otro amigo,

El mio, á quien su guardia queda puesta:

Que si el cielo no estorba lo que digo,

Mi voluntad que te obedece es esta,

Y no se moverá, sin que primero

El punto de mi vida vea postrero.

Llegó el cautivo y dixo: el órden dado

Por el valiente Lope Diaz se guarde,

Que es el que importa en el presente estado,

Y á la ocasion que instante no se aguarde:

De la cadena el ramal doblado

Revolvió al brazo, y sin que punto tarde

La estrecha argolla que lo ataba quiebra,

Como si fuera una delgada hebra.

En el camino se pusieron luego,

Guiados del cautivo los guerreros,

Sin dar al curso ni al andar sosiego,

Baxan rompiendo por los Moros fieros:

Y por entre armas y encendido fuego

Llegan á los Christianos prisioneros,

Que delante del Rey cargando estaban

Los bienes de la Mora que guardaban.

De ardiente ira estimulado el pecho

El invencible Lope Diaz de Alfaró,

Al Rey de Niebla por autor del hecho

Dice el Christiano defensor y amparo:

Si tú, que en todo has de guardar derecho,

Y ser en esto un sol luciente y claro,
La ley traspasas ¿dime de qué suerte
Te llamaré para que bien acierte?

Tú por merced al santo Rey pediste
Que entregándole aquesta fortaleza
Con los Moros que estaban, y truxiste
A exercitar de Marte la fiereza:
Con el mismo seguro que veniste
Con sus hijos, mugeres y riqueza
Irse pudiesen, y este asiento dado,
Con libre proceder has inovado.

Cumples la execucion de tu demanda,
Gozas de la merced quel Rey te hizo
A costa de los nuestros, cuya infanda
Maldad castigaré, y tu poco aviso:
¿Parecete razon, ó en su ley manda
El quel infierno os da por parayso
Quel libre sea cautivo, y quel Pagano
Rendido oprese al vencedor Christiano?

Si esto es razon (que no será no siendo
Aprobada de justos tal violencia)
Yo vendré en que se haga, mas entiendo
Que es maldad fiera y bárbara inclemencia:
Y así el horrible acuerdo remitiendo,
Revocar pienso tan cruel sentencia,
Y á estos perros idólatras cargallos,
Y á los nuestros en libre paz dexallos.

Esto dixo en voz alta el varon fuerte,
Y al punto los Christianos arrojaron
Las graves cargas y á gozar la suerte

De libertad gloriosa se aprestáron:
 Sin haber Moro que á hablar acierte,
 Llenos de espanto y de pavor quedáron
 Mirando al Rey, que con la vista en tierra
 Manifiesta el temor que su alma encierra.

Y sin hablar palabra levantando
 La horrible vista suspirando al cielo,
 Tomó el camino á todos obligando
 A seguirle y dexar el patrio suelo,
 A la hermosa Mora acompañando,
 Temiendo y llenos de mortal rezelo,
 Sin quedar Moro tras el Rey se alexan
 Del fuerte sitio que al Christiano dexan.

Ya á este punto del balcon de Oriente,
 Coronada de rosas parecia
 De la hermosa aurora el aurea frente,
 Nuevas trayendo del cercano dia:
 Lope Diaz de Alfaro, y el valiente
 Gomez Ruiz con una Compañia,
 De guarda se pusieron á la puerta,
 Que quedó ido el enemigo abierta.

LIBRO VIGESIMOQUARTO.

Luego que Febo Apolo ilustró el mundo
 Con su dorado cerco, y la espantosa
 Sombra llevó los sueños al profundo

De Cimerio á su estancia tenebrosa;
 El caudillo de Christo sin segundo
 Con la invencible gente belicosa
 En el castillo entró, que entregó el fiero
 Abenjafon al fuerte Caballero.

La inespugnable fuerza considera
 Que ciñe en torno el levantado muro
 De torres coronado, que á la fiera
 Saña del tiempo le tenían seguro:
 De la parte de Hispalis á fuera
 El Betis mira transparente y puro,
 Que en su menguante ó su creciente furia
 Hiere en él siempre sin hacerle injuria.

Sube á lo alto á donde estaba puesto
 Su real estandarte, y de allí mira
 Los que en Hispalis mueve el viento presto,
 Que refrenaban la Agarena ira:
 En el tendido llano ve dispuesto
 El campo, y lleno de placer se admira,
 Ya la grandeza de Sevilla viendo,
 Ya la hermosura que iba descubriendo.

Los dias en esto consumia el potente
 Propagador de la union Christiana,
 Solemnizando con su invicta gente
 La victoria admirable de Triana,
 Y habiendo siete veces en Oriente
 Mostradose la forma soberana
 Que enriquece la tierra con su lumbre,
 Sin exceder de su inmortal costumbre.

Siendo cumplido el término que diéron

Los Moros de dexar desocupada
La Ciudad en los dias que pidiéron,
Quando quedó la tregua confirmada;
Y como desde el punto que se fuéron
Cumplido el plazo no acudian á nada,
Ni para irse del lugar salian,
Ni á dar razon de su intencion venian.

Rezelando la bárbara inconstancia
No se altere movida de su injuria,
De su vano furor, de su arrogancia,
Que al mas leal quando la sigue injuria:
Teniendo por seguro y de importancia
Para el efecto, y refrenar su furia,
Pasar donde el exército glorioso
Lo aguarda, de lo propio rezeloso.

Con este pensamiento mandó luego
Aprestar los infantes y caballos,
Sin que el ocio pudiese ni el sosiego
Del justo acuerdo y pretension mudallos:
Y quando del mortal desasosiego
A los hombres procuran desviallos
Los astros que el sabroso sueño envian,
El vado tientan, y á su intento guian.

La Tribia Diosa en que la sombra obscura
Preside entre las formas celestiales,
El carro suspendió, y con lumbre pura
Resplandecia en los humidos cristales,
Enseñaba la via mal segura,
Y Betis con sus ninfas inmortales
Les iba el paso abriendo de manera

Que los puso en la Hispálica ribera.

De allí atraviesan el tendido llano,
Con el mayor silencio que pudieron,
Y en medio del ejército Christiano
Puestos en arma todos se pusieron:
Esto fué visto, y dicho al Rey Pagano,
Significando mas de lo que vieron,
Que el temor hace siempre diferente
Lo que ofrece á la vista diligente.

Acudieron á dar remedio en esto
Los que tenian de Axartaf licencia,
Y él, sin hablar en medio dellos puesto,
Rezela alguna nueva violencia:
En esta duda y miedo manifesto,
Abdalac, con mas brio que reverencia,
Conociendo la causa como sábio
Desanudó la lengua y movió el labio.

Si quieres entender la causa cierta
Deste súbito y nuevo movimiento,
Desta venida á todos encubierta,
Bien presto lo sabrás si estás atento:
Quando le diste al vencedor la puerta,
Y en tus fuerzas seguro alojamiento,
Dentro de siete dias le prometiste
Que darias la Ciudad que le rendiste.

Este plazo ha tres dias que está cumplido,
Y no das la Ciudad desocupada,
Qual fué en nuestros conciertos prometido
El dia que la paz quedó asentada:
Desto sin duda, y con razon sentido,

Viene con voluntad determinada
De entrar por fuerza en la Ciudad que es suya,
Donde apenas conocen cosa tuya.

Mira si en la ocasion como nos tiene
Del cielo que nos sigue la inclemencia,
Con tal intento el enemigo viene,
Lo que promete su mortal violencia:
Si esto se considera, nos conviene
Que remedie la presta diligencia
El descuido, enviando de tu parte
A demandar mas plazo y disculparte.

Torciéndose las manos miró al cielo
Axartaf, respondió, Abdalac amigo,
Ya no temo al contrario, ni rezelo
La fiera espada, ni el cruel castigo:
Deste horroroso pueblo me conduelo,
A quien en todo lo que pide sigo,
Esto solo atribula el alma mia,
Que no me dexa porque vea este dia,

Ve al Rey Fernando, y dile que no puede
Cumplirse lo asentado sino aguarda
A esta misera gente, á quien concede
La vida y lo demas que ampara y guarda:
Que si del tiempo prometido excede,
Y en darle libre la Ciudad se tarda,
Es por vender lo que forzosamente
Llevar no puede en la ocasion presente.

Que su Alteza remedie la miseria
En que se ve esta gente miserable,
Y un mes le dé para que haga feria

De sus bienes y caso lamentable :
 Y luego la Ciudad de toda Hesperia,
 La mas rica y del mundo mas loable,
 Desocupada quedará de aquellos
 Que sigue el cielo, y dexa Alá ofendellos.

Dexó Axartaf de proceder delante
 En su triste razon interrumpido
 Del amargo dolor, que fué bastante
 Para quedar privado de sentido:
 Abdalac se aprestó y partió al instante,
 Puso el mensage en el piadoso oido
 Del Santo defensor, que lastimado
 De oillo, fué quanto pidió otorgado.

Luego que la merced del Rey fué hecha,
 Todos acuden á poner por obra,
 Quel tiempo y la ocasion que los estrecha
 No se vaya, pues ido mal se cobra:
 Qual vende el axuar, qual la cosecha,
 Qual los muebles y ropa que le sobra,
 Que no puede llevar en el viage,
 Qual vende el carro, y qual compró el bagage.

Qual el caballo que en la dura guerra
 Le defendió, y fué en la paz su ornato,
 Al mercader judio de la tierra
 Lo vende ya sin miedo ni recato:
 El buey quel llano abrió, y sembró la sierra,
 Que fué sustento á su Señor y trato,
 En pago de su afan y sus trabajos
 Para llevar al mar lo hacen tasajos.

Los dias y noches consumian en esto,

Sin tratar ni ocuparse en otra cosa,
Porque no llegue el término dispuesto,
Dado por ley (entre ellos) rigurosa:
Calle ni plaza, ni escondido puesto
Había de toda la Ciudad llorosa,
Que de fardos, de ropa y gente fuese
Desocupada, ni en quietud se viese.

Sola tu, ó Tarfira, en el horrible
Rigor de tu cuidado estás suspensa,
Sujeta al zelo y al amor terrible,
Que han de ser causa de tu gloria inmensa:
Solo acudes á tí, y por imposible
Tienes quanto tu ardiente afecto piensa,
Sin entender que el cielo es de tu parte,
Y quiere en ley y en suerte mejorarte.

Viendo la bella Mora el duro estado
De la prolixa guerra desta suerte,
Rendido el Rey, su pueblo sojuzgado
De la Christiana y poderosa suerte,
Crecia en su ansia, y daba á su cuidado
Nueva fuerza, y hacia el dolor mas fuerte
Ver ir á Botalhá, y llevar consigo
De la rendida gente al patrio abrigo.

Aquí perdió del todo la paciencia,
Y el alma ardiendo en ira á la venganza,
Llena de horrible furia da licencia
Que obre el furor lo quel amor no alcanza:
¿Tal (dice) he de ver yo? ¿tal inclemencia
Ha de usar un traidor? ¿esta esperanza
Satisface mi fe y un mal tan largo?

¿Este premio se da á mi llanto amargo?

¿Será razon que este enemigo mio
Ofenda así el honor y clara fama
De Hamet mi abuelo y de Ceyni su tio
Y mi padre, que fué Señor de Alhama?

¿Será razon que al patrio Señorío
Lleve por quien me dexa y me disfama?

¿Será razon que vean estos ojos
Que ella triunfe, y yo vaya por despojos?

Primero se hallará el alto cielo

De estrellas falto, obscuro y tenebroso,
Primero se verá con negro velo

Dar resplandor la noche luminoso,
Primero se hallará en el baxo suelo

El claro Apolo, y en el mar hondoso
El fluxô de las aguas dulce y puro,

Y alguno de fortuna estar seguro,
Que yo difiera mas, ni punto aguarde

De executar mi ánimo impaciente,
Que en la ley del honor es flaco y tarde,

Falto de esfuerzo y de valor ardiente:
Y hagan de mi desdicha infame alarde,

Mi desventura el libre vulgo cuente,
Que con la sangre della y dél espero

Lavar la mancha de mi honor primero.

No pudo decir mas, quel sentimiento
Que le arrancaba el alma congojosa

La lengua le trabó en el movimiento,
Y le encendió la voluntad furiosa:

Armada y á caballo fué al momento,

Sin aguardar ni reparar en cosa,
Pica á buscar á su enemiga fiera,
Donde la suerte de su bien la espera.

Resuelta de vengarse, y que se entienda
Que le condena esta ocasion á muerte,
Que el honor pide que la vida venda
A trueque de gozar tan buena suerte:
Yendo así envuelta en su mortal contienda
Paró á considerar por donde acierte
A hacer su negocio, y á este punto
Halló un Christiano Caballero junto.

Conoció luego á la afligida Mora
El fuerte Don Rodrigo de Marchana,
Y dixo, ¿en qué ansia vas, Señora,
Es todavía en tu zelosa pena?
Voy siguiendo el furor que en mi alma mora,
Le respondió la bélica Agarena,
Sin proceder, quedándose suspensa,
Y él de mirar su hermosura inmensa.

Así estuviéron sin poder hablarse
Un largo espacio, que la Mora bella
Dexó de su memoria arrebatarse,
Y traspuesta quedó ocupada en ella:
Don Rodrigo no osó determinarse
A tocalle la mano ni á movella,
Sino á dexalla, y ella en sí volviendo
Movió los bellos labios prosiguiendo:

¿En qual parte del mundo no se cuenta
La miserable suerte en que me veo?
¿A quién se encubre mi dolor y afrenta?

¿Quién no publica el fin de mi deseo?
La soledad me pinta y representa
Mi daño, y del contrario mio el trofeo,
Las plantas, fieras, fuentes, rios, montañas
Dicen el mal que abrasa mis entrañas.

Todos hacen notorio el daño mio,
No sé si es de dolor, ó por mostrarme
Que escarnecen mi ciego desvario,
Si lo fué de mi deudo y Rey fiarme,
Y si lo fué, que yo no me desvio
De mi culpa, aunque puedo disculparme,
Que confié de un Rey con juramento,
Dándome mano y fe de casamiento.

Duró en este propósito mostrando
Quel falso pecho no encubria otra cosa,
Quanto la luna el cielo atravesando
Quince veces se vió llena y hermosa:
Al cabo desto el padre procurando
Apercibir de gente belicosa
La costa y bastecella, envió á Zebrino
Por ser varon para el efecto digno.

El inhumano Botallhá sabiendo
Este viage, sin tener licencia
Del padre, una galera apercibiendo
Se vino aquí dexando su presencia:
Dexóme á mí en mi deseo muriendo,
Sujeta al insufrible mal de ausencia,
Temiendo mas que la desdicha mia
La ira que en el padre conocia.

El qual nunca despues que dél se vino

Carta recibió suya ni recado,
Ni mas hablalle consintió á Zebrino,
Que hoy vive de Marruecos desterrado:
El sol lumbroso haciendo su camino
Seis veces cada signo ha visitado,
Desde que con ausencia tan injusta
De dar la muerte á mi inocencia gusta.

Desto ofendida, y del amor forzada,
Y como al fin muger amante y loca,
Sin reparar ni sujetarme á nada,
Con mal acuerdo y con prudencia poca
Con el honor dexé la patria amada
Por este, que no sé mover la boca
Sino es para llamalle mi enemigo,
Y al cielo demandar sobre él castigo.

Vine y hallele, qual teneis noticia,
Con la hija del Rey desta rendida
Ciudad, que sin lealtad, sin fé y justicia
Se la sacó, y se puso en vil huida:
Y viendo ahora quel traidor codicia
Volver á donde me dexó ofendida,
Y llevar por trofeos de la guerra
Su muger y la gente desta tierra,

Quiero pues ya ningun remedio humano
Puede dar á mi honor camino cierto,
No siendo mi marido este Tirano
Que al cielo ha sido en su promesa incierto,
Que hoy sea con este alfange y esta mano
El pecho aleve y sin verdad abierto,
Con quel escarnio de mi honor reparo,

Y su traicion y mi justicia aclaro.

He querido esta breve cuenta darte,
Sin saber á quien hablo ni á quien sigo,
Si me puedo fiar, si confiarte

Mi secreto dexándote ir conmigo:

Aunque entiendo, Señor, ques obligarte
Al secreto, tratándole contigo,

Que entre nobles es ley tan poderosa
Que ninguna hay mas justa ni forzosa.

Suspendió aqui la voz, dexó la historia
La hermosa guerrera, levantando
La vista, á donde envia la memoria
Justicia de su ofensa demandando:
Don Rodrigo, á quien era ya notoria
La ingratitud de Botalhá culpando,
Y lastimado della, y conmovido
A dolor, y á piedad le ha respondido:

Bien sé, ó Tarfira, tu suceso triste,
Público en el real de los Christianos,
Desde que al Rey de Lybia defendiste
De Muley General de los Paganos:
De tí noticia y de tu historia diste,
Todos saben tus males inhumanos,
Todos la deslealtad y el falso trato
Que usó contigo tu querido ingrato.

Manifiesto es qual digo el daño tuyo,
Y así no hay que tratar en él ahora,
Ni en pensar quel furor por órden suyo
Te pueda dar satisfaccion Señora:
De qualquier medio deste modo huyo,

Porque no puede aquí la vengadora
Espada hacer cosa que convenga,
Ni que el efecto que imaginas tenga.

Remite el caso, no á tomar venganza
Con mano propia, porque no es posible,
Aunque te lo prometa tu esperanza
Regida de tu ánimo invencible:

Toma aquí por remedio la templanza
Si quieres reparar tu mal terrible,
Pon en el justo oído del Rey Santo
Tu justicia, tu agravio y tu quebranto.

Desta suerte aseguro tu justicia,
Y la venganza del doblado pecho,
Aquí no tendrá fuerza la malicia
De los que tuercen el legal derecho:
De todo el caso tiene el Rey noticia,
Sin que te canses en contarle el hecho,
Dile quien eres, y confía que seas
Vengada, y satisfecha qual desees.

Yo estaré allí, sin que de ti me aparte,
Porque esta causa es propiamente mia,
Mia debo llamarla, y por mia darte,
Para alcanzar tu intento abierta via:
Desta promesa puedes confiarte,
Y en fe della qualquier temor desvia,
Ponte al efecto, pues á punto estamos
En que lo veas, y al real llegamos.

Vino Tarfira en el acuerdo dado,
Y siguiendo al prudente Caballero
Por el campo de armas rodeado,

Estancia de Belona y Marte fiero:

Llegan á donde en el sublime estrado

Viéron al Santo defensor Ibero,

Cercado de sus ínclitos varones,

Pestilencia de bárbaras naciones.

Sentado en silla, á la derecha mano

El fuerte hijo Don Henrique estaba,

Y á la siniestra el Príncipe Africano,

A quien la bella Mora procuraba:

Tarfira paró aquí, y dixo al Christiano,

¡Ay Señor mio! yo seré tu esclava,

Solo con que me pongas mi enemigo,

Donde pueda hablar solo conmigo.

Y esta mano te doy con juramento,

Como no ofenda al claro honor en ello,

De hacer quanto fuere tu contento,

Y hacer quanto pueda yo hacello:

Sosiega el herboroso pensamiento,

Y ese furor procura de vencello,

Que yo Señora mia te acompaño

(Respondió Don Rodrigo) al bien ó al daño

Y esa ilustre merced que me prometes,

Esa grandeza que será ilustrarme,

Acepto con que solamente aceptes

Lo que fuere ofenderte y deshonorarme:

Y el cautiverio en que por mí te metes,

Queriendo tú por tuyo el yugo echarme

Me inclino, y juro en esta mano tuya

Que hoy seas vengada, ó veas la muerte su

Esto diciendo, á priesa se apeáron,

Y Tafira indignada y animosa,
Viendo al que la ofendió, y que la miráron,
En colera mudó el color de rosa:
Luego la conoció, como llegáron,
El Moro que la trae querellosa,
Y queriendo dexar libre el asiento
Asió ella dél y dixo, escucha atento:

Escucha, no te muevas, aunque has sido
Mudable de la fe que al cielo diste,
Botálhá, ni me cierres hoy tu oído,
Qual siempre al llanto en mi dolor hiciste:
Y para confusion deste atrevido
En el suceso de mi infamia triste,
A pedirte justicia, ó Rey benigno,
Rendida á tus reales pies me inclino.

Puso el hermoso rostro con el suelo,
Besando al Rey los pies humildemente,
Gimiendo con dolor y desconsuelo,
Con pensamiento nuevo y diferente:
Que tocado su espíritu del cielo
La vuelve al cielo, y con afecto ardiente
Hecha otra nueva Magdalena mira
Al Santo Rey, y sin hablar suspira.

Suspendió á todos el suceso extraño
El valor de la Mora conociendo,
Y que en venganza de su ofensa y daño,
Fiera venia mil daños prometiendo:
Y verla así en un dolor tamaño,
En tanta confusion llorar gimiendo,
Ignorando el secreto soberano

Varios acuerdos daba el vulgo vano.

Mas el divino Rey quel caso entiende,
Inspirado del cielo que lo aspira,
Satisfaciendo al vulgo que pretende
Entender la mudanza que le admira :
Puesto en pié el brazo poderoso tiende,
Y tomando la mano de Tarfira

La sentó junto á sí, y la vista en ella
Al pueblo dice, y á la Mora bella:

Bien podeis celebrar en dulce canto,
O guerreros de España, esta victoria,
Y estimar su grandeza y gloria en tanto
Qual la mas alta y mas insigne en gloria:
Aquí la industria, ni el marcial quebranto
Obráron, ni hacen clara su memoria,
Mas la gracia divina y poderosa,
Que la quiere ilustrar y hacer famosa.

Bien se conoce esta merced, bien claro
(O fuerte hija de Ceyni) se ha visto
Que qual á Saulo á darte al alma amparo
Te postra en tierra, y toca en ella Christo:
Vuelvete á él, y dexa del avaro
Apóstata la secta que resisto,
La ceguedad desvia de tus ojos,
Que Dios te llama á darte altos despojos.

Despide ese turbado encogimiento,
Dexa esa suspension, alza la vista ,
¿ Mira á qué aspiras? ¿ dime qué es tu intent
¿ Qué quieres que conceda ó qué resista?
No te altere el extraño pensamiento,

Ni te cause pavor la cruel conquista,
Que dentro de tu ánimo ahora sientes
De estímulos y afectos diferentes.

El suave discurso acabó en esto
El Santo defensor de los Christianos,
A Tarfira obligando en lo propuesto
Diga sus movimientos soberanos:
La qual con rostro y con semblante honesto,
Juntas las palmas de las bellas manos,
Ambas rodillas puestas en el suelo,
Dice los ojos levantando al cielo:

O tu, Señor, que de mi ciego engaño
Por tu clemencia quieres hoy sacarme,
Dando tu amparo á mi dolor extraño,
A mi deshonra el premio que ha de honrarme,
Pues tú remedio quieres ser al daño,
Y de la culpa que nací librarme,
Yo te confieso por mi Dios, y adoro
Tu ley, y desde hoy tu nombre honoro.

Permite que á esta indigna sierva tuya
El divino Bautismo le sea dado
Que pide, porque así se restituya
Esta alma poseida del pecado;
Y libre de la ofensa y maldad suya
Entre por esa llaga del costado
Que por mi culpa fué, Señor, abierta,
Y por ella á tu gloria das la puerta.

No pudo decir mas, y aunque pudiera
Fué el alboroto tal, tal el ruido,
Tal el rumor, y tal la voz de fuera

Que todo fué en clamores confundido:
Que se sosieguen pide el Rey, y espera
Del almirable caso suspendido,
Ni órden, razon, respeto, mando, ruego
Dan al confuso escandalo sosiego.

Con la fama del caso iba creciendo
Por todas partes la cónfusa gente,
Unos y otros en alta voz diciendo
El milagro y merced tan excelente:
Las partes de Tarfira refiriendo,
Tenida por tan bella y tan valiente,
Venian los unos y los otros dando
Gracias del hecho al cielo y á Fernando.

Sin haber órden ni tener remedio
Quel confuso tumulto se aplacase,
El Rey dexó el asiento, y puesto en medio
Por señas demandó que sosegase:
Esto sirvió de conveniente medio,
Y obligó quel silencio administrase;
Quel alboroto se quietase, oyendo
A un Moro que Axartaf envió diciendo:

Que ya la gente estaba aderezada
Para el viage, y quel siguiente día
La Ciudad dexara desocupada,
Dando principio á su afrentosa via:
Que su Alteza tuviese aparejada
Flota para pasar en Berberia
Cien mil Moros rendidos en la guerra,
Y otros trescientos mil que han de ir por tierra
Que á los unos y otros del seguro

Que prometió en el último concierto,
Quando las fuerzas le entregó, y el muro
Fué sin contraste libremente abierto:
Aqui el mensaje congojoso y duro,
Concluyó el Moro, y conociendo cierto
El Santo defensor que habia acabado,
Con voz divina respondió al recado:

Vuelve y dile á Axartaf, que de la suerte
Que demanda el seguro, y el pasage
Que ya le concedí, será, ó la muerte
Antes en mí que arriesgue en su viage:
Que salga confiado en esta suerte,
Sin temor que haya cosa que le ataje,
Que venga, que ya todo está aguardando
Prevenido, el efecto deseando.

Con esto se fué el Moro mensagero,
Y Botalha á prevenir su ida
Pidió licencia, y puesto en pié el primero
Salió el alma en mil ansias combatida:
Y á la que tuvo el corazon de acero,
A la que aborreció y jamas fué oida,
Ahora la desea, ahora la quiere,
Y en esta privacion por ella muere.

Dice entre sí turbado y congojoso,
Lleno de confusion y desatino,
¡Ay triste ida, ay premio glorioso,
Que para verme en tal afrenta vino!
¿Qué llevó á Lybia un pueblo temeroso,
Una gente á quien sigue Alá divino,
Si dexo acá la gloria de mi alma,

Y á los Christianos de mi honor la palma?

No quiera Dios que vea tal deshonra
 Quien debe morir ántes que la vea,
 ; Mas ay triste que no estimé mi honra,
 Dexando á quien mi alma señorea!
 Justamente me olvida y me deshonra,
 Justamente huir de mi desea,
 ; Mas ay que no es consuelo entender esto,
 Mas confusion para morir mas presto!

Que me aconseja amor en un extremo
 En que tanto se extrema en daño mio,
 Pues ayer fuí de yelo, y hoy me quemo
 En el fuego infernal de mi desvio:
 Lloro mi mal, y la inocencia temo
 De aquella que ofendió mi desvario,
 Que andará siempre en la presencia mia
 Acusando mi ingrata rebeldía.

Aquejándose el Moro así, y gimiendo
 A su estancia llegó, y la noche obscura
 Al mismo punto se venia tendiendo
 Por el cielo, siguiendo á la luz pura:
 Acabóse el concilio apercibiendo
 El Rey á todos, lo que hacer procura
 En la entrada que ya tenia presente,
 Y á la ocasion asida de la frente.

Gimiendo y suspirando aderezaban
 Los bárbaros los bienes que tenian,
 Unos sobre sus hombros los cargaban,
 Y con ellos al campo se salian:
 Otros en reguas, y otros enviaban

Carros, y con clamor se despedían
Los unos de los otros, levantando
La voz al cielo en su favor llamando.

Aquí del hijo el padre se despide,
La madre de la hija allí se aparta,
Y abrazada del nieto al yerno pide
Que se detenga un punto ántes que parta:
Qual á su amigo ruega que no olvide
De encaminar á Rábato su carta,
Y quales en estrecho abrazo asidos
Dan sin hablar sollozos y gemidos.

En esto estaban todos ocupados
Sin que el cuidado los dexase un punto,
Ni descansasen dél aunque cansados,
Temiendo el día que tenían ya junto:
Quando Apolo salió de los bordados
Senos de Flora, el aureo carro apunto,
Rompiendo de la obscura noche el velo
Las fieras nieblas desvió del cielo.

Luego el Maestre aderezó su gente,
Y con el orden que del Rey tenía
En campaña se puso diligente
A ser escolta y dar segura vía:
Botalha que á su bien se ve presente,
Y su deseo próspero acudia,
Con un baston en la derecha mano
A los que á Lybia van aguarda ufano.

Tocó del alto muro una trompeta
Un Moro, y dió señal á la salida,
Que en la Ciudad á nadie era secreta,

Y llorada de todos y sabida :
 Altera el ronco son , mueve , inquieta ,
 Y del modo que estaba apercebida
 Van saliendo , con lágrimas regando
 Las calles y las casas abrazando .

Sin orden , sin sosiego , ni concierto
 Apriesa unos tras otros van saliendo ,
 Tristes , confusos , conociendo cierto
 La dura suerte que les va siguiendo :
 Viendo el campo de bárbaros cubierto
 Don Pelayo , su ida apercebido ,
 En escolta trescientos mil guardaba ,
 Y con ellos por tierra caminaba .

Cien mil Moros al Principe Africano
 Para pasar en Africa se allegan ,
 Que temerosos del poder Christiano
 La patria dexan , y la fe le niegan :
 A todos habla con semblante humano ,
 Y todos como á su Señor se entregan :
 Manda que apriesa empiecen á embarcarse ,
 Que en esto el tiempo solo ha de ocuparse .

Fué obedecido , y puesto en obra luego ,
 Trayendo ropa y embarcando gente
 Por una parte y otra sin sosiego ,
 Ni cesar punto en el trabajo ardiente :
 Botalha , combatido de su fuego ,
 Con la fatiga que en el alma siente
 El dulce nombre de Tarfira envuelve
 En un supiro , y á buscarla vuelve .

Para y dice (ay de mí) ¿ cómo es posible

Que Tarfira me dexe así y me olvide?
¿Tan cruel ha de serme y tan terrible
Que huya al que adoró, y su gracia pide?
¿Ser puedo yo á Tarfira aborrecible?
¿De su amor con tal odio me despide?
¿Qué digo? no es muger quien hace que huya
De mí, que así me niega, y la ley suya.

El dolor le impidió la lengua, y puesto
En triste suspension, la vista alzando
Qual si viera en el ayre el Reyno infesto,
Tal quedó mudo Botalha y temblando:
Llegó Alguadayra (estando el Moro en esto)
Fatigada, y con lágrimas mostrando
El sentimiento de la patria amada,
La vista en ella dice lastimada:

¡Ay Sevilla del mundo amparo y gloria,
Albergue de Alá santo! en paz te queda,
Queda en segura paz, dete victoria
El Hado, y vida que á la edad preceda:
Vivas sin que se acabe tu memoria,
Y el cielo en privilegio te conceda
Contraria suerte de la suerte nuestra,
Qual en tu largo asedio se nos muestra.

En su tierno discurso procediera
La hija de Axartaf, si la dexara
La gente que salió de la ribera
Pidiéndole que apriesa se embarcara:
Botalha, lleno de congoja fiera,
Blasfemando del cielo y suerte avara,
Se embarca, y dando vela al franco viento,

Con cien mil Moros parte al patrio asiento.

Ya á este punto la Ciudad divina
Desocupada, el bárbaro lanzado ,
Dar en triunfo la entrada determina
Al Santo defensor que la ha ganado ,
Que con su invicto ejército camina
De yedra y sacro lauro coronado:
Dando esta heroica insignia de victoria
Fin á su empresa, y á mi Musa gloria.